



Marcelino Cereijido

Hacia una teoría general sobre los

hijos de puta

ENSAYO
TUSQUETS
EDITORES

Marcelino Cereijido
HACIA UNA TEORÍA
GENERAL SOBRE
LOS HIJOS DE PUTA

ENSAYO
TUSQUETS
EDITORES

Índice

Introducción

1. Panorama de la hijoputez
2. Maneras de interpretar la realidad
3. ¿Raíces biológicas de la hijoputez?
4. ¿Qué son las circunstancias?
5. Un cambio de la «gran pauta»
6. ¿Y si el problema fuese que no hemos logrado ser suficientemente hijos de puta?
7. Los usos de la hijoputez
8. ¿Las prostitutas tienen algo que ver con todo esto?

Epílogo

Notas

Acerca del autor

Créditos

A la Nonita (Fanny Blanck-Cereiido), experta en conductas humanas, sobre todo en componerlas.

A Noé Jitrik, maestro en circunstancias humanas y en el arte para narrarlas.

Al doctor Juan Vives, quien me ayuda a descorrer pantallas de pertinaz idiotez.

A Catalina A. Rotunno, por el medio siglo de payadas intelectuales que no le dejan al equivocado un rincón adonde ocultarse para imaginar que acaso tiene razón.

A Elizabeth del Oso, quien va por el mundo inyectando originalidad, entusiasmo y sensatez en los engranajes de la vida consiguiendo que ésta funcione mejor.

Introducción

Todos tenemos experiencias propias, cotidianas, convincentes y abrumadoras de que la «hijoputez» existe y se sigue ganando a pulso su estatuto de infamia universal; de que la humanidad está llena de hijos de puta y que el sufrimiento infligido a ella por estos es muchísimo más grave que los desconsuelos ocasionados por el cáncer, la lepra y el Alzheimer juntos. Si nos resulta comprensible que haya docenas de universidades y miles de especialistas estudiosos de estas enfermedades, al son de millones y millones de dólares, ¿por qué no investigar la hijoputez? Tradicionalmente, la sarna, la sífilis y la tuberculosis han sido enfermedades infamantes, llamadas así porque además de las penurias que desencadenan, su mero nombre es, per se, un insulto, y porque en otros tiempos el médico que se enfrentaba a ellas se veía obligado a recurrir a eufemismos y requiebros, antes de enunciar su diagnóstico. Sólo se las comenzó a aliviar cuando la medicina dejó de lado las connotaciones subjetivas y recurrió a estudiarlas con seriedad y todo lo formalmente que pudo.

Sin embargo, dudo que en este momento la información y el conocimiento sobre la hijoputez estén lo suficientemente maduros como para intentar un enfoque científico, aunque sí estoy convencido de que el caos adonde está inmersa la hijoputez contiene el suficiente saber popular para estudiarla: hechos históricos, exploraciones literarias, dramaturgia, mitologías ad hoc, opiniones de pensadores ilustres y avanzadas neurobiológicas; materiales que deben ser periódicamente tamizados, aunque sea por ensayistas, para detectar los momentos en que alguna de sus múltiples facetas se vuelve accesible a un estudio sistemático. En realidad, y como se verá, estos momentos se están haciendo frecuentes y las facetas ya son muchas.

Tomo estas consideraciones como excusa e introducción al presente ensayo sobre la hijoputez. Mi enfoque, y sobre todo lo que tenga de nuevo para sugerir, emanan de mi profesión de biólogo que va analizando una ruta de 3.700 millones de años llamada evolución. Por eso no me siento autorizado para decir que este texto es de «divulgación», pues no se trata de hechos e interpretaciones que compartirían todos mis colegas y que yo ahora «cuento en fácil». En cambio, llamándolo «ensayo», es como si advirtiera que aun en el caso de que mis ideas lleguen a entusiasmar e incitar al debate, conviene leerlas con cautela, recordando en todo momento la opinión de Montaigne: «Nadie está libre de decir estupideces / lo grave es decirlas con énfasis».

Panorama de la hijoputez

Porque saben el nombre de lo que busco, creen que saben lo que busco.

Antonio Porchia

Tras años de encarpetar ejemplos, fotocopiar capítulos con enfoques de la ética, la psicología y la biología, así como ensayos de teólogos y sociólogos, confieso no estar del todo seguro de qué son los hijos de puta (¿en qué circunstancias brotan?, ¿por qué ocupan un lugar tan prominente en la cultura humana?), o si sólo se trata de un insulto y, en este caso, ¿por qué se escoge justamente *ese* agravio? Si me contestara: «Un hijo de puta es aquel que causa mal a sabiendas», trivializaría el problema, pues estrujando definiciones no conseguiría que gotearan ideas orientadoras. En ese entendido, preferí utilizar mis propias intuiciones y prejuicios en seleccionar datos (que, como se verá, son escandalosamente heterogéneos), con los cuales, hacia el final del texto, sustentaré cierta interpretación personal que, a través de muchos análisis y discusiones, me he atrevido a llamar «teoría».

Universalidad de la frase «hijo de puta»

Cuando en una conversación con extranjeros caigo en la inevitable curiosidad de saber cómo se dice en su idioma nativo alguna palabra (por ejemplo, «ocho» y «noche»),¹ lo hago sólo a manera de preámbulo, pues en realidad lo que quiero averiguar es otra cosa: ¿cuál es el insulto más neurálgico y denigrante que existe en dicho idioma? Gracias a tales averiguaciones *amateurs* y sesgadas que hice durante aquellas charlas, puedo afirmar que en casi todas las lenguas (o al menos en las 30 donde logré verificarlo) existe un equivalente directo al consabido «hijo de puta», que representa además el insulto más grave disponible.² En algunas lenguas «hijo de puta» es una afrenta tan injuriosa, que es preferible reemplazarla con eufemismos (algunos piadosísimos y ñoños) que sobreentienden «hijo» y en vez de «puta» dicen, por ejemplo, «perra», o en argentino «pucha»; antiguamente en Río de la Plata se reemplazaba por «aijuna». Pero el significado de «hijo de puta» es demasiado tenaz y mantiene su invariancia por más vueltas que se le dé, independientemente de la distancia entre lo que se dice y lo que se quiere decir, al punto que no pierde su significado cuando en la expresión falta alguna de las tres palabras: en «aijuna» falta «puta», en «hijoputa» falta «de» y en cuanto al señalamiento de que «hijo» se refiera al interlocutor que recibe el epíteto, recuerdo al señor Pirillo de mi infancia: modestísimo capitalista de barrio, que tanto prestaba pequeñas sumas por una semana a intereses exorbitantes, como compraba objetos de valor a un décimo de su costo material, o aceptaba asociarse en humildes y fugaces transacciones entre pequeños comerciantes. Cuando se enojaba, el señor Pirillo miraba fijamente al otro a los ojos y profería «la puta que *me* parió». De nada servía; más de una vez le valió un empujón o una bofetada.

También podemos hacernos una idea de la levedad/gravedad de dicha expresión a través de un parónimo. Cierta vez, fue despedida una empleada de la Facultad de Medicina, donde yo tenía mi laboratorio. La mujer apeló a la justicia, y un tribunal laboral obligó a dicha institución a restituirle su cargo. El jefe, quien había promovido la expulsión y ahora tenía que tragar saliva para acatar la sentencia, aprovechó el desprecio generalizado del personal hacia la mujer y comenzó a referirse a ella como «la restituta», la empleada apeló de nuevo a la justicia y logró que se prohibiera llamarla de ese modo, porque se parece a «prostituta».

Pero no vayamos tontamente por las ramas; una palabra cobra cierto significado por cualquiera de los usos, razones, derroteros y hasta malentendidos³ que le dan existencia; luego, llega a significar lo que significa, y su etimología, finalmente, pasa al desván de los eruditos. Estoy seguro de que si un día me estableciera en una comarca donde el peor insulto fuera «treinta y cuatro», y alguien me gritara «Pedazo de treinta y cuatro», me indignaría, y no sería descabellado pensar que mi respuesta fuera «Más treinta y cuatro será usted».

(Lector, si se llegara a enterar que el peor insulto en todos los idiomas fuera «berenjena» ¿no se sorprendería? ¿no preguntaría por qué justamente «berenjena»? Bueno, por ahí andaban mis curiosidades. Al fin y al cabo, si existiéramos que todo aquel que quiere decir algo sobre el amor, la amistad, la angustia, comenzara por definirlos con toda precisión, no habría poemas ni textos de psicología sobre el asunto. Esto me autoriza a proseguir este ensayo con la acepción de «hijo de puta» que surge tácita y espontáneamente del habla cotidiana.)

¿Por qué se da por hecho que los hijos de las prostitutas deben ser necesariamente malas personas, o que ello implica un inevitable bochorno para quien es tildado de ese modo? En su libro *Griego busca griega*, Friedrich Dürrenmatt nos cuenta una historia que bien podría ejemplificar lo anterior. Se trata del señor Archilochos, un empleado de ínfima categoría, quien de pronto empieza a vivir un vertiginoso ascenso institucional y social, hasta encaramarse en las alturas del poder, gracias a su noviazgo con una puta. Sin embargo, el día de su boda descubre el verdadero mecanismo de su progreso (su novia ha ejercido y probablemente seguirá ejerciendo la prostitución) y que todos los influyentes personajes que han acudido a la ceremonia religiosa han sido sus clientes. Huye abochornado, pues también entiende que los méritos por los cuales él logró dicho estatuto fueron, en realidad, de la muchacha.

Hijoputez faraónica

Por razones dinásticas, los faraones egipcios se casaban con su propia hermana para conservar el poder dentro de la familia; una suerte de *cosa nostra* egipcia que llevó a los egiptólogos a devanarse los sesos, en sus intentos por entender cómo sorteaban los desastres de la consanguinidad, milenios antes de que apareciera la genética como disciplina, para mostrarnos el papel de las mutaciones deletéreas.

El argumento es simple: si tomáramos a dos ratones de una camada de hermanos y los cruzáramos, para luego escoger de los hijos de esta yunta con el objetivo de aparearlos, y así, sucesivamente, por varias generaciones, a la larga tendríamos ratones tan anormales que no podrían sobrevivir y procrear, o que serían abortados espontáneamente mucho antes de que nacieran. Esto obedece a que todos portamos alteraciones químicas en las moléculas de ADN, las cuales codifican nuestros genes, acaso mortales, porque impiden que se cumpla alguna función vital. Pero alguien que no sea pariente cercano tiene una probabilidad muy remota de presentar exactamente la misma mutación, y aumenta sus oportunidades de no padecer una afección por defecto de ese gen.

Hoy la secuenciación del genoma de los faraones y sus dinastías, mediante análisis del ADN, brinda una respuesta por demás simple: nunca elegían que los sucediera en el trono a los hijos procreados con la hermana, sino con alguna concubina. No sería del todo desacertado admitir que se trataba entonces de milenarias dinastías de hijos de puta. Entiendo también que aquel linaje llegaba a durar tantos siglos, porque estaba integrado, literalmente, por hijos de puta. Queda claro entonces que la grandeza de la civilización egipcia sólo se pudo lograr porque los faraones eran hijos de puta. Así, la hijoputez trasciende en mucho al insulto procaz, pues va ligado a la historia o, dicho con más propiedad, al peso de lo biológico en la historia.

Pero, para no naufragar en un mar de ambigüedades, adoptaré provisoriamente la definición de que *un hijo de puta es aquel que perjudica en forma grave a un tercero*. De paso dejo de lado el uso encomiástico de la frase hijo de puta, como cuando nuestro futbolista preferido hace una jugada particularmente admirable. La bailaora flamenca Encarnación Peña Gómez (Sevilla, 1946) tenía un cuerpo escultural y, para enfatizarlo, la apodaban «La Contrahecha». En esa guisa, a Carlos Gardel, el mayor cantante de tangos de la historia, lo siguen llamando «El Mudo». De aquí en más excluyo del ensayo este uso del apelativo. Por hijo de puta me referiré a un perverso, pero con el propósito desde ahora declarado de entender si esa perversidad tiene en realidad alguna correlación importante con el hecho de ser hijo de una prostituta, tópico que trataré in extenso en el capítulo ocho.

Ya que me propongo tratar la hijoputez, evitando en lo posible las expresiones groseras, ¿sería posible sustituir la expresión «hijo de puta» por las de «perverso», «malo», «injusto», «cruel» o hasta «maldito» sin que ello alterara su verdadero sentido?

No lo creo; me resulta pudibundo y distorsionante. Si fuéramos a un estadio a presenciar un clásico y el árbitro cobrara un penal injusto contra nuestro equipo, o un zaguero rival le rompiera tibia y peroné al delantero más hábil, las expresiones como «cruel», «injusto», «mal intencionado», «sucio» u otras de similar decencia seguramente no tendrían, en el lenguaje enardecido de los fanáticos, el mismo efecto y la intención que si gritáramos un sonoro «¡hijo de puta!». Tampoco sería posible sustituir el bochornoso epíteto si nos martilláramos un dedo o nos lo machucáramos con la puerta del automóvil. Porque cuando cien mil espectadores se exasperan, o alguien se aplasta accidentalmente un dedo, es necesario proferir cosas significativas, cargadas no solamente de información semántica, sino también, y sobre todo, de emociones. Es como si nuestro inconsciente se quitara los guantes y la corbata, y le dijera a su fina urbanidad: «¡Quítate de en medio!, pues necesito hablar en serio y no perder por el camino todo lo que “hijo de puta” puede connotar; lo usaré, por lo menos, hasta que entienda cuál es su universo atesorado».

La hijoputez: un problema ilustre

Las historias ayudan a explicarse a sí mismas; si usted sabe cómo sucedió algo, comenzará a saber porque sucedió.

Felipe Fernández-Armesto

A propósito de la frase de Fernández-Armesto, Nick Lane, pensador inglés al igual que él, comentó que «el *cómo* y el *porqué* están íntimamente ligados cuando reconstruimos la historia de la vida». Como se verá, tendré en cuenta la observación de ambos ensayistas, porque la hijoputez es tan abundante, polimorfa y polisémica, que uno puede escoger por dónde empezar a indagar, con la esperanza de llegar al cómo y al porqué de la hijoputez.

Si bien se trata de una expresión políglotamente grosera, el tema tiene una frondosa historia enraizada en la teología. Si se aceptaba que Dios había sido un creador sublime, sabio, perfecto, entonces causaba estupor que hubiera guerras, piojos, sequías, terremotos, plagas y que, en una palabra, existiera el mal. Los teólogos discrepaban y se dividían. Unos admitían cierta chapucería divina y otros tomaban esta interpretación como una blasfemia inadmisibile. Argumentar que «el mal es producto del diablo» era también sacrilego, pues daba por sentado que Dios no era tan todopoderoso como decían, puesto que no había logrado evitar que el diablo metiera la cola en su creación. Teólogos más arteros aseveraban que el mal y las depravaciones habían sido introducidos por Dios para poner a prueba a los mortales. ¿Poner a prueba? ¿No era acaso omnisciente? Agustín de Hipona⁴ afirmó que el mal no es ninguna naturaleza, sino la falta de bien, tomada en esta atribución. Por su parte, Tomás de Aquino,⁵ a pesar de que conocía a dedillo la posición de Agustín, discrepó con él y señaló que el mal es producto de una creación, pues Dios declara en la Biblia: «Yo soy Yahveh, no hay ningún otro [...] yo hago la dicha y creo la desgracia» (Isaías 45: 6-7). Así, ¿qué catadura le atribuiríamos a una deidad que crea y dispone la realidad de tal modo que la gente sufra?

Millones de judeocristianos siguen creyendo en la existencia del diablo con distinto grado de convicción. En pleno 2005, el periódico *Reforma*, de México,⁶ refirió que «Con la participación de expertos en sectas diabólicas y ante un centenar de sacerdotes, la Pontificia Universidad Regina Apostolorum [*sic*] inauguró el primer curso de satanismo y exorcismo del mundo. La primera conferencia fue dictada por el padre Gabrielle Nanni, doctor en derecho canónico, exorcista de la diócesis de Módena». Más recientemente, monseñor Corrado Balducci, la máxima autoridad en demonología de la Iglesia Católica, mejor conocido como «el Exorcista del Vaticano» dio una conferencia en Sevilla, en pleno 2006, en la que al referir la existencia de Satanás aseguró que «el diablo no es *el* mal, es *un* mal, el mayor mal». Invitado por el Aula de Cultura del diario

español *ABC*, Balducci aseguró que Mefisto (otra denominación del diablo) es «un ser real, concreto, autónomo, con espiritualidad», e incluso llegó a lamentar que los teólogos modernos nieguen su existencia, tras lo cual opinó que éstos lo hacen para eludir un problema de carácter espiritual.

Harold Bloom⁷ argumenta que la primera versión de la Biblia, la más antigua, la Yahvítica (porque a Dios lo llama «Yahveh»), fue escrita por una mujer, quien al igual que una madre comprensiva y clemente se refirió a Yahveh como si éste fuera un discoloro chiquilín que juega a empastelarse las manecitas haciendo muñequitos de barro. Indulgente, la autora lo reconoce chambón (pues ya el primer hombre y la primera mujer le salen mal, y la transgresión de Eva y Adán condena a toda la estirpe humana) y cruel, en tanto obliga al anciano Abraham a torturarse entre desobedecerlo o sacrificar a su hijo Isaac. El Jehová descrito por dicha autora es tan terco, que hace de Moisés su propio representante en la Tierra, un tartamudo obligado a depender de su hermano Aarón, quien lo sustituye como sumo sacerdote del pueblo elegido. Una de las sospechas de Bloom surge ante el hecho de que la putativa autora describe a todos los personajes masculinos de la Biblia como inmaduros y poco inteligentes, y que en ésta, la más antigua versión del Génesis, las mujeres son sabias y sagaces.

Entre ellas, mi predilecta es Tamar (Génesis 38), quien finge ser, justamente, una puta (aunque en realidad, en un momento dado del relato, no finge: *funge* como tal). Judá le había asignado como marido a su primogénito, Er; pero el mozo no le cae en gracia a Yahveh y, muy a su estilo, simplemente lo mata. Tamar exige entonces que su suegro cumpla con casarla con el segundo hijo, Onán. Éste se da cuenta de que si preña a Tamar, la descendencia no sería suya sino de su fallecido hermano. Entonces, recurre al coito interrumpido, por lo que Yahveh se disgusta y lo asesina, y el muchacho adquiere, a partir de ese momento, una fama eterna, pero errónea, de puñetero. Dado que Tamar ya le bajó dos hijos, comprendemos que su suegro Judá sea reacto a casarla con el tercero, Selá. Por ello, pide a su nuera que regrese como viuda a vivir con la tribu de su padre y deje pasar un tiempo, argumentando que el muchacho es todavía demasiado jovencito. Tamar accede, pero en cuanto se entera que Selá ya está suficientemente crecido, sospecha que Judá la quiere privar de tener descendencia y heredarlo. Es aquí cuando la muchacha pone en juego su astucia: se disfraza de ramera, espera el paso de su suegro y, tapándose el rostro para no ser reconocida, copula con él. Judá tiene más ardor que forma de pagarle, por lo que promete enviarle un cabrito al día siguiente. La mujer accede, pero exige como prenda su bastón, su sello y su listón escarlata que identifican a Judá, y el hombre le entrega todo, con tal de satisfacer su deseo. Al día siguiente, Judá acude a saldar su deuda, pero no encuentra a la prostituta. Tres meses más tarde se entera de que Tamar está encinta, que ha fornicado. Incauto, cree que ha llegado su oportunidad: «Sacadla y que sea quemada», reclama. Tamar exhibe entonces el anillo, la cinta y el bastón, y anuncia que el padre de su futuro hijo es el dueño de dichas prendas. Al final, se sale con la suya y concibe a los mellizos Peres («el que se abrió la brecha») y

Zéraj («trapo escarlata»), y consigue casarse con Selá y adjudicarse los bienes de Judá.

El hecho de que la Biblia considere respetable copular con prostitutas, y refleje que éstas y sus hijos gozaban de derechos formales en aquellos pueblos que carecían del menor asomo de feminismo, significa que al «hijo de puta» no se le separaba de la comunidad. No deja de llamar la atención que a Jehová le cayeran mal Er y Onán, al punto de que los mató sin decir «agua va»; pero que al final, con un hijo de puta (real en este caso, puesto que fue gestado por Tamar actuando como tal), se quedó conforme. La maldad del hijo de puta debe emanar entonces de alguna otra relación entre madre, hijo y sociedad. Pero me resulta prematuro analizarlo sin antes revisar la naturaleza de este rasgo.

Literatura, dramaturgia y ensayos

Además de teólogos, también trataron el tema diversos literatos. William Golding, en *El señor de las moscas*, alude al Belzebu bíblico⁸ e intenta mostrar que los niños ya vienen contaminados con el mal. En dicha historia naufraga un barco en el que viajan los alumnos de un colegio, quienes logran salvarse en una isla. Las circunstancias propician que algunos chicos abusen del resto de sus compañeros, y hacen brotar hijos de puta precoces. En capítulos subsiguientes nos referiremos más específicamente a que uno de los recursos más manidos del hijo de puta consiste en aprovechar una circunstancia, aunque con ello perjudique al prójimo. La obra es encantadora, pero no nos avanza en la búsqueda, sólo que me pareció adecuado aludir a dicha trama para ilustrar una idea que el autor ya tenía instalada en su cabeza desde antes de lanzarse a escribirla.

En una línea parecida, la novela *La naranja mecánica*, de Anthony Burgess, muestra que el sadismo sexual, la violación, la estupidez y la brutalidad pertenecen también, descarnadamente, a la naturaleza violenta del hombre. Se trata de obras maestras, pero ¿conllevar alguna enseñanza sobre los mecanismos de la hijoputez? Es fácil disculparlos, pues ambos se proponían hacer literatura, no hacer moralinas ni explicarle cosas al lector.

Las temáticas psicológicas y sociales de Henrik Ibsen (1828-1906) son tan sutiles y sugerentes, que invitan a seguirlo. En su poema *Brand*, este autor explora su presunción de que un idealista obstinado puede consolidarse en un tremendo hijo de puta que da rienda suelta a su extremismo. El personaje del clérigo Brand manifiesta su extremismo a través del mecanismo del «todo-o-nada», destruyendo lo que (para él) es el mal y al mismo tiempo propiciando (lo que para él es) el bien, y llega a sacrificar a sus amigos, a su esposa y a su propia madre. George Bernard Shaw, en *The Quintessence of Ibsenism* profundiza la corazonada de dicho autor respecto a que los idealistas obstinados suelen erigirse en desquiciantes hijos de puta con sólo encerrarse en un laberinto peculiar, hecho de lo que en el capítulo cuatro llamaré «restricciones». Pintémoslo provisoriamente en blanco y negro: un idealista se arregla para restringir todas las razones, menos una: la que concierne a su ideal. Es el caso del inquisidor que tortura con la excusa de que su víctima confiese y se salve así del infierno. El idealista extremado y el moralista a ultranza reprimen deseos agresivos muy intensos que, en realidad, comienzan por percibir en ellos mismos, y reaccionan contra dichos impulsos con un superyó⁹ muy estricto.

La obra que podría ilustrar la maldad asociada a rasgos fisonómicos es *Mazurca para dos muertos*, de Camilo José Cela. En esta historia, Raimundo el de los Casandufes piensa que Fabián Minguela pasea por la vida con «las nueve señales» del hijo de puta: «(1) pelo ralo; (2) frente buida; (3) cara pálida; (4) barba por parroquias; (5) manos blandas, húmedas y frías; (6) mirar huido; (7) voz de flauta; (8) pijo flácido y doméstico,

y (9) avaricia». Si bien no parece promisorio detenernos en las características que enumera Cela, hay dos características que vale la pena señalar. La primera es que dicho autor, como la mayoría de la gente, procede a la manera de Cesare Lombroso como si la hijoputez dependiera o estuviera asociada a estructuras y rasgos anatómicos. Y la segunda revela una actitud típicamente científica pues, aunque Cela no haya tenido una formación de este tipo, se esmera en describir la realidad tal como la encuentra, sin imponerle categorizaciones. Esta actitud se refleja en la mismísima estructura de los artículos de las ciencias naturales, en los que los editores exigen que el autor primero exponga los resultados lo más crudamente que pueda, y luego los discuta en una sección aparte, porque la comunidad se interesa en lo que *dice* la realidad, y no necesariamente en lo que dice de ella el autor.

Raíces biológicas

De entrada, las obras filosóficas confinan la hijoputez a las personas, con lo cual el mal queda reducido a un fenómeno exclusivamente humano. En cambio, y como se verá en su momento, yo parto desde lo más profundo de nuestras raíces biológicas, por dos razones principales: la primera es que no está tan sustentado que sólo los humanos podamos *captar* la maldad; tengo amigos cuyas mascotas, de pronto, se esconden, y ellos detectan así que cometieron alguna fechoría, *como si* las mascotas indiciadas comprendieran muy bien que se trata de un acto delictuoso; la segunda razón es que los animales tienen conductas provocadas por mecanismos, núcleos del cerebro y mediadores sinápticos que los humanos también tenemos porque los hemos heredado de ellos a través de la evolución, y que si, independientemente de la causa, llegaran a entrar en función en nuestro cerebro y dictaran nuestra manera de actuar, nos harían cometer «hijoputeces». En algún momento se encontró falible y bochornoso dar por sentado que una rata, un ave carroñera o un gusano tienen valores idénticos a los humanos, y se evitó caer en antropocentrismos que, en este caso, significan creer que los bichos tienen una visión del mundo y un juego de valores semejantes a los nuestros.

Sigmund Freud, creador del psicoanálisis, se ocupó específica, intensa y repetidamente de la maldad, e hizo esfuerzos por relacionarla con la esencia de la vida, la muerte, la cultura, el genocidio y la guerra, entre otras. Sin embargo, cada una de las nociones que introdujo está apoyada en otras, y éstas a su vez en otras cuya descripción es imprescindible, por lo que volveremos sobre el punto en el capítulo dos.

Paisaje de la hijoputez

Quienes descubren que encarpeto material y garrapateo ensayos sobre los hijos de puta suponen erróneamente que colecciono ejemplos concretos de perversidad. Me apresuro a aclarar que sólo compilo los que por algún motivo llaman mi atención, y ni siquiera entiendo bien a bien de qué razón se trata, pues los hay políticos, torturadores, estafadores, abusadores de niños, históricos, financistas, clericales. Lejos de ser un inconveniente o un fastidio, la dificultad en hacer cortes netos y grupos puros es una situación muy común en la historia de la ciencia; pero parece prematuro elaborar antes de ver qué hijoputez contienen dichos grupos.

Aunque parezca algo traído de los pelos, la búsqueda de regularidades (patrones, pautas) en el caos de una realidad que todavía no logramos interpretar, es un enfoque mucho más antiguo que la ciencia moderna. Por ejemplo, a partir del siglo XVI el arte de navegar estaba suficientemente avanzado como para permitir a los aventureros y exploradores de las metrópolis europeas ir a mirar cómo eran y qué había en los lugares remotos de la Tierra. Tras sus viajes, regresaban cargados de bichos, plantas, gemas, minerales. Traían artesanías y hasta personas que atrapaban en los distintos territorios adonde habían estado: la Polinesia, Cuba, la Patagonia. Pero pronto surgió la necesidad de poner orden. Los suecos, por ejemplo, quisieron que cuando importaran té de la China o de la India les trajeran realmente té y no alguna otra hierba parecida. Así, mandaron a lo que hoy es Holanda a una suerte de empleado aduanal, Carl Linnaeus, a que pusiera en orden el asunto, quien se vio en la necesidad de inventar una manera útil de clasificar plantas. Y lo hizo con tanto tino, que su manera de clasificar¹⁰ llevó a todos los biólogos, desde entonces a la fecha, a preguntarse por qué se agruparían de esa manera, por qué presentarían tales y cuales variedades, en qué regiones del mundo predominaban unas u otras. Así hasta que en el siglo XIX surgieron los evolucionistas, en cuyo esfuerzo por encontrar una razón para dichas clasificaciones, llegaron a cambiar el concepto de realidad y hasta contradijeron la mismísima Biblia. De tal forma, el universo pasó de ser una *cosa* a ser un *proceso*, siendo que todos aquellos sabios creían a pie juntillas que dicho texto surgía de la palabra de Dios.

Alguien que siempre despertó mi simpatía por su afición, dedicación y el tremendo impacto que tuvo en la interpretación del pasado humano, sin proponérselo siquiera, fue Christian Jürgensen Thomsen, comerciante danés que tenía el hobby de coleccionar monedas y objetos curiosos; costumbre harto habitual de quienes viajan y traen cosas de recuerdo. Aunque carecía de formación académica, en 1816 fue nombrado director de la Comisión Real para la Preservación y Colección de Antigüedades (ad honórem), que posteriormente se convirtió en el Museo Nacional de Dinamarca en Copenhague. Dicho sea de paso, las antigüedades eran objetos que llegaban como regalos de ciudadanos generosos y con las cuales nadie sabía qué demonios hacer. Es más: nadie imaginaba que

tuvieran que *hacer* algo. Pusieron todo a cargo de Thomsen, quien simplemente hizo una clasificación de objetos de piedra, metal y arcilla. Luego los subdividió en aquellos que aparentemente eran armas, utensilios, cacharros de cocina y objetos religiosos. Entretanto, allá por 1819 abrió las puertas a los visitantes curiosos, quienes se encontraban con tres armarios repletos de objetos, clasificados en piedra, bronce y hierro. Como era un amateur sin entrenamiento, pues por entonces la disciplina que hoy llamamos arqueología no estaba formalizada ni había personas entrenadas, simplemente le pareció que los objetos de piedra eran más viejos que los de bronce, y éstos más que los de hierro, porque simplemente es más fácil trabajar la piedra que el bronce y hay que tener una tecnología más avanzada para forjar los de hierro. Así fue como se pasó a suponer que había existido una Edad de Piedra, seguida por otra de Bronce y otra de Hierro, lo cual ordenó suficientemente bien las ideas como para pensar que describían una «historia». Pero como, según la Biblia, la historia había empezado hace unos seis mil años, a ese cacho de historia anterior a la historia bíblica la llamaron simplemente «prehistoria». ¡Y vaya que ordenó la manera de ver las cosas! Es decir, esos amontonamientos hechos a puro pálpito, o simplemente porque Thomsen tenía tres armarios y no dos ni siete, acabaron generando ideas e hipótesis y promoviendo nuevos estudios.

Con todo, debo confesar que no imagino que dentro de unos siglos llegue a decirse: «Hoy la hijoputez tiene tal o cual taxonomía, y entendemos su evolución gracias a que un tal Cereijido, a comienzos del siglo XXI, publicó un ensayo que...». Sin embargo esa es la idea: acumular diversos ejemplos de hijoputez para ver si les encontramos algunas regularidades o grandes pautas que lleven a entenderla. Por lo tanto, los números que iré asignando a los distintos grupos apenas si remedarán las casuales taxonomías iniciales, casilleros y armarios de Linnaeus y Thomsen.

Panorama de la hijoputez

I. Formas cotidianas de la hijoputez

Me refiero al padre que, con la santísima intención de educar a su hijo, lo obliga a que sea el mismo niño quien le quite la correa del pantalón y se la entregue dócilmente para azotarlo; al nuevo policía que, en una suerte de restallar el látigo para que se advierta que tiene uno, detiene durante horas a un pobre heladero hasta que se evapora el hielo seco que lleva en su triciclo, ocasionando que se derritan y arruinen sus helados, para entonces sí dejarlo ir. Nombro al celador que fuerza a los alumnos de un colegio secundario a pasar la hora libre cruzados de brazos y sin conversar, tanto como para irles mostrando que están entrando en una cultura donde educación significa obediencia; al cabo de policía que muele a trompadas a un borrachín y luego se siente misericordioso, porque lo deja en libertad sin comprometerlo; al llantero que, tras quitar el clavo de nuestro neumático, lo besa y arroja a la calle para que le consiga nuevos clientes. Y así, a quienes incendian buzones, desparraman nocturnos botes de basura a patadas o que ciegan a sus canarios «para que canten mejor».

Dino Buzzati, el escritor italiano, aun cuando sufrió los horrores de la segunda guerra mundial, lo impactaban las «mini» y «microhijoputeces», las cuales eran transformadas por él en escuetas narraciones de dulce tristeza. En *El globito*, por ejemplo, describe a Noretta, una niña de cuatro años, muy pobre, con piernitas delgadas, frágiles y torcidas, quien era hija de una sirvienta y, al igual que ésta, no tenía en su vida abundancia de placeres. Con todo, la madre le compra un globo amarrado por un piolín, tras lo cual la niña es invadida por una alegría sobrecogedora, pues por un instante considera que el mundo es maravilloso. Sin embargo, por la calle vienen caminando y fumando unos muchachotes, uno de los cuales, al pasar cerca de Noretta, le revienta el globo con su cigarro. Ellos se pierden entre el gentío, emitiendo sonoras carcajadas y dejando a la nena estupefacta, ya que no alcanza a comprender lo ocurrido. A mí las hijoputeces del tipo que aparece en *El globito* me hacen tener en cuenta hasta ese pequeño óbolo de perversidad que el hombre de la calle aporta al patrimonio de la sociedad, y me impulsa a escribir trabajos como éste. Esta hijoputez hormiga me disuade de no reservar el diagnóstico de «hijo de puta» exclusivamente a Calígula, Heliogábalo, Franco, Salazar o Eichmann, y en el fondo me lleva a temer que ser un hijo de puta, en pequeña o gran medida, es parte de la naturaleza humana.

II. Repugnantes, pero costumbres al fin

Este apartado también podría denominarse «¿Cuántos hijos de puta detecta usted?», pues no está destinado exclusivamente al hijo de puta primario, sino también a quien reconoce la hijoputez y la acepta con deprimente naturalidad. En este caso entran quienes seguían la costumbre china de doblar hacia la planta el dedo gordo de ambos pies a niñas de entre seis y ocho años, y luego vendárselos para que mantuvieran dicha posición, a pesar del intenso dolor, los calambres, las contracturas y otros sufrimientos que se extendían por sus piernas. Luego, les realizaban una operación similar, pero ahora con los cuatro dedos restantes de cada pie, los cuales eran doblados hacia atrás hasta que éstos contactaran el empeine, tras lo cual eran apretados también con vendas, hasta que en medio de agonizantes tormentos los dedos llegaran a contactar el empeine. Fuerzan luego cada pie hacia el tobillo y lo amarran con esparadrapos más tenaces. Cada vez que las niñas lloran de dolor les pegan y obligan a caminar sobre sus martirizados pies. Cada dos semanas cambian el vendaje por otro más ajustado. Meses o años después, de los pies sólo quedaban dos muñones de 10 centímetros, que era cuando éstos adquirirían la ansiada forma de flor de loto. ¿Cómo que «ansiada»?! ¿Quiénes sumaban sus esfuerzos para generar semejante suplicio a estas niñas? ¿Eran sus propios padres, los especialistas en tullir pies? ¿Los futuros maridos, quienes por supuesto podrían pertenecer a esta categoría de hijo de puta? Surge entonces la pregunta de si deben ser reconocidos como hijos de puta, e incluidos en la lista, los viajeros y antropólogos europeos que por siglos se refirieron a esta tortura y mutilación de mujeres simplemente como un «rasgo de la belleza femenina en la China milenaria» o «los chinos y sus costumbres». Luego están los musulmanes que aún acostumbran arrancar el clítoris de las niñas, y que hasta desestiman las protestas occidentales mediante argumentos como: «Es que no entienden nuestra cultura». Bajo esa óptica, ¿hay algo que, si acaso entendiéramos, los exculparía?

III. Los cuentos infantiles como iniciación en la cultura de la hijoputez

La mayoría de las vacunas se hacen contaminando al organismo con formas muy atenuadas de virus y microbios, para que nuestro organismo vaya aprendiendo a preparar anticuerpos contra ellos y tenga con qué defenderse ante posibles infecciones o epidemias. Generalizando un poco la técnica de la vacunación, sospecho que hay formas de atenuar algunas cosas de la realidad (por ejemplo la hijoputez), para generar, como las vacunas en los infantes, un equivalente de los anticuerpos. Pero veamos por dónde andan mis sospechas.

De niños nos narraban que Pulgarcito oyó a su madre lamentar su extrema pobreza, agravada por los ocho hijos que debía mantener. Y para ella fue fácil decir «llevémoslos al centro del bosque y abandonémoslos». De tal suerte, en la cabecita infantil que escuchaba esa narración se instalaba una alternativa posible a un problema económico-familiar. Peor aún, ese abandono a merced de lobos y otras bestias ni siquiera ocupaba el centro del relato: no era más que una circunstancia para lucir la inventiva de Pulgarcito, quien fue marcando los derroteros del bosque con piedritas, y el cuento progresaba con nuevas argucias paternales para superar la desesperada inteligencia del niño. Era como si nuestros mayores nos hubieran dado una pequeña dosis de antígeno para que nos preparáramos: «Pudiste haber tenido padres como los de Pulgarcito; a lo mejor te tocaron, pero aún no se ha presentado la oportunidad».

Una vieja canción de cuna española dice:

Duerme mi niño, duerme.
Si no vendrá el Coco
que se lleva a los niños
que no se duermen
a rorró, rorró, rorró.

Pedro Henríquez Ureña (*Romances en América*, 1913) transcribe un par de versiones de *Delgadina*:

Pues señor: éste era un rey
que tenía tres hijitas.
La más chiquita y bonita
Delgadina se llamaba.
Cuando su madre iba a misa,
su padre la enamoraba,
y como ella no quería
en un cuarto la encerraba.

Otra versión, en que Delgadina cambia a «Delgadita» va así:

Todos los días de fiesta
su madre la castigaba
porque no quería hacer
lo que su padre mandaba.

Es evidente que los «castigos» impuestos por la madre para doblegar a Delgadita

reafirman que la autoridad paterna estaba por encima de la dignidad de la niña; que la primera versión surgía de un deseo que la madre tomaba como lícito y la segunda de una censurable insubordinación infantil. Con aquellos cuentos, ¿nos estarían vacunando contra la hijoputez? Así, cuando llegamos a adulto podríamos decir «los niños humildes andan descalzos en invierno porque están acostumbrados». Ante la muchacha violada diríamos «eso sucede con las que se visten provocativamente». Y ante un golpe de Estado que asesina a 30.000 compatriotas, «por fin vinieron las fuerzas armadas a restaurar el orden». Esta manera de argumentar, tan en boga por entonces, trataba de justificar la usurpación de un gobierno elegido por el voto, la tortura del disidente y el genocidio, por un objetivo supuestamente prioritario de restablecer el orden.

IV. La hijoputez diplomática

Por encargo de la Unesco, el meteorólogo argentino Rolando V. García estudió las tremendas hambrunas que se produjeron (o, mejor dicho, se acentuaron) hace cuarenta años en varias regiones del planeta, y que comenzaban a ser atribuidas a la sequía. García encontró que la constante falta de lluvias en dicho periodo no tenía culpa alguna de los desastres, y lo narró en su *Nature Pleads Not-Guilty* (Pergamon Press, 1981). Según este científico, el flagelo del hambre (y, por ende, la muerte de millones de personas) comenzó a empeorar tras la destrucción de la organización socioeconómica de África, perpetrada por el primer mundo luego de otorgarles libertad a sus colonias y mutilar sus mapas. Sucede que muchos de aquellos pueblos eran (o son, ya en menor medida) seminómadas, pues desde hacía milenios migraban cada temporada con sus ganados para abrevarlos en las lagunas y oasis habituales, circulando por pueblos distintos que comprendían y aceptaban dicha necesidad, sobre todo porque era compartida. Pero antes de que los colonialistas europeos se retiraran, desfiguraron el continente, trazando límites políticos que bloquearon las migraciones anuales de gente con su ganado. En *The Roots of Catastrophe* (Pergamon Press, 1982), Rolando V. García y Pierre Spitz describen que en el Sahel, zona africana al sur del Sahara, cientos de miles murieron de hambre y sed junto a las infranqueables fronteras de países que no querían saber nada de ellos. Lo más doloroso es que esta situación sigue ocurriendo año tras año, para terminar de aniquilar lo poco que queda de estos modos de vida, situación que se tergiversa bajo los eufemismos de «diplomacia», «relaciones comerciales» y «guerras interétnicas».

V. Nietos de puta

Se trata de un nuevo síndrome que se va revelando a medida que los hospitales de pediatría prestan más atención a la relación de los pacientitos con sus madres. Técnicamente se le llama «Síndrome de Munchausen por Familiares». La verdadera hija de puta es generalmente la mamá, de ahí lo de «nieto», que trae al hospital a su niño a quien ella misma le ha causado graves daños, mismos que le sigue causando cada vez que el personal hospitalario se descuida. El hijo suele llegar medio asfixiado; ella ruega a los médicos que lo salven y, comprensiblemente, éstos acceden a que se quede a cuidarlo día y noche; pero en cuanto los dejan solos, mami lo vuelve a sofocar hasta el límite con una almohada, repitiendo la dosis todas las veces que sea necesario, para que el auspicio hospitalario y su ayuda no terminen. La almohada no deja rastros, como los dejaría una compresión del cuello o un traumatismo, y es por lo tanto una de las tretas más habituales. A veces, se trata de un lactante que llega desnutrido y con síntomas neurológicos graves, porque la mamá le ha venido aplicando, desde hace mucho tiempo, dosis de sofocación con la almohada, que no lo matan de una vez por todas, para prolongar la estancia de ambos en ese albergue y hasta justificar la ausencia de mujer en su trabajo por cuidados maternos.

VI. Mercaderes de hijos

La situación de matrimonios que no pueden tener hijos y recurren a la adopción es muy común. A una pareja de amigos europeos les sucedió. Ambos estaban ansiosos porque se aproximaba el día en que habrían de recibir en adopción a una nenita angoleña; se ufanaban de haber instalado en su hogar mueblecitos laqueados y objetos que enternecían a cualquiera con sólo mirarlos. Como yo daba por sentado que se trataría de una recién nacida, me sorprendió que esperaran a una niña de cuatro años, pues los primeros días y meses de un bebé son cruciales para conformar su biología y su personalidad, tal y como explicaré más adelante. Era previsible que una africanita a punto de ser entregada en adopción, porque su madre no tenía los recursos para criarla, tuviera a los cuatro años de edad defectos claros. ¿Por qué mis amigos no adoptaron a un recién nacido y sí esperaron, en cambio, cuatro años hasta que les asignaran uno? Me enteraron así de un nuevo mercado. Una pareja adopta clandestinamente a un recién nacido, lo cría amorosamente, lo educa y, tres años más tarde, instalados en su paternidad, aparece una mujer que acredita ser la madre natural más allá de toda duda, sobre todo porque hoy se puede recurrir a pruebas incontrovertibles de ADN. El día que cedió en secreto a su criatura, la madre también había acudido a la policía a denunciar y documentar su desaparición, pero se había cuidado de revelar que sabía muy bien quiénes la tenían. Tres o cuatro años más tarde, por fin declaró haberla encontrado y la policía se la restituyó. Surge el drama: comprensiblemente los padres adoptivos quieren retener a su hijita, ya integrada a sus afectos, además que la niña no domina el idioma de la madre natural. Lágrima más, trámite menos, esta madre accede a renunciar formal y oficialmente a su derecho a cambio de un pago de cien o doscientos mil euros. La suma, claro, varía; pero la práctica está tan difundida que muy pocos matrimonios se atreven a recibir espontáneamente a un bebé de los que antiguamente se abandonaban en una canastita en el portal de una mansión.

VII. La tortura divulgada

Hasta hace pocos siglos no había cárceles para los pobres. Se torturaba y ejecutaba al condenado, se le fracturaban los huesos en una rueda de carro, montada en el extremo de un poste a 10 metros de altura, para que el populacho y los nobles gozaran del espectáculo. En cuanto moría, era degollado y su cabeza se exhibía en la punta de una lanza. Así, la destinataria de la tortura era la sociedad: «de esta forma te vamos a tratar si te descarrias. Pon las barbas a remojar». Hoy la humanidad está apretando la tuerca con un nuevo giro de hijoputez. Los horrores de lo que realmente comete el poderoso se fotografían, graban o filman con repulsivo detalle, y luego se simulan filtraciones indiscretas para que las evidencias puedan mostrarse en la primera página de los diarios o en todos los televisores del mundo. Por ahora, sólo finge el poderoso cuando señala que las fotos de torturados en Guantánamo y Abu Ghraib no son oficiales, es como si se pretendiera convencer a la sociedad de que no preste atención a los martirios y atrocidades, sino que, al no ser oficiales, esas fotos son trucadas y no muestran nada. Hasta llegan a menospreciar las noticias como vulgares libelos.

Pero el propósito y el efecto buscado es exactamente el que se conseguía con el catafalco en la plaza pública, la rueda de carro enarbolada con el cuerpo roto del condenado, la jaula de hierro colgada en la puerta de la ciudad, con la víctima muriendo de hambre y sed ante los ojos de todo el mundo. Luego vendrán eruditos análisis que sólo leerán los intelectuales, y todo puede acabar en una carta de denuncia con muchas firmas.¹¹

¿Cómo castigar a quien se sorprende dañando un haya? [...] Se le arrancan las tripas, se le ata con ellas al tronco y se le obliga a correr alrededor del haya hasta que quede enroscado.

A. Schultz, 1892

Los castigos afectaban, principalmente, a las clases bajas. Las penas de mutilación eran castigos redimibles, es decir, el reo podía eludirlas mediante el pago de una fianza. «Lo que nos sorprende en la crueldad de la jurisprudencia de la tardía Edad Media, no es su morbosa perversidad, sino el regocijo bestial e indiferenciado, el espectáculo de feria en que el pueblo convertía aquello.» (Johan Huizinga, historiador y filósofo holandés, 1975).

¿Pero para qué irse a la Edad Media? Recientemente, la señora Sakineh Mohammadi Ashtiani, acusada de adulterio, fue condenada por una corte iraní a una serie de castigos. Ya recibió 99 latigazos y está programado que se la entierre hasta el pecho y sea muerta por una lluvia de pedradas. Ante el hecho de que Manucher Mottaki, ministro de Relaciones Exteriores de Teherán, acaba de confirmar que la condena sigue su curso, infinidad de personas de todo el mundo, con criterios distintos sobre adulterio, culpabilidad, pena de muerte, crueldad y credos religiosos, están presionando

desesperadamente a las autoridades iraníes, con todos los medios a su alcance.¹²

VIII. África, víctima por excelencia de la hijoputez humana

África es la cuna de la humanidad, pues cuando el *Homo sapiens* salió de dicho continente a poblar Asia y Europa, hace unos sesenta mil años, ya era «un modelo terminado»,¹³ y tenía incluso la capacidad de generar lenguajes (cualidad específicamente humana); es decir, eran seres humanos, como lo siguen siendo hoy día, que se disponían a poblar un mundo donde sólo había animales. Por eso resulta más paradójico e infamante que a través de injusticias, mentiras, incursiones armadas y crueldades inauditas, los africanos hayan sido convertidos en *el otro* por excelencia, para ser sistemáticamente discriminados y despojados de todo, incluidos oro, gemas, territorios, especies animales y vegetales, y hasta sus derechos y dignidad. En su libro *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization* (Rutgers University Press, 1987), Martin Bernal sostiene que, como parte de esa rapiña degradante, el racismo de los sabios europeos, sobre todo los del siglo XIX, ocultó que muchas de las grandes contribuciones originarias del conocimiento humano habían sido hechas por los negros africanos, y que se optó por atribuírselas a Egipto, Babilonia y Grecia. Por otro lado, Walter Rodney, en su *How Europe Underdeveloped Africa* (Howard University Press, 1981), muestra el concertado esfuerzo bélico, económico y político realizado por Europa a lo largo de los siglos, mismo que hundió en la miseria, la desesperanza y la dependencia a los negros del África; realidad cuyos aspectos más actuales se ilustran en libros como *Ébano*, *El emperador* o *Un día más con vida*, del periodista viajero Ryszard Kapuscinski.

Esa rapiña y abuso omnipresente tuvieron y siguen teniendo alturas de sublime hijoputez. Así, entre 1440 y 1870 se llevó a cabo un tráfico de esclavos que sentó las bases de muchas economías planetarias.¹⁴ Los africanos, hombres y mujeres, luego de su captura, eran transportados en barcos, sin ropa, ensardinados unos junto a otros y engrillados todo el tiempo; situación en la que hacían sus necesidades, unos sobre otros. Sólo eran soltados cuando presentaban algún tipo de enfermedad (tifus, cólera u otras), porque los contagios podrían provocar la muerte de otros esclavos. Y sí, sólo así los liberaban, pero para ser arrojados al mar. Dada la lentitud de los navíos de aquel entonces, si había una merma del 30 por ciento en el número de esclavos, durante el tiempo que duraba el viaje desde África hasta América, ésta era considerada como satisfactoria. Pero los documentos concuerdan en que si la pérdida era mayor a ese 30 por ciento, se le tiraba de las orejas al transportista, pero por la pérdida de dinero que dicha merma implicaba, no por las vidas humanas tiradas al mar.

Luego, los colonialistas llevaron a cabo un macabro proceso que en otro punto llamo «africanización», por el cual embotaron el continente africano, a través de una sistemática destrucción de su aparato cognitivo, mediante la catequización.

Así, periódicamente los medios europeos informan que «piratas somalíes» atacan y

abordan pacíficos barcos europeos. A veces, no dejan de señalar que se trata de «piratas» curiosamente humanitarios, en el sentido de que jamás lastiman, matan o dejan de alimentar a los pasajeros y tripulantes de los barcos abordados, a quienes al final les permiten proseguir su viaje en paz. Pero esa imagen intimidante de barcos de «piratas» negros, comenzó a reinterpretarse cuando se filtró que Europa envía regularmente barcos-basureros cargados de desechos radiactivos de los reactores atómicos que generan electricidad para las ciudades del viejo continente, y también billones de baterías eléctricas inservibles, que contienen ácidos, plomo, cadmio, níquel y otras sustancias tóxicas, y que son arrojadas al mar, frente a las costas africanas, con lo cual envenenan las aguas e intoxican a todo ser vivo (plantas, peces o personas). Esto es a lo que los extraños barquitos de piratas somalíes tratan de oponerse hasta donde les da el cuero, teniendo por supuesto a todos los medios informativos del mundo en su contra. Todas las fuentes informativas, tales como las cadenas de TV, radios y periódicos se siguen refiriendo a los somalíes como «piratas», una calificación que oculta el porqué los somalíes no quieren que entren buques de carga a usar sus costas de basureros de radiactividad y pilas eléctricas de desecho. Los medios de comunicación censuran hasta el menor argumento esgrimido en defensa de sus derechos. Fue así como comenzó a considerarse lícito someter a los africanos a vivir en medio de basura particularmente ponzoñosa.

Antes de finalizar este apartado, es importante señalar que cuando se enlista a los grandes genocidas del siglo XX, la enumeración es encabezada por asesinos de la calaña de Hitler, Stalin, Franco, Salazar o Pavelic; pero, curiosamente, no se incluye a personajes como el rey Leopoldo II de Bélgica, quien en la década de 1920 mató a sangre fría a alrededor de treintaicinco millones de congoleños, con el simple procedimiento de sembrar estratégicamente la viruela. En cierta conferencia a la que fui, donde alguien mencionó a los grandes genocidas y holocaustos del siglo pasado, pregunté por qué se dejaba fuera de la lista tanto a las víctimas como a los asesinos de africanos, a lo que el orador respondió: «*Oh, that's another story*» (ese es otro asunto). Evidentemente, ya que no pudieron quitar a los africanos del mapa ni de la historia del saber, se contentaron con segregarlos a una historia aparte.

IX. La explotación del otro, aunque sufra

Como detallaré en el capítulo tres, para vivir en este planeta es necesario estar insertados en una cadena trófica que nos obliga a nutrirnos de otros seres vivos. Sólo los humanos tenemos la opción de ser enterrados y, como a la mayoría de seres orgánicos, que nos coman los gusanos, o de ser incinerados y que nos convirtamos civilmente en contaminación ambiental. Pero aunque al final incineren nuestro cuerpo, antes de ello respiró, defecó, se le cortó el pelo y las uñas, descamó su piel y todo ese material que es pan para otros organismos. La inserción en la cadena trófica en que unos animales están forzados a nutrirse de otros (carnívoros, herbívoros, descomponedores primarios, secundarios, etcétera) es tomada con una elasticidad tal, que parte desde técnicas alimenticias que no causan dolor (no creo que si alguien come puré, la papa padezca sufrimiento alguno) y llega a convertirse en varios tipos de hijoputeques que dependen de infinidad de criterios.

También los pueblos aborígenes matan animales para comer, pero suelen establecer con ellos una relación distinta que la del habitante citadino que compra carne vacuna de terneros y pollos criados en jaulas donde apenas se pueden mover, y se los llega a privar de hierro porque así la carne es más pálida, más tierna y alcanza precios más altos en el mercado. En los restaurantes de las costas de Nueva Inglaterra el cliente escoge langostas vivas, amontonadas en acuarios con las pinzas trabadas, para que no se maten entre ellas, y que luego son arrojadas a ollas con agua hirviente en las que mueren silenciosamente pero con contorsiones inconfundibles en los minutos que dura su agonía. El parroquiano que seleccionó su langosta regresa a su mesa satisfecho de que comerá carne fresca.

En algunos pueblos de Mesoamérica azuzan chivos para que huyan hacia donde está el populacho, que se divierte matándolos a garrotazos. En otros, con el propósito de extraer toda la sangre que se pueda, cortan una de las carótidas de algún buey, caballo o cerdo, que al desangrarse muere asfixiado en medio de una agonía espeluznante. Los ciudadanos de urbes numerosas estamos más alejados de rastros, mataderos y frigoríficos, por eso tenemos que enterarnos de estas cosas a través de libros como el de Eric Schlosser.¹⁵ También los aborígenes de algunas culturas deben matar y comer otros seres; no obstante, por vivir más cerca del ganado que se comen, tienen rituales con los que agradecen al espíritu de los animales que no tienen otra alternativa que matar, porque buscan que dicho espíritu regrese para que procreé y se compense la pérdida ocasionada por su muerte. A estos aborígenes tampoco se les escapa que al comer de ese animal, su carne será mañana parte de su propio organismo, y hasta su espíritu teñirá su propia personalidad. Luego se ponen nombres de los animales que admiran: León, Paloma, Lobo, Camello. Pero el ser humano no se limita a matar animales sólo por necesidades alimenticias o pasatiempos perversos, como la tauromaquia¹⁶ y las peleas de gallos. También caza niños, les extrae sus órganos y los vende para trasplantarlos. En un

caso parecido están los albinos que viven en algunas regiones de África pues, al atribuirles cualidades mágicas, les quitan brazos y piernas a hachazos para venderlos como talismanes o trozos de huesos que se desecan, muelen y son muy cotizados por sus supuestos poderes afrodisíacos. Y como son muy fáciles de detectar entre personas negras, es difícil que puedan esconderse.

X. La remota hijoputez de los grandes líderes

Las guerras modernas son habitualmente hechas por unos pocos individuos que poseen gran poder (líderes nacionales, estadistas respetados), quienes en general actúan aconsejados por sus más inteligentes estrategas, a través de una deliberación calmada, por convicción y rectitud moral. A pesar de que los cuadros los pinten blandiendo su espada a la vanguardia de sus escuadras, los generales están en verdad muy alejados del frente de batalla; normalmente, dejan su espada en el guardarropa y entran a sus despachos para dar órdenes de aniquilar al «enemigo» sin más agresión o emoción que cuando ordenan al jardinero cortar el césped o regar los jazmines. Hoy el guerrero dispara cohetes o arroja bombas sobre un enemigo a quien no ve y con quien ni remotamente se traba en combate. Quien acaso llega a ver cara a cara al enemigo, allá en el frente, es un albañil, un verdulero o un colchonero que ha sido cazado en una leva, disfrazado de soldado raso y enviado a pelear. Su conducta no es instintiva, sino dirigida por el Estado. El biólogo Jean Rostand opina que en la guerra el hombre es mucho más una oveja que un lobo. Teme, acata, obedece. La guerra implica credulidad, servilismo y cierto fanatismo, pero no agresión del tipo que estoy revisando para ver si encuentro pistas de hijoputez.

XI. El mal y el bien manejados como si estuvieran depositados en una cuenta corriente

Hay personas que hacen favores sin que alguien se los pida, como pago por adelantado o indemnización de las hijoputezas que luego se sienten autorizadas a cometer. La variedad de ejemplos es enorme, pues incluye al capo de la mafia, quien sostiene el colegio religioso de su hijita y siente que con ello resguarda la salud moral y la tradición de la grey, al punto de que él también se siente autorizado a eliminar a quien juzga como vil e indeseable. También pertenece a esta fauna el padre que se sacrificó (prestemos atención al significado de esta palabra) para criar a sus hijos, mandarlos a colegios severamente autoritarios, y que ahora, transformándose en una suerte de Lecho de Procustos, se cree con derecho a estrujarles la vida para adaptarlos, cual si fueran el pie de una niña china. Y en esa guisa tenemos la famosa venta de indulgencias, que fue uno de los desencadenantes de la Reforma Luterana; al militar y su cómplice clerical que se proponen sanear moralmente a sus compatriotas, labor que define como «sagrada» (otra vez lo sagrado como excusa de la hijoputez) y por lo tanto les hace sentir que están exculpados de cometer torturas y asesinatos.¹⁷

En su libro *Tácticas de poder de Jesucristo*, Jay Haley expone un esquema mental que, a pesar de ser complicado, encierra la quintaesencia del mecanismo de la hijoputez que estoy tratando en este punto. Un miembro de una familia «se sacrifica» (de nuevo la palabreja), pagando con su salud mental si es preciso (Haley lo ofrece como una explicación de ciertos tipos de esquizofrenia), y crea una situación familiar de la que él, enfermo y todo, es el centro que rige el destino de sus parientes. De modo que la versión religiosa de este mecanismo pone a la Iglesia como banquera que maneja la cuenta corriente: uno transgrede, se confiesa (o compra indulgencias), es perdonado y, saldada la cuenta, queda en libertad de volver a transgredir y repetir el ciclo. Pero como veremos más adelante, los neurobiólogos de hoy están encontrando que los organismos tenemos una suerte de sensor interno que nos reprimina y castiga cuando actuamos en detrimento de nuestros congéneres. El punto es que, en el caso humano, este mecanismo admite ajustes tipos ahorro-y-préstamo o crediticios, con los que el hijo de puta puede acumular un capital de virtud a través de buenas acciones, para luego suponer que ha pagado por adelantado su derecho a transgredir.

XII. Del engaño y la mentira al cognicidio

Todo organismo necesita interpretar eficazmente la realidad en que vive; de lo contrario, se perjudica y perece. De ahí que una de las formas fundamentales, ancestrales y universales de la hijoputez consista en engañarlo. Algunos ejemplos harán esta forma de hijoputez meridianamente comprensible. Un virus es tan simple que no tiene manera de reproducirse a sí mismo, como sí ocurre con un gorrión o un yagareté. Entonces ¿cómo se multiplican los virus hasta producirnos virosis explosivas, en el sentido que implican su reproducción de billones y billones en tan pocas horas? Proceden así: «engañan» a las células para¹⁸ que los dejen entrar en su citoplasma y sean los aparatos de síntesis de ADN, ARN y proteínas los que fabriquen los virus que habrán de matarlas.

Ciertas polillas tienen unas marcas circulares en las alas, que vistas en su parte posterior parecen dos grandes ojos. Al sentirse perseguida por una araña (las arañas son cegatonas), la polilla da media vuelta, se aleja, y la araña interpreta que esos ojos enormes han de pertenecer a un bicho con el que ella no puede animarse a contender y desiste de perseguirla. Hay orugas que secretan una sustancia pringosa, con la cual consiguen que se les pegoteen en el cuerpo trocitos de hojas secas desparramadas por ahí, por lo que ahora la oruguita se ve mucho más grande, pues es un gusanito disfrazado de viborita y escapa. Una flor carnívora adopta la forma y el color que busca la abeja para nutrirse con su néctar, pero cuando ésta llega a ella y penetra para libar, la flor se cierra y atrapa a la abeja, que es un alimento rico en nitrógeno.

Cuando una gallina y un gato son atacados, erizan sus plumas y pelos, respectivamente, y el agresor los percibe mucho más grandes de lo que en realidad son, por lo que juzga prudente no atacarlos. También el camaleón se ha hecho experto en evitar que lo ataquen con sólo parecerse al medio que lo rodea; o algunas variedades que en su cardumen adoptan formas tan imponentes que sus cazadores se intimidan y desisten de perseguirlos. Hay ejemplos que apasionan de tan ingeniosos; demorémonos en detallar uno más: los topos son especialistas en cavar; avanzan horadando el terreno en busca de raíces, lombrices y bichitos que viven escondidos en la tierra, a centímetros por debajo de la superficie. Pero esas lombrices y bichitos se han hecho muy sensibles a la vibración que produce un topo que viene cavando hacia ellos, por lo que, al captarlas, huyen hacia la superficie. Pues bien ¡hay tortugas y grullas que han aprendido a golpetear la tierra, como si imitaran las vibraciones generadas por los topos al cavar la tierra! y con esto consiguen que la superficie de la tierra se pueble, en tan sólo unos segundos, de bichitos que salen para «salvarse del topo», lo que las tortugas y las grullas aprovechan para devorarlos.

Con estas fértiles tretas evolutivas, el *Homo sapiens* resulta ser un consumado artista del engaño y la mentira.¹⁹ Nos peinamos, vestimos y adoptamos maneras de comportarnos y hablar que nos hacen ver más sanos, inteligentes y capaces de lo que en realidad somos. Una dama usa vestidos con escotes, zapatos con correas reducidas que

permiten lucir el pie desnudo, de modo que sexualmente se vea más seductora; acentúa esta sexualidad con perfumes y pintura para labios, ojos y uñas; adopta un lenguaje con el que acaso finja pertenecer a una clase social y económica superior a la suya. De igual manera, el político recurre a usar cierto tipo de palabras, trajes y peinados; se fotografía con su familia y su perro en un lugar apacible de su casa. Y sonríe. Hasta el más truhán logra aparecer en las fotos como un candidato moralmente sano y responsable. En algunas de éstas, carga con sus brazos a algún bebé desconocido en un acto público para que el retrato sugiera que es humano, sensible y protector.

Pasemos al *cognicidio*. Con este término que inventé alguna vez y me acostumbré a usar, presentaré una forma de hijoputez que es un tanto sutil en su concepción, pero no menos repugnante en la práctica. Consiste en destruirle al ser humano la herramienta que viene utilizando desde los albores de la prehistoria: el conocimiento. En realidad ya me he referido a ella en el punto ocho. Combina varios factores.

Una forma humana de evolucionar hacia maneras más eficaces de interpretar la realidad (por ejemplo, del animismo al politeísmo, y luego al monoteísmo) es ir descartando las maneras superadas. Pero los sacerdotes siguen sacando provecho de formas perimidas para engañar e idiotizar a la masa. Por ejemplo, en una sociedad monoteísta resulta obvio y hasta natural creer en milagros y aceptar dogmas. Pero para que la plebe siga creyendo en éstos, convertidos ahora en meras patrañas, esos sacerdotes boicotean las nuevas maneras de conocer (por ejemplo, la ciencia moderna), apoderándose del aparato educativo de su patria. Un ejemplo cercano es la destrucción sistemática del laicismo argentino a partir del 6 de septiembre de 1930,²⁰ con macabros rebrotes en 1943, 1946 y 1966, cuando se dejó cesantes y encarceló a profesores. Esta restricción del conocimiento es la quintaesencia del fundamentalismo. Hubo culturas islámicas que se lanzaron con entusiasmo a «jugar a la civilización occidental», pero les fue como en feria, pues pronto descubrieron que muchas de sus costumbres ancestrales eran ahora consideradas perversiones atroces (la discriminación y maltrato a la mujer, la tortura y asesinato del disidente, la ley del talión como método habitual de controlar usos y costumbres). En el siglo III de nuestra era, para proteger al imperio chino de los ataques de nómadas xiongnu de Mongolia y Manchuria, e impedir sobre todo que pudieran pasar con sus caballos, el emperador Qin Shi Huang comenzó a construir una enorme muralla (llegó a medir más de ocho mil kilómetros). Otra versión señala que para frenar la muerte que venía desde el norte, el emperador no solamente dispuso la construcción de la famosa muralla, sino que mandó quemar todos los libros sagrados en que basaban su credo las generaciones anteriores. Otros ejemplos más documentados fueron las quemas de biblias escritas en hebreo en muchos lugares de Europa, o prohibir su traducción a idiomas que el pueblo pudiera entender (del hebreo, griego y latín, al alemán, inglés y francés) y la quema de libros de matemática moderna «por ser subversiva» en la Córdoba, Argentina, del siglo XX.

Una forma menos obvia, pero no por ello menos maligna, es el adoctrinamiento de los

niños en la creencia de dogmas que perjudican su capacidad de interpretar la realidad, práctica que llevan a cabo impunemente incluso en países que se dicen laicos.

XIII. El «sunicuhijo»

Desde 1820 hasta la abolición de la pena de muerte en su Constitución de 1978, España utilizó un dispositivo de tortura denominado «el garrote vil». El prisionero era sentado de espaldas contra un grueso poste que tenía un orificio ubicado a la altura de su cuello. Por éste se introducía una soga que rodeaba su garganta y emergía del otro lado, donde se insertaba entre la soga un garrote que luego era rotado por el verdugo, hasta estrangular al condenado. Delante de éste se ubicaba un sacerdote, quien sostenía un crucifijo frente a su rostro, para que la víctima rezara el Credo mientras el verdugo hacía girar el garrote y tensaba la cuerda. El público habitual era tan entendido en este tormento que hasta calculaba el tiempo en el que se produciría la muerte y llegaba a hacer apuestas. La experiencia mostraba que el promedio de sacrificados sólo alcanzaba llegar al «sunicuhijo» del Credo. La oración iba (va) así: «Creo en un solo Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible, y en Jesucristo, su único hijo...», y hasta este punto dejaba de rezar el reo, por lo que el habla popular llegó a fundir estas tres últimas palabras en el mentado «sunicuhijo». Durante el espectáculo, no era extraño que quienes habían apostado que el condenado excedería el «sunicuhijo», alentara a la víctima a resistir y continuar rezando, para proteger su dinero; o que en el caso opuesto, lo insultara si lo veía sucumbir tempranamente. Con el tiempo, se hizo común que cuando alguien veía a un matrimonio mal avenido opinara: «éstos no llegan ni al sunicuhijo», o que se usara también dicha expresión para referir un calzado de mala calidad, o a boxeadores ya exhaustos en el segundo round u otras circunstancias que se preveían como poco duraderas.

XIV. Vlad Tepes (el Empalador)

Hijo de Vlad Dracul, «el diablo», príncipe de Valaquia, antiguo principado danubiano que formó con Moldavia el reino de Rumania, y nieto de Mircea el Grande, soberano de Valaquia (1368-1418). Se estima que nació allá por 1428 en la ciudad de Sighisoara, Transilvania, situada en la región de Brashov y que había sido fundada en 1280. Su padre residía allí en una mansión que todavía se conserva (conocida también como el castillo Bran). Drácula proviene de «Draculea»; la terminación «ulea» en rumano quiere decir «hijo de», lo que permite traducirlo como «El hijo del diablo». En el año 1459, Vlad Tepes «Drácula» ordenó empalar a algunos rebeldes destacados y arrojar al fuego a otros, siendo éste sólo el macabro y tortuoso inicio de su carrera de crueldades. Favorecido por la suerte, logró atrapar a Dan Voeivod, el más peligroso de sus adversarios, en la primavera de 1460; lo obligó a cavar su propia tumba y asistir a sus funerales *antes* de hacerlo decapitar. En una carta dirigida al nuevo soberano húngaro Matías Corvino (1458-1490), comentaba haber acabado con más de veinticuatro mil enemigos, pues había hecho amontonar y contar sus cabezas, sin considerar a quienes murieron en sus casas incendiadas. Aquí sólo quería incluir a Drácula entre los hijos de puta indiscutibles, o cuyo caso, al menos, me interesa en particular porque brinda numerosas pistas que trataré en su momento.

XV. Genocidio

Es la más humana de las hijoputece, en el sentido de que no conozco un solo organismo no humano que practique el exterminio sistemático de sus congéneres, ya no digamos para alimentarse, sino sólo por exterminar. Como ejemplo, una manada de leones caza una cebra, de la cual se alimentan todos sus miembros. Si hubiera una cepa de leones en la que cada uno recurriera a cazar su propia cebra, sería demasiado caro, ecológicamente hablando, y el despilfarro energético descompondría cualquier cadena trófica. Más aún, la frugalidad energética de los leones los ha obligado a generar una suerte de sistema en el que los diversos miembros de la manada toman un turno para poder comer de una misma presa. La sociedad de los leones, si se me permite llamarla así, ha instaurado que el macho dominante mate los cachorros del rey anterior; de no hacerlo la leona seguiría amamantándolos, no ovularía, no aceptaría que el león copule con ella ni quedaría preñada.

En contraste, el genocidio no involucra una sola de las funciones biológicas de la muerte silvestre de los organismos,²¹ tales como dejar lugar y recursos que permitan un recambio de individuos mediante el cual las especies prosperen y evolucionen. El genocidio implica matar a muchas personas con el objetivo expreso de eliminarlas y, de ser posible, que no dejen descendencia. Parece constituir entonces un fenómeno puramente cultural.

Se suele llamar «des-subjetivización» al proceso por el cual se intenta quitar a una persona su rango de individuo y «cosificarlo». Según Hannah Arendt, en la primera etapa de este proceso se convierte al sujeto en apátrida, por lo cual queda sin nacionalidad y pierde cualquier protección legal, es decir, nadie se hace responsable de él. En la segunda etapa, el sujeto es atacado en su persona moral: se le degrada, reemplazándole el nombre y apellido por un número tatuado en el brazo. Cuando para el genocida estos sujetos ya no son personas, sino cosas, en una tercera los extermina físicamente y los crema como basura.

Los mexicanos usan la palabra «ninguneo» para referirse a quien es desconocido a propósito, así como el poderoso que deja de tener en cuenta a algún subordinado y lo ignora ostensiblemente, «cancelándole» su singularidad.

Cuanto menos uno cree ser, más soporta. Y si cree ser nada, soporta todo.

Antonio Porchia

En la película *Pasqualino Settebelleze*, de Lina Wertmüller, Pasquale Frapuso (caracterizado por Giancarlo Giannini) es un prisionero italiano en un campo de concentración nazi que recibe de la jefa de dicho campo una pistola para matar a su amigo (Fernando Rey) frente al resto de los reclusos. El objetivo de esta mujer es

demostrarle a Pasquale y a los demás prisioneros que toda su cultura, visión del mundo, ideas políticas, valores y credos han caducado; que él es «nadie», al igual que su amigo.

Pero ¿para qué irse a la segunda guerra mundial? Recientemente, en septiembre de 2010, los gitanos residentes en diversos países de Europa comenzaron a ser expulsados. Lo notable es que la unificación de Europa adoptó una suerte de Doctrina Monroe para los europeos, en la que esta minoría étnica no fue tomada en cuenta, a pesar de ser europea.

XVI. Prostitutas que transcurren sus últimos días entre hijos de puta

Jesusa Rodríguez y Liliana Felipe, artistas y activistas sociales, además de amigas mías y líderes feministas, se enteraron de la manera en que suelen transcurrir sus últimos años las prostitutas viejas de, digamos 70-80 años. Las prostitutas viejas casi no tienen acceso a la farmacología ni a la cirugía moderna. Sus últimos años son extremadamente penosos. Pero Jesusa y Liliana se enteraron de que así y todo ¡viven del ejercicio de su vieja profesión! ¿Quién paga por sus servicios? Albañiles, pordioseros, obreros en las últimas como ellas, que disponen de uno o dos dólares. Pero aquí viene la hijoputez que quería mencionar en este punto: los ladrones suelen atacarlas y quitarles el dinero, pues saben que esas mujeres no tienen ya fuerza física ni respeto como para reclamar justicia.²² La mismísima policía figura entre sus victimarios más habituales.

XVII. Schadenfreude

Este término alemán se suele usar sin traducir, como tampoco se traducen aleluya, ojalá, *allegro moderato*, amén, etcétera, y que, aunque no haya una traducción exacta de esta expresión en lengua alemana, *Schadenfreude* alude a un sentimiento de alegría por el sufrimiento y la infelicidad del *otro*. Así como la vergüenza ajena nos abochorna por identificarnos con el papelón ajeno, con este término sucede al revés: se goza con el mal que padece otra persona. Es muy laxo, pues si vemos que un ladrón golpea y le arrebató la cartera a una ancianita, luego, al intentar escapar, cruza la calle y lo atropella un camión, es muy difícil no gozar del desenlace. Se llega a admitir que *Schadenfreude* es la alegría más bella, ya que es sincera. Arthur Schopenhauer decía que sentir envidia es humano, pero que gozar el *Schadenfreude* es diabólico.

XVIII. El derrumbe de la esperanza ajena

En su ópera *Il prigioniero*, Luigi Dallapiccola presenta a un monje en una mazmorra, a quien la Inquisición ha supliciado a tal punto que una sesión más de tortura lo mataría. Sólo le resta morir; no se le puede seguir torturando. Pero de pronto, escucha una voz misteriosa que le llama *fratello* y lo alienta a fugarse. Sin embargo, todo estaba planeado de antemano, pues luego de escapar es atrapado en el jardín. Con ello, queda claro que, al no existir algo más que destruir en la vida de ese hombre, la Inquisición le forja una esperanza con el objetivo de malogrársela.

XIX. ¿Por qué es tan frecuente la corrupción?

Cuanto más elaborado (mejor, más fino y más alejado del azar) es algo, más expuesto está a que se corrompa y arruine. Sólo cuando se corrompa casi al máximo, el proceso de corrupción, irá amainando.²³ Que algo «ande a la perfección» requiere de algo parecido a un costosísimo milagro. Por eso, la vida se tomaba antiguamente como milagro.

También el hecho de hacer funcionar correctamente un país moderno es poco menos que un milagro. Hace falta que las diversas secretarías de Estado (educación, salud, comunicación, seguridad, transporte, economía) sepan de la ciencia y la tecnología de las que depende el tremendo alejamiento del equilibrio espontáneo. Pero aquí viene la sorpresa: la corrupción (de fábricas, aparatos, organismos vivos, trámites oficinescos) constituye un medio rico para que florezca una fauna capaz de provocar desórdenes malignos, es decir, hijoputeces.

Aun los desastres naturales (inundaciones, aludes, sequías, incendios) están plagados de huestes corruptas que sacarán provecho de trastornar la distribución de comida, ropa, agua, medicamentos y demás donaciones hechas por personas de bien, organizaciones y gobiernos extranjeros. Es triste reconocerlo, pero durante los desastres naturales hay que acudir al Ejército y a la Policía para imponer toques de queda y evitar que lleguen rateros a robar y, peor aún, a violar durante la noche a mujeres y niños. Huelga señalar que en los países del tercer mundo tales contingencias son más frecuentes y tremendas, porque en éstos el desarrollo de las formas más modernas de interpretar aún no están debidamente desarrolladas. En el desastre de Haití (un maremoto seguido de tormentas infernales), ocurrido en 2010, los elementos de rescate que llegaban en grandes aviones, no podían salir de los aeropuertos porque eran inmediatamente asaltados por desesperadas turbas de heridos muertos de hambre y de sed. Se trató de un caso extremo, pero lo que quiero señalar es que ahí se mezclaron la corrupción natural y la artificial, la desafortunada y la delictuosa.

Para que todo ande bien hace falta hacer además otro costoso esfuerzo. Así, todo fabricante de automóviles sabe que debe producir repuestos que saldrán a la venta el mismo día que los coches flamantes, porque habrá choques y desperfectos que los harán necesarios. Mecánicos, dentistas, médicos, ambulancias, bomberos y rescatistas no dejarán de tener tarea, porque siempre habrá para ellos una multitud de desperfectos automovilísticos, caries, indigestiones, incendios, barandas de contención que ceden. Hay expertos en fraguar y provocar guerras interétnicas (por ejemplo, entre dos sectas fundamentalistas que poseen rifles con miras telescópicas, pero no calzado), o conflictos de magnitud internacional, como si se tratara de una alternativa válida del marketing. Y ya ni me voy a referir a quienes financian estas operaciones multimillonarias y están en posición de comprar diputados y secretarios de Estado para que los conflictos ocurran.

A medida que las cosas funcionan con un grado cada vez más alejado del espontáneo, la tendencia a desorganizarse y corromperse es más intensa y, en cuanto un sistema se

descompone y corrompe, se transforma en campo fértil para que brote la hijoputez.

La hijoputez es extremadamente heterogénea

Doy por sentado que cuando Thomsen ponía un objeto de bronce en el armario de los bronce, o uno de piedra en el de las piedras; o cuando Linnaeus ubicaba una planta en tal o cual esquema taxonómico, no se les presentaba mayor problema conceptual. Análogamente, la anterior enumeración de 19 grupos de hijoputeces no busca establecer «armarios conceptuales» o imponer taxonomía alguna. En este entendido, me sucedió algo similar que a los antiguos clasificadores de animales, a quienes siempre se les aparecían bichos difíciles de catalogar «¿Dónde poner este animal que obviamente es un pez, pero que no tiene escamas?» «Los ornitorrincos son mamíferos, pero ¡ponen huevos!» En tales casos, nomás los clasificaban como «animales impuros» y hasta evitaban comérselos. Lo mismo le sucedía a los astrónomos primitivos: veían estrellas que no cruzaban el firmamento con trayectorias regulares, sino que andaban errabundas, y por lo tanto las llamaron «planetas».²⁴ Incluso Dmitri Ivanovich Mendeleyev (1834-1907) tuvo problemas al diseñar su famosa tabla de los elementos. Tuvo que dejar lugares vacíos y elementos flotando.

Vimos hace unas páginas que, cual si fuera un Mendeleyev o un Linnaeus de la hijoputez, Camilo José Cela creyó haber encontrado las nueve señales del hijo de puta, y en su lista mezcló, sin inmutarse, características biológicas, psicológicas y culturales.

Cada vez que nos topamos con realidades difíciles de catalogar, los científicos naturales entendemos que hay causas subyacentes y que nuestros prejuicios son todavía primitivos para dar cuenta de las aparentes mezclas y anomalías. La gran heterogeneidad de las hijoputeces se debe probablemente a que cada una resulta de la mezcla de componentes básicos distintos, como quien con cinco licores puede preparar un gran número de diferentes cócteles. Pero aún estamos en el capítulo uno. ¿Qué ganamos con querer sacar conclusiones ahora mismo? Mejor sigamos estudiando el problema pues, como argumentaré, la mayoría de nuestras interpretaciones tienen un fuerte componente subjetivo que, a veces, es el principal.

La escalera al poder es como la escalera a la infamia, en cada escalón se van dejando jirones de dignidad.

Catalina A. Rotunno

¿No podría ser un poco más sutil?

Una de las razones que me llevaron a desarrollar este ensayo, en la cuasi-clandestinidad, es la grosería de la expresión «hijo de puta» y la fatigosa serie de aclaraciones que me siento obligado a dar cuando sale a la luz que estoy ocupado en dicho tema. Por momentos fui probando y descartando palabras como «perverso», «injusto», «cruel», «maldito» y muchas otras.

En la comunicación oral participan señales no explícitas y a veces ni siquiera conscientes, de las cuales daré aquí sólo un par de ejemplos. La evolución ha ubicado en la cara la mayor parte de nuestros transmisores y receptores de señales. Cualquiera podría hablar de espaldas a un amigo, pero en cuanto éste escuchara algo insólito, demasiado importante o novedoso, se volvería para mirar la cara del que habló para tratar de recoger información complementaria. Por ejemplo, si hizo un gesto grave, si se ruborizó, si bajó la cara avergonzado, si está contento, si las lágrimas resbalan por sus mejillas. El emisor expone su rostro para permitir que quien le escucha pueda verlo y recoger toda la información que complementa lo enunciado. No tengo experiencia directa en los siguientes ejemplos verbales, pero me imagino que nadie podría comunicar cabalmente «me voy a casar con tu abuelita», o «violé a una niña de cinco años», o «asesinemos al profesor de escritura» sin que para ello bastara sólo la frase oral. En un próximo capítulo me estaré refiriendo a que un bebé de meses todavía no habla ni entiende lo que se le dice, sin embargo las madres les hablan, les explican, les hacen bromas y así consiguen que ese niño hable luego la lengua materna. Sucede lo contrario si nadie le dirige la palabra, ese niño acabará siendo idiota o esquizofrénico.

Maneras de interpretar la realidad

Lo que distingue a un científico no es qué cree, sino cómo lo cree.

Bertrand Russell

Que exista o no la hijoputez, o algún fenómeno que se pueda englobar bajo ese nombre, depende de nuestra manera de interpretar la realidad, sobre todo porque las hijoputeces incluyen facetas subjetivas que pueden hacer naufragar cualquier planteamiento en un mar de pareceres. Hasta donde pueda, me esmeraré por interpretarla «a la manera científica». Pero dado que también la ciencia es algo tan cambiante y plagado de malentendidos, conviene que la bosqueje desde mi punto de vista.

La ciencia ortodoxa (la que se puede consultar en cualquier enciclopedia o texto para asignaturas escolares) y las personas que son incapaces de interpretar la realidad de manera científica (analfabetos científicos) suelen dar por sentado que la única manera de interpretar la realidad es la consciente y que sus mecanismos se pueden exponer verbalmente con toda claridad. No es así y el lector encontrará una descripción de este asunto en mi libro *La ciencia como calamidad*.¹ Aquí trataré de condensar esa descripción a los conocimientos y criterios esenciales para seguir el argumento de este capítulo.

Un organismo, cualquiera sea, sólo puede sobrevivir si es capaz de interpretar eficazmente la realidad que habita. Si un mosquito no pudiera interpretar que esto es una estatua de la Venus de Milo y no una señorita de verdad sería imbécil como para ser mosquito, la lucha por la vida lo extinguiría. Asimismo, un organismo tan simple como una babosa, que ni siquiera tiene cerebro, debe ser capaz de interpretar que a su derecha se han agotado los nutrientes pero que abundan a su izquierda y que debe dirigirse a ese lado para obtenerlos. La necesidad de interpretar correctamente es tan crucial, que ni siquiera se restringe a los animales, pues los vegetales también necesitan hacerlo para sobrevivir. Si divisáramos un inmenso campo sembrado con girasoles, y entre esos miles y miles cuya corola «mira» hacia el sol, descubriéramos que hay uno que, curiosamente, apunta en la dirección opuesta, diríamos que esa flor es demasiado ineficiente para ser girasol, y la competencia por dejar descendientes extinguiría su estirpe. Biológicamente hablando carece de importancia que esas interpretaciones sean inconscientes, pues la conciencia tiene muy poco que ver con la vida, dado que comenzó a aparecer hace apenas entre 40.000 y 60.000 años, es decir, «nada» en escala biológica y, a lo sumo, influyó en la evolución de unas pocas especies, notablemente la *Homo sapiens*, la nuestra. Para resumir: los procesos que una madre ejecuta inconscientemente le permiten gestar un bebé en nueve meses, logro que ella sería incapaz de explicar conscientemente.

Es probable que la conciencia haya comenzado a surgir junto con la capacidad de captar duraciones y percatarse de que hay ciertas situaciones que van seguidas de ciertas otras («está nublado, luego llueve» o «veo llover y recuerdo que esta lluvia fue precedida por un cielo nublado»). Es obvio que esta proeza mental requirió que el homínido estuviera dotado evolutivamente de una memoria que contuviera las dos instancias implicadas: un cielo nublado y la lluvia. Pero, irónicamente, este adelanto trascendental pudo haber surgido como una falla de la memoria, consistente en comenzar a percibir una situación sin haber borrado completamente la previa, como cuando tomamos una foto con cámara analógica y, sin haber avanzado la película, tomamos una segunda, lo que propicia que aparezcan después dos imágenes superpuestas, dos momentos de una misma acción en una sola imagen revelada. Otro ejemplo de cómo opera en la mente este proceso es la ilusión de realidad creada por un proyector de cine, donde fotogramas ligeramente distintos son proyectados a más velocidad de la que nosotros podríamos ir borrándolos de la mente.

Se establece así una cadena causal que implica cierta flecha temporal de causa (nublado) a efecto (lluvia), aunque sepamos muy bien que existen situaciones que pueden ser sucedidas por otras sin que necesariamente esta sea su efecto.² Ambas propiedades otorgan una ventaja decisiva al organismo que las posee, pues la acumulación y luego el ensamble de cadenas causales permiten hacer modelos mentales de la realidad que, además, son dinámicos (en función del tiempo); es decir, los organismos captan no sólo cómo *es* una situación, sino cómo se produjo, qué procesos se cumplieron para producir el presente y cómo se concatenan causas y efectos para generar un futuro. Si el largo de la flecha temporal (la remotez del futuro abarcado) ayudaba a hacer modelos dinámicos de la realidad (en función del tiempo), por toscos que fueran, y si éstos aumentaban las probabilidades de sobrevivir, se desencadenaba una competencia por quién tuviera un sentido temporal más largo o era capaz de generar mejores modelos mentales de la realidad, que le permitieran evaluar más alternativas y escoger la que fuera previsiblemente mejor.

Esto de ninguna manera implica que la interpretación consciente de la realidad, por ser una cualidad más reciente, supera a las interpretaciones inconscientes, o que las haya suplantado, pues éstas siguen ahí, a cargo de nuestro funcionamiento vital. No nos causa mayor problema que durante el sueño o la anestesia se nos apague momentáneamente la conciencia; pero sí nos preocupa, en cambio, que llegara a entorpecerse nuestra capacidad (inconsciente) de regular temperatura, presión arterial, glucemia, o que se detuviera nuestro centro cardiomodulador, o el respiratorio, pues moriríamos en segundos. Para darnos una idea del poder y la exquisitez de las interpretaciones inconscientes, basta recordar que Humphrey Davy pasó a formar parte de la historia porque en 1808 descubrió el calcio. Un bebé de dos años al que comience a faltarle dicho elemento, no solamente detectará (inconscientemente) esa carencia, sino que recurrirá a comer yeso de las paredes que contienen calcio, y evitará enfermarse. Pero la

ciencia, esa maravillosa construcción del intelecto humano, todavía no tiene la más remota idea de cómo hace el bebé para llevar a cabo semejantes proezas.

La consciencia se suma a los atributos inconscientes y ayuda a interpretar la realidad

Interpretar la realidad es tan crucial para sobrevivir, que el ser humano empezó a utilizar la conciencia para complementar las interpretaciones inconscientes que, como ya he dicho, siguen en plena vigencia. En un primer momento, acaso se percató de que podía atrapar una piedra porque ésta no se puede mover per se; pero no una rana, ya que ésta tiene *motu proprio* y escapa. Su primera taxonomía pudo ser entonces la que clasificaba según uno de los dos siguientes atributos: cosas con ánima y cosas sin ánima. Así, llamó «animales» a las primeras, o algún equivalente «edadpiedrense» de este vocablo. Y en vena de imaginar, es posible ponernos en el lugar de los moradores de un villorrio paleolítico en la proximidad de un volcán, quienes tratan de discernir qué cosas enojan al espíritu que rige el volcán, cuáles lo calman, o cuándo es preferible no contradecirlo y huir para ponerse a salvo.

Después de estos «modelos animistas», un impresionante salto intelectual que no me detendré a explicar en detalle, el ser humano pudo ordenar mejor sus modelos mentales e imaginar que todo lo marítimo, por ejemplo, estaba a cargo de dioses como Poseidón; o en el caso del cielo por Urano, y en el de la agricultura por Ceres. Y hacerse una idea de las propiedades que le observaban al mar o al cielo, o a la agricultura, se lo atribuían a la deidad correspondiente. Fue la hora de los «modelos mentales politeístas». Pero la mente dio luego otro salto cognitivo formidable en su capacidad de generar modelos mentales para explicar la realidad, al pasar de los politeísmos a los monoteísmos.

Si en el politeísmo una deidad prefiere algo que otra distinta aborrece, no surge contradicción alguna. De igual manera, si a mí me encantan los helados de chocolate y algún amigo mío los aborrece, no hay contradicción. En cambio, el dios único de un monoteísmo no puede tener incoherencias, así como carecería de sentido que una misma persona aseverara: «me encantan los helados de chocolate; los aborrezco». Por ello, el paso a los monoteísmos requirió que el ser humano fuera capaz de inventar nada menos que la coherencia de Dios. Esta coherencia de los modelos monoteístas hizo posible que se desarrollara, tiempo después, la manera científica de interpretar la realidad mediante la cual los conocimientos comenzaron a dejar de estar sólo amontonados, para ser poco a poco sistematizados de modo tal que no entraran en conflicto, y que uno pudiera recombinarlos armónicamente, formando cadenas causales con las que empezó a ser posible predecir fenómenos verificables en la realidad. Así, uno ya no investiga exclusivamente la realidad-de-ahí-afuera, sino que empieza a hacerlo en su propia cabeza para después, en un segundo paso, ir a mirar la realidad para ver si las cosas son como las hemos imaginado.

La vida es entonces un fenómeno casi exclusivamente inconsciente. El organismo necesita hierro, pero ningún bicho (ni siquiera nosotros) está enterado de cómo hacen sus

células intestinales para encargarle al aparato de síntesis de proteínas que le fabrique receptores que captan con una sensibilidad sublime la presencia de hierro; de modo que si comimos espinaca, el hierro que contiene este vegetal sea captado por los receptores y, después de pasos que no detallaré, pase al torrente sanguíneo y se lo envíe a la médula ósea para que pueda fabricar hemoglobina. Si esto no sucediera, moriríamos asfixiados en segundos porque no tendríamos suficiente hemoglobina para que los glóbulos rojos acarreen oxígeno desde los pulmones hasta las células del cuerpo. Pero un organismo no es un compendio de saberes, habilidades o reconocimientos esquizofrénicos, que ocurren sin que nadie se entere. Para nada: el cerebro, o mejor dicho, toda la masa encefálica, está perfectamente enterado de la resultante de esos saberes, habilidades y procesos. Un feto le puede avisar a su madre que la está pasando mal por no tener suficiente hierro, y a la madre se le despierta entonces un súbito antojo por comer jamón o espinaca, o cualquier otra cosa elegida a capricho, pero sentida simplemente como «tengo ganas de comer carne y espinaca», es decir, alimentos que tienen el común denominador de ser ricos en hierro. O sea: aquel fenomenito perdido en las tripas, por el cual una célula mandó a leer sus genes para fabricar las proteínas necesarias y ensamblar receptores de hierro, es ahora un pequeñísimo paso de una complicada conducta que nos hace entrar en una salchichonería y no en una heladería.

Evolutivamente hablando, que una especie sea seleccionada por alguna cualidad, implica que adaptará por selección natural todo su organismo para que esa cualidad se cumpla con la mayor eficacia posible y desarrolle adaptaciones complementarias. Si se seleccionó el oso hormiguero fue porque las hormigas abundaban en un nicho ecológico que favoreció su surgimiento, como un animal que se alimentaría de ellas. Pero de nada le hubiera valido al oso hormiguero tener unas garras que desbaratan velozmente un hormiguero, y una trompa larga y afinada que alberga una lengua pegajosa y extensa, especialmente seleccionada para atraparlas, si no hubiera adaptado también un estómago capaz de tolerar el ácido fórmico que traga con dicha dieta y digerir miles de bichitos con cutícula y todo.

Análogamente, si el ser humano estaba haciendo del conocer su herramienta para luchar por la vida, tuvo que experimentar muchas adaptaciones que favorecieran su estrategia de sobrevivencia, incluyendo el entendimiento profundo de la realidad. Entre estas adaptaciones, estuvo la de seleccionar al «creyente». El ser creyente nos brinda una ventaja descomunal, pues transforma a todos los *Homo sapiens*, de todas las generaciones, en un colosal embudo cognitivo que nos vierte en el cerebro lo aprendido por cada *Homo sapiens* individual, que uno puede ahora recibir y aprovechar a través de la crianza y la educación.

Esto nos permite entender ahora otro proceso realmente apabullante del aparato cognitivo humano. Si conocer iba transformándose en la herramienta y arma fundamental para la lucha por la vida, la ignorancia hacía sentir al *Homo sapiens* impotente e inseguro; lo angustiaba. Esa continua selección de seres humanos con

flechas temporales cada vez más largas, que abarcaban futuros más y más remotos, llevó a seleccionar individuos *Homo sapiens* que cayeron en la cuenta de que había un futuro en el que habrían de morir. La muerte constituyó la mayor de las angustias, pues nadie había regresado de ésta para explicarles a los demás qué les habría de suceder cuando murieran. Pero aquí salió a relucir la capacidad de ser creyentes; el papel de los sacerdotes que reafirmaban el gobierno y omnipotencia de Dios en el universo, así como las conductas, ritos, ofrendas, rezos y maneras de ponerlo de nuestra parte, siempre y cuando uno los cumpliera «religiosamente».³

Los modelos monoteístas interpretan que el mundo es como es, porque un solo dios creó los continentes, mares, montañas, plantas, animales y personas, tal como lo relata el Génesis bíblico (claro, en el caso del judeocristianismo); sin embargo, estos modelos fueron suplantados por una nueva manera de interpretar la realidad: algunas elites de sabios empezaron a generar ciertas maneras de pensar y analizar los fenómenos de tal manera que sacaron a dios de la explicación. Es decir, se generó una nueva manera de interpretar la realidad; o sea, la ciencia moderna, que como veremos a su tiempo consiste en realizar interpretaciones sin apelar a milagros, revelaciones, dogmas o al principio de autoridad por el cual algo es verdad o mentira dependiendo de quién lo diga (la Biblia, el papa, el rey, el padre).

La ciencia moderna es un mecanismo voraz que se alimenta de ignorancia para transformarla en conocimiento, proveyendo no solamente un cuerpo convincente de interpretaciones de objetos y fenómenos presentes, sino también del futuro y del pasado. La ciencia moderna constituye un modelo tan avanzado que incluye un mecanismo de autocorrección con el que va automejorándose, porque dondequiera que encuentre que las suposiciones y predicciones de su modelo mental discrepan con la realidad, emprende estudios específicos para ver si logra resolver la incongruencia. Por eso la ciencia no acepta dogmas, es decir, conceptos fijos, inamovibles, que no puedan ser modificados ni siquiera para mejorar el modelo explicativo.

Hemos partido de bichos tan simples que están compuestos por una sola célula y carecen de una cultura comparable a la humana, y llegamos a la ciencia moderna y la cultura que le acompaña sin solución de continuidad. Éste es un hecho que la ciencia aprendió hace muy poco tiempo, pues hasta hace unos siglos se creía que biología y cultura eran dos cosas distintas; que la segunda empezaba una vez que la primera había terminado de producir un organismo humano. En primer lugar, funcionamos desde que éramos una célula que vino rodando por las trompas de Falopio de nuestra madre; en segundo, una vez nacidos, seguimos teniendo cambios estructurales importantes a nivel biológico.

El *Homo sapiens* pasó un larguísimo periodo fabricando cacharros, lanzas, puntas de flecha, organizándose familiar y socialmente, mucho antes de haber tenido consciencia. Un caso paradigmático al respecto es el descubrimiento del fuego. Generalmente se toma el manejo del fuego como un logro particularmente destacado de la cultura humana, pero

ha sido usado desde hace unos ochocientos mil años antes de Cristo, para ser domesticado realmente unos 300.000 años después. Esto demuestra que el ser humano lo aprendió a usar cuando aún no tenía consciencia.⁴

La aparición de la consciencia complicó el panorama de manera apabullante, pues no vino a suplantarlo al inconsciente, sino a tener con él interdependencias tan complejas que su comprensión podría escapar a las disciplinas científicas de que disponemos en la actualidad. Demócrito (460-370 a.C.) concibió que la materia está constituida por átomos, pero no contó con las herramientas conceptuales y metodológicas necesarias para ponerlo en evidencia. Ya hace siglo y medio que Sigmund Freud comenzó a demoler esa seguridad en la preponderancia de la consciencia y hoy las evidencias conseguidas con tecnologías científicas de una naturaleza que Freud murió sin llegar a conocer (e.g. la resonancia nuclear magnética, la tomografía computada) lo atestiguan.

Hace relativamente poco tiempo, descubrimos que deambula en el interior de nuestro organismo una suerte de titiritero denominado «Doppelgänger (*vide infra*)» que, si así lo desea, puede transformarnos en unos taimadísimos hijos de puta y hacer que nos comportemos como verdaderos demonios. Y ahí sigue nuestro inconsciente, sujetándonos y controlándonos con bridas tenaces (emociones, apetitos, ganas, recuerdos, olvidos) y hasta nos puede poner un arnés hecho de restricciones extremadamente selectivas; del cual no veo cómo podríamos zafarnos.

El cerebro parece albergar el inconsciente y la consciencia, y es capaz de decidir cómo habremos de tratar al otro. En este punto es oportuno decir que uno de los portentosos fenómenos generados por el cerebro es el del tiempo o, mejor dicho, la sensación de estar percibiendo que hay algo que ese cerebro llama «tiempo». Tanta cautela y remilgo se debe a que ni siquiera estamos seguros de que haya algo concreto que podamos denominar así, aunque podemos afirmar que hay una sensación de un tiempo que transcurre de futuro a presente y pasa a acumularse en un pasado. Prestemos atención a que, después de todo, ¡tampoco existe algo a lo que podamos llamar evolución! Los huesos de un gliptodonte, a los que les estamos atribuyendo una antigüedad de 100 millones de años, son objetos tan actuales como los huesitos de un bebé que acaba de nacer. Es nuestro cerebro quien construye un modelo dinámico de la realidad y que le atribuye a los primeros dicha antigüedad, y a los segundos apenas un par de días. Pero esa antigüedad mental tan dispar que les asigna nuestro cerebro es la única manera que tenemos de explicar por qué esos huesos encontrados en tales y cuales lugares (un viejo estrato geológico o la guardería infantil de la otra cuadra) son así como los podemos ver en este momento.

El Doppelgänger

Hoy en día las técnicas más novedosas de la neurobiología permiten estudiar el cerebro humano sin herir o molestar al sujeto, e incluso investigar el de un corredor de 100 metros planos en acción. Según se ha descubierto a partir de dichas técnicas, el corredor oye el tiro, la orden de salida, pero empieza a correr 130 milisegundos después, pues para que sus músculos sigan las órdenes impuestas por el cerebro (marcadas antes por el disparo) y lo hagan correr, primero tuvieron que vibrar sus tímpanos, que subieran impulsos por los nervios auditivos y que llegara al cerebro la señal del disparo. Sólo así, después de esos 300 milisegundos, se da cuenta de que está corriendo. Entonces ¿quién lo puso a correr y después le avisó a su consciencia que estaba corriendo? Respuesta: el *Doppelgänger*. «Alguien» muy dentro de nuestro organismo ordena que se lleve a cabo una acción y tiene la cortesía de avisarnos, para que luego nos demos el gusto de pensar que ha sido nuestra consciencia quien tomó la decisión: a él le gusta ser atleta, se ha entrenado, y ahí está agazapado esperando que suene el disparo. Y a lo que iba: nuestro comportamiento sigue al pie de la letra lo que le dicta ese *Doppelgänger*.

Nuestro *Doppelgänger* puede hacernos cometer barbaridades mientras nos mantiene bien al tanto de que estamos transgrediendo alguna norma, para que tengamos mucho cuidado y actuemos con sigilo; también nos pone al corriente cuando cometemos hijoputeses, mismas que podemos llevar a cabo mientras nos hace pensar que estamos obrando con justicia. Ilustremos esta situación con lo que hicieron los abnegados súbditos del bienamado rey Carlos II de Inglaterra (1630-1685) para rescatarlo de las garras de la muerte. Le ruego preste atención y que después se ponga una mano sobre el corazón, que se use a usted mismo como sensor, para opinar si esos súbditos actuaron cándida y buenamente, o adrede y con perversidad.

Según cuenta la historiadora y novelista inglesa Antonia Fraser, los doce médicos que atendieron al rey Carlos II durante su agonía le aplicaron 58 medicamentos (ojo, en aquella época de polifarmacia, cada uno de éstos podía contener de uno a más de 10 principios activos), comenzando con las denominadas «gotas del rey» (sustancia hecha con un extracto de hueso que se preparaba en el laboratorio real, según la fórmula del profesor Jonathan Goddard),⁵ para luego proseguir el tratamiento con sales de amoniaco, polvos estornutatorios de raíz de heléboro blanco, ventosas, emplastos de brea de Borgoña y tártaro en los pies; enemas de sal gema con jarabe de cuerno de macho cabrío, y hasta un polvo fabricado por los jesuitas, traído del Perú. A ello, se agregaron eméticos (consistentes en una infusión de metales en vino blanco y vitriolo, disueltos en agua de peonía), antiespasmódicos y un julepe de cerezas negras y prímulas. Utilizaron también algunos agentes importados de oriente, como el polvo de una piedra de bezoar extraída del estómago de una cabra. Sobre el cráneo rasurado y escarificado del monarca se embadurnaron emplastos de cantáridas y otros vesicantes, y se le cauterizaron las plantas

de los pies. Finalmente, se repitieron las sangrías, por una de las cuales, de 11 onzas, se pagó al oficiante la cantidad de 1.000 libras. ¿Sorprende que el monarca no haya podido ser salvado? No. Carlos murió con boca y lengua hinchadas, dientes movilizados, cuero cabelludo y plantas de los pies sangrantes, y hematuria ocasionada por la cantaridina. Uno de los galenos fue vituperado porque, a pesar de haberle disecado el cuello (sin asepsia ni anestesia, por supuesto), había sido incapaz de encontrarle la yugular. En la alcoba real llegó a haber 75 testigos de la agonía real, a pesar del esmero puesto por los médicos.⁶ Si es que realmente actuaron así, porque estaban convencidos de que era la mejor manera de salvar a su rey, me quito el sombrero ante la habilidad del *Doppelgänger*, que manejó a cada uno de aquellos súbditos como se le dio su realísima gana.

Todas estas consideraciones nos indican que somos hijos de puta de segunda mano; porque el serlo o no, depende de un *Doppelgänger* que nos manda al frente a dar la cara y hacernos responsables ante nuestra sociedad, mientras él sigue permaneciendo tan oculto, que hasta hace menos de veinte años ni siquiera sospechábamos de que existiera, y nos usa poco menos que como marionetas. Y digo «hijos de puta de segunda mano» porque en todo momento nuestro *Doppelgänger* tiene un poder absoluto para bloquear nuestra hijoputez antes de que la cometamos, lo que sin embargo no hace. Primero, nos selecciona las circunstancias propicias, para no dejarnos otra alternativa que ser hijos de puta. Luego, observa impávido mientras cometemos las hijoputeces que él nos conminó a emprender, aun cuando estuvo a tiempo de evitárnoslas. Podría perfectamente, por ejemplo, hacernos olvidar el crimen mejor planeado en nuestra cabeza: «¿Qué hago yo con un revólver apuntando la sien de este muchacho maniatado?» En todo momento, ese *Doppelgänger* tiene la facultad de ordenarle a nuestro centro cardiomodador y al centro respiratorio que paren de funcionar inmediatamente y nos dejen secos en el acto, antes de que apretemos el gatillo o de que mandemos a arrojar estas bombas sobre un campo de refugiados, o recibamos sobornos del proxeneta, para que le permitamos destrozar la vida de las mujeres; o sigamos vendiendo a precio de oro estas ampollitas de anticancerígenos, a sabiendas de que no contienen fármaco alguno. «Total, es un paciente desahuciado.»

Honestamente, ¿hay en realidad algo en nuestro organismo capaz de frenar nuestra agresividad? Por supuesto, y lo demostraron en una célebre experiencia los neurobiólogos José Rodríguez Delgado y Francisco Castrejón. En una plaza de toros de España, implantaron en la amígdala cerebral (nada que ver con las amígdalas faríngeas) de un toro de lidia, un electrodo con una pequeña antenita, gracias a la cual le podían transmitir estímulos en el momento deseado. En su experimento, estos científicos mostraron que un toro en plena embestida se abstiene de atacar en cuanto recibe la señal adecuada. El *Doppelgänger* del toro está preparado desde hace millones de años para borrar en el acto esa agresividad sin recurrir a electrodos.

Maneras de interpretar la realidad y la hijoputez

Si me he excedido en explicar las maneras inconscientes y conscientes de interpretar la realidad, y de entre éstas he particularizado la manera científica, es porque las hijoputezas más atroces se basan, créase o no, en las maneras de interpretar la realidad. Para ejemplificar esta aseveración, hablaré ahora del cultísimo René Descartes.

Descartes y sus coetáneos europeos creían que toda persona viva tiene un alma y un cuerpo, último que morirá cuando la primera decida abandonarlo. De tal suerte, a un muerto se le pueden cortar las carnes con un cuchillo, quemarlo con un hierro candente, arrancarle los ojos, pues de cualquier manera no siente y, por tanto, no proferirá ni la menor queja. Sin embargo, esta idea del alma no aplicaba a los animales; según Descartes, los animales son insensibles; no pueden sufrir dado que carecen de un alma. Esta manera de interpretar la realidad lo llevó a practicar la vivisección en perros y gatos amarrados a una tabla, pues como no sufrían, según él, les metía varillas de metal en la garganta y tubos en las arterias, o les enganchaba los nervios con garfios, para estimularlos química y mecánicamente. A decir de este hombre de ciencia, las contorsiones y alaridos de los pobres animalitos martirizados no se deben al dolor, sino que son análogos a un inerte carillón que suena cuando se tañen sus campanas.

Mucho más grave fue el caso de Claude Bernard, padre de mi disciplina, la fisiología, pues él sí sabía que los animales sienten dolor. Y para no ser perturbado en sus tareas con bramidos desgarradores, les arrancaba las cuerdas vocales a los animales de sus experimentos. Y también podemos invocar ignorancias de biólogos experimentales de la segunda mitad del siglo XX. Rodolfo Q. Pasqualini⁷ cuenta que en el Instituto de Fisiología de la Universidad de Buenos Aires, para extraerle la hipófisis al sapo se le cortaba el hueso de la silla turca (ubicada en la base del cráneo) con un alicate a través del paladar. Pero si deseaban quitarle el hipotálamo, se lo cauterizaban con una punta de metal candente; y para hacer más cuantitativas las medidas de la orina (es decir, que ésta no se perdiera durante el experimento), al animal así tratado se le cosía el orificio de la cloaca.

La fractura entre lo humano y lo biológico, que provocan con cándida convicción los creacionistas, ha llevado a execrar víboras y arañas, a maltratar perros y caballos, a matar folclóricamente chivos a garrotazos en una feria anual, a cometer toreo,⁸ torturar vacas,⁹ arrojar gatos desde la torre de una piadosísima iglesia, por el mero placer de observar cómo se estrellan contra las piedras cuarenta metros más abajo. Esa crueldad se prolonga sin solución de continuidad con la xenofobia; y el seguir negando que los fenómenos culturales puedan tener raíces biológicas, eterniza la superficialidad de los análisis y retrasa acciones maduras y responsables que pudieran llegar a entender y acaso mitigar el sufrimiento.

Entonces, recapitulemos: primero pintamos con brocha gruesa el panorama de la

hijoputez. En este segundo capítulo acabamos de describir un poco la *ciencia moderna*, y en el resto del ensayo recurriremos a la ciencia para interpretar la hijoputez.

¿Raíces biológicas de la hijoputez?

Después de lo que habían dicho sobre la muerte incontables teólogos, filósofos, poetas y huestes de dramaturgos, sobre buscarla en el cielo y en el infierno, en el pecado y en la angustia, los biólogos encontramos que uno de los secretos de la muerte está en los núcleos de cada una de nuestras células, en esa misma pastita viscosa de genes en la que también brota la vida,¹ lo que en realidad ya no es tan secreto, pues nuestra generación ha logrado decodificarlos letra por letra.² Y parto de ello, porque el verdadero objetivo del presente capítulo es saber si la hijoputez humana es algo inherente a la vida, de la misma forma en que lo es la muerte, y si hay algo en nuestros genes que nos obligue a ser perversos, así como éstos determinan que seamos narigones, blancos, negros, hirsutos; o que sintamos hambre, sed, sueño o que cualquiera de nuestras células se suicide. ¿Por qué no pierdo el tiempo en preguntarme si mi compatriota Cayetano Santos Godino,³ apodado «el Petiso Orejudo», quien por los años veinte del siglo pasado mataba niñitos en Argentina hundiéndoles clavos en su cabeza y ahorcándolos con piolines, era o no un hijo de puta? Mi respuesta es simple, y para que el lector no trate de adivinar mis opiniones, declararé que sí: para mí era un reverendo hijo de mil putas.

¿Qué nos lleva a sospechar que la hijoputez tiene bases biológicas sólidas?

Cuando advertimos que una conducta humana es universal, que se ha observado en todo el planeta desde la prehistoria, y que acaso se detecta también en los animales, los biólogos damos por sentado que, además de las causas próximas, ha de existir algún rasgo biológico que se ha venido seleccionando a través de las edades y que nos compele a comportarnos como lo hacemos.⁴ Amamantar a los bebés, llorar por nuestros muertos, soñar y bostezar son conductas humanas universales y, por lo tanto, están ligadas a abundantes componentes biológicos: glándulas mamarias o lacrimales, nervios y centros nerviosos involucrados en la lactancia, el llanto, el sueño y el bostezo. En cambio, sentarse en sillas, comer con tenedor, hacer teatro o escribir de izquierda a derecha son costumbres extremadamente difundidas, pero no son universales, pues hay pueblos que se sientan en el piso con las piernas cruzadas y comen con palillos (como los chinos), o que escriben de derecha a izquierda (como los hebreos). A partir de esto, podemos sospechar casi con absoluta certeza que la hijoputez humana tiene poderosos determinantes biológicos, pues ha causado inmenso dolor a todos los seres humanos y no humanos desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, no hay que dejar de lado que toda nuestra perversidad está determinada también por componentes culturales.

Para revisar entonces cuáles podrían ser los componentes biológicos de la hijoputez, debemos ilustrarnos un tanto sobre qué cosa de la biología vamos a indagar y por qué. Theodosius Dobzhansky, gran evolucionista de la primera mitad del siglo XX, es siempre recordado por su famosa observación de que en la biología «nada tiene sentido, salvo en el contexto de la evolución». Parafraseo a lo que él se refería respecto a tal premisa: la diversidad biológica, tal como la conocemos (focas, cotorras, ballenas, helechos), y los «caprichos» de la naturaleza (las manchas del tigre, los increíbles colores del papagayo, un pez que transcorre su vida entera en el agujero de una roca, el pingüino macho que se queda solitario a desafiar los fríos asesinos de la Antártida para empollar un huevo) pueden suscitar en quien los ve una sensación de falta de sentido, pero cobran todo su significado cuando se traen a colación los procesos evolutivos que les dieron origen.

Siguiendo la opinión de Dobzhansky, en este capítulo mencionaré el ABC de cómo opera la evolución para desarrollar un rasgo (vértebras, picos, mamas) o una conducta (visión, vuelo, hijoputez), y cómo la cultura viene luego a acentuarlos (vecindad agresiva, adicción a la morfina, tendencia a mentir, altruismo, destreza literaria).

No es fácil ilustrar de una sola manera la idea de Dobzhansky, pues la evolución no es algo que pueda mostrarse como si se tratara de señalar un martillo, un perro, una estrella o la tía de Verónica, sino una manera mental de interpretar. Ni siquiera es como un teorema matemático, cuyo planteo y demostración podemos escribir en una pizarra. Por otra parte, la evolución *in toto* es un fenómeno tan lento, que no podemos señalarlo con

un dedo y abarcar con ello todo lo que *es*, como si se tratara de sólo decir: «ay, mira a aquellos gatos, cómo evolucionan». Además, no son los organismos independientes los que evolucionan, sino las especies. De tal suerte, podemos decir que «este caballo es así y morirá así», pero si quisiéramos ver la secuencia de organismos a través de los cuales la especie *Equus ferus caballus* ha llegado a ser lo que es hoy en día, tendríamos que ver una (imaginaria) película que cubriera millones de años. Si actualmente, con todo y ciencia, resulta difícil rastrear los derroteros que condujeron a la naturaleza a construirnos una mandíbula así, o a las jirafas el cuello que tienen, o a los renos esas descomunales cornamentas, ¿cómo podríamos explorar la evolución de la hijoputez, si ni siquiera hemos podido definirla y tampoco podemos descartar que acabe reduciéndose sólo a una palabra procaz?

En busca de las bases genéticas de la hijoputez

Para revisar si este fenómeno tiene alguna raíz o determinante biológica, conviene familiarizarnos con la naturaleza de los genes que nos fabrican. La información que guarda un gen determinado se usa para producir (en la jerga técnica decimos «expresar») una proteína determinada, aunque cada gen se pueda rearmar (combinar sus distintos fragmentos en diferentes secuencias) para expresar varios tipos levemente distintos, uno por vez. Lo notable es que muchas de esas proteínas son poco más que señales para otro gen de la misma célula («exprésate», «apágate»), algo así como cuando en la oficina administrativa de una gran empresa, los empleados se entretienen en pasarse papelitos con mensajes y directivas, mientras que la de otra empresa, ubicada algunas cuadras más allá, hace lo propio, con mensajes que a veces ni siquiera salen de esa oficina, y otras suelen hacer envíos de papelitos a las oficinas adjuntas que hay en la misma empresa y en el mismo edificio. Por supuesto, otras especies proteicas salen del núcleo y van a instalarse y ejercer su función a un lugar distinto de la misma célula, otras van por la sangre a ejercer su función 20 metros más allá, desde la cabeza hasta la cola de una ballena. Pero, para evitar una fatigosa clase de genética y biología molecular, trataremos de reemplazarla con una meditación lisa y llana sobre los siguientes puntos:

Primer punto. Si cada individuo ya nace con ciertos órganos y partes (por ejemplo, nariz, pulmones, ojos) y los tendrá, independientemente de la cultura en que nazca, es porque las recetas fundamentales de su resultado están codificadas en los genes. Pero tener un gen no es garantía de que se vaya a expresar. Desde Gregor Mendel (1822-1884), sabemos que el abuelo puede tener cierto rasgo (pelo rubio, orejas grandes, pie plano) y que el padre no; pero que el nieto puede ser rubio y orejón como el abuelo, o que acaso tenga pies con el arco plantar normal, porque los genes que propiciaron esos rasgos aun cuando no fueron expresados en la generación del padre, ahora los vuelve a expresar un nieto, o dos nietos, pero cuatro no, y así sucesivamente con los bisnietos (que acaso nazcan con el pelo rubio, las orejas normales y el pie plano), y tataranietos, de quienes uno salió blanco, pero de pelo negro, pie normal y orejón.

En 1822, la Sociedad Americana de Colonización liberó a los esclavos en territorio estadounidense y adquirió tierras en Liberia, África, para enviarlos a vivir allá. Por generaciones estuvieron apareciendo bebés blanquitos en familias negras liberianas, y negritos en familias blancas de Estados Unidos. Un rasgo determinado brinca a veces una o tres generaciones, pero lo importante aquí es señalar que cuando aparece en, digamos, la quinta, demostrará que la receta había estado guardada. Es como si mi sobrina, quien nunca había preparado milanesas a la napolitana, preguntara infructuosamente la receta de dicho platillo a mi abuela, o a mi madre, o a mi hermana, y que de pronto abriera el recetario de mi bisabuela y encontrara cómo hacer milanesas a la napolitana. Y que las preparara. Así, en caso de que se descubriera que la hijoputez tiene

algún ingrediente genético, no puede descartarse que en una familia virtuosa surja de repente un hijo de puta.

Las recetas genéticas tampoco se cumplen simultáneamente: hay genes que se expresan antes de nacer; otros, años después, y otros, hacia el final de la vida; también están los que se expresan sólo en ciertos individuos y, aun así, en circunstancias muy específicas. Los genes tampoco se expresan en idéntica cantidad: el gen para fabricar la proteína miosina en los músculos está muchísimo más expresado que los necesarios para hacer hipertensina (sustancia que eleva la presión arterial). Generalmente, la expresión de un gen no es un hecho aislado, pues la orquesta genética «se toca» coordinadamente (por algo se pasan tantos mensajes entre ellos). Así, y con la expresión diferencial de los mismos genes, se pueden fabricar individuos muy distintos. Basta mirar a la gente que pasa por la calle, para constatar que los genes pusieron mucho entusiasmo en hacerle la nariz a aquel señor, o en dejarle una talla muy menguada a aquel otro. «Mira a ese calvo prematuro, a ese morocho, y a aquel otro con corea de Huntington (porque si el gen tenía una falla se heredará con falla y todo). Las interacciones que llevan a los genes a expresarse mucho, poco o nada, ocurren como influencias mutuas entre los genes del bebé, de él con su madre, de cada uno con el medio, etcétera.

Segundo punto. Cuando un rasgo está muy difundido, o es universal en una especie, la explicación es que viene cumpliendo alguna función desde hace muchas generaciones y sus ancestros han tenido incontables oportunidades de ponerlo a prueba en la realidad, simplemente porque requirieron enfrentarse con el medio o con otros miembros de su misma especie, o de otras; de modo que la selección natural ya tuvo oportunidades de perjudicar a los organismos que no funcionaban eficientemente por culpa de tales o cuales genes y, en lo posible, hizo una limpieza genética: los eliminó a través de extinguir a los organismos que los portaban.

Pero seamos cautos, pues el *tercer punto* nos advierte que no se trata de encontrar «el gen del vuelo», «el de la risa» o «el de la inteligencia».⁵ Para desarrollar un ala, una mandíbula, un ojo, una boca y, concomitantemente, el vuelo, la masticación, la visión y la capacidad de reír, deben entrar en juego multitud de programas genéticos en los que intervienen coordinadamente muchos genes. Tampoco hay en el piano una tecla para tocar un vals y otra para tocar un tango, sino que para tocar uno u otro ritmo es necesario oprimir una gran cantidad de teclas en diversas secuencias. Para hacer un ala es necesario construir los huesos, vasos, nervios: se debe *tocar la orquesta genética* con cierta partitura. En ese tenor, la hijoputez es algo demasiado complejo, de modo que, aun en el caso de que tenga componentes biológicos y dependa también de los genes, deberemos quitarnos de la cabeza que vamos a encontrar un gen que la cause.

Cuarto punto. Hay genes, sobre todo los que se expresan tempranamente durante la gestación, que se van a activar en todos los individuos (los humanos, sin excepción, expresan los genes para hacer hemoglobina, acuaporina y hormona del crecimiento); pero en otros, esos genes se van a expresar sólo si es necesario y en determinado

momento, mismo que puede ser muy tardío, digamos después de los 40 años de edad, como el que provoca la enfermedad llamada corea de Huntington, o en la vejez.

En este *quinto punto* destacaremos que existen funciones y estructuras biológicas sólo *parecidas*, pero que no entrañan una identidad genética; por ejemplo, las alas de una avispa y de una golondrina son alas y sirven para volar; lo mismo sucede con las aletas de un pez y de una foca; sin embargo, ni unas ni otras fueron hechas con los mismos genes, y ningún evolucionista sería capaz de confundirlas, ni parece necesario abundar aquí.

Los bichos de especies distintas pueden tener formaciones anatómicas y conductas terriblemente perversas, sin que ello indique necesariamente que estas conductas son producidas por las mismas estructuras cerebrales, ni que en la construcción de estas estructuras intervienen los mismos genes. Este fenómeno se llama técnicamente «convergencia», y obedece a que la evolución tuvo que resolver dos veces el mismo problema, de maneras muy parecidas, pero ni siquiera la expresa con los mismos genes. Cuando uno sigue una conducta en varias especies es muy tentador dar por sentado que la conducta de las nuevas deriva de las antiguas, aunque se trate de ramas evolutivas distintas y no haya garantía de que se trata de una filiación inescapable.

Como *sexto punto*, introduzcamos el concepto de «pechinas», que inicialmente podríamos definir como características cuya función (o funciones) tienen poco (o nada) que ver con la función «para»⁶ la que fueron seleccionadas. Veamos primero de dónde viene el término pechina. Cuando se asienta una cúpula circular sobre el espacio cuadrado en el extremo superior de la torre de una iglesia, esta cúpula coincide con los lados del cuadrángulo que la soporta, pero deja libres las equinas de su base, a las cuales se les denomina pechinas; los arquitectos las aprovechan para poner sobre ellas la estatua de los cuatro evangelistas o, si es un edificio laico, esculturas que representan la justicia, el saber, la hermandad, el valor. Por eso, en términos de la evolución se llaman pechinas a aquellas estructuras y rasgos que de pronto pasan a servir para algo por lo cual no habían sido seleccionados, pero que, ya estando ahí, acabaron siendo usadas para alguna cosa no relacionada con los derroteros de la evolución. Por ejemplo, las orejas no han venido evolucionando a lo largo de millones de años para que hoy acomodemos en ellas un lápiz o luzcamos pendientes, pero ya que están ahí, se las usa casi universalmente como soportes de lápices y aretes. Los animales tienen dientes y colmillos para cazar y procurarse alimentos, pero cumplen su «función pechina» en tanto muerden a otros machos para disputarles las hembras, o a las hembras esquivas para obligarlas a copular. En el caso de la hijoputez, la pechina por excelencia parece ser el poder. Una sociedad le confiere poder a un funcionario para gobernar, coordinar y sistematizar tareas nacionales, pero es casi inevitable que el susodicho acabe aprovechándolo para enriquecerse, acomodar parientes y partisanos, perseguir opositores o beneficiarse de licitaciones espurias. Los papas llegaban a nombrar cardenales a sus jóvenes sobrinos e hijos.

Ejemplifiquemos el *séptimo punto* con un fenómeno evolutivo que aparece con mucha regularidad en las hijoputezas, y que en inglés se denomina *run off* (su traducción más aproximada es la de «escape»). Un ejemplo hartamente conocido es la despampanante cola del pavorreal macho. Biológicamente hablando, no parece servir de mucho; por el contrario, hace más conspicuo al pajaraco y facilita que los depredadores lo descubran y atrapen. ¿Cómo es entonces que la evolución no elimina semejante cola tan amplia y colorida, o mejor dicho ¿por qué la selección natural no elimina a los pavorreales que tienen semejantes colas? Se trata de un mecanismo *run off* relacionado con el apareamiento. Las hembras prefieren al macho de cola llamativa (de puro cursi), porque para ellas es evidencia de dos cosas: en primer lugar, que el macho tiene sus hormonas masculinas bien afinadas y, en segundo, que ha de tener buenos genes y buen cerebro para sobrevivir a pesar de arriesgarse tanto. El pequeño pato argentino *oxyura vittata* (también llamado «pato zambullidor de pico azul») mide apenas entre 18 y 20 centímetros, pero su pene puede alcanzar los 22. Si bien jamás he visto una pareja de patos copulando, imagino que ha de parecer como si estuvieran jugando a la gasolinería. Ese mecanismo *run off* se dispara como sigue: ellas seleccionan machos con pene largo, porque eso indica que los genes de la masculinidad le funcionan al pelo; de tal palo tal astilla, los hijos nacerán con penes más largos que el resto de la población, y así, de entre éstos las hembras de la próxima generación volverán a escoger machos membrudos. Es como si el tamaño del pene se hubiera independizado y «escapado» a todo control de utilidad biológica, pues bastaría que, por cualquier razón, las hembras dejaran repentinamente de preferir machos con penes descomunales, para que éstos se tornaran en una enorme «desventaja», y la selección natural se encargara de ir extinguiendo a los patos que la poseen y no dejar que en la próxima generación haya hijos de pene grande.

Veamos ahora cómo opera el *run off* en el caso de la hijoputez. Toda circunstancia en que rige la ley del más fuerte, o donde el hijo de puta puede apelar a trucos sucios para salir adelante, o aprovecharse de la candidez y generosidad de sus congéneres, se erige en un medio para seleccionar al hijo de puta. Como hemos visto, hay muchas oportunidades para que vaya destacando, triunfando y siendo seleccionada la hijoputez, pues así como sucedió con el largo pene de los patos zambullidores, la hijoputez se transforma en un «en sí» que se dispara de la conducta normal. Como este proceso es muy antiguo, ha habido amplias oportunidades de que el planeta se llene de hijos de puta de toda laya, pues muchas actividades humanas hoy están lideradas y bajo el control de hijos de puta, porque ellos mismos van distorsionando y corrompiendo las reglas del juego honesto, para que su *run off* sea tolerado por la justicia corrupta y llegue a integrarse a la cultura humana, hasta aparecer como algo natural. «Así es la vida», decimos. Creo que esta situación está compendiada en la frase «*nice guys finish seventh*» (los buenos finalizan en séptimo lugar), es decir, se acepta a ojo de buen cubero que en una clasificación de exitosos, los malos ocupan los seis primeros lugares.

Durante la Guerra Fría, el *run off* de la hijoputez fue responsable de que las potencias

desarrollaran arsenales atómicos exagerados, en la medida en que éstos fueron varias veces mayores que lo necesario para aniquilar al enemigo o, peor aún, a toda la humanidad. El único temor parecía ser que ocurrieran errores (por ejemplo, la falla del famoso reactor atómico de Chernobil), o que entre sus propias filas se infiltrara y descontrolara algún hijo de puta, ilustrado por el famoso doctor Strangelove de la película británica *Dr. Strangelove or: How I Learned to Stop Worrying and Love the Bomb*. Pero, otra vez, recomiendo cautela: este mecanismo de *run off* no implica que necesariamente deba haber un gen para la hijoputez.

Es oportuno señalar que la consciencia no se limita a ejecutar obedientemente los mandatos biológicos, pues tiene desarrollos propios que superan en mucho al inconsciente. Hacer un observatorio que orbite en el espacio exterior, para tomar imágenes del cosmos y que las envíe a una computadora terrestre, no parece implicar mecanismo inconsciente alguno. Para llegar a conocer los cuasares, los positrones y los quarks no bastaron los atributos biológicos (especies que ven de noche, pájaros que navegan miles de kilómetros a través de cielos nublados, colmillos más poderosos), sino que se requirió construir una parafernalia de microscopios, telescopios, sondas espaciales y otras herramientas que son claros productos de la cultura.

El cerebro

Este órgano, que ni siquiera llega a pesar un kilo y medio, es el objeto más complejo del Universo. Tras comparar diversas especies se ha constatado que mientras más «modernas» son, el tamaño de su cerebro es mayor según su peso corporal (a este proceso se le denomina «encefalización»). En ese sentido, y atendiendo el eje del presente trabajo, podríamos decir que «a mayor cerebro, mayor hijoputez», sobre todo si tomamos en cuenta la condición adicional de que para ser hijo de puta no basta damnificar al otro, sino también ser consciente de que lo estamos perjudicando. Ante ello, y si en realidad la hijoputez tiene bases biológicas, debemos dar por sentado que «ese algo» biológico está contenido en los 1,4 kilogramos de células que componen al cerebro. ¿No podríamos entonces haber ahorrado tiempo y dejado de lado el rastreo de la hijoputez en avispas, sapos y víboras sobre los que no tenemos la menor indicación de que tengan consciencia? No, no podríamos, por dos razones: la primera es que cuando nos arriesgamos a decir que una especie no tiene consciencia, estamos partiendo de la base –sin sustento alguno– de que hay un solo tipo de consciencia, la nuestra, y ninguna otra; en segundo lugar, no podríamos haber omitido estas consideraciones, pues necesitamos señalar que rara vez la evolución hace algo enteramente nuevo, partiendo de cero. Por lo general, ésta hace cosas modificando las que ya tenía, como el ingenioso que se construye un carrito para ir a comprar verdura a partir de un viejo cochecito de bebé y la jaula del loro recién finado. Recordemos: las aletas de la ballena fueron patas en especies anteriores; las alas del murciélago fueron patas delanteras; con los huesos de la mandíbula de los reptiles y, más específicamente, con los del extinto *Yanoconodon allini*, se hicieron nada menos que los huesecillos de nuestro oído medio. Tratando de concluir esta idea, podría muy bien ser que una especie, aunque no tuviera consciencia, nos haya legado así y todo alguna formación o circuito neuronal que hoy participa en hacernos hijos de puta.

La parte más grande y abultada de nuestro sistema nervioso central se encuentra dentro del cráneo y es seguida hacia abajo (en los humanos) y hacia atrás (por ejemplo, en el perro, el caballo y las víboras) por la médula espinal. Esencialmente, la médula cumple las mismas funciones en lagartijas, gatos y personas, porque no hubo presión selectiva para que variara a lo largo de millones y millones de años de evolución. Si pudiera injertarse la médula de un lagarto a un humano, éste quizá no notaría mayor merma de sus funciones. En cambio, la parte del sistema nervioso encerrada dentro del cráneo y que comprende todo el cerebro ha ido creciendo absoluta y relativamente. El estudio de la evolución del cerebro, desde los organismos más antigüitos (que apenas tenían unos ganglios en la punta cefálica del sistema nervioso) hasta los humanos (que tenemos 1.4 kilogramos de encéfalo), muestra que, anatómicamente, este crecimiento se fue haciendo por el agregado de nuevas capas de corteza cerebral a las que ya había en un momento

dado. La neurobiología demuestra que la capa encargada de la visión del mundo y las capacidades de hacer cosas es distinta de la de las demás capas. La que nos permite hacer poesía, música o ciencia es la más reciente y sólo la tienen los homínidos, entre los cuales estamos nosotros, los humanos, quienes la tenemos más desarrollada.

Hoy contamos con técnicas para saber qué regiones del cerebro se ponen a trabajar o, por el contrario, se aquietan cuando calculamos, tememos, nos excitamos sexualmente, sentimos asco, dolores, nos indignamos o dormimos. Se basan, sobre todo, en la cantidad de sangre que reciben las diversas regiones de nuestro cerebro, y su nivel metabólico que, también, nos indica el ritmo al que trabajan. Esto es muy fácil de entender con una analogía: una noche vamos a ver desde afuera el edificio de la planta industrial adonde trabajamos; al llegar, basados sólo en la luz eléctrica que se trasluce por las ventanas del lugar, podemos deducir cosas, imaginarlas. Decimos, por ejemplo, «el personal de contaduría está trabajando, porque mañana se vence el plazo para»; «aquella luz que permanece encendida es de las oficinas de seguridad; hay personal presente las 24 horas del día»; «esa lucecita que se acaba de encender es la de un baño, y esas otras corresponden a las oficinas de archivo y depósito»; «el jefe no está, sus oficinas tienen la luz apagada». De igual manera al analizar cómo se «encienden» y «apagan» las distintas zonas de nuestro cerebro, es posible hacernos una idea de cómo está operando, con base en el conocimiento fisiológico de la localización, funciones y actividades de las estructuras y núcleos que hay en cada una de sus regiones, y de las actividades que éstas controlan en el organismo.

Una de las cosas que está constatando la neurobiología es que, dada una situación (por ejemplo: resolver ecuaciones, contemplar a una despampanante bañista que se nos aproxima o recordar cómo se llama la capital de Noruega), se activan distintas partes del cerebro. Lo que los neurobiólogos están aprendiendo es dónde radica la central de una u otra actividad y cuál es el conjunto de núcleos cerebrales que procesa cada tipo de actividad neural. Un núcleo dado puede intervenir en distintas funciones. Espero que al lector le resulte obvio que la presencia de una hembra no sólo convoca a ciertas regiones cerebrales del macho, las cuales tienen que ver con la atención, sino también con las que están encargadas de incrementar la irrigación de los órganos genitales, con el ataque y la defensa física y hasta con la socialización (la familia, las amistades, etcétera) ¿Y cómo se ponen de acuerdo tantos factores, dado que además se incluyen también las mentes ajenas? De muchas maneras, y entre éstas, las emociones. Nuestras expresiones faciales son idénticas en todos los habitantes del planeta; una persona contenta y una enojada se reconocen, aunque una sea peruana y la otra senegalesa. Un niño congénitamente ciego sonríe cuando interacciona placenteramente con su madre.

Este recurso de asociar cualquier tipo de actividad con el lugar del cerebro que la ejecuta está muy ayudado por la neuropatología. Tal disciplina demuestra, por ejemplo, que si se dañó cierta parte del cerebro, el paciente analizado puede reconocer tal objeto, pero no nombrarlo; o acordarse de su idioma nativo, pero no del que aprendió en su

juventud y ha venido usando en los últimos veinte años, o tener imágenes nítidas de cuál era su equipo predilecto de futbol, pero no el nombre de los ministros del gobierno actual.

Las transformaciones de mamá, la familia y la sociedad

Cuando el homínido del cual descendemos, que andaba en cuatro patas, adoptó la bipedestación, es decir, se paró sobre sus pies, éstos comenzaron a degradarse, se fueron atrofiando y deformando para adaptarse a actividades más toscas, como soportar el peso del cuerpo y caminar; por el contrario, liberadas de su papel de sostener a todo el cuerpo del cuadrúpedo, las manos se fueron convirtiendo en delicados instrumentos que, actualmente, nos permiten tocar el arpa y hacer prestidigitación. Pero centrémonos en qué le sucedió entonces al cerebro, órgano que, como veremos más adelante, también tuvo que sufrir cambios impuestos por la bipedestación.

El cerebro del feto tiene un tamaño limitado por las dimensiones del útero y del canal del parto; si fuera más cabezón, no podría nacer y se extinguiría la especie. Este inconveniente se evitó mediante una suerte de parto prematuro: se pospuso la parte final del desarrollo y crecimiento del nonato para después del nacimiento. Pero entonces, el feto nació «verde». Un gatito nace con las vías ópticas sin alambrar⁷ (al igual que muchas otras estructuras, que se ensamblan después del parto); si le tapamos un ojo durante algunas horas posteriores a su nacimiento, ese ojo será ciego para siempre, pues los circuitos visuales se alambraaron en ausencia de señales luminosas. Pero verde-y-por-madurar implica que si las conexiones neuronales y centros cerebrales se establecen y maduran sólo después del nacimiento, su arquitectura y función pasarán a estar bajo lo que se denomina «control epigenético», el cual opera bajo la influencia de la crianza temprana. A mis alumnos suelo explicarles este fenómeno mediante otra analogía: si pensamos comprar un departamento, podemos elegir uno ya terminado (azulejado y con pintura de cierto estilo, con pisos de madera o de baldosas) o, por el contrario, adquirirlo en obra negra para decidir su apariencia final: ángulo de apertura de las puertas, tipo de piso, distribución de las luces, acabados de tal o cual calidad, colores elegidos según nuestra preferencia, etcétera.

En el caso del ser humano, esta maduración dependiente de la crianza, en la que es imprescindible la interrelación con la madre, ha llegado a extremos tales que no se reduce a dar y recibir alimento o a protegerse del frío y del calor, pues hay además un intenso, y por ahora poco comprendido, intercambio de estados anímicos, intenciones y señales de variada naturaleza. Recalco que me estoy refiriendo a una interdependencia, y no sólo a la mera dependencia del bebé hacia su madre. Es notable que en casi todas las interacciones emocionales madre/hijo intervengan como mediadores químicos sustancias que clasificamos como opioides, las cuales nos generan una suerte de sensación paradisiaca: a ambos les encanta interaccionar.

El bebé tiene una fisiología preponderantemente abierta, de modo que si no hay transmisiones maternas, sus ritmos vitales se desorientan, colapsan y el niño muere. Para facilitar la comprensión de esta apertura y dependencia, imaginemos un reloj que, a

pesar de ser moderno y avanzado, marcará cualquier cosa si no es puesto en hora. Al bebé le es muy importante sintonizarse con su madre y adaptarse a sus estados emocionales. James McKenna señala que durante millones de años de evolución, la madre y el bebé han operado en íntima proximidad. Sus ritmos vitales entran en concordancia («concordar» quiere decir, literalmente, poner en sintonía los corazones), fenómeno que madre e hijo llevan a cabo sobre todo cuando se adormecen. Un pacto intuitivo lleva a las madres de todo el mundo, sean diestras o zurdas, a dormir con el niño junto a su lado izquierdo, cercano a su corazón, actitud que se observa también en gorilas y chimpancés. El bebé pasa la noche entera vuelto hacia ella, absorbiendo estimulaciones sensoriales en cadencias nocturnas. Los investigadores que han filmado este patrón durante toda una noche insisten en describir los movimientos de la mamá y el bebé como asemejando una coreografía. Los chiquitos llegan a alimentarse del pecho materno casi automáticamente y sin despertar (si las ropas no lo impiden).

En los monos más próximos al ser humano, la mamá es quien está a cargo, casi de forma exclusiva, de su bebé, a tal grado de que llega a ser hostil con quien se acerca a toquetearlo. En cambio, en el acarreo y la crianza de los bebés humanos participan otros parientes y amigos de la familia. Según Sarah Blaffer Hrdy,⁸ los bebés humanos son más flexibles en sus tratos con adultos-que-no-sean-su-madre; son mucho más aptos en detectar la intención de terceros, descifrar la mente e intenciones ajenas, seguir sus miradas para ver qué están viendo, semblantear, «enganchar» (que quizá podría traducirse como «hacerse querer», «ser más regalones, mimables»). Los humanos estamos muy dispuestos a cooperar con la mamá en diversas fases y tareas de la crianza de su bebé. Dicha autora señala que esta disposición a la «crianza cooperativa» antecede en tiempo a la gran expansión del cerebro que fue, como sabemos, un paso importante hacia el *Homo sapiens* actual. Se sospecha que esta forma de crianza del bebé humano también desempeña un papel importante en que ese bebé aprenda de los otros (es decir, «otros además de su madre»), lo que en páginas atrás ligué a la cualidad de ser creyente. Hasta hace un par de generaciones era muy común que, además del papá, la mamá y los hijos, las familias incluyeran a algún abuelo, una tía viuda, tíos jóvenes que todavía permanecían solteros y conservaban las esperanzas de no casarse, y hasta primos huérfanos que se incorporaban para ser criados en la familia.

Aunque no lo sepa, la madre usa un sistema emocional de señales para transmitirle a su hijo las cosas importantes acerca de la vida y el mundo. Para dar una idea de la trascendencia de esta comunicación, recordemos al monje Crescimbeni di Parma, quien hizo constar en sus escritos que Frederick II del Sacro Imperio Romano Germánico, en un intento para descubrir cuál había sido el idioma de Adán, expuso a un grupo de bebés recién nacidos a una crianza en la que las nodrizas tenían terminantemente prohibido hablar entre ellas ni a los bebés, así como tampoco acariciarlos, so pena de hacerlas desollar por los soldados que las vigilaban. El emperador esperaba que el lenguaje les brotara espontánea e independientemente de la crianza, tal como lo hacen los dientes y

los cabellos, pero todo lo que consiguió fue que los bebés murieran antes de hablar una palabra. Así es, hoy se sabe que para posibilitar la maduración del sistema inmunitario y los aparatos sensoriales, y que se establezcan circuitos neuronales, hacen falta mimos, canturreos, zamarreos, cosquillas, «conversaciones» entre el bebé y la mamá, o alguna criadora que lo ame. En 1940, René Spitz constató que huérfanos similares a los de Frederick, separados de sus madres en prisión o en un hospital, alejados de algún familiar o enfermera que no se limitara sólo a la función mecánica de asearlos y alimentarlos, enferman, pierden peso y mueren muy fácilmente, lo que es conocido como «depresión anaclítica» o, a veces, «hospitalismo».

Entre medio y un millón de años atrás, y hasta esta parte de la evolución, se redujeron de tamaño las regiones del cerebro que gobiernan conductas primarias, como satisfacer el hambre, la agresión, el sexo y el cuidado maternal.⁹ Paralelamente, la conducta humana se fue emancipando de sus determinantes hormonales. Hoy en día, los cuidados maternos ya no se inauguran en la mamá por el embarazo y el parto; es más, después del nacimiento, los puede cumplir otra mujer, porque una guardería le paga un sueldo. Luego, al bebé se le alimenta más de acuerdo con hábitos y horarios recomendados por el pediatra, que por hambre. El bebé come cuando le toca, no necesariamente cuando lo desea. Exagerando, podríamos decir que la lactancia ya no es regida por el cerebro del bebé, sino por el del pediatra. Se trata de un proceso de culturización restrictiva, que si se hace muy rígida llega a ser dañina.

Para dar por finalizado este punto, quizá faltaría enfatizar que la lactancia no es exclusivamente una transferencia de alimento de la madre al hijo; recordemos que los anticuerpos de la leche materna, a pesar de no tener valor alimenticio, defienden al bebé de microorganismos que su sistema inmunitario todavía no está en condiciones de fabricar eficientemente; además, durante el amamantamiento, pasa un torrente informativo que la madre sabe o capta, y que le transmite a su hijo, aunque todavía no sabemos qué hay en esa información. Nos parece natural, aunque no lo entendamos, que el bebé se deje cargar por alguien a quien la mamá acepta, y que chille si lo toma en brazos alguien a quien ella detesta.

Pero miremos ahora en la dirección opuesta: también el bebé transmite información a la madre. Es archiconocido que, cuando chupa los pezones de su madre, le desencadena a ésta reflejos neuroendócrinos que pasean por su cabeza, van al hipotálamo, le hacen secretar hormonas hipofisiarias y desencadenan estímulos complejísimo. Si la madre opta por no tener con su bebé este intercambio, y prefiere confiarlo a una nodriza, también este rechazo se convierte en señales que el bebé sabe decodificar. Pero paremos aquí, pues tampoco tengo la menor idea de qué información lleva esta señal o cómo se decodifica en el coco del infante; tampoco conozco una sola estadística basada en averiguar si a Eichmann, Gandhi y la Madre Teresa les dieron la teta o los crió con biberón alguna nodriza.

La esencia y la intencionalidad de la hijoputez ¿nos vendrá desde los animales?

¿Hay organismos no humanos que sean hijos de puta? Revisemos el panorama someramente:

En busca de una hembra para procrear, el cangrejo *Ovalipes catharus* encuentra una y copula. Pero podría ser que la muchacha no lo convenza como novia o futura madre, en cuyo caso el macho no pierde la oportunidad de alimentarse. ¡Y se la come!¹⁰ En 1979, el primatólogo japonés Yukimaru Sugiyama dejó alelada a la audiencia de un congreso en Bangalore, en el sur de la India, al comunicar que, cuando los monos langur machos (también llamados «monos hoja de plata») se hacen cargo de un nuevo harem, matan a las crías que la hembra procreó con el macho anterior. La idea de que los animales maten a sus semejantes, y no lo hagan bajo excepción, sino como una norma, fue durante mucho tiempo tan incomprensible y chocante, que muchos investigadores barrieron bajo la alfombra las veces que ellos también habían visto algo parecido en otras especies. Con todo, poco a poco, se pasó a admitir que en ciertas especies el infanticidio es habitual.

Pero no podemos generalizar. Pasemos a otros monos: los bonobos. Se trata de una especie surgida tiempo después de que apareciéramos los *Homo sapiens*; es más moderna. En promedio, estos animales tienen alguna actividad sexual (coito, masturbación, caricias) cada hora y media, con una diversidad más rica de la que gozan los chimpancés, quienes a su vez copulan cada siete horas en promedio. ¿Qué habrá llevado a los bonobos a esa sexualidad tan por encima de sus necesidades de reproducción? Se trata de bichos totalmente bisexuales, pansexuales en realidad, y promiscuos. Para ellos la actividad sexual equivale a nuestro chocar-loscinco y abrazar al amigo, y no tan amigo, pues a veces lo practican para romper el hielo y entrar en confianza con un bonobo que acaban de conocer. Claro, después de actividad sexual tan frecuente y promiscua, ningún bonobo macho está seguro de si algún bonobito es o no hijo suyo, de modo que se abstienen de matar o siquiera maltratar a cualquiera de ellos. Con los bonobos, la evolución ha dado entonces con una fórmula que evita el infanticidio. En contraste, tomemos a los ya mencionados chimpancés, que tienen una frecuencia de coitos cinco veces menor que la de los bonobos, y ellos sí que hacen verdaderas carnicerías de bebés. En este punto, debemos referir la función de una hormona común de los mamíferos: la oxitocina; desde su descubrimiento, se le reconoce un papel central en estimular la contracción uterina, al punto que es administrada regularmente a las mujeres durante el parto y la lactancia. Pero estudios más modernos demostraron que tiene también la propiedad de reducir la agresión. De más está decir que los bonobos la secretan abundantemente. Es probable que si nuestra tasa sanguínea de dicha hormona fuera más alta, seguramente habría entre nosotros menos hijos de puta.

Las hormigas invaden nidos de otras especies de hormigas, roban los huevos y las

pupas, se los llevan y crían a los jóvenes como esclavos que traen comida, limpian y cuidan a las crías de los esclavistas.¹¹ Hay caracoles que apenas salen del huevo y ya comienzan a alimentarse de los huevos donde se gestan sus hermanos. Es que los caracoles que se nutren de los hermanos ingieren una dieta de mayor valor proteico que el de las hojas, llegan a ser más grandes y fuertes que los que no son caníbales, de modo que además de alimentarse, se hacen más poderosos y quitan de en medio a futuros competidores. Al insecto *Mantis religiosa* el antropocentrismo le ha dado fama de piadoso, devoto diríamos, por eso ha sido bautizado con dicho nombre, pues atrapa una mosca, le arranca la cabeza, la devora y, acabado el festín, se pone a «rezar».¹² Luego está el caso de la avispa que caza una tarántula y, sin matarla, la paraliza y le siembra sus huevos fecundados encima; pero como las avispas no cuentan con refrigeradores, no la matan, sino que recurren a mantenerla paralítica, pero viva, inyectándole toxinas. Cuando nazcan las avispitas se nutrirán del cuerpo de la tarántula inmovilizada, como en una muerte vudú, y cuando no quede más que una carcasa vacía, irán a procurarse su propio galán que las fecunde y luego una tarántula sobre la cual depositar sus huevos, y esta araña no encontrará cómo evitar que se la coman viva.

Insisto, porque aquí las opiniones y, sobre todo, las confusiones están a la orden del día. Los bichos mencionados en el párrafo anterior no tienen conciencia, o al menos algo que podamos comparar con la conciencia humana. Eso es lo que suponemos hoy en día.

No es fácil comparar hijoputezes

¿Para qué queríamos comparar grados de hijoputez? Porque como acepto que hay una evolución, quisiera saber si a medida que corría el tiempo, hasta el surgimiento de nosotros, los *Homo sapiens*, la hijoputez fue aumentando, disminuyó, se mantuvo constante o cambió sus formas de manifestarse.

Konrad Lorenz, quien ha dedicado gran parte de su vida al estudio de la agresividad, en su obra *Sobre la agresión*,¹³ planteó la hipótesis de que ésta ha aumentado con el paso del tiempo. Una de las observaciones más interesantes de este autor tiene que ver con el amor como una restricción compensadora de las especies agresivas, y bajo esa idea llegó a asegurar que «sólo las especies agresivas necesitan del amor». Esto no sorprende, pues es como decir que sólo los mamíferos de clima frío requieren gruesas pieles recubiertas de lana, o que sólo los humanos de las zonas ecuatoriales, donde se vive expuesto a una intensa radiación solar, necesitan tener mucha melanina en la piel y, por eso, son negros. De la misma manera, las especies agresivas necesitan amor, porque sin su función compensadora, saldría demasiado caro que sus individuos se anduvieran aniquilando mutuamente. Por ejemplo, los peces beta-luchadores matan a cualquiera de su especie que se aventure a invadir su territorio, y necesitan del amor (o lo que en ellos equivalga al amor), para que las hembras puedan acercarse a procrear. Si no se pusieran bondadosos y melosos a la hora de aparearse, correrían el riesgo de extinguirse. En este caso, vale decir que, tanto la hembra como el macho manifiestan su intención de aproximarse mediante un ritual de nado con señas muy específicas, las cuales exhiben ambos hasta asegurarse de que el otro las captó. Estos rituales de exhibición/apaciguamiento fueron descritos por gente muy anterior a Lorenz, como «la danza del amor». Y tenían razón. Sin agresividad, no se necesitaría del amor, y sin éste no habría peces beta-luchadores.

También entrevemos por qué la «agresividad intraespecífica» (entre individuos de una misma especie) se ha incrementado a medida que la evolución llegó hasta nuestros días y ha hecho aparecer bichos dotados con mayores cerebros/inteligencias. En el caso de las especies muy antiguas, digamos los pulpos, las conductas tuvieron sobrado tiempo de asentar aspectos invariables en su estructura y se hicieron casi totalmente fijas. Si un pez cruza nadando delante de ellos en el plano horizontal, desencadenan un reflejo rapidísimo para atraparlo y comérselo; en cambio, si al pez se le diera por nadar verticalmente, el pulpo no se inmutaría. Y esto se debe a que en el mar, el nado horizontal significa «estoy vivo, soy comida»; en cambio, el vertical significa «estoy muerto, soy basura». Cabe insistir que los animales no adoptan estrategias de antemano y conscientemente; con todo, obedeciendo simples leyes de la física, un bicho que se mueve horizontalmente en el mar proclama, por así decir, que está vivo y puede alimentar a quien lo cace y devore. ¿Podría la evolución generar pulpos que aprovechen

peces a los que, por pura hambre, diversión o error, les da por nadar verticalmente en algún momento? Claro que sí, puede hacer eso y mucho más; pero es tan raro que un pez nade de ese modo, que la evolución no se pone a hacer un pulpo con la circuitería neural para cazar peces que de pronto tienen la ocurrencia de nadar verticalmente.

Pasaron tantos millones de años desde que aparecieron los pulpos (quienes hoy en día pueden permanecer quietos durante horas, esperando que pase un pez), que la selección natural fue eligiendo sólo a aquellos que se parecen más a su entorno, para que la presa (el pez que ha de ser cazado) ni siquiera se dé cuenta. Pero también hay peces que se camuflan con su paisaje y pueden parecer un montón de piedritas o algas, de modo que su respectiva presa, el pez futura-comida, pasa cerca de él, confiadamente, y es devorado.

Pero vayamos ahora hacia bichos más actuales. El zorro, por ejemplo, cuyo cerebro y velocidad de sus circuitos le permiten aprovechar la ambigüedad a la hora de cazar, puede predecir la trayectoria de una liebre e interceptarla; escape como se escape, se detenga o cambie súbitamente de trayectoria, la liebre tiene pocas posibilidades de salvarse; el zorro la va a corretear, predirá sus movimientos, no se cansará y, al final, es casi seguro que se la coma.

Con tales ejemplos, podemos asegurar que un zorro con cerebro de pulpo se moriría de hambre, o que un toro con cerebro de orangután (capaz de percibir los desplazamientos y cambios de dirección de su enemigo) posibilitaría la extinción de los toreros. Se domestican caballos pero no cebras, porque éstas son muchísimo más inteligentes; para empezar, es muy difícil enlazarlas, porque cuando ven venir la reata bajan la cabeza, y cuando las palmean con la intención de ensillarlas muerden y dan coces. Ni siquiera con fines de adorno, diversión o propaganda, se le ocurriría a un club de equitación poner algunas cebras a disposición de sus socios.

Konrad Lorenz¹⁴ Niko Tinbergen, Robert Trivers, Robert Ardrey, Raymond Dart, Desmond Morris, Anthony Storr y otros autores prominentes trataron de entender la conducta humana guiándose por algunas conductas (como el hambre, la reproducción y el miedo) que observaron en los animales. Dichos autores distinguieron dos tipos de agresión: la intraespecífica (león versus león, hiena versus hiena, humano versus humano) y la que se dirige a una especie animal distinta (avispa que caza tarántula, león versus cebra, gato versus ratón, águila versus serpiente), pues las motivaciones en cada una son completamente diferentes y, en el caso del segundo tipo, resultan ser, en el fondo, meras técnicas alimenticias. Puesto en blanco y negro, el tipo de autores que estamos aludiendo plantea que la agresión entre miembros de la misma especie cumple tres funciones: (1) balancear la distribución de las especies (el que un macho perdedor en una disputa por hembras o territorio se tenga que ir con la música a otra parte hace que la especie se vaya propagando por el mapa); (2) selección de los mejor dotados y eliminación de excedentes, pues desde Malthus sabemos que nacen más individuos de los que el espacio y los alimentos disponibles podrían mantener, y (3) defensa del joven (la hembra, para reproducirse, seleccionará al macho más bravo, al mejor cazador, al más

eficaz como proveedor de comida y protector de los cachorros, sobre todo en aquellas especies en las que éstos tardan en madurar y defenderse por sí mismos). Sin embargo, se requiere tomar con pinzas estas aseveraciones; recordemos, por ejemplo, que en una manada de leones, cuando un macho es recién admitido por la leona matriarca, lo primero que éste hace es matar a los cachorros hijos de leones anteriores. Esto, porque en la evolución todo surge por balances de factores contrapuestos.

Estructura/función: dos caras de una misma moneda

Hoy, es erróneo apelar a las dicotomías estructura/función, anatomía/conducta o cuerpo/alma, aunque éstas se sigan usando por motivos prácticos. Hasta hace muy pocos años se daba por sentado que el ser humano tenía por un lado un cuerpo material, y por el otro un alma tipo *Deus ex machina*, cuyas características emanaban de interacciones puramente sociales y culturales.¹⁵ Esta manera de ver las cosas venía de una tradición creacionista en la que se definió precisamente eso: la dicotomía cuerpos/almas. Se trata de una tradición tan difícil de borrar de nuestras mentes, que quienes estudiábamos medicina, separábamos el cuerpo (que analizábamos en las asignaturas de anatomía e histología) de las funciones que aprendíamos luego en fisiología.¹⁶ Así, creíamos que al morir una persona, dejaba de funcionar, y todo lo que se veía en una autopsia era una anatomía estática muy semejante a un aparato eléctrico que acaba de ser desconectado de la corriente.

A medida que las técnicas para observar lo vivo fueron progresando, se constató que hay estructuras muchísimo más sutiles que incluso las analizadas a través de un microscopio electrónico. Un ejemplo de ello son los canales de las membranas celulares, que son tubitos moleculares por los que las sustancias (glucosa, aminoácidos, cloro, sodio, calcio, potasio, protones) entran y salen de las células, y que pueden estar cerrados o abiertos, fosforilados (con un átomo de fósforo unido a sus moléculas) o no; o bien pegados a sodio, calcio, hidrógeno, etcétera. Otro ejemplo importante lo constituyen las enzimas, moléculas que aceleran miles de veces los diversos pasos metabólicos. Hasta hace apenas cincuenta años, se consideraba que las enzimas actúan *por sola presencia*, pero después se descubrió que no es así, pues las técnicas mostraron que las enzimas sólo pueden funcionar cuando se unen, por ejemplo, al fósforo o a otra subunidad (de una especie proteica distinta). Análogamente, una enzima puede activarse/desactivarse cuando cambia su estructura porque se le pegan calcio, oxhidrilos, hidrógeno, ATP a su molécula. En pocas palabras, se llegó a la conclusión de que es erróneo separar conceptualmente a la estructura de la función, pues *la función no es más que un cambio de estructura*, y al revés: no hay cambio de estructura sin que ocurra una función. La mismísima agua celular, que es el escenario donde actúan iones y moléculas, no es un escenario estático en el cual entran, salen, se sientan o bailan los actores; también las moléculas de agua se pegotean en grupos y se despegan a razón de millones de veces por segundo, y ellas también van adoptando distintas configuraciones, y cada cambio de configuración comporta alguna función. La división cuerpos/almas ni siquiera se sostiene en los niveles molecular y atómico.

Esto deja sin sustento la habitual disputa de si la hijoputez es un asunto puramente cultural y social, o si tiene un sustrato biológico. Si existe, debe tener un correlato estructural, y esas estructuras son parte de nuestro cuerpo.

La hijoputez biológica esencial

La vida comenzó en una «sopa primigenia» que durante mucho tiempo no tuvo organismos sino sustancias encarnizadas en trillones de reacciones químicas simultáneas, predominantemente cíclicas. Una reacción química implica ruptura y recomposición de moléculas. Un ciclo químico es una reacción compleja de varios pasos (en todos los cuales se arman y desarman moléculas) que se mantiene en una constante repetición porque de forma continua le entran reactivos y, por difusión, se le escapan los productos de la ruptura de sus moléculas.¹⁷ Por millones de años esa sopa no contuvo individuos y ni siquiera células sueltas, sólo corrientadas de compuestos, minerales, flujos de calor y alternancias regulares de luz/oscuridad. Luego, la sopa se agrupó y aparecieron los primeros organismos aislados: las células. Más tarde, cuando algunas de éstas se pegotearon entre sí, comenzó a haber organismos multicelulares, los cuales no se desconectaron sino que siguieron consumiendo reactivos y generando productos que los hacían establecer intercambios e interdependencias fundamentales, tomados y vertidos continuamente al medio acuoso que los rodeaba, algunos como desechos y otros como moléculas que acaso ya tenían la capacidad de ir a pegarse a otras células y actuar como señales.

A pesar de los avances impresionantes de la biología moderna, aún se ve en figurillas, para definir algo que los antiguos creían entender muy bien: ¿qué es un organismo? Cuando decimos «una persona, una lechuza o una ballena son organismos», lo hacemos con reticencia, porque no se puede ignorar que en el interior de cada una de nuestras células tenemos descendientes de virus y bacterias que, a pesar de ser moradores tan antiguos de esas células, siguen siendo tratados como huéspedes y, en ciertos casos, hasta llegan a reproducirse por las suyas, con su propio genoma. La flora microbiana de nuestros intestinos se encoge de hombros ante el hecho de que nosotros la consideremos una pasta de porquerías, porque «sabe» que, lejos de esa consideración, es como un órgano más de nuestro cuerpo y mantiene con nosotros un intenso intercambio sin el cual moriríamos. Bastaría tomar cianuro, y matar así a las mitocondrias que habitan nuestras células (descendientes de un microbio ancestral del cólera que en un momento dado de la historia biológica del planeta fue alojado en el citoplasma), para morir nosotros también, en el acto.

Dado que el concepto «organismo» es relativamente nuevo, y tomando en cuenta la explicación anterior, podríamos decir que nosotros no somos organismos puros que simplemente alojan en la cavidad de sus tripas una inmundicia pastosa con millones y millones de organismos vivos. ¡Más respeto!, esa «inmundicia», la flora intestinal, es una parte constitutiva e importantísima de nosotros; es tan integrante de nuestro organismo, como lo son nuestro hígado, nuestro ojo izquierdo y nuestro riñón derecho. Además, no sólo contamos con ese órgano tan modesto en la cavidad de nuestro aparato

digestivo; también llevamos organismos ancestrales en cada una de nuestras células.

Muestra de aquella identidad comunitaria ancestral que se inició en la Tierra hace 3.700 millones de años, como una sopa oceánica única, es que hoy todos los organismos del planeta fabricamos nuestras proteínas con moléculas de ADN y ARN, con base en un código molecular universal. Para ilustrarlo de forma irónica, diré que si se votara para decidir quién es más «nosotros», perderíamos, porque tenemos más células en la flora intestinal que la suma de todas nuestras neuronas, más todos los eritrocitos y leucocitos de nuestra sangre, miocitos, fibras musculares, adipocitos; es decir, estamos en minoría aún dentro de nuestro cuerpo.

La razón de que a veces nos veamos impelidos a ingerir ciertos alimentos o bebidas es que nuestro cuerpo puede detectar lo que le hace falta para seguir funcionando (agua, yodo, oxígeno, molibdeno), de cuya existencia no es necesario estar enterados, y que simultáneamente mantiene un vertiginoso intercambio con nuestro hábitat. Estimado lector, ¿usted advierte cuando le baja la tasa corporal de cobalto? No, ¿verdad? Es más, probablemente ni siquiera sabía que hay un elemento llamado así y que en caso de escasearle en su cuerpo, podría enfermarse o morir. Pues cuando le ocurre, su organismo sí se entera, al instante, por lo que incorpora cobalto de la fuente (alimento) que se lo provea. Un puma andino necesitado de yodo arranca de la garganta de toda una manada de ovejas la glándula tiroides, porque de alguna manera «sabe» que esta glándula es rica en el yodo que necesita. Digamos que lo advierte hasta un feto, que tiene formas de generarle a su madre antojos repentinos de comer justamente algún alimento que lo contenga, aunque ella no puede explicarse «de dónde» le surge ese deseo tan súbito y extraño. O al revés, cuando el bebé percibe que hay alimentos que lo dañarían, sabe cómo hacer que su mamá sienta asco por éstos y prefiera no ingerirlos.

Cuando nos alejamos del terruño, nicho ecológico o hábitat adonde crecimos, nuestra situación se asemeja a la de un aparato de radio o una computadora que hubieran sido llevados a un lugar remoto e inhóspito, desde el cual no pueden captar las emisoras distantes, las señales horarias o los programas que se iban actualizando automáticamente vía internet.

Contrariamente a lo que algunos consideran (que somos organismos primigeniamente aislados, cuyo malestar deviene de la obligación de vivir en sociedad), en realidad somos una federación de organismos que fueron producidos en un íntimo ensamble químico, informático y social; una «sociedad molecular». Vivir es *convivir*. Habrá, es cierto, un «malestar en la cultura», pero hubo una separación biológica, que fue mucho más antigua y sigue siendo mucho más crucial para nuestras vidas. Como veremos más adelante, una separación más drástica, ocurrida recientemente, es la principal sospechosa del incremento mayúsculo que está mostrando la hijoputez reinante del mundo. Pero eso lo trataremos en el capítulo cinco.

Una pechina que nos hace hijos de puta

Uno de los legados del filósofo francés Henri Bergson (1849-1951) fue su concepto de *élan vital* o «impulso vital», el cual podría definirse como la hipotética fuerza que ha propiciado la evolución y el desarrollo de los organismos. Dicha «fuerza» contiene un ingrediente que conviene actualizar, desde una óptica fisicoquímica, e incorporarlo a la idea original de Bergson.

La vida en la Tierra funciona gracias a la energía que recibe del Sol, misma que es consumida por todos sus organismos al funcionar (en los humanos al correr, saltar, levantar pesas, respirar, morder, aplaudir, latir su corazón). Pero el papel del Sol no sólo consiste en proveernos de energía. Es difícil entender cómo la luz de esta estrella también ha sido la responsable de que en la Tierra aparezcan hipopótamos, faisanes, bacterias o cóndores, o que espontáneamente organice la materia para formar un bebé en nueve meses. Por ello, los nuevos enfoques termodinámicos no ponen tanto el énfasis en el indiscutible papel de la *provisión* de energía, sino en el *flujo* de ésta a través de la biósfera de la Tierra, capa que, en sus casi veinte kilómetros de espesor, contiene todo lo vivo que hay en el planeta, desde los pájaros que vuelan más alto, hasta las formas marinas en las profundidades oceánicas, y desde las focas del polo norte hasta los helechos tropicales. A continuación daremos una explicación sucinta y accesible de este nuevo enfoque, aunque en todo caso ayudaría mucho al lector que lo leyera más a detalle en mi libro *Elogio del desequilibrio*.¹⁸

La biósfera recibe durante el día la energía solar que circula a través de trillones de procesos biológicos y no biológicos, y lo que queda de ella se disipa por la noche hacia el espacio extraterrestre. Técnicamente, ese paso de energía (que viene con la radiación del Sol, circula por la biósfera y luego vuelve hacia el espacio exterior) se llama *flujo*, el cual describiremos mediante tres analogías que pueden dejar clara la importancia de este proceso en la vida y su increíble complejidad.

Primera analogía. Si tenemos un recipiente de vidrio lleno de agua, podemos ver que ésta se mantiene quieta, aunque en realidad no sea así, pues sus moléculas se están moviendo como locas, chocando en todas direcciones; el detalle radica en que nuestros ojos no tienen el suficiente poder para ver cosas tan pequeñas. Sólo nuestro cerebro es capaz de calcular ese proceso frenético de moléculas. La probabilidad de que las moléculas contenidas en un mililitro de agua se muevan de pronto en una misma dirección es más remota que la posibilidad de que todas las personas del planeta dieran simultáneamente un paso al frente sin haberse puesto de acuerdo. Si ahora calculáramos la probabilidad de que se muevan un poquito hacia la derecha o hacia la izquierda, o hacia arriba o hacia abajo, y que millones y millones de moléculas de agua se pongan a rotar coordinadamente en círculos, veríamos que es requete-archi-remota, por eso jamás ocurre. Sin embargo, la relación entre el movimiento de esas moléculas y la probabilidad

cambia cuando esa agua es puesta al fuego de una hornilla, ya que el calor pasará a través de ella, para luego expandirse más allá del traste que la contiene; es decir, *fluirá* el calor a través del agua. De pronto, ¡albricias! observaremos el momento en que las moléculas de agua se pongan a rotar en forma tan macroscópica, que ahora sí podremos ver las volutas del líquido enfurecido, sobre todo cuando llegue cerca del hervor. Esas estructuras que ahora forman el agua implican un ordenamiento tan increíblemente complejo, que hace un momento lo considerábamos imposible.

Segunda analogía. Suponiendo que la energía del Sol nos dejara de llegar durante el día, es fácil suponer que toda el agua del planeta empezaría a congelarse. En cambio, si esta energía captada no pudiera disiparse hacia el espacio durante la noche, el agua planetaria se iría calentando a tal punto que se transformaría totalmente en vapor. Por suerte, esto tampoco sucede pues la energía que nos llega del Sol fluye a través del agua de la biosfera, al igual que lo hacía el calor de la hornilla a través del agua del recipiente. Gracias a eso, el agua de la Tierra se evapora, forma nubes, llueve, nieva, graniza, forma hielo en las montañas, se derrite, baja por los ríos, se acumula o va hacia al mar, pero vuelve a evaporarse.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la vida y su capacidad de alcanzar niveles de complejidad tan altos, que hace unos pocos años parecía inevitable invocar un milagro? Un poquito de paciencia. Supongamos que en un pueblito de montaña se decide instalar una pequeña planta hidroeléctrica, cuya turbina usará la energía del río más cercano que fluye a través de ella. Las compañías que instalan plantas como ésta, en realidad nos venden un desequilibrio, el cual nos es surtido gracias a cables que, desde la planta generadora, llegan hasta nuestra casa; cada uno de éstos tiene un chicote que mantiene un desequilibrio de 110 voltios con respecto al otro. Si quisiéramos equilibrarlos, bastaría con hacer contactar sus puntas, con lo que los electrones, que abundaban más en uno que en el otro, saltarán en forma de chispa. Pero no somos tan tontos como para malgastar el desequilibrio de forma tan inane. Es como si les dijéramos a los electrones de un chicote: «yo sé que ustedes quieren pasar al otro chicote, para regresar a la turbina. Se los permitiré si *fluyen* a través de este aparatejo que se llama «taladro» y lo hacen rotar, o si pasan a través del filamento de esa lamparita y me iluminan. Les permitiré cancelar el desequilibrio y regresar a la planta, si circulan por la circuitería de ese televisor y me permiten ver imágenes y escuchar música». Y en esa guisa, el pueblito tendrá cines, batidoras, radios, ascensores, carteles de neón con propagandas, y alcanzará una organización de la gran flauta. Así y todo ¿añoramos el equilibrio? Pues esperemos que «se vaya la luz» (como decimos cuando de pronto la compañía no nos envía el desequilibrio entre los dos chicotes), para que éste se restablezca.

Hasta aquí, nos entretuvimos con tres analogías acerca del *flujo*, dos hidrodinámicas (el calor a través del agua puesta al fuego y el río a través de las turbinas de una planta eléctrica) y otra eléctrica (el funcionamiento de todos los chirimbolos de un pueblito, que dependen del flujo de energía eléctrica). Si no perdí al lector por el camino, le ruego que

avance ahora por una cuarta analogía, esta vez química. Ahora, vamos a hacer fluir la energía a través de una víbora. Este bicho come alimentos que tienen mucha energía en los enlaces químicos de sus moléculas (azúcares, lípidos, proteínas), misma que usará para hacer latir su corazón, respirar, construir células y cazar, para finalmente devolver por el ano moléculas con muchísimos menos enlaces moleculares. El desequilibrio se manifiesta aquí en la riqueza energética de las moléculas enteras de los alimentos versus la pobreza energética de las moléculas rotas que se van con las heces y el CO₂ que exhalan sus pulmones. Lo importante es entender que la víbora (así como el agua en el recipiente al fuego y la organización del pueblito) usó esa energía para construirse, hacerse víbora y funcionar. Si queremos complicar un poco más las cosas, pensemos que ahora viene un águila a comerse a esa víbora, y que gracias a los trozos de carne que se ha comido, un flujo de moléculas –desde la boca y hacia su ano– le permitirá a esta águila construirse a sí misma, volar, cazar. Vivir. Y con un poco más de esfuerzo, imaginemos ahora que un carnívoro se come al águila y es ahora el desequilibrio entre la energía de los alimentos (carne de águila) y las heces del carnívoro el que, al disiparse, permitirá funcionar a este nuevo bicho.

En resumen, la enorme complejidad y el funcionamiento (la vida) de las estructuras biológicas sólo tienen explicación si entendemos que en el proceso están presentes, ineludiblemente, los *flujos* de energía en sus diversas formas: hidráulica, eléctrica, química, mecánica y un larguísimo etcétera.

Pero el nombre de este subcapítulo alude también a las pechinas ¿Por qué? Recordemos: en términos biológicos, la pechina es aquella parte de un organismo, generada por la evolución con un determinado propósito, que luego adquirió una función distinta; por ejemplo, el hocico de la víbora, el pico del loro o las fauces de los carnívoros adquirieron una función adicional a la de comer, pues estos animales aprendieron a usarlos también para atacar. Si le pisamos la cola a una víbora o molestamos a un gato montés mientras está comiéndose un águila, veremos que usarán sus hocicos dentados (y acaso sus garras, en el caso del felino) con toda la intención de hacernos daño.

Lo que páginas atrás denominé «hijoputez biológica esencial» consta de dos factores. El primero es que vivimos insertados en la cadena trófica, la cual nos obliga a nutrirnos de otros organismos; el segundo radica en las funciones adicionales que adquieren ciertos atributos de nuestra estructura, las cuales acaso no eran imprescindibles; por ejemplo, la boca (una vez más) que tiene la dentadura con que masticamos también puede ser usada para besar o morder a los demás. Esto amerita recordar el caso de los leones, quienes al matar a su presa comparten la comida con todos los miembros de su grupo. Leones que mataran por separado a sus propias presas, para comer cinco kilos de carne y malgastar el resto, serían ecológicamente demasiado caros; de hecho no hay bichos «hipercazadores» que maten más de lo que necesitan para alimentarse. Contrastemos esta regla general entre los animales, con lo que el activista político Abbie

Hoffman (1936-1989) afirmó respecto a la especie humana; lo parafraseo: si los hombres fueran obligados a comer lo que matan, no habría guerras en el mundo.

¿Qué son las circunstancias?

El tremendo poder de las circunstancias

¿Usted permitiría que un sujeto al que acaban de presentarle tomara un cuchillo y le abriera el abdomen a su hijita del alma? O, peor aún ¿le pagaría para que cometiera un acto de esa naturaleza? Pregunta de mal gusto, ¿no es así? Sin embargo, la respuesta correcta parece ser: «todo depende de las circunstancias». Si la niña sufriera de pronto un cuadro de apendicitis, tendría que llevarla volando a un hospital, para que un cirujano le practicara una apendicetomía, cuyos gastos, honorarios e impuestos usted se vería obligado a pagar. Así de poderosos son el contexto y las condiciones en que tiene lugar un hecho.

Henry Thomas Buckle (1821-1862), en su *History of Civilization*, planteó una idea muy ad hoc para este ensayo: «la sociedad prepara el crimen; es el criminal quien lo comete», lo que aquí podríamos replantear de la siguiente manera: «la sociedad prepara la hijoputez; es el hijo de puta quien la comete». Y es justamente ese «prepara» lo que estamos tratando de entender. ¿Qué es lo que prepara? ¿Cómo lo prepara? Respuesta: La sociedad urde un embudo de circunstancias adonde la persona, una vez que cae en él, no puede evitar llegar hasta su pico inferior. Pero, ¿será que las circunstancias son realmente todopoderosas?; ¿pueden éstas forzarnos a cometer hijoputeces? Para responderlo, deberemos ampliar primero, «a la científica», lo que Buckle afirmó de su ronco pecho. Por eso no podré evitar echar mano a cierta lata técnica. Es más, lo exhorto a que se esfuerce por entender la lata que sigue, porque se trata de un concepto moderno que le va a ayudar a interpretar muchas cosas de la realidad en que vive, así le interese tres pitos la hijoputez.

Las restricciones

Por lo general, resulta más lógico y práctico describir lo que un sistema puede hacer. De hecho los textos de enseñanza siempre proceden de ese modo. La «restricción» es un concepto poco familiar, sobre todo cuando hablamos de su papel en un sistema; pero en cuanto mencione algunos ejemplos, estoy seguro de que quedará claro y el lector caerá en la cuenta de que es más viejo que la humedad.¹ Restringir un sistema consiste simplemente en impedir algo de lo que éste puede hacer. A primera vista, podría parecer entonces que una restricción sólo disminuye, perjudica o boicotea al sistema, lo cual, como veremos a continuación, no es así.

Los grados de libertad de una parra son tantos, que la posibilidad de que alcance una pérgola a tres metros del piso es prácticamente nula. Pero si *restringimos* sus grados de libertad, atándola a una caña, alcanzará la pérgola casi inevitablemente. Podar una planta no le otorga propiedades que no tenga, sólo restringe la libertad de ciertas ramas. El cañón del fusil *restringe* todas las direcciones en que puede salir una bala, menos la que le permite seguir una trayectoria que dé en el blanco. Si no se restringiera a los automóviles transitar en determinado sentido por las calles, o detenerse cuando el semáforo enciende su luz roja, y avanzar («des-restringirse») cuando el dispositivo señala el verde, se armaría un enredo descomunal. A nivel biológico, la importancia de las restricciones en el ser humano también es crucial; digamos que todos nuestros genes están tenazmente restringidos, lo que puede verse en la ejecución del programa genético, el cual permite que en nueve meses el óvulo fecundado por un espermatozoide se convierta en un bebé.

Los genes no se pueden leer y expresar en cualquier momento, independientemente de la célula que los contenga, porque justamente están restringidos, como si fueran un conjunto de libros empaquetados y con las páginas sin cortar. Todas nuestras células tienen el gen para hacer opsina,² pero lo tienen restringido, ya que sólo las células de la retina pueden «des-restringirlo», leerlo y expresar opsina. Análogamente, todas las células tienen el gen para producir insulina, pero sólo cierto tipo de células (las β de los islotes de Langerhans) del páncreas pueden leerlo y sintetizarla. También hay restricciones patológicas: si algún botarate restringiera la parra con un techito, la haría crecer para cualquier lado, menos para arriba, y jamás le permitiría enredarse en la pérgola. Si el páncreas se pusiera a segregar opsina y el ojo se llenara de insulina, se produciría un proceso patológico que no quiero ni describir. Otros ejemplos a mano son las monstruosidades que se consiguen restringiendo el crecimiento del pie de las niñas chinas; o la clausura de la salida de emergencia en un estadio, o cocinar guisantes en una olla a presión, restringiendo la válvula de seguridad, lo que en algún momento provocará que la olla explote.

Así, llegamos a un concepto que nos permite captar una forma sutilísima de hijoputez,

la cual, sospecho, es la más frecuente en la especie humana. Consiste en inventarnos un juego de restricciones con el que nosotros mismos nos obliguemos a cometer una hijoputez. «No tuve más remedio que...» «La guerra es la guerra». «A mis hijos se les pudrieron los dientes, pero es que yo necesitaba comprarme un automóvil.» «Así fue, quedó embarazada; los padres la corrieron de la casa y tuvo que abandonar sus estudios, pero yo no estaba en condiciones de sostenerla a ella ni al niño; tenía que hacer mi vida.» «O matábamos a unos cuantos líderes y sofocábamos las huelgas, o la situación social se hubiera tornado inmanejable y hubiera ocurrido una masacre.» Quizá con alguno de estos dichos enunciados hubiera bastado para ejemplificar las restricciones que desencadenan la hijoputez, pero quiero ser muy pintoresco al plantear este panorama.

Circunstancias hijoputizantes

Por regla general, los estudiosos de la perversidad seleccionan como objeto de sus análisis a personas probadamente malas. En cambio, ante este mismo fenómeno, los psicólogos experimentales de la Universidad de Yale, Stanley Milgram³ y Solomon Eliot Asch⁴ pusieron a prueba a personas que podríamos calificar de ciudadanos normales y comunes, mediante una trampa en la que los aplicadores simulaban ante los sujetos de estudio del proyecto estar investigando la importancia del castigo en el aprendizaje. Primero, le daban a un sujeto una lista con pares de palabras (patria/nación, madre/padre, seco/mojado), con el objetivo de que éste las memorizara. Al comenzar la prueba, Milgram decía, por ejemplo, «patria», a lo que el sujeto debía responder «nación» (la palabra par correspondiente); en caso de equivocarse, un ayudante aplicaría choques eléctricos al sujeto. Luego, le presentaban al sujeto otra palabra de la lista, y si éste daba una respuesta errónea, Milgram le ordenaba a su ayudante que lo volviera a castigar con un choque más fuerte que el anterior. Y así, sucesivamente, incrementando los niveles de voltaje ante cada respuesta equivocada. Sin embargo, como decía, se trataba de una trampa, porque el sujeto a prueba era en realidad un actor profesional a quien no se le estaba aplicando choque eléctrico alguno. En cambio, el ayudante (quien era la verdadera persona en estudio) creía que en verdad se estaba ejecutando el castigo; veía al actor convulsionarse, quejarse de dolor, gritar para que dejaran de torturarlo. Así hasta que el actor suplicaba detener la prueba. Entonces, en su carácter de director de la investigación, Milgram protestaba vehementemente y señalaba que los datos recogidos aún eran insuficientes, por lo que acusaba al «torturado» de violar el supuesto contrato en el que de manera expresa había autorizado prestarse a esta prueba. En tales momentos de la farsa, Milgram apelaba al riesgo de que se echara a perder el proyecto y a ser incluso despedido de su cargo universitario. De la misma forma airada, le advertía al ayudante que si se interrumpía la investigación, también él dejaría de percibir el pago acordado, por lo que lo urgía a seguir aplicando al sujeto choques de creciente intensidad, aunque éste se retorciera de dolor o reclamara su derecho a desistir del contrato. «Falta poco», desestimaba Milgram, tras lo cual apremiaba al ayudante a proseguir. De modo que todos eran cómplices en la explicación, salvo el «ayudante» que cumplía en torturar. Con eso Milgram y colaboradores probaron que, tal como luego sugirió Hannah Arendt, las circunstancias pueden hacer que una persona cualquiera se transforme de pronto en malvada.

Estos experimentos se han hecho en diversos contextos, por ejemplo con el investigador en posición remota y dando las órdenes por teléfono, o estando presente en la misma cámara de tortura, y aun tomando la mano del «ayudante» y forzándolo a operar la palanca. Los resultados de Milgram causaron tal estupor, que fueron repetidos en muchos países, con sujetos diversos, pero la invariable observación de que cuando se

monta el escenario adecuado y se pone a un sujeto cualquiera en la circunstancia de subordinado, cualquier hijo de vecino puede apelar a la obediencia debida⁵ y convertirse en un torturador hijo de puta.

Este experimento demuestra la fuerza que llega a tener la llamada *obediencia debida*, misma que se puede ver en las leyes con las que los militares torturadores y asesinos de sus propios compatriotas se disculpan bajo el pretexto de que cumplían órdenes de sus superiores. Cuando los tribunales dirigen entonces sus investigaciones hacia esos «superiores», encuentran que éstos usan los mismos argumentos: «cumplía órdenes de arriba que no podía ignorar», engendrando así una transferencia ascendente de la responsabilidad hasta dar en el tope de la jerarquía con un «agujero negro» que aniquila toda posibilidad de encontrar al verdadero culpable de las atrocidades (un general ya anciano, un ex dictador que se rebaja a fingir locura para no ser llevado ante un tribunal o un coronel al que sus antiguos camaradas señalan como verdadero responsable porque en el ínterin había muerto). En la versión religiosa, el agujero negro supremo que todo lo atrapa y aniquila resulta formidable: Dios. El mandato divino es habitualmente invocado como excusa por los depravados.⁶ El obispo argentino Victorio Bonamín parecía combinar ambas variantes: «Cuando hay derramamiento de sangre –declaró–, hay redención, pues es Dios quien está redimiendo a la Nación mediante el Ejército Argentino».⁷ Sin embargo, al momento de escribir este ensayo (diciembre de 2010), sigue logrando que una sociedad que se dice laica, respete su fuero y sea él quien dirija ahora sus esfuerzos para exculpar a sus compinches.⁸

Manteniéndonos en el terreno puramente argumentativo, es decir, desentendiéndonos de la barrabasada ética, podríamos decir que, cuando en lugar de un militar se inserta a Dios en la tenebrosa escala ascendente de la obediencia debida, esta deidad sigue gozando de su famosa «bondad infinita», pues el nivel mental de la sociedad es tan bajo, que lo encuentra congruente.

Espero que el concepto de actuar como un hijo de puta obligado por las circunstancias (entendidas como restricciones) haya quedado lo suficientemente claro. De ser así, la siguiente pregunta sería: ¿quién dispone y aplica las circunstancias? Y aquí la variedad de aplicadores y circunstancias es apabullante.

Nietzsche opinaba que la oposición bueno/malo refleja la moralidad del amo, quien se ve a sí mismo como noble y, por lo tanto, como un ser bueno, mientras desprecia al esclavo, a quien considera malo. En ciertas religiones, los creyentes toman el hecho de tener riqueza, poder o esclavos como una prueba de que está haciendo las cosas bien y de que es Dios quien los está favoreciendo.

Francesco Alberoni⁹ encuentra que el mal se origina en un dilema, y utiliza el siguiente planteamiento para explicarlo: si tuviéramos que elegir a 10 de 20 náufragos, a quienes permitiéramos abordar un bote con capacidad para 10 personas, no más, ¿quiénes serían los elegidos?; ¿a quiénes dejaríamos morir? –*ecco il dilemma*–. Según este pensador, recogeré a 10 y, de ahí en más, comenzaré a justificar mi elección ponderando sus

virtudes (creando el bien) y malignizando (creando el mal) a quienes decidí abandonar a una muerte segura. Dicha situación es bien aplicada por los hijos de puta reales, quienes consciente o inconscientemente montan adrede un dilema (en el fondo: un juego de restricciones); la idea es que las circunstancias no les dejen otra alternativa que causar un mal para evitar uno mayor. Esto es fácil de advertir en el marido que obliga a su esposa a vestir ropas provocativas que exhiban con desparpajo sus exuberancias, y que ya en la fiesta alimenta sus celos, observando la lascivia con la que los presentes la miran. De regreso a casa, este hombre le propinará una soberana golpiza con la que acicateará su propio deseo sexual. En la vida real, esta situación es muchísimo más compleja, pues hay mujeres que se prestan ávidamente a este juego.¹⁰ Bernardo Kordon lo pinta magistralmente en su novela *Alias Gardelito*,¹¹ donde un muchacho que compara su voz con la de Carlos Gardel se calienta con una mujer que vive en el mismo conventillo y se solaza en provocarlo descaradamente. Cuando las circunstancias, por fin, permiten que ambos se queden solos en la pieza de ella, prestos a copular, aparece el marido, un turco fortachón que les da una paliza a ambos, tras lo cual pasan a hacer el amor entre ellos. Al poco tiempo, Gardelito se entera de que el súbito ardor sexual del matrimonio, la llegada del marido y la paliza seguida de copulación es una rutina conocida por todos los inquilinos. Sólo Gardelito lo ignoraba.

También Hannah Arendt,¹² a propósito del juicio en Israel del criminal nazi Adolf Eichmann, opinó que, cuando se dan las *circunstancias apropiadas*, cualquiera puede transformarse en un hijo de puta. Quizá la fatiga de tanta explicación y profusión de ejemplos de diversa naturaleza nos permita salir ahora a buscar restricciones hijoputizantes que acaso siempre hayamos tenido ante la nariz.

*¿Restringir adecuadamente?*¹³

Tal parece que en todas las épocas el ser humano ha vivido convencido de que el mundo está bien hecho. ¡Como que lo ha hecho Dios! Voltaire ilustró esta idea con uno de sus personajes inmortales: el doctor Pangloss, de su novela *Cándido*, el cual dio vida al término que engloba dicha percepción: el «panglossismo». Empero, este convencimiento de que el mundo es perfecto lleva a muchos a pensar que si surgen brotes de maldad pasajera, personificada en seres perversos, descarriados y subversivos, todo lo que se debe hacer es restringirlos adecuadamente. Por eso es necesario cortar la maleza (prestemos atención a este término); matar hormigas; domar caballos a rebencazos para que no se descarrien y accedan a trabajar; castrar toros para que arrastren el arado; encarcelar malvivientes; torturar terroristas; electrocutar espías. A este respecto, recomiendo la obra *Los hermanos Karamasov*, del genial Fedor Dostoievski, en particular la autojustificación del gran inquisidor. En la Biblia también hay sobrados ejemplos, y sus técnicas de restricción son presentadas como sabias y piadosas: «No ahorres corrección al niño, que no se va a morir porque lo castigues con la vara» (Proverbios 23:13); «el que ama a su hijo, lo azota sin cesar»; «no le des libertad en su juventud ni pases por alto sus errores»; «doblega su cerviz mientras es joven, tunde sus costillas cuando es niño» (Eclesiásticos 30:1, 30:11 y 30:12, respectivamente). Con semejantes sentencias, podemos darnos cuenta de que restringir no es sinónimo de hacerlo correctamente; recordemos el techito sobre la parra.

De amor y restricciones

¿Cabe alguna posibilidad de que la hijoputez sea provocada por la restricción patológica del sexo y el amor?

Estoy seguro de que un padre, cuyo hijito de cinco años fue violado por un sacerdote (con una vida sexual restringida por las leyes del celibato), se apresuraría a contestar afirmativamente. Pero vayamos por partes.

El escritor Remy de Gourmont (1858-1915) señaló que de todas las aberraciones sexuales, la más curiosa es quizá la castidad, y yo voy a cometer aquí la atrocidad intelectual de fundir en una sola dos restricciones sexuales diametralmente opuestas: la castidad y la privación sexual impuesta por un tercero, alguien que, de no ser restringido, copularía, se masturbaría, etcétera. La restricción del sexo es una de las cosas más fáciles de documentar de la historia. En el año 309, el Concilio de Gangra (convocado en el 343, en Paflagonia, Galacia) aprobó 87 leyes canónicas, de las cuales 40 se referían a las prácticas sexuales. Mucho tiempo después, Osvaldo Bazán¹⁴ tomó ese hecho como una muestra del interés del clero por legislar (lo que en este capítulo entenderemos como «restringir») sobre el cuerpo, en especial sobre «las partes». Por otro lado, santo Tomás de Aquino (1225-1274), en su *Suma teológica*, consideró que la actividad sexual debía ser considerada como algo correcto en tanto *no impidiera* intencionalmente la posibilidad de la procreación; por ello, calificó de *impudicia contra natura* todo aquel acto sexual que no se aviniera a ese único fin. El placer –aseguraba este pensador– «obceca» la razón, por lo que debemos desconfiar de él.

La restricción que uno escoge guarda relación con la magnitud y el poder de aquello que se busca restringir, así como el objetivo a alcanzar. Por ejemplo, para que una parra alcance una pérgola de tres metros de altura, basta con la restricción impuesta por la sujeción a una cañita. En cambio, si el propósito es hacer que toda la humanidad alcance el paraíso, el juego de restricciones habrá de ser delirantemente colosal. Por toda la Europa católica (y sus colonias), el Santo Oficio de la Inquisición, en alianza con el Estado, montó un aparato para buscar y destruir el mal secreto, atrapando y torturando judíos, gitanos, masones, brujas, cátaros, valdenses, luteranos, falsos conversos. La omnipresente figura del monje dominico llevando sospechosos a la hoguera hacía que el hombre de la Edad Media tomara la existencia del mal como algo real y amenazante, y que optara por observar alucinantemente la religión, es decir, restringirse con sus normas. El papa Urbano II determinó que matar «en defensa de la Madre Iglesia» no representaba crimen alguno. En 1199, otro papa, Inocencio III, definió de «malditos esclavos» a aquellos cristianos que mantenían relaciones íntimas con judíos por lo que recomendó la tortura a los primeros como un castigo adecuado. En 1478, Sixto IV autorizó a los Reyes Católicos montar su propia inquisición en España. No pensemos ni por un momento que esta forma de operar ocurrió como interludio perverso en un mar de

piadosa santidad.¹⁵ Recomiendo, para abreviar, la lectura del documentado estudio de Karl Baschwitz.¹⁶

Un ejemplo delicioso del uso de las restricciones (aunque, claro, el autor no las llamaba así) lo encontramos en la comedia *Lisístrata* de Aristófanes, donde el personaje que da nombre a la obra diseña un plan de paz para subsanar los males que recaen sobre Grecia: restringir la actividad sexual y detener así la guerra que en esos momentos azota a toda Atenas. Para lograrlo, la sagaz Lisístrata convence a las mujeres de la ciudad a que se nieguen a copular con sus maridos, hasta que éstos dejen de pelear contra los espartanos en la guerra del Peloponeso. Es obvio que con semejante restricción las mujeres se salen con la suya.

En Roma se solía no desflorar a la esposa en la primera noche de bodas, como una forma de respetar su timidez (también la timidez imponía sus restricciones); sin embargo, la sodomizaban casi por compromiso pues el marido debía tener de sí mismo una imagen de jefe de familia cumplidor e intachable.

Con creencias como éstas podemos hacernos una idea del ardor que habrá sentido el teólogo romano Orígenes de Alejandría (185-254), quien para no procrear ni pecar en un mundo que –según se creía en ese entonces– estaba a punto de llegar al fin de los tiempos y al juicio final, se castró a sí mismo; su objetivo era restringir sus apetitos sexuales (que éstos no le hicieran cometer diabluras) y que el cielo no le cerrara las puertas.

En la Edad Media se pasó del amor unilateral al amor mutuo, el amor mutuo era considerado como algo degradante; además, en el matrimonio no había elección personal sino negociación contractual entre familias, lo que podríamos denominar restricciones sociales. Para mantener su virtud, santa Catalina de Siena se flagelaba tres veces al día (buscaba restringirse a sí misma). Los ideales de pureza en esos ayerres eran los monjes con voto de castidad y las monjas vírgenes. Tomás de Aquino, una de las mentes más poderosas de ese entonces, consideraba que la mujer era un ser defectuoso y mal concebido, por lo que en esa época era el único desacierto que se le admitía al Creador.

Durante el desarrollo del amor cortesano, que rara vez, si acaso, incluía el matrimonio, las novelas, los poemas, las óperas y las canciones de amor tenían siempre una relación directa con el sufrimiento, los tormentos y la muerte. Quizás el ejemplo más emblemático sea el de *Romeo y Julieta*, cuya historia de amor trágico tuvo como antagonistas a las propias familias de ambos enamorados: los Montesco y los Capuleto, quienes con sus restricciones posibilitaron el final que todos conocemos.

Siglos de literatura medieval y renacentista presentan abundantes ejemplos de los esfuerzos que hacían los amantes por reprimir sus impulsos y olvidarse de sus genitales (restringirse de pensar en ellos e impedirse usarlos). En ese imaginario, inventaban situaciones de las que sus personajes no tenían culpa alguna. Imaginaban, por ejemplo, que un gallardo y casto mancebo, mientras caminaba por un bosque, se encontraba una beldad desnuda, durmiendo o bañándose en un lago, muy cerca de algún cisne al que el

artista (verdadero protagonista de esas fantasías) elegía pintar con un cuello sugestivamente erguido y turgente. Ante esas beldades, también había personajes que llegaban incluso a cortarse los testículos, pues su objetivo final era no desearlas carnalmente, sino platónicamente (aunque los amores entre maestros y discípulos que describió Platón en sus escritos no eran, para nada, platónicos). De todo ese legado, nacieron sentencias como «estaban enamorados del amor», «el deseo carnal contamina la pureza del amor» o «la relación sexual surge de la tendencia animal a procrear»,¹⁷ entre otras que, a pesar de contener un grano de verdad, también tienen una montaña de error que volvería fútil e inacabable la discusión.

Otra historia de amor, restricciones y tragedias, en este caso real, es la del monje francés Pedro Abelardo (1079-1142), quien en su época propició todo un escándalo tras sus amoríos con Eloísa, sobre todo cuando el mundo se enteró de que ella estaba esperando a un hijo: Astrolabio. Esto supuso una traición a la confianza de Fulberto, canónigo de la Catedral de París y tío de Eloísa, pues fue él quien confió a Abelardo la educación de su sobrina, por lo que el maestro y su alumna se casan en secreto. A la postre, el tío de la muchacha, quien a decir de algunos le traía muchas ganas, entra con sus ayudantes a la alcoba del filósofo y poeta, y entre todos lo castran. Por ello, este hecho real será para siempre un famoso ejemplo de las historias que contienen en su trama amores imposibles, raptos, embarazos, ejecuciones, rechazos de monasterios, y que han hecho suspirar a generaciones de lectores.

Las restricciones sexuales van cambiando con el tiempo y las circunstancias. En la Atenas de Lisístrata reinaba el amor, pero no se permitía que las mujeres fueran ciudadanas con los mismos derechos que los hombres; las esposas no comían con sus maridos, las adolescentes no se veían por las calles para platicar. En ese entonces, los maestros amaban a su estudiante, en una mezcla de tutelaje y romance; la pederastia era un estado refinado de la educación, y se suponía que los lindos eran, además, moralmente sanos. Los niños bellos recibían mejores calificaciones. Los criminales tenían poco de qué preocuparse ante la justicia; bastaba con que fueran hermosos, para recibir sentencias más leves. Los muchachitos eran amados, pero con un amor que tenía muy poco o nada que ver con el matrimonio, pues éste se reservaba (restringía) sólo a la reproducción, lo que por ende suponía que la mujer fuera vista también bajo esa misma óptica. En épocas más próximas, los teólogos consideraron que la mujer es más carnal que el hombre, lo que por supuesto nos habla más de aquellos teólogos que de la mujer, a quien por ser tan amorosa la señalaban como «raíz del mal». Las familias tenían que sobornar al hombre para que tomara la carga de sus hijas. Por ello, los partos eran atendidos por comadronas, pero si lo hacía un partero, éste debía actuar a ciegas (otra restricción). Los maridos desfogaban sus deseos con amigas, putas y esclavos, para no enredarse en amoríos con su esposa, quien a su vez lo hacía con sus amantes. Aquellas restricciones alocadas llevaron a Oscar Wilde a opinar que «las cadenas del matrimonio son tan pesadas, que se necesitan dos para llevarlas; a veces tres».

¿Es la restricción de la mente ajena una forma de hijoputez?

Tenemos que volver a recordar aquí que la sobrevivencia de cualquier organismo está condicionada a que interprete la realidad eficazmente. A medida que la evolución se acercaba a la generación de los primeros homínidos, la capacidad de interpretar se fue complementando con la mente. El desarrollo del aparato mental confirió tantas ventajas, que de ahí en adelante la selección se concentró casi exclusivamente en la evolución del aparato mental, olvidándose con ello de quitarnos del todo el dedo chico del pie, el apéndice cecal, etcétera.

Ningún otro órgano, sistema inmunológico, hueso o capacidad (de correr, saltar o levantar pesas) puede compararse con la aceleración del crecimiento que experimentaron de pronto el cerebro y sus capacidades. Probablemente se han conjuntado varios mecanismos con retroalimentaciones (*feedbacks*) positivas que se autoestimularon mutuamente, porque todas contribuían a otorgar al organismo alguna de las siguientes ventajas:

I. Alternativas y sentido temporal

El sentido temporal permite hacer en la mente modelos dinámicos de la realidad, pues todo lo que puede suceder en ésta, en un momento dado, es algo único. Por ello, las alternativas que es posible evaluar llegan a ser muchísimas; mientras más alternativas evaluemos, más eficaces seremos. Como dicen los chinos «El secreto de la victoria es saber de antemano». Mal le hubiera ido a los viajeros a la Luna si no hubieran anticipado todas y cada una de las contingencias que pudiesen encontrarse. Hoy el ser humano es capaz de predecir con una exactitud de segundos un eclipse que habrá de ocurrir dentro de setenta y cinco años. Actualmente la medicina está en condiciones de anticipar si un paciente que habrá de someterse a una intervención quirúrgica tiene alguna anomalía cardíaca, si es patológicamente sensible a cierto antibiótico, si se le puede administrar cierta sulfa, y eso puede determinar si sobrevivirá o no la intervención.

II. Versatilidad de escenarios e imaginación

Mientras más versátil es el escenario mental, más ricos son sus modelos y representarán mejor las alternativas posibles de la realidad (combinar sonidos, colores, aromas que constituyen señales que emanan de una realidad en particular, y que son por lo tanto posibles de ser interpretadas).

III. Memorización

Una memoria cada vez más rica podrá recordar alternativas promisorias, pero también opciones adversas de las que debamos precavernos.

IV. Transmisión

Tengamos en cuenta que uno de los saltos mentales más enormes fue la selección del creyente, aquel que puede aprender no sólo lo que él mismo imaginó u observó, sino lo que aprendieron sus congéneres y se lo cedieron, pero ahora él también pasa a imaginar y guardar en su propia memoria; o sea, el creer demanda más memoria.

Pero si paso a ser creyente, paso también a integrar mi mente a una red colosal de quienes creen lo mismo. Hoy el ajedrez está enriquecido por todo lo que han contribuido (pensado, observado, desechado, adoptado) millones de jugadores. Luego toda disciplina científica es un tesoro que me regalan (cuando la aprendo) pero tengo que tener algún lugar en mi cerebro donde poner las normas y enseñanzas de este nuevo desarrollo.

Así, aunque en ese periodo de desarrollo del ser humano, no existían todavía disciplinas científicas, el sentido temporal, la modelización mental, la capacidad de creer y las ventajas que otorgaban las interacciones entre todas esas facultades, llevaron a desarrollar una supercomputadora mental: el cerebro.

Hasta el momento, sólo he traído a colación aspectos cognitivos, pues falta aludir también al enriquecimiento que significó haber incorporado además valores éticos, dimensiones estéticas y emociones, entre las cuales, seguramente, habrá entrado de alguna manera el ingrediente hijo de puta. Así es, en el camino de desarrollo del *Homo sapiens* actual, el cerebro y su mente configuraron de pronto un fenómeno de escape (*run off*). ¡Qué lejos queda la humilde cola del pavorreal que en su momento usamos para entender estos mecanismos!

La rarísima relación entre restricciones y propiedades emergentes

La vida en sociedad impide que el individuo se comporte como si estuviera aislado y en completa libertad; lo restringe, pues aunque haya cosas que le encanten y le convengan, sabe que nos las debe hacer. Sin embargo, la conducta restringida no es como restar libertades a la conducta que el individuo tendría aisladamente, y el comportamiento de la sociedad tampoco consiste en una suma simple de las conductas individuales.

Hay restricciones que posibilitan el surgimiento de *propiedades emergentes*, insólitas, *nuevas*, que difícilmente hubiéramos podido predecir; se les suele ejemplificar con la interacción entre el cloro (gas terriblemente tóxico) y el sodio (sólido sumamente inestable). Estudiando dichos elementos por separado, es difícil imaginar que su combinación (llamada cloruro de sodio) produce la sal con que aderezamos nuestros alimentos.

Las algas volvocinas (*Volvox algae*) son de un solo tipo celular cuando están separadas, pero al agruparse y alcanzar cierto quórum, comienzan a evidenciar una división del trabajo, se especializan, y mientras más grande es el grupo, mayor es el número de tipos celulares que manifiestan. Y así, al igual que estas algas, existen otros organismos marinos que sólo al alcanzar cierto quórum emiten luz.

En resumen: si hay alguna estructura biológica que nos hará hijos de puta (un núcleo del cerebro, un determinado circuito neuronal, una especie molecular que hace de transmisor de señales entre cierto tipo de neuronas), esa estructura la habrán de construir los genes. Pero éstos no tienen vía libre para construir cualquier cosa, pues están trabados, restringidos por un cepo molecular que bien podemos considerar como *las circunstancias* en que les tocó actuar. Luego, cuando por fin las células hayan logrado ensamblarse, formando un individuo, también ese individuo tendrá que someterse a las circunstancias y, dependiendo de cómo lo haga, podrá sobrevivir y dejar hijos para la próxima generación, o bien se extinguirá por chapucero o por ser menos apto que sus congéneres.

Cuando detallé el experimento hecho por Milgram, la respuesta no evidenciaba una propiedad emergente, puesto que el «ayudante» no llegó a hacer algo realmente nuevo, sino que sólo fue presionado para torturar con choques eléctricos al actor, a pesar de su extrema reticencia.

La hijoputez como propiedad emergente

Hay personas a quienes de pronto se les asigna colaborar en un interrogatorio; no tienen cómo zafarse de dicha responsabilidad y a los pobres se les arruga el corazón con sólo pensar en que van a hacerle daño a un semejante. Empero, ya en el acto, les sucede algo insólito: si el torturado se niega a declarar, ellos se sienten ultrajados, se enardecen, se ensañan y, si no se les detiene, pueden llegar a matar al interrogado. Es como si de pronto quitaran de su cerebro un casete repleto de argumentaciones, ideologías y papeles sociales, y se les introdujera otro distinto que inmediatamente desencadena una hijoputez a toda orquesta. Otra propiedad emergente, repetidamente constatada en diversas circunstancias a lo largo y a lo ancho de todo planeta, es la que induce a una persona torturada a enamorarse de su torturador y, una vez libre, llegue a casarse con él y fundar una familia.

Philip Zimbardo, psicólogo de la Universidad de Stanford, llevó a cabo un célebre experimento social en el que hizo convivir durante varios días a una población de estudiantes, a quienes clasificó, según el azar de una moneda al aire, en dos grupos: «prisioneros» y «carceleros». Ambos bandos asumieron su papel asignado, a pesar de que cada integrante tenía consciencia de estar participando en una situación completamente artificial. Sin embargo, luego de unos días, los niveles de brutalidad real comenzaron a crecer, dejando pasmado al mismísimo diseñador del experimento. Dicha situación, propiciada en un ambiente y bajo un enfoque netamente académico, fue descrita por este investigador en su libro *The Lucifer Effect*,¹⁸ pues los resultados emergentes fueron en verdad aterradores y desmoralizantes, tal y como lo hizo constar en su obra. Con ello, Zimbardo sugiere que cualquiera de nosotros podría haber caído en semejantes abyecciones, tras el simple hecho de haber participado voluntariamente. Así, el autor compara su experimento con lo ocurrido en la cárcel de Guantánamo, Cuba, adonde las fuerzas armadas norteamericanas, compuestas de ciudadanos comunes y orgullosos de pertenecer a un país presuntamente democrático y respetuoso de los derechos humanos, cometió torturas terribles y degradantes, que luego repitió en la prisión de Abu Ghraib, muy cerca de Bagdad, Irak.

Aquí, como en el ítem número dos del capítulo uno, en que me referí a la costumbre china de tullir los pies de las niñas, pregunto cuántos hijos de puta detecta el lector, si tiene en cuenta el número enorme de personas que tienen que participar y condonar dicha barbaridad. Recuerdo, por ejemplo, a numerosos escritores, periodistas, sacerdotes y funcionarios de países que condenaron al gobierno cubano, porque consideraban indigno (en su manera de ver las cosas, claro) que los habitantes de esta isla, víctima desde hace decenios del bloqueo económico estadounidense, no respetaran los derechos humanos. Ésas fueron las razones esgrimidas por el presidente argentino Carlos Saúl Menem, tras su negativa a participar en una reunión a la que asistiría su colega Fidel

Castro. Sin embargo, a pesar de su formidable nivel de dignidad, hasta el momento no he escuchado un solo juicio suyo acerca de los procedimientos aplicados por Estados Unidos en la prisión cubana de Guantánamo, o a lo que, más recientemente, expresó el ex presidente de Estados Unidos, George W. Bush, acerca de que la tortura es tan necesaria, que la volvería a autorizar.

Curiosamente, Zimbardo subtituló su libro «Entendiendo cómo la gente buena se torna perversa», pues no llega a «entender cómo», sino a «documentar que», aunque lo haga magistralmente. Es obvio que no ha escuchado el dictum de Theodosius Dobzhansky «En biología nada tiene sentido salvo en el contexto de la evolución» porque a pesar de que reconoce que el volverse hijo de puta es universal en los tres casos de que se ocupa (Stanford, Guantánamo y Abu Ghraib) no lo maneja en el nivel biológico, sino que trata de conceptualizarlo en términos puramente conductuales. Para completar sus curiosas consideraciones, lo bautiza *Lucifer Effect*, resucitando así a un pobre diablo de quien nadie jamás demostró un comportamiento tan espantosamente perverso, y tampoco merece el insulto de que le atribuyan una característica que Zimbardo sólo ha podido observar y documentar en los seres humanos, no en el diablo.

*La hijoputez no es un fenómeno lineal*¹⁹

La no linealidad de los fenómenos logra captarse mejor en la magistral película *Monsieur Verdoux*, de Charles Chaplin. Basada en la vida del asesino serial Henri Désiré Landru (1869-1922), mejor conocido en sus tiempos como «Barba Azul de Gambais». Verdoux es un empleado recién despedido de un banco; con el objetivo de mantener a su familia se ve orillado a casarse con mujeres adineradas para luego asesinarlas, aunque al poco tiempo es descubierto y lo atrapan. Ya en camino a la prisión, se cruza con una de sus ex amantes. La mujer es ahora una dama riquísima que se ha casado con un mercader de armamentos a quien se le considera héroe nacional porque las armas que fabricó permitieron matar a muchísimos miles de enemigos. El punto que pretendo destacar de esta película es que el crimen en pequeña escala no paga mientras que el gran productor de víctimas y dinero se convierte en héroe. La no linealidad aquí está exquisitamente resumida en la fórmula «el número santifica».

Sistemas complejos

Los científicos solemos aislar la porción de realidad que queremos estudiar, y elegimos para nuestros análisis aquellos fenómenos en los que *una* causa produce *un solo* efecto, con el que guarda además una relación *lineal*, como si estudiáramos una plantita en un invernadero o una reacción química en un tubo de ensayo, cuyos resultados son invariablemente predecibles. Ésa es la linealidad. Pero cuando quiera reintegrar a la realidad el sistema que recorté para aprovechar lo aprendido, las interacciones van a ser distintas. Para aclararlo, quizás ayude esta burda analogía: si fuera yo un psicólogo, podría estudiar la conducta sexual del joven Pancraccio, tendido en una cama, y por otro lado la de su novia Eulalia, tendida en otra. Pero tengamos por seguro que si los acostara juntos en una misma cama, me sorprendería al descubrir que mis extrapolaciones previas sobre su conducta no describieron a cabalidad lo que ahora sucede. En un momento dado, el método de aislar y estudiar los procesos deja de ser útil; por eso, las disciplinas hacen continuos esfuerzos por estudiar la realidad, sin disecarla. No es fácil.

A lo largo del siglo XX los marcos teóricos han progresado tanto, que permitieron forjar el concepto de sistema complejo (SC). Así, si deseo estudiar el sistema de la «medicina nacional», sabré de entrada que no es posible aislar sus variables (la medicina no funciona en el aire, independientemente del medio): desde el nivel de conocimiento médico, hasta los aspectos económicos, religiosos (puedo o no transfundir sangre, hacer o no autopsias, recurrir o no a la eutanasia), sindicales (los enfermeros y los obreros de mantenimiento tienen sindicatos), societarios (los médicos fundan sociedades médicas), políticos, sociales y cuantos el lector desee tener en cuenta. Por otra parte, en un SC cada causa puede dar origen a muchos efectos, y al revés: un efecto suele tener múltiples causas. Las relaciones no son lineales, los procesos que se llevan a cabo dentro del sistema interactúan y se influyen entre sí, sufren cambios de función y estructura, etcétera. Casi todos los sistemas reales que nos interesan, sobre todo en el nivel cotidiano y social, son intrínsecamente complejos: la salud, la educación, la economía, la política, el transporte, la comunicación, la legislación, la prostitución y muchos otros.

Uno diría entonces que todos los estudios van a naufragar en un océano de indeterminaciones y ambigüedades, y que jamás podremos estudiar ni llegar a decir algo sobre la realidad. Pero no es así. A efectos de clarificarlo, daré varios ejemplos de distinta naturaleza, para que se capte, al menos intuitivamente, qué es un sistema complejo. En los capítulos iniciales vimos que las células pueden expresar sus genes diferencialmente y dar lugar a un número cuasiinfinito de tipos celulares llamados «fenotipos», aunque se constata que en la realidad no es así, pues hay apenas menos de trescientos tipos celulares distintos. Todos los demás fenotipos celulares han sido restringidos. Uno podría decir a priori que si llevamos diez mil personas a cierta región y las dejamos libres para escoger sus maneras de trabajar, interactuar y alimentarse,

cuando las vayamos a ver dentro de cien años habrán engendrado una variedad social de entre infinitas posibles. Tampoco es así: constataremos que, por ejemplo, no todos se han hecho peluqueros, ni todos albañiles, ni que han constituido una colosal orquesta sinfónica de diez mil músicos pero sin médicos, maestros ni agricultores, y así no todos se habrán hecho guerreros, ladrones, carpinteros, sino que habrá una cierta proporción de cada uno de ellos.

A esta altura del ensayo, no necesito recalcar que también la hijoputez es un SC. Por eso llegó el momento de puntualizar que, puesto que la hijoputez es también un SC, una característica fundamental de todo SC es la de tener *atractores*. Un *atractor* es una conducta o estructura que el sistema adopta espontáneamente. En el caso de nuestras células, vimos que no hay un número astronómico de fenotipos celulares distintos, sino que éstos no llegan ni a trescientos: neuronas, leucocitos, plaquetas, fibras musculares, condrocitos, etcétera. Estos tipos son entonces atractores. Resulta fácil entender por qué se les llama «atractores»: es como si fuerzas complejas e ignotas (pero no milagrosas ni mágicas) se hubieran confabulado para obligar (restringir) a los sistemas a producir esos tipos de células y no otros. También el feto está obligado a hacer un solo hígado, dos pulmones, dos riñones, una nariz, dos ojos, cuatro extremidades, diez dedos en cada una y no tres en el pie izquierdo y dieciocho en el derecho. Nuestro cuerpo surgió de pronto como un atractor.

En este sentido, la hijoputez parece ser un poderoso atractor, pues a lo largo de toda la historia nadie ha fundado jamás una aldea que pueda ostentar un cartel (veraz) que anuncie «En este pueblo no hay hijos de puta». La hijoputez parece ser una característica inescapable, universal, comparable al tener corazón y pulmones, y al principio de este ensayo insistí en que, cuando una conducta es universal, inmediatamente sospechamos que ha de tener determinantes biológicos.

Un cambio de la «gran pauta»

El mal gusto consiste en decir la verdad antes de que deba ser dicha.

Mel Brooks

La peste negra (también llamada peste bubónica) ha sido una de las calamidades más letales de la humanidad, pues a lo largo de la historia ha matado a más de doscientos millones de personas.¹ En su desesperación, la gente de la Edad Media la atribuía a una multitud de factores, incluidos los más exóticos: desde castigos divinos (a los pecados cometidos por reyes, plebeyos y monjes) hasta el haber albergado en sus burgos a herejes y sacrílegos. Curiosamente, la sociedad de ese entonces, cuando la enfermedad hizo desaparecer a casi una tercera parte de la población europea, jamás consideró los dos agentes causales verdaderos: los microorganismos y las pulgas. Viéndolo retrospectivamente, resulta comprensible que las personas de esa época no hayan tenido en cuenta al bacilo *Yersinia pestis*, pues las bacterias todavía no eran conocidas y el microscopio fue inventado tres siglos después.²

Respecto al otro factor de la epidemia, la pulga común (*Xenopsylla cheopis*), vale hacer el siguiente cuestionamiento: si era tan conocida y padecida, ¿por qué nadie apreció su papel en la propagación de la enfermedad? La razón es esta: la pulga era demasiado común; todo el mundo había tenido pulgas desde antes de la peste negra; también durante y después. Por eso no podían señalarla como responsable. Por una razón análoga, la hijoputez jamás se cuenta entre los grandes flagelos de la humanidad; es demasiado común y siempre ha habido superabundancia de hijos de puta. A este respecto, el evolucionista Richard Alexander esbozó una idea que se aviene bastante al eje temático de este libro: «La principal fuerza hostil de la naturaleza, hallada por el ser humano, es otro ser humano».

A través de los años, creo haber detectado ciertas regularidades de las hijoputeces, mismas que llamaré, pomposamente, *pautas*; éstas, como se verá, sufren cambios y reorientaciones en el tiempo. Ese es precisamente el tópico del presente capítulo.

Como especie, los seres humanos hemos vivido el 90 por ciento de nuestra existencia en la Edad de Piedra, por lo que los retoques finales de nuestra constitución se adaptaron a vivir en ella; este hecho es tan preponderante, que a veces se afirma humorísticamente que somos hombres de la Edad de Piedra viviendo en ciudades modernas. En ese 90 por ciento la hijoputez habrá tenido ciertas pautas que se entretajieron, conformando así una pauta envolvente que aquí denominaré «gran pauta». La tesis que enhebra el presente capítulo es que esa «gran pauta» experimentó de pronto un cambio mayúsculo y desgraciadamente, para mal. Pero el análisis de ese gran cambio requiere primero que

refresquemos ciertos conceptos y tópicos básicos.

Seguimos concordando y sintonizando con el Otro

Si bien es obvio que esta propiedad de entrar en concordancias y sintonías interpersonales destaca durante la relación temprana entre el bebé y su madre, vale la pena insistir en que éstas siguen operando durante mucho tiempo, aun en la adultez. Las personas que viven juntas llegan a ensamblarse en relaciones que trascienden en mucho la organización racional, los reglamentos y las normas sociales. Se ha observado, por ejemplo, que las muchachas de colegios que comparten un mismo dormitorio tienden a sincronizar sus ciclos menstruales. Este tipo de compañía puede alterar niveles hormonales, funciones cardiovasculares, ritmos de sueños, horario de comidas y funciones del sistema inmunitario.

A quienes eran condenados a vivir en ergástulas les iba mal. No voy a entrar en la disputa arquitectónica que existe alrededor de estas construcciones, de si se trataba de graneros abandonados que los romanos aprovechaban para hacinar prisioneros o esclavos indisciplinados, cuyos excrementos los condenaban a infecciones y sufrimientos inenarrables; voy a referir sólo lo siguiente: cuando por razones religiosas los Estados comenzaron a abolir la pena de muerte, recurrieron en algunos casos a una versión modernizada de la ergástula, encerrando al reo en profundos y oscuros calabozos, adonde éste era desconectado del mundo: voces humanas, ciclos de luz y oscuridad, cantos de gallos y trinos de pájaros, y si se dormía, al despertar ignoraba si habían transcurrido dos o diez horas, o un día entero, o veinte minutos, así hasta que la pérdida del sentido temporal desorganizaba sus ciclos digestivos, respiratorios, cardíacos y mentales, para terminar muriéndose en poco tiempo. Les sucede lo mismo a los espeleólogos atrapados por accidente en la profundidad de una caverna: de pronto, el tiempo mental deja de transcurrir para ellos.

En la película alemana *La vida de los otros*, un empleado del Servicio Secreto de Alemania Oriental (STASI, por sus siglas en alemán) comenta que cuando se confina a un disidente político al aislamiento, éste olvida en pocos meses hasta los motivos de su lucha y quiénes fueron sus compañeros de confinamiento.

Introducidos estos conceptos, podemos pasar ahora a Charles Darwin, quien en *The Descent of Man* (1871) opinó que «cualquier animal dotado de notorios instintos sociales—incluyendo los afectos parentales y filiales—adquiriría inevitablemente un sentido moral o consciencia». También conviene recordar a Jean-Jacques Rousseau, quien en 1762 comenzó una de las obras por las que más se le recuerda, *El contrato social*. En ésta, el autor aseveró que al promover la desigualdad, la civilización corrompe al «hombre natural». En un capítulo de dicho libro, Rousseau comentó que «el hombre nace libre, pero por todas partes lo vemos encadenado. [...] A un solo hombre ambicioso entre ellos, un solo hipócrita, le puede ir mejor que a una persona piadosa. [...] La religión institucionalizada está fundada en el error y la mentira; [...] engaña a los hombres, los

vuelve crédulos y anega el verdadero culto a la divinidad en ceremonias vanas». Tiempo después, Marx agregó a esa idea que los grupos sociales producen las cosas que se necesitan (infraestructura), para luego generar una «superestructura» (criterios, cosmología, ideología) que oculta a la masa el hecho de que, en realidad, se les está explotando; éstos son ejemplos de lo que es una *propiedad emergente*.

Los animales que viven en sociedad tienen normas para conducirse con «el otro» de su misma especie o grupo. Así, vemos que los leones no comen en cualquier orden, sino que primero lo hace el león dominante, luego comen los machos no-dominantes, tras lo cual les toca a las leonas y al final a los cachorros. Ese protocolo o regla de etiqueta es muy simple, pero basta para que los leones se alimenten sin agredirse mutuamente. Cuando los humanos hacen eclosión, las vicisitudes de la vida entre ellos son tantas, tan complejas y tan variables que, para conducirse en ellas les haría falta un número demasiado grande de reglas para especificarlas y luego enseñar a cada individuo cómo debe proceder en cada situación. En el mundo precientífico tendían a imaginar que los comportamientos humanos se rigen con base en «mandamientos» impuestos por alguna deidad; en cambio, a partir del siglo XIX los sabios se abstienen de invocar deidades, y tratan de ver si las normas de conducta surgen de características puramente biológicas, de un tira-y-afloja entre tendencias biológicas y limitaciones que impone la civilización, de una lucha de clases, de las formas de producción, etcétera, que se transmiten durante la crianza y la educación. Se trataba de estudios basados exclusivamente en la observación. Hoy en cambio se recurre también a la experimentación. Por ejemplo, Rod Plotnik estimuló diversas partes del cerebro de los animales para provocar respuestas agresivas, tras lo cual dedujo que las formas que adquieren de dichas respuestas son siempre aprendidas y producto de la cultura. Para nuestro ensayo bastaría retener que el factor cultural suele modular la expresión de la hijoputez, incluso la prehumana, a lo cual agregamos que esos factores, observados a lo largo de decenas de miles de años, suelen mostrar grandes pautas que de pronto cambian significativamente. En uno de esos grandes cambios de pautas, parece haberse incrementado la hijoputez y que como se verá, ocurrió hace unos diez mil u once mil años, coincidiendo con la Revolución agraria.

De modo que para encontrar una modificación de la «gran pauta», que llevó a un incremento sustancial de la hijoputez humana, debemos buscar primero el momento en que la conducta animal hijoputoide pasó a coexistir en el mismo organismo humano con otros valores. Así, se reduce en mucho el lapso adonde debemos explorar, y también se minimiza radicalmente el número de sospechosos, porque en lugar de analizar los 3.700 millones de años que tiene la vida en la Tierra, podemos abocarnos sólo a los últimos dos millones de años, es decir, al lapso en el que florecieron los humanos.

Para ello incorporemos otra pista que vengo aludiendo reiteradamente: las crisis más grandes en la evolución de una especie se presentan cuando ha sido seleccionada «para» una cosa y es obligada, repentinamente, a vivir y desempeñarse en otra distinta. Para

entenderlo mejor, imaginemos que alguien lleva papagayos chiapanecos al polo norte, o pulpos al desierto, u orquídeas a la ventosa y helada Patagonia. Si logran sobrevivir, ¿qué sucederá con ellos o, más específicamente, con sus conductas?

Nuestras principales sospechas para explicar la hijoputez humana apuntan ahora a una crisis que les ocurrió a los homínidos. Pero primero, reduzcamos aún más el lapso señalado antes, con el trámite de exigir que el hijo de puta haya sido (y siga siendo) consciente de sus actos y, sobre todo, de las maldades que comete, y así sólo tendremos que revisar los últimos 50.000 años. Ahora sí, comencemos a buscarla, recordando las peroratas que di sobre la no linealidad; el camino no será ni podría ser una línea recta, y que fuimos seleccionados «para»³ vivir de una manera, pero estamos obligados a vivir en otra muy distinta.

Como ya se había sugerido antes, es muy probable que la hijoputez humana haya surgido como una propiedad emergente. Una forma muy fácil de entrever la propiedad emergente (*vide infra*) que podría llevarnos hacia una teoría general sobre los hijos de puta, consiste en imaginar a un doctor Víctor Frankenstein que recorta y pega estrofas de diversos tangos, para luego hacer un collage al que bien podríamos llamar *Tango de la Revolución agraria*. Comencemos por fragmentos de tangos reales y muy conocidos:

Me da pena verte hoy barrio de Flores,
rincón de mis juegos de pibe andarín [...]
mis labios dijeron temblando en un rezo:
mi barrio no es éste. Cambio de lugar.

(*San José de Flores*.
Letra de Enrique Gaudino,
música de Armando Acquarone)

¿Dónde está mi barrio, mi cuna maleva?
¿Adónde la cueva, refugio de ayer?
Borró el asfaltado de una manotada,
la vieja barriada que me vio nacer. [...]
Porque se lo llevan, mi barrio, mi todo.
Yo, el hijo del lodo, lo vengo a llorar.
Mi barrio es mi vieja que ya no responde.

(*Puente Alsina*. Letra y música
de Benjamín Tagle Lara)

Fiera venganza la del tiempo
que le hace ver deshecho
lo que uno amó.

(*Qué Vachaché*. Letra
y música de Enrique
Santos Discépolo)

¿Dónde estará mi arrabal?
¿Quién se robó mi niñez?

(*Tinta Roja*. Música
de Sebastián Piana.

Letra de Cátulo Castillo)

No me gusta el *empedrao*
ni me doy con lo moderno.

(*Milonga del 900*. Música
de Sebastián Piana.
Letra de Homero Manzi)

Nada duele tanto como ver
desenrollar del carretel
el hilo de la juventud. [...]
Adiós glicinas, emparrados y malvones.
Todo, todo ya se fue.

(*El Cantor de Buenos Aires*.
Música de Juan Carlos Cobián.
Letra de Enrique Cadícamo)

Maula, el tiempo te basureó de asalto,
al revocar de asfalto
las calles de tu barrio.

(*No Aflojés*. Música de Pedro Maffía
y Sebastián Piana.
Letra de Mario Battistella)

¡Vamos!
Cargao con sombra y recuerdos
¡Vamos!
Atravesando el pasado.

(*El Pescante*.
Música de Sebastián Piana.
Letra de Homero Manzi)

Mi barrio fue una planta de jazmín,
la sombra de mi vieja en el jardín,
la dulce fiesta de las cosas más sencillas
y la paz en la gramilla de cara al sol.
Mi barrio fue mi gente que no está,
las cosas que ya nunca volverán.

(*El corazón al sur*. Música y letra de Eladia Blázquez)

Las calles y las lunas suburbanas
y mi amor en tu ventana.
Todo ha muerto,
ya lo sé.

(*Sur*. Música de Aníbal Troilo.
Letra de Homero Manzi)

Vuelvo cansado de todo
y en mi corazón lloran los años.
Mi vida busca tan sólo
la tranquilidad del viejo barrio.
Y encuentro todo cambiado,
menos tu canción,

milonga mía.
El progreso ha destrozado
toda la emoción de mi arrabal. [...]
Era feliz,
entregado a las caricias
de la única sincera
que acunó una primavera
que no floreció.
Milonga, ya no puedo continuar.
El llanto me venció.

(*Milonga de mis amores.*
Música de Pedro Laurenz.
Letra de José María Contursi)

En el collage de letras que integrarían el *Tango de la Revolución agraria* advertimos que el personaje central se encuentra en una situación actual desdichada, sobre todo porque la compara con la que tuvo en el lugar adonde comenzó su vida: su infancia, su familia, el entorno del que lamenta haber sido alejado por diversas circunstancias. Ésta es una analogía perfecta de lo que le sucede al ser humano seleccionado para vivir en una Edad de Piedra pero que, tras la Revolución agraria, hoy debe desempeñarse en el mundo del siglo XXI. Es notable que la pérdida no se refiera para nada a riquezas materiales, por el contrario, muchas de las letras llegan a reflejar la extrema humildad del mundo de la niñez.

La Revolución agraria como momento en que ocurrió el cambio de la «gran pauta»

Durante la Edad de Piedra los grupos sociales estaban constituidos por entre cuarenta y sesenta personas. Las ocupaciones principales eran recorrer el terreno para conseguir alimentos, criar a los niños y defenderse, por lo que puede deducirse que sus miembros dependían de una estrecha colaboración social. La familia coincidía con «todo el mundo»; no había extraños, pues todos se conocían entre sí; nacían, se criaban, se educaban, trabajaban y perecían en el seno de esa familia, que era también toda la sociedad.⁴ Todos se enseñaban, ayudaban y reprendían; conocían la cara de quienes decidían por todos. Esa sociedad que criaba a los individuos desde recién nacidos, también les buscaba cónyuge y organizaba los casamientos con ritos estipulados, para luego encargarse de educar a los hijos que vinieran. No era necesario decidir siquiera el lugar de la boda ni los pasos de la ceremonia, pues eran los de la cultura en que vivían; tampoco procurarse seguridades para la vejez, pues no abundaban los viejos debido a que el promedio de vida era de 25 años; los accidentados se curaban espontáneamente o morían. El único «saber universal» que cada quien adquiría era sólo el que coincidía con lo conocido por la tribu; no había necesidad de transmitírselo a la posteridad ni había escritura para poder hacerlo. Ese panorama quedó fundamentalmente fijo a través de cientos de generaciones.

Pero de pronto, hace unos diez u once mil años, el ser humano aprendió a cultivar y a domesticar plantas y animales. Ya no era imprescindible desplazarse en busca de alimento, pues la comida estaba a pocos pasos; por el contrario, había que quedarse a cuidar lo sembrado. El desarrollo de la cultura agraria consistió en ensayar híbridos con aquellas plantas traídas de diversas regiones, que ofrecían la ventaja de resistir el clima y brindar más nutrientes. Se produjo entonces la famosa Revolución agraria. Su rendimiento alimenticio permitió a la sociedad crecer numéricamente, y la situación cambió de forma tan drástica que, en primer lugar, catapultó al hombre de la Edad de Piedra a una forma de vida para la cual *no* había sido seleccionado y, en segundo, fue tan compleja que aún no hemos tenido tiempo de adaptar nuestro organismo al cambio, por la sencilla razón de que la evolución biológica es muchísimo más lenta que la cultural.

Hoy vivimos y viajamos en ómnibus y vagones de tren, hacinados entre personas a las que no conocemos, que cambian todos los días sin presentársenos cuando entran por primera vez en nuestra vida o despedirse cortésmente cuando se alejan; ellos para nosotros y nosotros para ellos somos poco menos que cosas. No es cortés ni urbano mirarlos desfachatadamente a cara limpia y franca; si el contacto visual se prolonga más allá de lo necesario para no llevármolos por delante, se considera hostil. Esta restricción de no mirarnos a la cara resulta aún más antinatural si tenemos en cuenta que la evolución nos puso casi la totalidad de los rasgos para expresar nuestros estados de

ánimo en la cara. Podemos charlar de espaldas a nuestro interlocutor, nosotros escribiendo un informe y él mirando televisión, pero en cuanto uno dice algo difícil de creer, o extremadamente novedoso, nos volvemos como impulsados por un resorte y le miramos la cara. Como él es cordial, nos mirará a su vez para permitirnos constatar que sabe lo que está diciendo. Cuando hacemos una pregunta cuya respuesta es crucial, no confiamos solamente en lo verbal. Declaramos «te amo» y quedamos pendidos de las palabras, miradas, suspiros, rubores. Pero como digo: hoy es de mala educación mirarle desfachatadamente la cara a quien pasa caminando frente a nosotros, porque, ahora sí, es *otro*.

En ese tenor, las decisiones importantes en nuestra vida las toman personas que no conocemos ni nos conocen, o que acaso tampoco sean personas, sino computadoras que califican automáticamente nuestro examen y nos asignan un colegio que no necesariamente preferimos, pues no tendremos de compañero a nuestro vecino y compinche de la infancia, aquel que conoce a nuestros padres y hermanos. Luego nuestra carrera laboral irá siendo monitoreada y evaluada por personas que viven en otras ciudades o, de nuevo, otra computadora que ni siquiera sabemos en qué país está situada, que procesará nuestra hoja de servicio y nos dejará sin trabajo con base en índices de costo/ beneficio, o nos promoverá transfiriéndonos a una sucursal al otro lado del planeta, adonde nuestros hijos, que acaso no conocen el idioma local, deberán ingresar a escuelas y forzar amistad con muchachitos que por ahí los desprecian por sus ropas, modales, acento o credos. Nuestro destino ya no estará en manos de la familia extendida a una manzana, sino por instancias sin rostro ni nombre. Para tener relaciones sexuales y maritales debemos buscar pareja y casarnos nosotros mismos, no lo hará la tribu. No habrá ritos de pasaje asociados con la pubertad y tendremos que optar por participar o no en ceremonias nupciales de acuerdo con una lista de precios, salones, menús y servicios, cada uno con la tarifa correspondiente.

No parece haber evidencias incontrovertibles de que los cazadores-recolectores de la Edad de Piedra hayan tenido un instinto de territorialidad que los llevara a guerrear, pues también éste parece haber surgido con el desarrollo de la agricultura, el almacenamiento de excedentes y, más tarde, del urbanismo. De hecho, aún hoy, muchas caravanas nómadas de beduinos circulan por los desiertos con relativa libertad y muy cerca de otras. Países que acaso son enemigos permiten que el otro entre como peregrino a reverenciar reliquias, templos y lugares que son comunes. La peregrinación a La Meca podría ser un ejemplo válido.

Hasta aquí, nos hemos enfocado en intercambios honestos. Pero no olvidemos que los organismos, animales y vegetales, somos tramposos por naturaleza: la flor carnívora «se disfraza» para que el insecto venga a libar; cierto pez posee una antenita fluorescente con la cual atrae a otros peces curiosos que serán comida; un virus «le hace creer» a los receptores de nuestras células que es una molécula «con derecho a entrar» a su citoplasma. Análogamente, los humanos nos acicalamos, vestimos y hablamos, para dar

la idea de que tenemos buena salud y somos buenas personas, inteligentes, confiables, o que seremos excelentes cónyuges; las chicas se maquillan y usan rellenos en los corpiños, usan ciertas palabras para simular que tienen un estatuto social distinto del real.

Para no intoxicarnos, exigimos que al comprar alimentos, vinos o medicamentos se nos advierta de qué sustancias o ingredientes están compuestos, sus grados de alcohol, cuántos miligramos o mililitros contienen el frasco, la caja o el empaque dirán qué trazas de contaminantes no se han podido eliminar, quién los certifica, cuál es su origen y fecha de caducidad, sus ingredientes y, en el caso de los medicamentos, advertencias de los posibles trastornos y contraindicaciones (que no sean administrados a niños y mujeres embarazadas, que no se ingieran simultáneamente con bebidas alcohólicas, etcétera). Pero también existe otro tipo de envenenamiento, la *intoxicación cognitiva*, es decir, la que daña específicamente nuestra herramienta humana por excelencia: la capacidad de interpretar la realidad en que vivimos; tiene vía libre y está expuesta permanentemente al influjo de los medios de comunicación masiva: la radio, la televisión, que nos exponen a adivinos y charlatanes con mil patrañas milagreras, y cuya agenda informativa propiciará que los noticieros seleccionen, según su tamiz, qué hechos debemos conocer y cuáles otros serán censurados.⁵

Así como está organizada, la sociedad en que vivimos ahora llegó a cambiar hasta la relación que el individuo tiene con su propia madre. No faltaron conductistas, como John Watson, que consideraron el amor materno como un instrumento peligroso, pues éste, a decir suyo, transforma a los niños en «inválidos emocionales». «Nunca lo acaricies ni lo beses», recomendaban. En ese tenor, hubo incluso quienes llegaron a catalogar la lactancia directa y la acción de compartir un lecho como perversiones arcaicas. Por ello, hay todavía madres que se hacen inyectar hormonas para evitar la lactancia. La reacción universal del niño que llora y se resiste a ser separado de la mamá, apartado en una cuna o transferido a un cuarto distinto, constituye una protesta sensata por la interrupción de una necesidad emocional ancestral, algo así como si en lugar de depositar el teléfono inalámbrico en el receptáculo de la base, lo pusiéramos en una cajita, lo que inevitablemente produciría su descarga eléctrica, una posible desprogramación y la inutilidad. Por suerte, sólo estoy refiriéndome a patologías excepcionales, pues la mayoría de las madres manejan a su bebé con su cerebro y su corazón, y evitan toda elucubración hijoputizante de los teóricos de la crianza. Sin embargo, algunas mitigan la frustración de su bebé con muñecos de peluche y sonajeros de plástico que no logran suplir la interrumpida condición biológica, porque se trata de objetos incapaces de intercambiar sentimientos. Según han hecho constar diversos experimentos con otros primates, cuando éstos son sometidos a condiciones como las descritas, su cerebro comienza a devastarse, lo que a la postre les induce conductas patológicas que los afectan de por vida. Las niñeras que cuidan de bebés cuyos padres fueron al cine (*babysitters*, niñeras por hora) saben que pueden calmar al infante poniéndole junto a la

carita alguna prenda íntima de su mamá, porque éste huele y reconoce en dichas prendas aromas familiares que lo tranquilizan.

Por suerte, luego de las relaciones amorosas en pareja, con sus intercambios intensos y llenos de contactos, penetraciones, sonidos, emanaciones, turgencias y temperaturas (que nuestros órganos y sentidos están perfectamente preparados para interpretar), reviven y concatenan estas relaciones límbicas en todo su ardor. Claro, esto ocurre tardíamente como para desempeñar algún papel en la crianza, pero eso no le quita lo encantador.

Hasta el futuro puede enfermarnos

Aunque generalmente nos enfermemos por todas las cosas que desencadenan enfermedades en los animales, en los humanos también hay factores muy particulares, que rara vez aquejan a los primeros en su condición salvaje. Así, esa enorme ventaja de tener una «flecha temporal» que nos permite hacer en nuestra mente modelos dinámicos de la realidad y nos da la capacidad de anticipar y escoger respuestas óptimas, implica también una desventaja formidable, pues podemos enfermarnos por temer afecciones y reveses que acaso jamás habremos de padecer. Ningún cocodrilo se enferma tras pensar obsesivamente que no tendrá jubilación, o no ha ahorrado, o que podría darle un infarto, o llegar a tener un cáncer, o que vendrá un cazador a matarlo a tiros. Si esas cosas le llegaran a suceder al pobre cocodrilo, sufriría como nosotros y moriría. Sin embargo, para su fortuna, no se frustrará por haber tenido anhelos incumplidos; no enfermará porque no lo ascendieron en su trabajo o lo depusieron de su cargo para ofrecérselo a un sobrino del jefe. Es decir, no tendrá ninguna de las enfermedades producidas por el estrés que a nosotros, los humanos, nos causa el mero temor de llegar a padecerlas en el futuro. Angustias, afecciones inmunológicas, hipertensión, diabetes; son padecimientos muy modernos que las personas nos causamos a través de un complejo que incluye los sistemas simpáticos y parasimpáticos, anticuerpos, hormonas, etcétera. Según Séneca, quien se aflige de antemano se aflige dos veces. Por ello, el cocodrilo mencionado sólo se afligiría una vez, si es que en verdad llegara a presentársele la contingencia desafortunada de la que se habló antes.

Debido a la hipoputez humana (donde la brecha entre ricos y pobres; o financistas y gente-que-vive honestamente de su trabajo es cada vez más marcada), los pobres viven expuestos, más que nadie, a las enfermizas incertidumbres, no solamente por el estrés de la anticipación que puede afectar a cualquiera, sino porque además carecen de los medios para precautelar respecto a las contingencias del futuro. En el caso de quienes tienen sobrados medios para resolver sus problemas, la angustia del futuro debe ser menor.

La cultura inventa la pobreza

La pobreza es la peor forma de violencia.

Gandhi

La pobreza no es natural. No hay animales o vegetales pobres, en términos de lo que este concepto significa hoy para el ser humano. De igual forma, tampoco había gente pobre en la Edad de Piedra. Son tantas las teorías propuestas que buscan explicar cómo hizo la humanidad para producir tan pocos ricos y tantos pobres, que es muy difícil tener paciencia suficiente para leerlas todas. Con todo, trataré de bosquejar algo al respecto, limitándome a aquellas ideas que incidan directamente sobre la hipopotez.

Tal y como se dijo antes, la agricultura comenzó hace apenas unos diez u once mil años. Al respecto, es necesario puntualizar que, además de todas sus ventajas posibles, sobre todo la de haber propiciado la conformación de grupos humanos cada vez más numerosos, y, por ende, el surgimiento de propiedades emergentes (civilizaciones, nuevas maneras de pensar e interpretar; que son procesos similares a la conexión de computadoras en red), hubo también una fuente de nuevos e increíbles trastornos. En el albor de las sociedades agrícolas, la acumulación de excedentes incentivó al ser humano a inventar maneras de conservarlos, de que no se pudrieran los productos de su cosecha y fuera posible guardar suministros para épocas de escasez. Sin embargo, este proceso ocasionó que hubiera también acumulaciones disparejas, las primeras asimetrías, que unos tuvieran y otros no, y que para custodiar ese cúmulo de alimentos, comenzaran a desarrollarse procedimientos e instituciones fortificadas y armadas a las que nadie ajeno al grupo pudiera entrar, lo que a su vez contribuyó a la estratificación social en clases.

Hoy en día, ser pobre no sólo implica vivir el drama constante de «sentirse pobre» y saber que hay pocas personas en el mundo amasando fortunas a costa de la mayoría, sino también una multitud de dolores que van más allá de lo meramente subjetivo. Para no esforzar nuestra mente imaginando el papel desquiciante de la pobreza a través de los siglos, veamos de qué manera esta condición constituye hoy en día la causa más importante de enfermedad y muerte, superando en mucho a enfermedades como el cáncer y las cardiopatías.⁶

El pobre realiza una actividad mentalmente chata, repetitiva, que ejecuta bajo el diseño, control y mando de otros; lo mejor que puede sucederle es cumplirla satisfactoriamente, pues lo habitual es que suelde circuitos que nadie le explicó, o que esté a cargo de procesos químicos cuyo detalle implica nociones de física, enzimología y toxicología que van más allá de lo que aprendió en la escuela primaria (si es que tuvo la fortuna de asistir a una). Ésa es la situación ideal cuando se tiene trabajo, porque en el caso de pertenecer al sempiterno sector de los desempleados, este pobre sufrirá aún más,

pues pertenece a un estrato social en el que nadie tiene excedentes ni reservas. Es probable también que habite una casa más pequeña de lo que su familia realmente requiere, o en un villorrio lejano a su trabajo, sin agua corriente, cloacas ni energía eléctrica, cercano a tiraderos de basura adonde pululan roedores y alimañas, y sin comodidades como calefacción para el invierno o ventilación para el verano; quizá tampoco cuente con instalaciones para bañarse y esté expuesto a los altos índices de delincuencia que suele haber en este tipo de barrios.

En el tercer mundo (entre un 85 y 90 por ciento de la humanidad) el pobre no cuenta con leyes de seguridad social efectivas, es decir, que no sean meramente nominales y «letra muerta»;⁷ tiene muchos menos desahogos para sus frustraciones y necesidades, como practicar deportes, tomar cursos, ir de vacaciones; debe alimentarse con lo que puede y no tiene acceso a dietas especiales, ricas en proteínas, vitaminas y fibras. Nadie humilla a un rico si un día se queda en casa porque no se siente bien; en cambio, al pobre le envían un médico para que la empresa adonde trabaja se cerciore de que no está mintiendo y determine en cuánto tiempo deberá reponerse para regresar al trabajo, so pena de perderlo. Con suerte, podrá asistir al hospital público que le asignaron, luego de esperar días o semanas para ser atendido en unas instalaciones que pueden no contar con los medios adecuados. En este punto de la historia, los inconvenientes de la tramitación burocrática y la demora no se reducen a meras molestias pues mientras tanto, la afección puede progresar hacia etapas que ya no serán tan fáciles de tratar. Así, el cuidado de su salud es por demás precario, ya que le resulta más engorroso, por no decir imposible, seguir las instrucciones del médico. Por ejemplo, un hipertenso pobre podría dejar de tomar diuréticos (indispensables para controlar el volumen sanguíneo que incide en la presión arterial) porque en la fábrica donde trabaja no se permite a los empleados ir al baño a orinar las veces que quiera. Y en caso de tener neurosis, es raro (y también caro) que decida ir al médico a tratársela; acaso deba esperar a que ésta se convierta en psicosis y pierda la noción de quién es y dónde está. De hecho, los índices de mortalidad de la gente pobre son incomparablemente más altos que los de las clases altas, y dicha verdad es normalmente maquillada por las estadísticas sanitarias, que suelen introducir mentiras del tipo «Entre Rockefeller y yo tenemos tantos millones de dólares». Un promedio de algo tan simple como la desnutrición, oculta verdades crueles e injustas: miente.

Los hijos de los pobres van a escuelas adonde no se les instruye para aspirar a trabajos mejor remunerados y que les ayuden a superar su pobreza.⁸ El pobre debe responder al presente, porque no tiene los medios para planear su futuro, mismo que para su mala suerte, suele ya estar hipotecado; observa que sus niños tienen defectos dentales que se podrían corregir si él tuviera dinero, y que sus padres se encaminan hacia muertes prematuras, porque si bien la medicina ya está en condiciones de curarlas o aliviarlas, los medicamentos de avanzada son particularmente caros e inaccesibles. No puede esperar mucho de la lucha sociopolítica porque está expuesto a promesas preelectorales,

demagogias, matonaje sindical, corrupción, carestía y escasez. Sabe muy bien que el legislador por el cual votó usa para su campaña hacia la presidencia los fondos tomados de su salario, para costearse spots publicitarios en los medios de comunicación. La extracción social de los delincuentes lo muestra con toda claridad: las cárceles están llenas de pobres.⁹ Vivimos en una cleptocracia en la que éstos, aun cuando son tan robados y estafados como los ricos, o aun cuando pueden cometer las mismas fechorías humanas, son quienes suelen ir presos. Se me ocurre resumir no ya con el pensamiento de algún sesudo filósofo que saldría sobrando, sino con un versito garrapateado en las paredes de la célebre prisión mexicana de Lecumberri: «En este lugar maldito / donde impera la tristeza / no se castiga el delito, / se castiga la pobreza».

Así como los orfanatorios del siglo XIX eran mataderos de niños abandonados, con los cuales la sociedad no sabía qué hacer, es muy difícil no pensar que las cárceles de hoy son un matadero de pobres que no tienen cómo dejar de portarse mal. De hecho, a las cárceles ingresan pobres que la sociedad quiere quitarse de encima y por lo tanto salen muertos.¹⁰ Ni un hospital del cáncer se compara con una cárcel.

Cuando al extremadamente pobre ya no le queda ni siquiera comida o ropa, todavía le queda algo que se puede suministrar él mismo: su dignidad, el respeto a sí mismo. Me resulta notable que los estudios hechos a los presos más violentos (a quienes es imprescindible mantener apartados porque han asesinado con lujo de ensañamiento a otros criminales enrejados en su misma cárcel y seguirían ultimando a otros si se les diera la oportunidad) coinciden en afirmar que el móvil fue casi invariablemente una ofensa recibida. Entre dos malandrines, mutuamente conscientes de que sus prontuarios están atestados de delitos, fechorías y vicios, todavía debe prevalecer el respeto mutuo, de lo contrario se aniquilan, que es lo que la sociedad quería conseguir.

Es habitual que los países del tercer mundo ensalcen como «empresarios» a compatriotas que sólo tienen habilidad para las finanzas turbias, entendiendo por tales las de accionistas que poseen información dolosamente privilegiada.¹¹ Hay estudios estadísticos que analizan a la población de acuerdo con su ingreso y otros que muestran cuántos pobres habría que reunir para que sus ingresos sumaran la percepción de un solo financista. Si atendemos a las cifras de la Unesco, que muestran que el mantenerse alimentado y sano cuesta dos dólares diarios por persona, vemos que un puñado de financistas gana una cantidad que mantendría vivos, alimentados y sanos a millones de pobres.

El analfabeto científico, sobre todo si pertenece al tercer mundo, no puede interpretar satisfactoriamente la realidad en que vive.

Ya he referido antes que todo organismo sobrevive si es capaz de interpretar eficientemente la realidad que habita. Pero lo repito para mostrar ahora lo que la ciencia puede lograr al cambiarle a cualquier *bicho* la realidad natural que él interpretaría, por otra totalmente artificial.¹² Las polillas gitanas desbantan los árboles frutales.¹³ En un momento dado se las combatió con DDT, que es tóxico tanto para ellas como para

nosotros. Al emprender esa acción, no murieron todas las polillas sino aquellas que eran más sensibles al DDT, con lo que las generaciones siguientes tuvieron una mayor proporción de polillas resistentes. Se fumigó entonces con más DDT, pero las poblaciones de polillas volvieron a adaptarse a través de la selección de polillas más resistentes a dicha sustancia. Sólo cuando la concentración y los niveles empleados de DDT llegaron a contaminar los frutos con niveles peligrosos para la salud de los seres humanos, se declaró perdida la guerra contra las polillas gitanas, pues ellas sí pudieron adaptarse a la realidad con DDT; los humanos, no. Prestemos atención que para ese momento habían pasado ya decenas de generaciones de polillas, pero ni siquiera había cambiado una sola de las humanas. Y aquí viene la sutileza científica. Tras el fallido intento con DDT, los científicos buscaron otra solución para exterminar a las polillas: el uso de sus propias hormonas.

Para que las polillas puedan reproducirse, los machos deben encontrar hembras con las cuales procrear. Como en otras especies, esto depende de que las hembras exhale feromonas, que son hormonas, sólo que en lugar de verterse hacia la sangre y actuar sobre órganos del propio bicho, flotan en el aire y estimulan receptores de otros organismos. Los machos son tan increíblemente sensibles a estas sustancias, que pueden detectar a una hembra de su especie a kilómetros de distancia. Entonces, la ciencia averiguó la fórmula química de las feromonas, la sintetizó en el laboratorio y fumigó los campos con ellas. Los machos de la polilla gitana no pudieron discernir cuáles de las señales provenían de hembras de verdad, y cuáles otras eran lanzadas desde una avioneta; ahora, los llamados del sexo les llegaban de todos lados. Es como si todos los habitantes de la ciudad llamáramos a los bomberos simultáneamente: al pobre que en serio se le está quemando la casa estaría perdido. A esto se le denomina «castración informativa». Así, los machos no pudieron interpretar una realidad producida artificialmente por la ciencia y se extinguieron. En el ejemplo de las polillas, estos insectos no logran interpretar la nueva realidad que les plantea la ciencia a través de la química, y que consiste en obligarlas a discernir el significado de millones y millones de señales. En el caso del ser humano que no logra interpretar una realidad producida por la ciencia (cámaras digitales, computadoras, tomografías) el mecanismo es el mismo: se ofrece a la víctima (polilla o analfabeto científico) una realidad que no puede interpretar.

Ocupémonos entonces de los analfabetos científicos. Se trata de seres humanos que, así como el analfabeto común no puede leer ni escribir, no han sido educados en la manera científica de interpretar la realidad.

Por miles y miles de años el ser humano ha producido recetas (saber cómo, *know how*) transmitidas oralmente a través de generaciones, sobre cómo hacer quesos, vinos, tejidos, tinturas para telas, medicinas, procedimientos agrícolas, curtido de cuero, producción de aleaciones. Con dichas recetas, se transmitía el *cómo*, aunque se desconociera el *por qué*. Este porqué debió esperar milenios, pues para entender la razón de que la tintura de una tela o el vidrio de los vitrales sea roja, azul o verde, se necesitó

saber de espectros y vibraciones atómicas, que sólo estuvieron disponibles en el siglo XX. Para saber el porqué de la elaboración de quesos y vinos hubo que esperar hasta que la ciencia entendiera de catalizadores y enzimas. Un obrero medio surgido de las clases humildes, para quien la escolaridad acaso no alcanzó ni siquiera el nivel primario, no puede basarse en los viejos cómo que le transmitió la tradición de su terruño para interpretar cómo y por qué funciona una cámara de fotos de 10 megapíxeles con recetas que le pasó la abuela, ni puede entender la electrónica de un chip de computadora del tamaño de una tableta para la tos, que alberga un millón de microcircuitos con todos los datos clínicos de los pacientes del hospital, con fotos, radiografías, etcétera. Y así como ningún país tercermundista puede producir barrenos, teléfonos, citostáticos o satélites de comunicación con fórmulas ancestrales, tampoco es capaz de desarrollar una industria minera, agrícola, sanitaria, eficaz e independientemente. De pronto, el ser humano pasó a vivir hundido en una realidad que no puede interpretar, porque ésta ya no es natural; ahora, se la han fabricado artificialmente la ciencia moderna y las tecnologías avanzadas.

Las polillas gitanas que no supieron interpretar cuál feromona venía de una hembra de verdad, simplemente se extinguieron. Pero el ser humano reacciona al revés: no se extingue en la adversidad; se multiplica y, ante la falta de seguridades sociales, reacciona reproduciéndose. Un anciano tercermundista arriesga a caer en la mendicidad, a menos de que tenga 10 hijos vivos: dos policías, tres sirvientas, dos albañiles, un vendedor de billetes de lotería y dos cuidacoches. La exagerada población del tercer mundo está talando las escasas selvas que quedan, desecando ríos y lagos, intubando arroyos. Falta agua, pero nos sobran las ratas, las enterobacterias, los alacranes y los funcionarios que son profundos analfabetos científicos y no pueden manejar la realidad a cargo de su oficina. Sus ciudades crecen a tanta velocidad, que las no linealidades y los cambios de escala aparejados desquician la provisión de agua, obras sanitarias, electricidad y cuidados médicos. El quimérico día en que el primer mundo consiga ponerse de acuerdo para no contaminar con sus industrias, descubrirá que en el ínterin, el tercer mundo ha ido haciendo de sí mismo una bomba humana mucho más devastadora, porque la más afectada es nuestra especie; pero los acuíferos, suelos, aire, biodiversidad resultan prostituidos e irreversiblemente dañados.

El tercer mundo no puede ser democrático

Para ser democrático no es imprescindible tener una manera de interpretar científicamente la realidad. De hecho, entre la aparición de la democracia, allá en la Grecia Clásica, y el brote de la ciencia moderna, hace unos cuatro o cinco siglos, pasaron dos milenios. La democracia surgió en cierto modo como un recurso para compensar la caída de un régimen autoritario y estratificado en niveles jerárquicos, y en Grecia cobraron importancia las ciudades y los habitantes, llamados de ahí en más «ciudadanos», los cuales enfrentaron el grave problema de gobernarse entre iguales. Generaron entonces las «reglas del tener razón»: argumentar, refutar, convencer, disuadir, demostrar, que con el tiempo fueron sentando las bases de la democracia, la filosofía y los remotos comienzos de la ciencia. Las circunstancias históricas fueron cambiando el enfoque y los significados, y hoy se aplica el adjetivo «democrático» a un país donde el primer mandatario y los legisladores se escogen a través de elecciones en las que votan todos los ciudadanos. En resumidas cuentas, la democracia de nuestros días se identifica, más que con otra cosa, con el voto, siendo que éste en realidad señala el fracaso de la democracia. Es que los asuntos humanos son tan frondosos y complejos, que no se puede argumentar hasta que ya no quede una sola objeción. Se tiene un tiempo finito para discutir, tras el cual se recurre a votar.

Por supuesto que la democracia tampoco es un producto natural, pues ésta depende y se desarrolla cuando la sociedad adquiere un cierto nivel educativo (dejemos de lado la dimensión ética) que el habitante del tercer mundo no tiene ni de chiste. Aun cuando lo que solicita es justo, el tercermundista casi nunca es capaz de argumentar a su favor. Sólo le queda bloquear carreteras, ocupar instalaciones, apedrear edificios donde se decide a sus espaldas, hacer huelgas de hambre, desnudarse, encadenarse a un poste de alumbrado u otras medidas de similar desesperación.

Los regímenes no democráticos provocan daños concomitantes. El primero es que el autoritarismo resulta cognitivamente muy pobre, pues trabaja con un solo cerebro: el del jefe. En cambio, en un régimen verdaderamente democrático pueden participar en paralelo todos los cerebros de la población. En este sentido, la hijoputez humana ha sido tremendamente costosa desde el punto de vista cognitivo, porque ha suprimido de entrada casi el 50 por ciento de los cerebros de la población: el de las mujeres. Dado que la argumentación sensata y responsable pasa siempre a segundo término, los partidos que no ganan el poder en las elecciones se concentran en criticar a ultranza en sus periódicos y hacer un boicoteo sistemático a todos los factores que intervienen en la función del gobierno. Y sobre todo se recurre a coleccionar lo que en inglés se llama *bargaining chips* (fichitas de cambio); es decir, conforman una oposición obcecada que traba el ejercicio administrativo en espera de que el gobierno le vaya otorgando concesiones que dificultan los logros de lo que se ha propuesto el partido gobernante. «Transijo y te apoyo, pero tú

me concedes esto, aunque vaya en desmedro de lo que has planeado con sensatez y tienes el mandato de implementar».

El segundo inconveniente de estos regímenes tiene que ver con la interpretación de la realidad; cuando ésta no se logra interpretar adecuadamente, surge el fenómeno de la corrupción. Normalmente atribuimos a la corrupción problemas que son –al menos en su comienzo– meras burradas de los funcionarios que fueron puestos a operar en una realidad que no están ni remotamente preparados para interpretar: las comunicaciones, la salud, el transporte, la energía y la educación ya dependen de la ciencia y de tecnologías a las que el analfabeto científico sólo puede causar desastres, y los causa inevitable y frecuentemente.

Como mencionamos desde el primer capítulo, la corrupción de un sistema es muchísimo más probable y, por lo tanto, más fácil de caer en ella, que el funcionamiento correcto del mismo. De hecho, nadie ha logrado fabricar un sistema realmente infalible. Hay una o pocas maneras de integrar un satélite a la comunicación, pero también infinitas posibilidades de que no resulte. Bajo esa lógica, hay pocas formas eficaces de contrarrestar una epidemia, pero innumerables de empeorarla. Y es así como opera el mecanismo de la corrupción, mismo que pocas veces advertimos: ésta genera trabajo donde la sensatez no pudo. Las faunas de corruptos sólo prosperan si los mecanismos fallan, y cuando éstos no fallan espontáneamente, son los mismos corruptos quienes no tienen más remedio que hacerlos fallar. Es así como millones de personas que no entienden la ciencia y tecnologías necesaria para que la sociedad se comunique, se transporte, se cure, se divierta, pasan a vivir de las mil y una triquiñuelas que pueden implementar, para que la realidad, corrupta y todo, siga funcionando. La corrupción es muchas veces la única opción posible de los pueblos sumidos en el analfabetismo científico (reitero: entre un 85 y 90 por ciento de la humanidad). Sin embargo, la corrupción no es algo específicamente tercermundista, también en el primer mundo suele llegar a ser colosal, pero el impacto negativo sobre el tercer mundo es incomparablemente mayor. Ryszard Kapuscinski narra un ejemplo conmovedor en su libro *Ébano*: un pueblo africano sumido en la miseria extrema, yace a los costados de una barranca atravesada por una ruta de tierra. En la época lluviosa el camino se transforma en un lodazal y los lugareños se hunden en el barro para empujar a los muy esporádicos vehículos cuyas ruedas patinan y no logran treparla. Pues bien, en época de seca el camino de tierra puede ser trepado por los vehículos, y el villorrio se queda incluso sin las propinas que recibe por su esfuerzo, motivo por el que recurre a acarrear agua y mantenerla como fangal.

Como un tercer punto a esta serie de inconvenientes, es importante decir que en los regímenes más autoritarios que democráticos el analfabetismo científico es frecuentemente intencional. El *analfabetismo científico inducido* es normalmente generado por instituciones a las que el avance de la ciencia perjudica. Por ejemplo, las cúpulas directivas de las instituciones religiosas saben que su existencia depende de que

haya un número suficientemente grande de personas con un nivel cognitivo y moral por debajo del necesario para interpretar la realidad a la manera científica; lo que también aplica a los gobiernos conservadores que favorecen el establecimiento de teocracias cognitivas. Postrar de rodillas a los niños y convencerlos de que son ovejas en el rebaño del Señor es educarlos para imposibilitar que sean algún día ciudadanos que se integren y funcionen en una democracia argumentativa e igualitaria. Inculcar en las mentes de estos individuos que hay razones por encima de las que se argumentan, para seguir los dictados surgidos en una Judea de la Edad de Bronce tardía y en una Roma Imperial (momentos míticos en que se generaron los fundamentos del modelo religioso con que el catolicismo interpreta la realidad) va en detrimento de la capacitación social necesaria para guiarse con lucidez.

Pero hay que cerrar la idea iniciada en este capítulo: el incremento que mostró la hijoputez durante el cambio de la «gran pauta». Para ello, citemos primero a David Erdal y Andy Whiten,¹⁴ quienes afirmaron que «las sociedades anteriores a la Revolución agraria se caracterizaban por un igualitarismo, cooperación y reparto a una escala sin precedentes en la evolución de los primates». No obstante, en la actualidad, según explicó Richard Wilkinson,¹⁵ «los otros miembros de nuestra propia especie son ahora nuestros más temibles competidores por lo que se refiere a vivienda, empleo, pareja sexual, comida, ropa, etcétera [...], pero, al mismo tiempo, son también nuestra única fuente de asistencia, amistad, ayuda, aprendizaje, cuidado y protección».

Una aclaración imprescindible

No estoy afirmando, ni mucho menos proclamando, que todo ser humano deba ser necesariamente científico. Recorro de nuevo a una analogía. Desconozco cuántos dentistas por habitantes necesita la humanidad, pero digamos que la proporción es de un dentista por cada 200 habitantes. En ese supuesto, los 199 restantes no son dentistas, pero tienen una cultura compatible con la odontología, en el sentido de que ante un problema en un incisivo, una muela o las encías recurrirán al conocimiento de ese uno en 200. Ahora bien, muchos países del tercer mundo han mostrado que pueden producir conocimiento científico de altísimo nivel, en muchos casos tan bueno como el de algunos países del primer mundo, pues publican en las mejores revistas científicas, sus investigadores están incorporados en universidades prestigiosas e incluso reciben todo tipo de distinciones, incluido el famoso Premio Nobel. Empero, lo que las sociedades del tercer mundo no han podido lograr, al menos hasta ahora, es desarrollar una cultura compatible con la ciencia. He ahí la enorme diferencia entre ambos mundos. En el primer mundo los científicos también son una minoría semejante a la de los dentistas, pero cuando la sociedad tiene un problema de salud, de comunicación, energético o bélico, recurre a sus científicos, técnicos, centros del saber, universidades.

Una aclaración un tanto superflua

Las especies no se originan en los grandes cambios o crisis, pero sí pueden aprovechar las grandes alteraciones del escenario, para florecer y expandirse. Se suele señalar que el «asteroidazo» de Chicxulub fue un evento crucial que, al extinguir a los dinosaurios, favoreció el desarrollo de los mamíferos. Así fue, pero para cuando ocurrió dicho impacto, hacía muchos millones de años que los mamíferos que nos engendraron a los humanos, pequeños, asustados, huidizos y todo, ya andaban por ahí. Análogamente, no quiero llevar al lector a pensar que la Revolución agraria *produjo* la hijoputez, pero sí que brindó el escenario y el medio adecuados para que el hijo de puta se diera cuenta de que su hijoputez le otorgaba enormes ventajas, y fuera entonces seleccionado entre sus congéneres. Es por eso que la Revolución agraria marca el momento en que comenzó a cambiar la «gran pauta».

De modo que una de las maneras más modernas y devastadoras de la hijoputez es la *ignorancia aplicada*: impedir que el *otro* acceda a una manera de interpretar la realidad «a la científica».

¿Y si el problema fuese que no hemos logrado ser suficientemente hijos de puta?

Cuanto más grande es el número de leyes, mayor es el número de ladrones y bandidos.

Lao Tsé

Entonces aquí va la pregunta, ¿cuál es el futuro de la vida, sobre todo la humana, si la ciencia y la tecnología alteran su realidad de una manera cada vez más vertiginosa y drástica? Cuesta trabajo encontrar algo natural en el avión que nos lleva a Munich, como también sucede en un quirófano o en una sala de cine. Debemos manejar más de una hora; para alejarnos del centro de la ciudad y llegar a algún lugar realmente agreste, en el que podamos girar 360 grados sin ver un puente, un molino de viento, un poste de teléfono, un tractor, es decir, algo hecho y puesto ahí por la cultura humana.

Y esta artificialidad no se reduce al entorno doméstico, pues esa ciencia ya se ocupa de una realidad artificial, que sólo conocemos a través de ella. Cuando los físicos como Galileo estudiaban el péndulo podían ver y manosear un péndulo real delante de su nariz; hoy, los físicos estudian positrones, hadrones y quarks que jamás han visto ni podrían ver, pues el concepto que tienen de éstos fue producto de laboriosas interpretaciones matemáticas emanadas de datos obtenidos en cámaras de niebla y efectos indirectos, sólo captados por complejísimos aparatos. Y si bien a dichas partículas se les sigue considerando «observables», los científicos pasan horas, días o quizá meses, antes de que las computadoras representen en su pantalla la combinación de lo que han ido «observando» todos esos detectores, sondas y aparatos dispersos por los cielos, que nos envían señales, para así poder «ver» esa realidad que ahora representan esos *softwares* con la masa infernal de datos surgidos de experimentos que son, por supuesto, artificiales.

Hoy en día, hablamos con toda familiaridad de supernovas, agujeros negros y quasares, pero éstos tampoco están al alcance de nuestros sentidos, pues sólo los captamos con complejísimos aparatos que acaso sólo orbiten la Tierra, y cuyos datos, antes de convertirse en evidencias, necesitan ser procesados por espectrómetros, supercomputadoras y neblinas físicomatemáticas que luego sólo son «vistas» por el experto (recordemos a Piaget: Uno no sabe lo que ve; ve lo que sabe). Qué reducida es entonces la realidad del analfabeto científico, quien sólo intenta interpretarla chapuceraamente, recurriendo a modelos arcaicos y plagados de misticismo y fantasmagorías.

El nivel máximo de hijoputez: ¿hasta cuándo habremos de necesitar una ética?

Muchas veces se llega a niveles de agresividad tan altos que la convivencia parece imposible, pero se logra así y todo una suerte de «paz espontánea» (llamemos así a la que reina por ejemplo en un nicho ecológico) a pesar de que, como señalo, no existe allí ética ni ley parlamentaria alguna. Comencemos a revisar esta situación en un organismo multicelular: nuestro propio cuerpo, para el caso. Los seres humanos estamos hechos de células que han logrado colaborar como si de alguna manera se hubiesen propuesto el ideal de «hacer un organismo humano». Pero la cosa no es así; de hecho, nuestras células no se «proponen» nada y tampoco construyen nuestro cuerpo como si se tratara de un emporio del amor: logran engendrar una estructura como nuestro organismo porque hay pena de muerte para la célula que se porte mal y trate de rebelarse (cosa que por supuesto ninguna célula sabe). Cabe mencionar que, ocasionalmente, en nuestro cuerpo hay células «separatistas» que se insubordinan, pero que son rápidamente detectadas y aniquiladas por el resto del organismo. No obstante, llega a ocurrir que, alguna célula descarriada consiga darse a la fuga de esa detección temprana que está a cargo de nuestro sistema inmunológico, y que el resultado de su separatismo no sea precisamente una «república libertaria de células» sino un cáncer. Cuando algo así comienza a ocurrir, el organismo lo detecta (mediante mecanismos que aquí no vienen al caso) y le ordena a la célula sublevada que se suicide, misión que ésta lleva a cabo con otro tipo de mecanismo llamado «apoptosis» (en cuyo detalle tampoco me detendré).¹ Cabe preguntarse entonces si los conjuntos biológicos ¿cuentan con alguna suerte de altruismo misterioso, o por el contrario han llegado a un nivel de hijoputez tan alto, que se ha producido un empate entre individualidades que se restringen exitosamente entre sí? Analicémoslo.

Una tortuga no cuenta con el altruismo de nadie; le guste o no, debe sobrevivir en un mundo biológico totalmente plagado de hijos de puta. Si un animal no la devora es porque no puede partírla el caparazón; a lo sumo, esperará a que asome su cabeza o una pata. Por eso, algunas especies de tortugas marinas fueron seleccionadas desde hace millones de años para enterrar sus huevos en aquellos lugares de las playas adonde no puedan comérselos los peces, también con el objetivo de que, una vez roto el cascarón, sus hijuelos puedan arrastrarse y huir velozmente hacia el mar, antes de que sean devorados por las aves que aguardan en las cercanías.

Una manada de cebras actúa como si viviera rodeada de hijos de puta. Sólo cuentan con morder, dar coces y correr más rápido que los leones cazadores, o hacerlo por más tiempo, hasta que el felino agote sus fuerzas y desista. Su lema parecería ser: «supera la hijoputez reinante o extínguete». Entre los gauchos rioplatenses regía una sentencia parecida: «cuando se está entre malos, hay que tratar de ser el peor».

Basta ver en el variado catálogo de la naturaleza las armas que han desarrollado ciertos

especímenes para enfrentar la natural hijoputez de las especies: el arsenal de tóxicos con que se pasea un cachaciento dragón de Komodo, los dientes del tiranosaurio, las duras crestas del lomo de un caimán, la exagerada cornamenta de un ciervo, las fauces de un tiburón que puede arrancar de un mordisco entre cinco y diez kilos de carne, el pico y las garras de un águila. Estas son muestras de que cada especie evoluciona hasta dotarse de un «arsenal» que empate el de las otras o por lo menos le permita dar batalla a la hijoputez que implica el camino de la sobrevivencia. Y digo «empate» porque si por casualidad introdujéramos una especie con un grado de hijoputez excesivo, descalabraría el equilibrio dinámico del sistema ecológico y perjudicará también a la misma especie invasora. Los antiguos romanos lo ponían de otro modo: *Si vis pacem, para bellum* (Si quieres paz, prepárate para la guerra).

Para balancear lo dicho, conviene no olvidar que la defensa no se basa solamente en estructuras (caparazones, colmillos, garras, etcétera), sino también en mecanismos funcionales que se suelen agrupar bajo el nombre de «conductas». Daré un ejemplo. Se toman ratones que jamás han visto un gato, y se les muestra la foto o la imagen de televisión de un gato y se comprueba que reaccionan con gran alarma. Hay polluelos que, con sólo proyectarles la sombra de un halcón volando en cierta dirección sobre el nido, se agachan para no ser vistos. En pocas palabras: las especies, como parte de su evolución, han incorporado estructuras y conductas ya «impresas» en su cerebro, para sobrevivir en nichos ecológicos de perversidad suprema.

Y a veces las circunstancias cambian y estos desarrollos anticipados dejan de servir para algo. Muchos psicobiólogos opinan que les tenemos terror a las arañas y las serpientes, pero no a los automóviles que matan a muchísima más gente, porque tal y como se dijo antes, somos seres de la Edad de Piedra que ahora habitan ciudades, y en aquella Edad de Piedra fuimos seleccionados para alarmarnos ante las arañas y serpientes, pero no ante los vehículos motorizados que transitan por las vías. Los automóviles existen desde hace poco más de un siglo y, si bien nos cuidamos de ellos porque nos pueden atropellar, no nos hacen erizar el cabello ni palidecer; podemos palparlos confiadamente, cosa que no haríamos con una tarántula del tamaño de un camión, así estuviera embalsamada.

De modo que los humanos estamos apelando a legislaciones, tribunales, cárceles, instituciones internacionales del tipo Naciones Unidas, para tratar de conseguir pactos que eviten la hijoputez hasta donde se pueda, pero el resto de las especies viene adoptando la estrategia opuesta desde hace miles de millones de años: consiguen sobrevivir y convivir a través de una maximización de la hijoputez.

En toda población humana habrá siempre errores honestos (fallas de fabricación, pérdida de documentos, averías accidentales), y también algún porcentaje de incautos que ofrecerán una nueva posibilidad de que broten nuevos tipos de hijos de puta. La generación espontánea no existe; esos hijos de puta brotan por selección de especies preexistentes de ciudadanos comunes que ya son hijos de puta, al menos en potencia.

Apenas se vuelca en alguna vía un camión de carga que transporta zapatos, aparatos electrónicos, fruta, botellas de refresco, o lo que sea, se llena el lugar de aprovechadores que no solamente han de llevarse frutas, zapatos y lo que encuentren, sino que muy probablemente despojen de anillos, relojes y dinero a los camioneros desmayados o muertos. Me dicen que esto pasa regularmente dentro de las ambulancias. En todo desastre natural, autoridades de protección civil mandan a elementos del orden o patrullas que suelen ir cargadas de ladrones o incluso violadores y asesinos.

Pero a medida en que la hijoputez sigue prosperando, en el sentido de que surgen nuevas maneras de ser hijo de puta,² estamos autorizados a temer que la hijoputez perjudica a los humanos porque aún somos una especie demasiado nueva que no ha llegado a sus máximos niveles, y por eso no hemos generado protecciones realmente eficaces. Parecemos aves de la isla de Guam. ¿Sólo nos queda la esperanza de llegar a ser aún más hijos de puta, hasta alcanzar el maravilloso empate que se observa en los nichos ecológicos? ¿Sabemos que seguirán surgiendo torturadores y genocidas, pero confiamos en poderlos convencer de que saldrán perdiendo? ¿Será que la única manera de compensar al mal no radica en promover el bien, sino en convencer al perverso de que somos más hijos de puta que él y lo contrarrestaremos con mayor eficacia? Digan lo que digan nuestros humanistas y juristas, las policías de todo el mundo, casi sin excepción, son partidarias de la pena de muerte.³ «Un asesino ejecutado no vuelve a matar a nadie», argumentan. No recuerdo quién ni dónde declaró algo así como: «soy partidario de prohibir la pena de muerte y que no se aplique a todo aquel que se comprometa a respetar dicha norma; es decir, sólo la aplicaría a los asesinos».

¿Qué otra cosa son los pactos internacionales, protocolos, desfiles militares o clubes de potencias con un propósito político común, sino despliegues de hijoputez preventiva que tratan de disuadir al hijo de puta en potencia? ¿Hasta cuándo seguiremos necesitando de una ética? Volveremos sobre este punto en el capítulo siguiente.

No siempre se puede separar el bien del mal en forma tajante.

En el capítulo tres nos referimos a «la hijoputez biológica esencial», cuya peculiaridad es que los organismos vivamos engarzados en cadenas tróficas que nos obligan a nutrirnos del otro. Al llegar al nivel humano no tenemos escapatoria, y debemos ser morales e inmorales, buenos y malos, altruistas y egoístas, cooperadores y competitivos, pacíficos y belicosos, virtuosos y no tan virtuosos.⁴ Italo Calvino, en su novela *El vizconde demediado*, crea un personaje a quien los turcos le parten el cuerpo de un cañonazo en dos mitades perfectas (sagitalmente, de arriba abajo), las cuales pueden sobrevivir como tales (la fantasía literaria da para todo). Una mitad es exageradamente buena; la otra, extremadamente mala, y Calvino las usa para mostrar que dichos seres resultan insoportables. Sólo cuando los aldeanos consiguen juntarlas y reconstituir al vizconde se encuentran con la persona normal que éste era. Pero dicha historia es un caso extremo en el que toda la maldad de una persona está de un lado, y toda su bondad del otro. No obstante, el bien y el mal están mezclados como en una pasta homogénea, y

algo puede ser bueno o malo según como se mire. Hannah Arendt comenta que los países escandinavos estaban oficialmente en contra de los nazis, al grado de que el rey de Dinamarca se puso una estrella de David en solidaridad con sus súbditos judíos, aunque al final no logró salvarlos; en cambio, Italia estaba oficialmente del lado de los nazis, aunque de noche la gente abría las puertas de los trenes, para que los judíos pudieran escapar. ¿Cómo separar aquí el bien del mal?

Por suerte, quiero creer que en la mayoría de las circunstancias, la gente es buena y hace lo correcto para sí y sus semejantes. Que demos el paso hacia ella depende otra vez de las circunstancias. Basta recordar que el héroe de una nación suele ser un perfecto hijo de puta en el país vecino.

Los usos de la hijoputez

Quien conozca la verdad de un hombre lo destruirá, a no ser que se calle.

Elias Canetti

A los grandes congresos anuales que se celebran en Estados Unidos se suele invitar a algún alto funcionario del Public Health Service, para que nos entere de cuánto dinero se canalizará a la investigación científica, información crucial para quienes nos ganamos la vida en esta profesión. Cierta vez, asistió el propio secretario de salud estadounidense, quien aseveró que, a pesar de que estábamos viviendo una época de estrechez económica, apoyarían generosamente la investigación, tras lo cual agregó algo insólito: «Hoy tenemos más gente que vive del cáncer, que pacientes muriendo de dicha enfermedad». Luego, respaldó su afirmación aludiendo con una suma aritmética la cantidad de personas que vivimos de la investigación biomédica o trabajamos en hospitales (como médicos, laboratoristas, enfermeros o empleados en las grandes industrias farmacéuticas o de aparatos científicos y reactivos), cifra que contrastó después con el número de pacientes que, al menos en Estados Unidos, mueren anualmente de cáncer.

Dicho ejemplo lo traje a colación con el propósito de compararla con la hijoputez, de la cual también hay cada vez más gente viviendo de ella, aun cuando es extremadamente perjudicial para millones de personas, pues a lo largo de milenios la humanidad se ha ido adaptando a ella. Y ya que estamos en digresiones, relataré otro hecho real que también viene mucho al caso: en 1937, Albert Szent-Györgyi recibió el Premio Nobel por sus descubrimientos sobre el metabolismo, en especial el relacionado con la vitamina C. Al verse con una suma de dinero tan grande, se asesoró acerca de cómo manejarla y le aconsejaron comprar ciertas acciones que subirían mucho de precio si llegaba a estallar la segunda guerra mundial. En pocos meses, el escenario europeo se puso muy belicista, Szent-Györgyi pudo comprobar que el consejo comenzaba a surtir efecto y sus acciones estaban subiendo de precio en la bolsa. De pronto, según narra en su autobiografía, descubrió azorado «que estaba leyendo ávidamente los periódicos con cierta esperanza de que estallara la guerra. «Horrorizado, vendí mis acciones y me puse a averiguar cuáles se depreciarían en caso de que el conflicto armado se tornara inevitable. Las compré. Perdí mi dinero, pero salvé mi alma».

En su novela *El desperfecto*, Friedrich Dürrenmatt nos cuenta la historia de un grupo de jubilados, que trabajaban en un tribunal. Todos, juez anciano, fiscal, abogado defensor y verdugo se reúnen un día y se entretienen juzgando a alguien en el curso de una opípara cena. Comprensiblemente, lo único que les falta para poder disfrutar en serio

del juego es a un reo jubilado como ellos. Pero de pronto, un desperfecto en su coche obliga a un viajante de comercio a pernoctar en ese pueblito que ni siquiera tiene posada donde alojarse, por lo que el mismo mecánico, acostumbrado a esta situación, lo encamina hacia la casa del juez jubilado, adonde se está celebrando la reunión. Al llegar, el anciano lo recibe complacido y lo invita a sentarse a la cena, y le informa que si todos los ahí reunidos tuvieran un voluntario que hiciera de acusado en su juego, todos podrían pasar una velada placentera. El viajante se presta de buen grado, pero les anticipa con toda franqueza que se van a aburrir, porque es un ciudadano común, anodino, rutinario y hombre de casa que vive de su trabajo. Pero no sabe en la que se mete, pues la tesis de Dürrenmatt es que, tamizado por expertos, todos tenemos culpas suficientes como para ser encontrados culpables y condenados a muerte. Dürrenmatt se da mañas para describirnos la manera en que restringiendo a un sujeto cualquiera, aflora lo que podríamos llamar «la hijoputez que todos llevamos dentro», «errores humanos», o a lo sumo «esqueletos que uno olvidó escondidos en un armario». En el fondo, éste es un ejemplo de que la hijoputez emerge en los individuos de forma marcadamente no lineal y heterogénea, llegando a manifestarse incluso en grados bastante altos, sin que el nuevo hijo de puta lo haya advertido antes.

Para adentrarnos entonces en lo que estoy llamando «los usos de la hijoputez», nos ocuparemos ahora de cómo fueron aprendiendo los antiguos cretenses a restringir a sus coetáneos. Durante el periodo Minoano, el rey Minos, de la minúscula isla de Creta, exigía tributo en las comarcas situadas sobre una angosta franja de las costas del Mediterráneo. Como carecía de un ejército lo suficientemente grande para tener a raya a tanta gente en un mapa tan dilatado, recurría a un uso ingenioso de la hijoputez: concentraba el poder de su pequeña flota en una sola comarca vasalla. Periódicamente, enviaba una embarcación a recoger el tributo, llevándose además al primogénito del reyezuelo del lugar, para dárselo a comer al supuesto Minotauro encerrado en un laberinto ubicado en la isla, que así denominaban los cretenses a lo que hoy llamaríamos su primer ministro. El entregar o no a un hijo para que se lo sacrificara era un signo del nivel de poder alcanzado por el reyezuelo, suficiente o insuficiente para rebelarse. Si entregaba a su hijo, la embarcación se llevaba el tributo y listo el pollo; pero si no lo entregaba, Creta enviaba a su flotilla para matar, violar, castrar, incendiar y sembrar el pánico en las poblaciones, disuadiendo su rebeldía y conminándolas a seguir pagando tributo.

Viene a la memoria Teseo, hijo del mítico rey Egeo, quien para entender mejor las triquiñuelas cretenses se ofreció voluntariamente a ser llevado a Creta por la fatídica embarcación. Según ciertas interpretaciones, al llegar a la isla descubrió que Minos era leproso, pues hoy se documenta que la lepra en esa región era endémica por entonces. Para ocultar su mal y, por añadidura, la evidencia de que no era inmortal ni divino, Minos tapaba su rostro con una máscara de oro, absteniéndose de tocar lo que fuera, con la excusa de que si lo llegaba a hacer lo convertiría en oro. Así, nadie vería que la lepra

ya le había quitado varios dedos. Su hija Ariadna y Minotauro (otro hijo de puta) lo sabían y éste, que no era de estirpe real y por lo tanto no podía trepar por encima de su cargo, recurría a extorsionar a la muchacha y acrecentar así su poder. Al enterarse Ariadna de que Teseo era de sangre real, guió al joven príncipe para que se internara en los aposentos y matara al ministro extorsionador, conocedora de la arquitectura del palacio de Knossos, apodado «Laberinto» porque estaba decorado con hachas de doble filo (llamadas «laberint»). Consumado el asesinato, Ariadna y Teseo se casaron. Quizás al pequeño psicoanalista que todos llevamos dentro no se les pase por alto aquí la pifia del propio Teseo, pues al regresar a sus comarcas ateneas olvidó cambiar las velas negras por otras blancas (la señal acordada de que su treta había funcionado) provocando el suicidio de Egeo, su propio padre.

Tampoco los sátrapas del imperio persa tenían tanto poder como para andar dispersándolo por los lugares más remotos, ni hubieran tenido cómo comunicarse con ellos en caso de revuelta popular; sin embargo, también recurrían a la hijoputez: cuando no recibían el tributo estipulado, enviaban a todo su ejército a sembrar el terror en las poblaciones reacias, lo que regularmente incluía la rapiña, castración de los varones y violación de las mujeres. Muchos siglos después, ya en posesión de armadas poderosas, se perfeccionó este recurso, acusando para ello a los pueblos sojuzgados de poseer armas de destrucción masiva, narrándolo a su manera al resto del mundo a través de medios monopolizados de información que lo presentan como si realmente un imperio de dimensiones planetarias estuviera siendo tambaleado por unos andrajosos que tratan de subsistir en remotos horizontes de polvo y cabras flacas, o banalizando el tema. Hay quien da como ejemplo de esta práctica el silencio del denominado cuarto poder ante el holocausto del pueblo cubano, boicoteado económicamente desde 1958. Pero nos hemos ido alejando de las bases biológicas de la hijoputez.

¿Bases neurales de la ética?

Walter Graziano¹ analizó con sutileza y profundidad el momento en que los individuos prosperan en lo personal y cooperan con el objetivo de que todos prosperen en el mismo sentido, en contraposición a una sociedad donde los individuos/compañeros/paisanos tratan de salir adelante por las suyas y sólo ven en los demás simples competidores. En este sentido, aconsejo al lector que preste atención a la errónea exhortación empresarial, colegial y estatal de «tratar de ser más competitivos», que llega a convencernos de que es algo meritorio. Para colmo de males, se la atribuyen al pobre Darwin. La cosa es justo al revés: cuando una especie es competente no necesita competir, sino que colabora, se asocia, se integra y se perfecciona para lograr algo todavía más avanzado y eficiente. La competencia tiene que ver más con lo político, bélico y mercantil. En biología, en cambio, la competencia es inmensamente superada por las simbiosis y las integraciones, de lo cual ya me he ocupado cuando mostré que nuestras mismísimas células son fruto de la integración duradera de organismos unicelulares mucho más humildes, y que nuestros cuerpos surgen del ensamble colosal de trillones de células, y ni qué decir de nuestro cerebro, al punto de que hace nomás un par de siglos sólo se podían interpretar invocando nada menos que milagros celestiales.

Hay regiones del cerebro que cumplen un papel crítico en nuestro deseo de castigar la conducta poco amistosa o desleal. Los investigadores Daria Knoch y Ernst Fehr, de la Universidad de Zurich, recurrieron a cierto juego en el que un participante decidía cómo repartir la suma de dinero con su compañero del equipo ganador. Si el participante siente que el reparto que decidió el compañero es injusto, puede optar por que ninguno de los dos lo reciba, decisión que obviamente lo perjudica, pero que todo jugador prefiere porque considera prioritario castigar la conducta social injusta de su compañero. Vale decir, elijo perjudicarme con tal de castigar: que el otro sufra y corrija su actitud, aun a costa de mi propio beneficio. Temo que esta afirmación parezca un tanto traída de los pelos, por eso veamos un ejemplo más sencillo: si alguien me explica que hoy asaltará un banco y mañana me dará la mitad de lo que robe, yo trataré de disuadirlo, porque prefiero privarme de esa ganancia, con tal de que no delinca. La estimulación de cierta zona cerebral ubicada en la parte dorsolateral derecha de la corteza prefrontal vuelve a los jugadores más justos, tanto en el ofrecer como en el aceptar. Hay un proceso que influye poderosamente al bicho (incluido el humano) a portarse bien o mal, pero que así y todo no pasa por la conciencia.² Pero no porque este determinismo sea involuntario, se trata de que sea infalible, pues el que haga una u otra cosa dependerá de la historia del individuo y de (otra vez) las circunstancias; además, el tipo específico de respuesta es claramente influenciado por la cultura: si mis colegas senadores votan porque nos aumentemos el sueldo, yo, como senador de la república, no seré tan mal partisano como para romper la unanimidad.

La relación entre historia personal, sociedad y los increíbles mecanismos psicológicos que operan en las personas es muy complejo para demorarse en ellos en el presente ensayo. El psicoanálisis señala que hay situaciones en las que las víctimas de violencia (sexual, física, psicológica, laboral) se identifican con aquellos que las victimaron, por lo que un tiempo después pueden comenzar a comportarse como ellos e incluso hacer lo mismo que les hicieron. Se trata a veces de una persona cuyo padre la maltrató cruelmente en su infancia. Uno podría suponer que esta persona va a poner en juego el famoso «no hagas a otro lo que no te gustaría que te hicieran», pero por desgracia ocurre lo contrario, pues en la mayoría de casos así, las ex víctimas de este tipo de maltrato se convierten en nuevos victimarios y adoptan el mismo papel maltratador de sus padres y pasan a torturar de formas muy semejantes a sus propios hijos o incluso a otras personas. Así, la frase «amor con amor se paga», parece aplicar también a la hijoputez.

Otro de los aportes del psicoanálisis es haber encontrado que hay mecanismos por los cuales una persona puede creer que pone en otro aquellos defectos suyos que le resultan más inaceptables; así, pasa a suponer que si logra eliminar a ese otro, se le borrarán en su propia persona dichos defectos. Por suerte, se necesita mucho poder para eliminar a otro, por el solo motivo de que nosotros mismos hemos imaginado que tiene nuestros defectos; no es algo que ocurra muy a menudo. Con todo, una persona así puede llegar a ser dictador o líder con poder real, que identifica a un grupo humano como portador de lo perverso, desagradable o contaminante para su propio pueblo, y hace todo lo necesario para eliminarlo. Un demagogo puede hacer sentir a sus seguidores que si uno no lo apoya corre peligro y, si en cambio restringe las discrepancias pasa a pertenecer a su grupo privilegiado. Al humano atrapado en circunstancias de ese tipo le es difícil desertar, porque se arriesga a caer en el anonimato, la soledad o la vulnerabilidad. Y resulta peor cuando los grandes movimientos demagógicos suelen tener grupos para castigar al desertor de manera ejemplar. Los desertores, rara vez son escuchados como personas que tienen derecho y razones para cambiar de opinión. Por lo general, se apela a supuestas calumnias y se fabrican en su contra falsas evidencias, para demostrar que jamás han sido verdaderos partisanos, sino enemigos infiltrados, descubiertos gracias a la sagacidad del partido. Otros mecanismos consisten en adoptar un «chivo expiatorio», se trate de personas o de países a quienes se les declara la guerra y se los ataca.

Filogenéticamente hablando, la hijoputez va en aumento

Comparando ahora a distintas especies, se constata que a medida que incrementan su contacto social, sus individuos tienen el cerebro proporcionalmente más grande. Franz de Waal³ hizo este tipo de comparaciones y encontró que el cerebro de los animales capaces de tener simpatías, empatías y sentimientos del bien y del mal tiene un tamaño notablemente mayor. Uno de los centros cerebrales que sospechamos implicados en la sociabilidad, es la amígdala, de la cual ya hablamos en el capítulo dos. La estimulación de la amígdala hace que el gato, por ejemplo, se ponga muy agresivo y ataque casi indiscriminadamente. Esa reacción no es exclusiva del gato, a decir verdad, la tienen todas las especies surgidas tardíamente en la evolución, pero a medida que se asciende en el grado de cerebración, la «restricción» cultural se va haciendo más importante. El mono rhesus nunca ataca a un superior, sino a un mono socialmente inferior, y en caso de no tener a la mano a uno de tal categoría, suele desquitarse con algún objeto. En el humano, la estimulación de ciertas áreas cerebrales produce sensación de ansiedad, depresión, cólera, miedo, horror, pero ya no suele provocar un ataque a otros, como sí sucede con los monos. En su *Diccionario filosófico*, Voltaire apuntó que los bufones de los reyes eran locos muy sensatos: no insultaban ni burlaban más que a los más débiles que ellos, y respetaban siempre a los poderosos.

Con base en hermanos gemelos idénticos (que tienen la misma composición genética) y niños adoptados (genéticamente diferentes de los demás miembros de la familia), se ha demostrado que la herencia biológica afecta la tendencia hacia la agresividad, independientemente del ambiente social en que se desarrolle el individuo. Con todo, es difícil desenmarañar los factores genéticos, ambientales y sociales. Cuesta mucho discernir hasta qué punto un niño tendrá, años después, un comportamiento delictuoso, sólo porque ha nacido en una familia de malandrines o por descender de una estirpe que tiene algún don natural para la hijoputez. Busquemos por otro lado.

El Dios judeocristiano como test proyectivo

Si, como argumentamos repetidamente a partir del capítulo dos, las interpretaciones inconscientes están en el planeta desde hace muchísimo más tiempo que las conscientes (3.700.000 miles de años versus 50 miles de años) y son incomparablemente más importantes (una persona puede estar inconsciente por meses en terapia intensiva, pero no duraría un minuto viva si se le apagara el inconsciente), vale la pena enterarse de qué cosas y cómo está interpretando el inconsciente. Veamos una de las cosas que llega a hacer la ciencia para entenderlo a quien ahora considera con tanto respeto. En 1921 el psicólogo suizo Hermann Rorschach produjo una serie de 10 imágenes caóticas dejando caer gotas de tinta sobre un cuaderno abierto, el cual fue cerrado por él antes de que la tinta se secara. Así, producía enchastres con formas antojadizas, que luego mostraba a sus pacientes, para preguntarles qué veían en ellas. Para responder, éstos debían recurrir a sus fantasías. Después de que él y sus muchísimos seguidores aplicaran dicho test a millones de personas, se encuentra una firme correlación entre lo que el paciente *es*, lo que *imagina* y lo que *padece*. Ahora, para tratar de enterarnos si hay alguna relación entre nuestro inconsciente y la hijoputez, recurramos a una suerte de test proyectivo del tipo que preconizaba Rorschach. Concretamente, veamos las fantasías que volcó nuestro inconsciente en las deidades que imaginó, forjó, creyó.

Nada nuevo bajo el Sol: usar a los dioses como tests proyectivos ya lo intentó Xenófanes de Colofón seis siglos antes de la era cristiana. Opinó que si los toros pudieran imaginar a un dios, éste tendría forma de toro. Y uno podría pensar lo mismo respecto a la humanidad a través de los siglos, pero los dioses que han inventado las distintas culturas aparecen de pronto como descomunales test de Rorschach, pues la humanidad no solamente ha volcado en ellos la imagen de sí misma, sus deseos y temores, sino que al no resultarle suficiente, se ha visto obligada a engendrar también demonios. Para dar otro ejemplo de los esquemas religiosos como tests proyectivos, recordemos que los antiguos griegos sacrificaban caballos cortándoles el pene, en honor a la diosa Artemisa⁴ (hija de Zeus y Leto, y hermana melliza de Apolo), tras lo cual estos morían por la hemorragia. Y aquellos griegos tan crueles procedían así, porque Artemisa era una diosa que ellos habían figurado virgen, y daban por sentado que aborrecía el falo. A esta altura del presente ensayo, será fácil para el lector deducir que estos individuos eran unos hijos de puta al cometer semejantes crueldades sólo por satisfacer los deseos de una deidad. Entre esa forma de interpretar la realidad y la de los héroes que exterminan enemigos («porque la patria lo pide») no hay mucha diferencia.

¿Qué podemos decir entonces del ser humano a través de los dioses que él mismo ha creado y, para mantenernos cerca de casa, limitémonos al dios judeocristiano.

Para muestra de lo que en ese sentido sentó el judeocristianismo a través de su doctrina, presentaré algunos fragmentos del Antiguo Testamento. Según el Génesis

(9:2), Dios dijo: «infundiréis temor y miedo a todos los animales de la tierra y a todas las aves del cielo». En el Éxodo (21:7) se advirtió que «si un hombre vende a su hija por esclava, ésta no saldrá de la esclavitud como salen los esclavos». Al enunciar que a «la hechicera no la dejarás con vida» (Éxodo 22: 17), Yahveh provocó la tortura y muerte en la hoguera de miles y miles de mujeres inocentes a lo largo de la historia. También en el Éxodo (23:27) podemos leer otras cosas como: «sembraré delante de ti mi terror; llenaré de turbación a todos los pueblos donde llegues». En Josué (6:1): «Jericó estaba cerrada a cal y canto por miedo a los israelitas: nadie salía ni entraba. Yahveh dijo a Josué: “Mira, yo pongo en tus manos a Jericó”», lo cual provocó que consagraran «al anatema todo lo que había en la ciudad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bueyes, ovejas y asnos, a filo de espada» (6:21). Pero, ¿qué habrá sentido Yahveh ante el trabajito que le hicieron sus adeptos? He aquí la respuesta: «se calmó el furor de su cólera» (7:26). En ese mismo libro leemos las instrucciones dadas por un dios tan tremendo: «sus párvulos serán estrellados ante sus ojos, serán saqueadas sus casas y sus mujeres violadas» (16:17). Tengo la impresión de que, si Xenófanes estaba en lo cierto, el ser humano se vio a sí mismo en este dios como un siniestro hijo de las mil putas.

Que quede claro que con esos tests proyectivos no estamos averiguando cómo es el dios supremo de nuestras culturas, sino qué le sucede al ser humano, que es capaz de crear semejantes modelos de deidades perversas. Como se dijo anteriormente, nuestro cerebro genera un sentido temporal que nos habla de un futuro en el que habremos de estar muertos. Es la angustia que genera esta perspectiva (la cual, por cierto, es la mayor de todas las angustias), lo que nos ha orillado a generar a dioses todopoderosos que nos protegerán. Sólo dioses así serán capaces de apaciguarnos. Pero, ¿cómo son exactamente esos dioses imaginados por los humanos?, ¿qué ingredientes ponemos en su factura?

Según el psicoanálisis, esas deidades tienen los atributos que nosotros hubiésemos querido tener: son sujetos con los que nosotros nos identificamos en un plano ideal, cuyo poder inmenso también anhelaríamos; porque sólo de esa manera los humanos aprendimos a sentirnos apaciguados. Sin embargo, si es cierto que los imaginamos como nosotros queríamos ser, convirtiéndolos de paso en los peores hijos de puta, ¿no será también que al crearlos estamos aceptando de igual forma que queríamos ser tan hijos de puta como ellos? Este punto me resulta tan crucial que lo pondré en otras palabras: las religiones afirman que Dios nos creó a su imagen y semejanza. Por el contrario, al analizar distintas culturas, con sus respectivos mitos y religiones, la ciencia moderna descubre que es justamente al revés, tal y como llegué a plantear renglones atrás: nosotros creamos a nuestros dioses con los atributos que quisiéramos tener, entre los cuales se cuenta la perversidad ¿Debemos admitir entonces que la humanidad ansía ser hija de puta?

Para apreciar las proyecciones humanas ¿es imprescindible recurrir a la Biblia?

¡Para nada! Otra fuente de proyecciones mucho más popular, y que empezamos a descubrir en la niñez es la historieta. En las historietas, los niños captan temprano que en el mundo hay malos y buenos, cuyos estereotipos suelen normalmente dibujar feos a los malos y hermosos a los buenos, tal y como hacían los griegos. Pero hay otra característica casi universal de la historieta: los héroes que optan por el bien lo logran a través de una violencia insuperable. Se trata, por regla general, de un bello y apuesto joven que mantiene dichos atributos a lo largo de todos los años que dure la publicación, en las que siempre es invariablemente fuerte, inteligente y capaz de arreglar todo a golpes. Me resultaría casi insólito no encontrar, en las últimas viñetas de la historia, que el «bueno» triunfa torturando al «malo».

No es habitual que el héroe de historieta sea admirado por promover el bien. Por ello me siento un botarate al preguntar si habrá acaso una historieta en la que el personaje central organice a los niños de su barrio para ir todos los días a leerle el diario a los ciegos; o a ayudar a los viejitos a cruzar la calle; o formar un clubcito de jóvenes que se dedique a conseguirle comida a una familia cuyo padre está impedido de ganarse el pan; o juntar periódicos usados y venderlos, para obtener dinero y abastecer la biblioteca de su escuela, o comprar un mapa y una lupa para los salones de clase. Y ya me sentiría fuera de este planeta si esperara que el personaje de esta historieta fuera un adulto que ayuda a los chicos a entender temas escolares, o que discute con ellos pasajes de la historia de la humanidad y de su propio país. El mundo de los niños está lleno de fenómenos sociales ligados a la familia, la pobreza, el género, las profesiones, al hambre, los anhelos y las esperanzas de cada uno, pero sólo se les ilustra acerca de aquellas peripecias que se pueden resolver a puñetazos. Una característica adicional y preocupante es que el protagonismo del héroe jamás se detiene en la justicia, sino que invariablemente se excede hasta reventar al malo. Así, se entrena a los niñitos a convencerse de que si hay un malo es permitido ser hijo de puta.

El para nada cándido Voltaire

En su *Diccionario filosófico*, François-Marie Arouet (quien para sus poquísimos íntimos y muchísimos enemigos era mejor conocido como Voltaire), dejó escrito un comentario sobre algo que ya nos ocupó en el primer capítulo:

La raza de Onán fue muy singular. El patriarca Judá, su padre, se acostó, con su nuera Tamar la fenicia en un camino real. Jacob, padre de Judá, había sido al mismo tiempo marido de dos hermanas, hijas de un idólatra, y engañó a su padre y a su suegro. Lot, hermano del abuelo de Jacob, se había acostado con sus dos hijas. Salomón, descendiente de Jacob y de Judá, se casó con Rahab la cananea, que era prostituta. Booz, hijo de Salomón y de Rahab, admitió en su lecho a Ruth la madianita, y fue bisabuelo de David. David robó a Betsabé al capitán Urías, que era su marido, mandándolo asesinar para gozar con más libertad de sus amores. En las dos genealogías de Nuestro Señor Jesucristo, que difieren en otros puntos, pero son iguales en éstos, se encuentra que el Salvador nació de esta multitud de fornicaciones, de adulterios y de incestos. [...] los hombres honrados y timoratos que deseen comprender *por qué el Ser eterno, creador de los mundos, nació en una aldea judía y de una raza de ladrones y de prostitutas* [las cursivas son mías].

A propósito del dios bíblico, Annie Dillard⁵ planteó estas preguntas: ¿por qué permitió que los romanos despellejaran al rabino Akiva, un estudioso de la Torah de 85 años de edad? ¿Por qué dicho dios provoca el nacimiento de niños defectuosos? Éstas son en realidad preguntas tramposas, pues lo que Annie Dillard está preguntando en realidad es ¿por qué los judíos inventaron semejante dios? Zvi Kolitz⁶ engañó por un tiempo a sus lectores, fingiendo que su personaje Iosl Rákovér (supuestamente atrapado en los altos de un edificio a punto de desmoronarse, desde donde divisaba niños esqueléticos y a punto de perecer en el bombardeo del gueto de Varsovia) escribió una nota a su dios, preguntándole qué tipo de falta podrían haber cometido los judíos (hombres, niños y mujeres) de dicha ciudad, para justificar semejante castigo (el «test proyectivo» de Kolitz lo lleva a imaginar un dios brutal y torturador, a quien sin embargo se dirige con el mayor respeto).

La jurisprudencia no es lo mío, pero me atrevo a sospechar que un dios torturador, cuyo sentido de justicia se satisface cuando su hijo es asesinado en una cruz, y acepta el castigo eterno⁷ (responsabilizando además a una sola persona, de las transgresiones cometidas por antecesores a quienes jamás conoció), no la pasaría muy bien que digamos en un tribunal tipo Nuremberg. Esto crea una disonancia cognitiva en los pueblos de hoy, que no permiten torturar o aplicar condenas eternas, que no son partidarios de la pena de muerte, y que tampoco aceptan tildar a sus ciudadanos de ovejas en el rebaño de nadie. Pero éste no es el punto, sólo buscaba hacerme una idea de las fantasías de la gente de carne y hueso.

Ante todo esto, estaríamos hallando entonces una cierta capacidad humana para concebir una patraña (¿una deidad?) y forzarse a creerla (admitirlo de rodillas, que quienes discrepen sean físicamente eliminados, rezar, hacer rituales) y luego disciplinarse, sistematizarse, obedecer y funcionar dentro del redil ideológico (juego de restricciones) que ellos mismos se construyeron. Una cosa es hacer un espantapájaros

para ahuyentar a las aves y que no se coman las semillas recién sembradas, y otra muy distinta es hacernos un espantapájaros mental para amedrentarnos a nosotros mismos y lograr portarnos bien.⁸ Polibio (200-118 a.C.) opinaba: «las masas suelen descarriarse y se las debe aterrorizar para ponerlas en orden. Por lo tanto, los antiguos fueron muy sabios en inventar dioses que los castigarían después de la muerte». Podríamos adaptar un poco su pensamiento, para que, en lugar de atribuir ese invento a funcionarios conscientes, admitamos que acaso se trata de un mecanismo inconsciente. Puesto en otras palabras, podría tratarse de un sistema (en este caso la sociedad) que genera un nivel superior (en este caso sus dioses) a través del cual se imponen normas (restricciones) con las que el individuo logrará portarse como les convenga. Si ése fuera el caso, dicho mecanismo caería dentro de uno de los campos más avanzados de la ciencia moderna. Paso a explicarlo.

Bernal Díaz del Castillo (1492-1585), conquistador y cronista español, ve por primera vez a los dioses de los aztecas en el templo de Huitzilopochtli en Tlatelolco, hoy barrio de la ciudad de México, y se impresiona de su aspecto espantoso. Relata que en el momento de rendirse, el paladín tlaxcalteca Xicotécatl, «el Mozo» (1484-1521) envía a Hernán Cortés víveres, incienso, plumas y también algunas mujeres, con el siguiente mensaje:

Si sois teules [señores] bravos, como dicen los de Cempoal, e queréis sacrificios, toma estas cuatro mujeres que sacrificuéis, y podéis comer de sus carnes y corazones, y porque no sabemos de qué manera lo hacéis, por eso no las hemos sacrificado agora delante de vosotros.

Los aztecas precolombinos mantuvieron con algunos pueblos vecinos (por ejemplo, los tlaxcaltecas) guerras interminables que después fueron denominadas «floridas», y se cuidaban de ganar, porque sólo buscaban capturar guerreros frescos para sacrificarlos a sus dioses.

En su cruel pero esclarecedor libro *El niño precolombino*, el pediatra mexicano Max Shein recogió testimonios del trato monstruoso que las culturas mesoamericanas daban a sus niños; baste mencionar que solían enterrar a un bebé vivo en los cimientos de sus casas en construcción, para propiciar la buena suerte. Para que no fuera a ser tomado como algo particularmente maligno de los americanos precolombinos, Shein lo comparó con otras culturas del planeta, documentando la universalidad de prácticas como ésta.

William Langer señaló que en el siglo XVIII no era raro encontrar cadáveres de niños y bebés en las calles o en los tiraderos de bosta de Londres y otras grandes ciudades. Por otro lado, Marvin Harris sostuvo que el infanticidio fue la forma más común de control poblacional a lo largo de toda la historia de la humanidad. Y, ¿para qué asombrarse? El cuento de Pulgarcito, mencionado al principio, es un ejemplo por demás trillado de que todavía hace algunos siglos, las parejas de campesinos pobres no descartaban abandonar a su prole en el bosque, a merced de las fieras, con el pretexto de sobrellevar los tiempos difíciles. Durante las hambrunas que azotaron a muchos pueblos de Europa, los padres solían matar a sus propios niños. Las damas nobles entregaban sus bebés a alguna

nodriza, quien los llevaba esporádicamente a sus padres, para que éstos apreciaran su desarrollo; si eran tontos, feos o contrahechos, los transferían a otras amas de leche que eran célebres por su sueño pesado, se reclinaban sobre los bebés y los mataban por sofocación.

Al enterarse por el oráculo de Delfos de que su criatura lo mataría y se casaría con su esposa Yocasta, Layo hizo atravesar los pies de su hijo y dejarlo abandonado en los desfiladeros selvosos de Citerón. Lo rescataron unos campesinos que luego lo entregaron al rey Pólipo de Corinto, pero las secuelas de sus pies resultaron tan indelebles, que le valieron el apodónimo de Edipo («el de los pies edematosos»). Asimismo, en los comienzos del judaísmo, la gente solía sacrificar criaturas al dios Moloch; recordemos, por ejemplo, el sacrificio –luego condonado– de Isaac. Empero, según explica Martin S. Bergmann⁹ la cultura fue disuadiendo a la sociedad de dicha práctica, aunque aún en pleno siglo XXI los creyentes de las diversas variedades que tiene el cristianismo siguen encontrando justificado el hecho de haber inmolado a Cristo, para conseguir que su padre perdonara a la humanidad por el pecado original, es decir, por la desobediencia de que alguien se comiera una manzana, o, más acorde con el mito prometeico, por la insolencia de haber querido «conocer». Hasta el día de hoy, judíos y cristianos continúan adorando a ese dios infanticida y educando a sus hijos bajo esas creencias, aunque para ello deban enviarlos a colegios adonde quizás haya una alta probabilidad de que los sacerdotes docentes (condenados por las reglas monásticas a una abstinencia sexual tullida) acaben rompiéndole el mito.

Y para que no lleguemos a considerar el maltrato de los niños como algo del pasado, cabe mencionar que en los basurales suburbanos se siguen encontrando cadáveres o cuerpos aún vivos de recién nacidos que no padecían enfermedad alguna en el momento de ser arrojados. También en el primer capítulo di algunos ejemplos al respecto del «Síndrome de Munchausen por Familiares», en que ciertas madres de hoy en día hacen un modus vivendi de sofocar a sus hijitos, así como vimos también el nuevo mercado de niños que permite el ADN: aquel que los verdaderos padres de una criatura primero fingen que desaparece y luego exigen una fuerte suma de dinero para renunciar a su derecho a la paternidad. Hace poco tiempo, un comité contra agresiones sexuales del estado australiano de Nueva Gales consideró que el satanismo de victimar niños es un problema nacional.¹⁰ Además, es estadística corriente que los padrastros maltraten, priven de alimentos y asesinen a sus hijastros con muchísima mayor frecuencia que a sus hijos naturales. En suma, el infanticidio es una de las tantas características humanas universales, y también un elocuente ejemplo de una tendencia de especies no humanas que se prolonga en los humanos. Y es precisamente ese tipo de tendencias lo que uno busca cuando indaga en la evolución para entender la hijoputez humana.

Con estos conocimientos en mente, veamos ahora algo relacionado con la tensión y desenlace del infanticidio versus parricidio, o sea, de los padres que matan a sus hijos contra hijos que se las hacen pagar cuando llegan a adultos y cuentan con el poder

suficiente para lograrlo. Y para ello, van otros ejemplos hijoputezcos: si llega la hora de explicarle al anciano padre que los fármacos de nueva generación son carísimos, resultará más fácil para el hijo decirle que se aguante su diabetes o su hipertensión; o que deje proseguir ese quiste en el maxilar inferior porque los honorarios del cirujano serían prohibitivos; o que será mejor llevarlo a un geriátrico; o pedirle al médico que «no deje sufrir así a nuestro anciano y bienamado padre» y se anime a practicarle, de una vez por todas, la eutanasia.

Y ahora, en lugar de pedirle a la evolución que nos ilumine para entender la hijoputez, le pediré a la hijoputez que nos ayude a comprender mejor la evolución. Veamos. Uno de los hechos que más discordias producen entre los evolucionistas es que, a pesar de saber que toda nueva especie descende de las anteriores, no siempre resulta fácil encontrar lo que alguna vez se llamó «eslabones», lo que a la postre contribuyó a agregarles el adjetivo de «perdidos». Las poblaciones tienden a eliminar a los individuos que portan novedades, a veces por mutación de algún gen. Sin embargo, los ancestros no sobreviven la rápida aparición de los descendientes que nacen con alguna novedad ventajosa, porque éstos le compiten –literalmente– a muerte y no suelen quedar restos suficientes como para que los antropólogos los encuentren. Hoy se tiende a pensar que esos eslabones no fueron realmente «perdidos» sino «eliminados» con toda la mala leche del mundo. ¿Ve usted como la hijoputez ayuda a explicar muchas cosas que son difíciles de interpretar sin ella?

Exploración y restricciones

Durante su evolución, la mente de un niño desarrolla un «modelo de sí mismo»: sabe quién es, qué es, cómo es, qué prefiere, sabe y puede. En una etapa posterior, aprenderá a hacer además un «modelo del *otro*»: quién es éste, cómo es, qué se puede esperar y cómo cuidarse de él.¹¹ Pero más adelante aprenderá además a «engañar al *otro*», planteándose cosas como: «¿qué debo hacer para que el *otro*, con su manera única de ver la realidad, crea que soy tal o cual cosa?» Así, el ser humano cae en la cuenta de que hay una multitud de cosas que podría hacer para beneficiarse de aquel *otro*, aunque sepa perfectamente que con ello habrá de perjudicarlo. Pero una de las mentes que uno no siempre es capaz de analizar es la propia. Hace falta que otros nos digan cómo somos.

Demonizando al otro

El ser humano suele demonizar al *otro* cuando tiene rasgos o conductas alejadas de lo convencional. Veamos un caso extremo descrito en el libro *The Painted Bird*, de Jerzy Kosinski, que ilustra cómo los individuos «eliminan» al *otro* que es distinto, aun cuando éste es de nuestra misma estirpe.

A punto de estallar la segunda guerra mundial, el pequeño Jerzy, nacido en Varsovia, es enviado por sus padres a una remotísima aldea polaca, porque con base en el nulo valor estratégico que ésta tiene para la guerra, los padres creen que ahí estará seguro. Y aciertan. Pero el niño es judío, morocho, de ojos negros, mirada intensa y una nariz que al crecer se va haciendo ganchuda, en medio de campesinos rubios católicos, de ojos celestes, cachetes sonrosados y nariz respingada. Los vejámenes y castigos que le propinan (por una serie de culpas, entre las que se cuentan traer mala suerte y embrujar con la mirada) repugnan. De pronto, el niño conoce a un pajarero que atrapa avecillas en el bosque y sale a venderlas por las aldeas. Un día, el hombre le muestra cierto fenómeno. Cuando caza un pájaro, el resto de la bandada revolotea, como exigiendo con su bullicio que suelte al prisionero. Si lo libera, el ave zumba a reunirse con su parvada y todos huyen. Pero si antes de soltarlo le pinta de algún color el pico, la cabeza, las patas o alguna de sus alas, el bicho que huyó a reunirse con los suyos cae en segundos al piso, con los ojos arrancados y el cuerpo cruelmente destrozado. Sus congéneres no lo han reconocido, lo han tomado por *otro* y eso basta para que lo agredan y eliminen. Hay aquí una sutileza: si hubiera sido un pájaro de otra especie no hubiera sido molestado. El quid de la cuestión es el siguiente: la víctima es atacada por sus congéneres cuando tiene alguna peculiaridad anormal o inusual. Un gerente de banco puede admirar un perro lanudo y con los pelos que le tapan los ojos, pero no un cajero con dichas características.

Root hog, or die: do the necessary work or suffer the consequences

Me disculpo por usar esta frase en su idioma original (*vide infra*). Se originó en Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX y, desde entonces, aparece en múltiples canciones (sobre todo, folclóricas) y contextos, y los biólogos evolucionistas la usan profusamente. *Root* quiere decir «raíz», *hog* es «cerdo», y *die* es el imperativo del verbo morir («¡muere!»), pero si la traduzco literalmente corro el riesgo de aniquilar su significado; prefiero explicarla. Se originó en zonas boscosas, poco desarrolladas urbanamente, adonde se dejaba a los cerdos en libertad para que se buscaran su propia comida, y los animales, ante la poca abundancia de alimento, recurrían a comer hasta raíces. Así, la frase cobra entonces sentido y puede traducirse como: «procúrate tu mismo lo que puedas comer o muérete de hambre». Pero hoy se la usa más como: «haz lo que tienes que hacer o muérete», a lo que podríamos agregar: «pues no tienes alternativa», o «porque luego yo te mataré y trataré de sobrevivir alimentándome de ti», y también «pues no tendré alternativa». Comencemos por ver que esta situación ya está presente en organismos simples y primitivos.

Hay células muy añejas, que se dividían «para» tener una hermanita a la que habrían de comerse llegado el momento; sólo así podían subsistir. Con tal muestra de canibalismo, es fácil entender las profundas y ancestrales raíces del crimen y la antropofagia en las conductas mostradas por el *Homo sapiens* millones de años más tarde. El periodista polaco Ryszard Kapuscinsky narra la situación desgarradora que se vivía en las minas rusas; eran verdaderos campos de exterminio, en el sentido de que todos los prisioneros enviados ahí morían de hambre, extenuados o acribillados a balazos si intentaban fugarse. Sin embargo, el problema no era abandonar la mina, cosa relativamente fácil, sino que el lugar estaba separado de las poblaciones más próximas por cientos de kilómetros de nieve y hielo en los que resultaba imposible encontrar algo de comer. No se fugaban porque se arriesgaban a morir de hambre, antes de llegar a algún lugar. Pero entonces –narra Kapuscinski– dos o tres presos invitaban a otro a participar en la fuga, con el solo propósito de tener algo para comer en el camino.

Cuando visité la catedral de San Isaac, en Leningrado, me impresionaron sus dimensiones, la suntuosidad y el hecho de que a cada lado del altar haya cuatro columnas enormes hechas de jade o lapislázuli. Pero lo que más me impresionó fue un dibujo enmarcado en la pared, que mostraba la enorme mole de la catedral durante su construcción. Casi a ras del piso se veía algo semejante a un basural: eran las viviendas más precarias del populacho, las cuales no contaban con agua corriente ni cloacas (hoy las llamaríamos «villa miserias»), hundidas en el barro, la nieve y el hielo despiadado de aquellas latitudes. Junto al cartel había algunas descripciones de la construcción. Me enteré así de que el recubrimiento de oro de la parte interior de la cúpula había sido

realizado con un método que despidió vapores de mercurio. En promedio, un obrero sólo podía trabajar un par de semanas en el recubrimiento, pues al poco tiempo moría con las vías respiratorias y el sistema nervioso quemados. Dadas las dimensiones del domo, los constructores calcularon que se necesitarían unos 180 obreros, mas el látigo agilizó la tarea y sólo requirieron 168. Pero se lanzaron a hacerla, y ahí sigue en pie, para ser admirada por feligreses y turistas.

Pero las depravaciones de la época zarista no eran las únicas. La así llamada «conquista del desierto», a través de la cual los argentinos ocuparon la Patagonia (zona sur del país hundida en vientos helados y constantes, que no parece tener un nombre muy adecuado, pues no era un desierto, ahí vivían tribus de indígenas). Con la obra *Martín Fierro*, de José Hernández, podemos hacernos una idea de cómo fue aquella conquista: secuestraban a vagos, pendencieros, todos pobres, para mandarlos a la línea de fortines para que protegieran las haciendas que iban poblando la zona pampeana de los ataques que organizaban los ahora desplazados indios. Cada tanto, estos aborígenes desarraigados se agrupaban para robar, raptar mujeres y matar a los pobladores pioneros. Luego, se organizaron campañas militares que fueron desplazando a las indias hacia el sur. La etapa final de lo que también se suele llamar «civilización del desierto» (aunque no era civilización) es narrada en desgarrador detalle por Osvaldo Bayer.¹² Las técnicas de conquista fueron variando y llegaron a incluir entre sus métodos el contrato de pistoleros extranjeros con orden de matar a todo indio que encontraran hacia el sur. Se premiaba con cierta suma a quien trajera pares de orejas de indios, pero al advertir que comenzaron a abundar los indios desorejados, se cambió el requerimiento a traer testículos. En un momento dado, queda varado en las playas un cachalote, y se invita a la india a un festín. En plena comilona aparecen las fuerzas «civilizatorias» y los matan a tiros.

Yendo ahora hacia el norte, encontramos que durante la Revolución mexicana se hacían levas de agricultores, quienes eran llevados a pelear «contra el enemigo» y matar a todo el que se les pusiera por delante. Si los ahora «soldados» llegaban a huir del frente hacia la retaguardia, eran acribillados por sus propios capitanejos. Continuando hacia el norte, recuerdo las innumerables películas sobre la conquista del oeste que veíamos de niños en los cines del barrio. Marchaban las caravanas de carretas con gente atraída por el oro o el reparto de tierras para criar ganado. De pronto aparecían en el horizonte los famosos indios piel roja, cuya imagen amenazante era enfatizada por la súbita interrupción de la música de fondo. En las historias se solía mostrar la curiosa costumbre de aquellos indios girando y ululando alrededor de las carretas, mientras los defensores de la caravana los iban bajando a balazos hasta que no quedara uno solo. Los piel roja no se percataban bien a bien de que los estaban aniquilando a distancia los fusiles que empuñaban los viajeros. Al final, cuando era abatido el último indio, los niños que acudíamos a aquellos cines de barrio aplaudíamos aliviados. En otros momentos, los procedimientos para aniquilar indios en territorio estadounidense, aun cuando éstos

llevaban milenios viviendo ahí, fueron distintos, pero no por eso les fue mejor. El 29 de diciembre de 1890, medio millar de soldados del Séptimo de Caballería y algunas fuerzas auxiliares rodearon el campamento Lakota, de Minneconjou, para deportar a los indios hacia Omaha, Nebraska. No obstante, describió luego el general Nelson A. Miles en una carta dirigida al Comisionado de Asuntos Indígenas, los indios fueron masacrados (la famosa masacre de Wounded Knee). Dee Brown relata estas acciones en su libro *Bury My Heart At Wounded Knee*,¹³ sobre el que luego se hizo una película.

Pero vayamos de nuevo hacia el pasado. En su libro *El príncipe*, Niccolò di Bernardo dei Machiavelli, «Maquiavelo» escribió que «los métodos *crueles bien empleados* [...] pueden, *con la ayuda de Dios y de los hombres*, conseguir afianzar el dominio. [...] Quienes no lo hagan, difícilmente podrán mantenerse en el poder». En general, tendemos a pensar que las verdaderas atrocidades sólo se cometen en el frente, donde los soldados empuñan lanzas y sables, y que en cambio los encargados de la logística y el aprovisionamiento son simples burócratas que colectan víveres y pertrechos. Sin embargo, al referirse a la manera de guerrear en el siglo XV, Juvenil des Ursins, arzobispo de Reims comentó que cuando los soldados buscaban en una aldea las provisiones que necesitaban, se apoderaban de los hombres, mujeres y niños pequeños, sin hacer distinciones de edad o sexo; abusaban de las mujeres y doncellas; mataban a padres y maridos en presencia de sus hijas y esposas; confiscaban los víveres y dejaban morir de hambre a los niños pequeños; amarraban a las mujeres embarazadas que parían entre cadenas, y dejaban morir a los recién nacidos sin bautizarles; luego arrojaban al río a madre e hijo; atrapaban sacerdotes, monjes, clérigos y trabajadores, los encadenaban y los molían a palos. Algunos perdían el juicio y morían mutilados. Los encerraban en jaulas, pozos, lugares asquerosos repletos de inmundicia y los dejaban morir de hambre.

El problema de qué hacer con los prisioneros es abordado en la obra *El proceso de la civilización*, de Norbert Elias (1977) quien nos explica que conservarlos significaba alimentarlos y, por tanto, mucho dinero; pero devolverlos «significaba aumentar el poderío bélico y la riqueza del enemigo. [...] Por eso, se los mataba o devolvía mutilados, a fin de inutilizarlos para el trabajo o el servicio militar».

La frase «Root hog, or die» la usan mucho los evolucionistas y tiene un peso especial en el presente ensayo, pues ahora que he expuesto tantas versiones y contextos, destaca entre ellas: «A veces no hay más remedio que ser hijo de puta».

Volviendo a Vlad Tepes

Chupémosle un poco más de sangre a Drácula. En su obra *Drácula. Vlad Tepes, el Emperador y sus antepasados*, R.P. Martins (1983) nos dice algo que realmente da luces para entender un poco más la vida de Tepes: «gobernó con violencia, porque jamás fue poderoso». ¡Epa! ¿La violencia no era acaso el abuso con que el poderoso trata al débil? ¿Estamos dispuestos a dar vuelta a la tortilla así como así? Veamos entonces el «uso virtuoso» de la maldad para compensar la debilidad. Los pordioseros, lisiados y leprosos eran una carga y una molestia para los gobernantes de ese entonces. Y como ningún gobernante puede desentenderse de los problemas que aquejan a su pueblo, Drácula les preguntaba si en verdad querían verse libres de preocupaciones, a lo que los mendigos asentían. Y él les cumplía y les prendía fuego a ellos o a sus casas (si es que tenían). Ninguno escapó con vida. Su receta era: «Eliminemos la pobreza eliminando a los pobres».

Todo líder debe fomentar la bravura de sus ejércitos. Drácula también siguió ese precepto: tras las batallas recompensaba a quienes presentaban heridas por delante; en cambio, si sus propios soldados eran ignominiosamente lastimados por la espalda los mandaba empalar al instante. ¿Qué hacer, por ejemplo, si se encuentran mercaderes vendiendo fuera de los lugares autorizados? Seguramente se daría un soborno a la Policía para que mire hacia otro lado y finja que no los ha visto. Drácula tenía métodos un tanto más convincentes y no menos eficaces: cuando hizo capturar a una caravana de comerciantes de Kronstadt por no haber realizado su comercio en los mercados reglamentarios, sus mercancías fueron confiscadas, y todos, unos seiscientos, sufrieron el empalamiento. Hoy Drácula nos deja perplejos, pero en sus tiempos era considerado un estratega excepcional. Por entonces, los métodos sociales eran diferentes, aun teniendo en cuenta que debían ser tan eficaces como los de hoy; de lo contrario la sociedad no hubiera funcionado satisfactoriamente.

Tras la muerte de Matías Corvino, rey de Hungría (1440-1490), la nobleza húngara ya no necesitó de un ejército permanente que reclamaba, cada vez con mayor insistencia, la paga que le correspondía. Por ambas razones los atacó con otros regimientos, y 6.000 de los 8.000 soldados-ahora-prescindibles fueron degollados. Los sobrevivientes huyeron hacia Austria, y como no hablaban alemán, para poder entenderse con los austriacos, integrarse y ganarse la vida, optaron por robar y saquear todo lo que pudieron, hasta que fueron acorralados por Federico III (1415-1493) y 1.200 de ellos acabaron en el cadalso.

Pero, ¿en qué consistía eso de empalar a las personas? Por toda Europa Central era común que al condenado lo enterraran en una fosa, lo cubrieran (permitiéndole respirar a través de una caña que unía su boca con el exterior, a efectos de prolongarle el sufrimiento) y, enseguida le atravesaran el cuerpo con un palo, generalmente en el corazón, demostrándose así que el verdugo sentía cierta piedad y conocía su trabajo. Sin

embargo, el empalamiento practicado por Drácula era aún más cruel: primero, poner al condenado boca abajo, con las manos atadas firmemente a la espalda y las piernas separadas; luego, lubricar su ano y meterle un palo hasta donde se pudiera (por lo general, se ayudaban con un martillo, para que el palo penetrara unos 50 o 60 centímetros, longitud necesaria para permitir el paso siguiente de la maniobra); enderezar el palo y clavarlo en la tierra, y finalmente, dejar que la gravedad hiciera el resto del trabajo. Para que la tortura fuera efectiva, se procuraba que el palo no fuera puntiagudo, sino romo; con ello evitaban agujerear los órganos que el palo encontraba a su paso, lo que podía producir una muerte rápida. El palo romo no perforaba los órganos; los desplazaba de su posición natural y evitaba hemorragias profusas. El delincuente era abandonado a sí mismo y, por su propio peso, se deslizaba hacia abajo a lo largo del palo hasta que, por fin, éste reaparecía por el hombro, el pecho o el estómago. Así, la muerte que ponía fin al espantoso sufrimiento de estos infelices era lenta, muy lenta.

Así es, Drácula no fue un personaje poderoso, pero con su extrema crueldad lograba hacer reinar la paz y la prosperidad en sus territorios, y vigilar de paso la defensa nacional, pues en los países vecinos era difícil reclutar soldados para ir a atacarlo: todos estaban enterados del tipo de riesgo a que se exponían. Todos los años de su vida, incluidos los últimos, son ilustrativos, porque habiéndose esmerado en demostrar que sabía hacer las cosas, cuando fue prisionero por el rey de Hungría durante doce largos años (1463-1475), solía cazar ratones y comprar pájaros en el mercado para empalarlos. Era como si en su celda hubiera colocado un cartel que rezara «Hijo de puta se ofrece; tratar aquí» y, por lo pronto, lograba que sus captores lo conservaran vivo, porque el hombre seguía teniendo su utilidad. De Vlad Tepes, «el Empalador», podemos hacernos una idea con sólo recordar el calibre de sus rivales y amigos. Su gran contrincante fue el sultán Mehmed II, el líder otomano que en 1453 se apoderó de Constantinopla e hizo colapsar ni más ni menos que al milenario Imperio Romano de Oriente. El turco quedó horrorizado ante el aspecto que presentaban las afueras de Tirgoviste, capital de Valaquia. Había hileras inacabables de cuerpos ensartados en lanzas que la mirada no alcanzaba a abarcar. Se estima que Tepes ejecutó a casi cien mil personas, empalándolas, quemándolas o desollándolas vivas. Entre sus víctimas preferidas se contaban los infieles y las mujeres promiscuas (el hombre tenía sus principios). Pero ahora, para cerrar el tema de este sangriento personaje, digamos algo de sus amiguitos: en su país natal, Drácula está considerado como un héroe nacional por la defensa de Rumania y del cristianismo frente al avance del Imperio Otomano. El papa Pío II lo proclamó paladín de la fe. El gran héroe húngaro Matías Corvino, de pronto lo buscaba para hacer alianzas, de pronto lo reprimía, pero siempre manejaba a Drácula con sumo respeto.

Los antropólogos se sienten un tanto incómodos al hablar de los tasmanios, quizás porque no pueden olvidar el trágico fin de su sociedad: los colonos británicos los exterminaron en unas pocas décadas.

Jared M. Diamond

La hijoputez basada en el conocimiento

Con el paso del tiempo, hemos ido perfeccionando nuestras maneras de conocer e interpretar la realidad, la última de las cuales es llamada ciencia moderna. Gracias a este nuevo árbol del conocimiento, ahora somos como dioses y hacemos con la realidad todo lo que se nos pase por la cabeza (volamos; nos podemos cambiar el corazón, los pulmones y el hígado por otros totalmente artificiales; vamos a visitar la Luna y planeamos proseguir a otros planetas). ¡Lástima que los pueblos que tienen ciencia (los del primer mundo), la han usado como instrumento para dominar cuatro quintas partes de la humanidad, transformando al tercer mundo en un medio, un «otro» al que se sienten autorizados para despojar y hundir en el oprobio, la ignominia y la pobreza. Para lograr semejante hijoputez, han tenido que recurrir a dos tretas principales: la primera es sumir al tercer mundo en el analfabetismo científico, impidiéndole interpretar la realidad «a la científica»; la segunda es usar la ciencia y la tecnología para transformar la realidad tradicional que los tercermundistas conocen y pueden interpretar, en otras cada vez más avanzadas, productos de la ciencia. Una gran mayoría no puede entender cómo funciona una cámara de 10 megapíxeles, una tomografía de alta resolución o una computadora avanzada, con la educación que les da su patria (¡Cuidado! No estoy afirmando que sea un acto de hijoputez inventar y producir esas maravillas de la vida moderna; no, la hijoputez radica en impedir que nueve de cada 10 habitantes de la Tierra puedan desarrollar o compartir la manera científica de interpretarlas). Aquí la propiedad emergente es que los tercermundistas no se extinguen buenamente como si fueran tigres de Bengala, aves del paraíso o lapachos, sino que reaccionan reproduciéndose más de la cuenta; con la medicina y la salud pública generadas en el primer mundo, se ha reducido drásticamente la mortalidad infantil, tanto del primer como del tercer mundo y la vida dura ahora cuatro veces más de lo natural (80 en lugar de 20 años). Los *Homo sapiens* constituimos ahora una población senil que tala bosque y selvas, agota ríos y lagos, y estamos tan apiñados que cualquier virus o bacteria de mala muerte puede desencadenar una pandemia devastadora.

Además, los tercermundistas de hoy invaden el primer mundo, aunque los maten en el intento; se reproducen como hongos; luego, sus descendientes votan y logran entronizar en el gobierno a quien les prometa hacer lo que sea a cambio de su voto. A ese respecto, los medios de comunicación masiva manipulan la visión de la realidad de manera grotesca y han conseguido someter al mundo político, a las instituciones académicas, a los formadores de opinión y a muchos líderes sociales.

¿Qué le queda por hacer a la víctima de la hijoputez?

Las teorías de Malthus, Darwin, Wallace y otros sociólogos y biólogos, generadas para dar cuenta de ciertos fenómenos de la evolución, han sido manipuladas abusiva y erróneamente por sociólogos, politólogos y publicistas para justificar teóricamente las desigualdades sociales y el *laissez-faire*, movimiento que pasó a ser reconocido como *darwinismo social*. El darwinismo social se basaba en enfatizar la competencia, sin tener en cuenta que la agresividad es sólo *un* aspecto de la conducta de los animales. Por eso luego, tal vez a partir de J.B.S. Haldane, autor del libro *The Causes of Evolution* (1932), se acentuó el interés en conductas animales «benignas». Pensemos en las aves adultas que quedan exhaustas por salir a buscar comida para sus pichones, o por defenderlos, o por pelearse contra el mundo para que sus descendientes sobrevivan; o en los pingüinos que se quedan soportando fríos despiadados para incubar un huevo. Esas conductas llevan a hablar incluso de «altruismo». Se trata de bichos que hacen de centinelas para detectar si se acerca algún depredador que pueda poner en peligro a sus hermanos que mientras tanto están comiendo. Dado que los delfines no son peces, sino mamíferos, deben salir a la superficie de vez en cuando para respirar. Así como se ven muchachos que se arrojan al agua para rescatar al nadador extenuado, se ven delfines que tratan de reflotar al compañero que está herido o que por cualquier otra causa no ha salido hacia la superficie y corre el riesgo de perecer. También estas conductas son seleccionadas y perfeccionadas cuando resultan convenientes para la especie.

Se han puesto monos en dos jaulas diferentes; uno de ellos tiene acceso a una palanca que, tras ser accionada, hace dos cosas: proporcionarle comida a él y darle un choque eléctrico al mono de la otra jaula. El experimento está dispuesto de tal modo, que el mono tenga muy claro que sólo recibirá comida si opera la palanca, lo que inevitablemente hará sufrir al compañero. El resultado es que el mono de la palanca llega a padecer hambre extrema, con tal de no perjudicar a su compañero. Es notable que hasta las ratas tengan un equivalente de esa actitud altruista.

El objeto salvador

El esfuerzo de los prisioneros por oponerse a la hijoputez es aleccionador. La psicoanalista Fanny Blanck-Cereijido¹⁴ discute el caso de personas que sobrevivieron las penurias y maltratos en campos de concentración, aferrándose a cualquier cosa que les permitiera «ser alguien», por ejemplo, recurriendo a congregarse semanalmente en las letrinas, para recitar los poemas que pudieran recordar (caso del escritor español Jorge Semprún); tallando como pudieran algún trocito de metal para representar la esfera de un reloj,¹⁵ o acudiendo a cierto punto de la prisión desde donde se podían divisar las copas de las palmeras agitadas por el viento (caso de los prisioneros tupamaros en Uruguay). Increíble como pudiera parecer, esos detalles humanos bastaban para conferir un sentido a su existencia, y llegaron a salvarles la vida. Blanck-Cereijido cita también el hecho notable de que durante la segunda guerra mundial un gran número de policías daneses fue enviado a un campo de concentración por negarse a colaborar con las SS alemanas en la captura de judíos. La población judía de aquellos campos daneses era extremadamente variada, puesto que había desde niños hasta ancianos, hombres y mujeres, sanos y enfermos. En cambio, la población de policías daneses estaba compuesta por hombres relativamente jóvenes, pero siempre sanos y fuertes, porque eran los requisitos exigidos para pertenecer a la policía. Lo notable fue que la mortalidad entre estos policías fue mucho más alta que entre los judíos, pues éstos tenían alguna convicción muy arraigada o algún proyecto político o social que les daba una expectativa para vivir; así, su cautiverio no carecía de sentido. En cambio, los policías daneses no pertenecían a ningún movimiento ni compartían alguna ideología o religión particular; eran víctimas colaterales, imprevistas. Ahora, piénsese en que todo nuestro mundo actual –salvo la pequeña manzana donde nacimos y quedó sepultada nuestra identidad biopsíquica– aparece como un enorme lugar de «ninguneo» des-subjetivizador, que convierte a la ciudadanía en masa. Las tribunas de los estadios suelen mostrar domingo a domingo los resultados que se están consiguiendo: «Agredo, luego existo».

Para llegar al presente, los bichos tuvieron que atravesar cambios muy drásticos, comenzando con el asteroidazo de hace 65 millones de años en Chicxulub, que los catapultó de tímidos ratoncitos a mamíferos con todas las barbas; luego, el cambio climático de hace 4 millones de años, que los transformó de monos a homínidos, y la Revolución agraria de hace 10.000 años, que los expulsó de un contexto materno familiar cálido, endócrino, emocional, conocido, y los diluyó en un océano de gente extraña en la que no se podía confiar o, mejor dicho, de la que se tenía que cuidar. Al ser humano se le brindaron amplias oportunidades de volverse hijo de puta y hasta paranoico, lo cual podríamos ver hoy como algo muy justificado. Hacia fines del siglo XX, la posibilidad de ser ametrallado en Colombia por un motociclista contratado por un puñado de billetes, o raptado y torturado, era tan alta, que un paciente le confió a su

terapeuta: «Me gustaría vivir en un país donde la paranoia sólo fuera una enfermedad». ¹⁶
Esa anécdota se habrá originado en Colombia, pero hoy tiende a ser válida para cualquier urbe del planeta.

¿Las prostitutas tienen algo que ver con todo esto?

Si la perversidad del hijo de puta derivara realmente del haber sido procreado por una prostituta, tendríamos que admitir que éstas son, finalmente, la fuente del mal, en cuyo caso pasaríamos a preguntar ¿por qué la biología o la cultura generan prostitutas, y mediante qué mecanismos éstas producen la perversidad a la que aludimos cuando tildamos a alguien de hijo de puta? La idea de que «en biología nada tiene sentido fuera del contexto de la evolución», de Theodosius Dobzhansky, quizá podría parafrasearse así: «si quieres entender cierto rasgo o conducta de algún organismo vivo, ve a preguntarle a la evolución». Eso es lo que he venido haciendo a lo largo de este ensayo; pero ahora, las preguntas que le haremos obedecen a una estrategia distinta, por ejemplo: ¿Por qué se copula? ¿Por qué ese frenesí por copular? ¿Por qué todas las culturas generan prostitución? Dado que en la cópula interviene tanto una mujer como un varón, ¿por qué ella suele tener tantos remilgos-precauciones, y él, en cambio, es tan dado a copular, al punto que llega a pagar por hacerlo, y parte de ese dinero se lo queda quien obliga horriblemente a la mayoría de las prostitutas a ejercer dicha función? ¿Qué nos podría enseñar la evolución en este caso? ¿Es que hay prostitución en otros animales?

¿Por qué se copula?

La vida se originó en el mar y, en un segundo momento, subió a los continentes, para conquistar la tierra firme. También aquél fue un cambio de la «gran pauta», porque tuvo que ir acompañado de muchas adaptaciones complementarias. En dicha circunstancia, el aire seco actuó como un arquitecto genial; paso a explicarlo.

La hembra del pez suele esparcir sus óvulos en plena masa acuática, adonde luego llega el macho y disemina millones de espermatozoides que nadan, los penetran y los fecundan. Mal le iría al animal terrestre que trate de imitar a esos peces, regando al azar sus óvulos y espermatozoides sobre las piedras, pues el aire seco les chuparía el agua cual si fuera ropa tendida, y sólo quedaría una mancha secota en la que ningún gameto podría desplazarse ni sobrevivir. Algunas especies de bichos terrestres primitivos sortearon este inconveniente del siguiente modo: el macho montaba –literalmente– a la hembra, subiéndosele a la espalda, y a ella le encantó ese abrazo sexual por detrás, se excitó, y los mecanismos neuroendócrinos de este entusiasmo la hicieron secretar una baba hirviendo de óvulos, y como el abrazo sexual también excitó al macho, un bochinche neuroendócrino similar al de la hembra le hizo derramar un humor lleno de espermatozoides sobre la baba femenina; y así, óvulos y espermatozoides lograron desplazarse, encontrarse y combinarse. Pero claro, los óvulos así fecundados enfrentaban ahora el riesgo de que el aire seco los deshidratara. ¡Gran momento histórico! ¡De pie!, pues la naturaleza resolvió el problema «inventando»¹ el *coito*: de ahí en más, el macho ya no regó sus espermatozoides por el piso ni sobre la baba de ella, sino que los depositó dentro del cuerpo de la hembra, donde se conservaban hidratados. Huelga aclarar que las hembras tuvieron que desarrollar evolutivamente un lugar donde el macho le pusiera los espermatozoides, y ellos a su vez tuvieron que generar un órgano para administrárselos. Pero, por encima de todo, la evolución tuvo que generar un deseo que impulsara a ambos a copular. ¡Gloria entonces al aire seco, al origen de la vagina, del pene, del coito y de la pasión por entregarse a maniobra tan exótica para propagar los genes! Por suerte, esta descripción no depende de que imaginemos algo que ocurrió hace cientos de millones de años: todavía hay especies que se reproducen del modo que estamos describiendo, y que por lo tanto podemos estudiar en todo detalle. Ése es uno de los deleites de estudiar la evolución: que todavía hay especies que siguen haciendo algo como se hacía hace cientos de millones de años.

¿Hay prostitución animal?

Si definimos prostitución como «prestarse a copular sin intención de reproducirse ni gozar, sino de obtener un beneficio ajeno a ella», démonos por enterados de que la hembra del picaflor de garganta púrpura (*Eulampis jugularis*) puede copular sin estar en celo, es decir, con la seguridad de que no habrá de traer picaflorcitos al mundo, sino lograr que el macho le permita alimentarse de su comida o aprovechar su nido, o tener acceso a su territorio. Las pingüinas Adelie (*Pygoscelis adeliae*) tienen una conducta análoga.² En esa guisa hay peces hembras que le hacen creer a los machos que están en celo por pura conveniencia nutritiva o de seguridad, pero ajena a la procreación.³ Pero que no se nos escape: el hecho de que la hembra busque alimentarse, protegerse o acceder a un territorio custodiado por el macho, no necesariamente descarta que por ahí lo hagan porque también les gusta. Ruego al lector que no extrapole estas situaciones a la de la dama que se casó con un magnate y prefirió abrir las piernas para conservar su estatuto económico y social. Si prefiere un caso real, ahí está el de Lady Alice Hillingdon (1857-1959): «Estoy contenta de que ahora Charles venga más esporádicamente a mi dormitorio; apenas soporto dos visitas a la semana, y cuando oigo que sus pasos se aproximan a mi puerta, me acuesto, cierro los ojos, abro mis piernas y pienso en Inglaterra». (erróneamente atribuido a la reina Victoria).

¿Por qué el coito se transformó en un proceso tan controlado y punible?

En el primer capítulo expliqué que un virus no tiene cómo reproducirse a sí mismo, de modo que para propagarse recurre a inyectarle su genoma a una célula como las nuestras, para que ésta, en lugar de dedicar sus aparatos a ensamblar sus propias moléculas, los dedique en cambio a sintetizar las del virus «que la violó». De manera bastante análoga, un hombre no puede reproducirse a sí mismo, y cuando copula con una mujer, la insemina con sus genes y dispara la procreación de un hijo compartido. Es por eso que los machos no toleran la llegada de otro macho de su especie a violar y usurpar el aparato reproductor de su hembra.

La variedad de trucos y mecanismos que usan los organismos para que sus hembras los reproduzcan a ellos y no a sus competidores llega a lo insólito y a veces a lo hilarante. Las ratas, por ejemplo, dejan tras el coito un tapón mucoso en la vagina de la hembra, que no permite que otro macho venga después a divertirse inseminándola. Pero esto no disuadió a los machos de algunas especies, pues éstos desarrollaron un pene con una suerte de cepillo dental con el que barren todo tapón alojado en la vagina. No contando con este mecanismo, algunos insectos machos, tras fecundar a una hembra, llegan a jarrancarse el pene en su retirada!, dejándolo atascado en la vagina, a manera de tapón obturador. Una vez acabado el coito, algunas moscas secretan sustancias antiafrodisiacas que disuaden ahora a todo galán que se les acerque.

Las tretas de algunos alfeñiques llegan a provocar risa, a sabiendas de que la selección natural otorga preferencia a los machos poderosos y dotados, capaces de derrotar a sus rivales en la lucha por las hembras, uno se pregunta ¿cómo habrán hecho algunos individuos esmirriados para preñar a una y dejar descendencia? Veamos, por ejemplo, cómo se las arreglan algunos escarabajos: un machito-afeñique observa copular al poderoso, se excita y se masturba⁴ hasta llegar al borde del orgasmo. Justo en ese momento, sus compañeros van a molestar al fortachón al punto en el que éste debe hacer un paréntesis y salir a correrlos. La oportunidad es aprovechada por el alfeñique, quien copula y fecunda a la hembra en un santiamén.

Esta lucha por el control del coito, fertilización y legado de nuestros genes para que nos reproduzcamos «nosotros» y no «ellos» jamás ha cesado. Ya he mencionado que lo primero que hace el nuevo rey león es matar a todos los cachorros del macho anterior. De modo que cinturones de castidad, serrallos, padres que arrancan el clítoris de sus hijas y hasta policías o soldados que violan mujeres como vejación y demostración de dominio tienen un frondoso historial evolutivo.

Pero no todo es filogenia: el caso humano es mucho peor, pues se agrega el profundo desprecio y pena de muerte a la mujer violada, así se haya defendido con todas sus fuerzas y perdido la vida en el empeño. Llegan las fuerzas invasoras, saquean, destruyen,

castran y matan a los varones y violan a las mujeres del lugar, y si éstas llegan a sobrevivir, su propia familia, sus propios compatriotas las tildan de putas⁵ y llegan a asesinarlas. Y aun en plena paz, hay países adonde las mujeres son azotadas y luego lapidadas a muerte por la mera sospecha de que no son castas. Si en una pareja que se presenta para casarse, ella está embarazada, es castigada con la pena capital, así proteste él y declare que el hijo es suyo y que está dispuesto a hacerla su esposa. Hay equipos de cirujanos plásticos occidentales que, como acto de solidaridad humana, se ofrecen para reconstruir la cara de mujeres islámicas a quienes sus maridos han rociado con gasolina y prendido fuego por el mero hecho de haber galanteado con otro hombre. Finalmente, en algunos países árabes se arresta a las mujeres que caminan solas por la calle, pues sólo puede tratarse de una prostituta o una mujer que tuvo el tupé de no ir acompañada de un varón de su familia.⁶

¿Operaciones secretas entre la biología y la cultura?

Para proseguir considero imprescindible tener en cuenta el zipizape que voy a narrar, mismo que no pretendo interpretar, pues eso nos metería en camisa de once varas.

Para que haya reproducción y nuestra especie no se extinga, el espermatozoide debe encontrar el óvulo y fecundarlo. ¡Vaya novedad! Este encuentro es tan crucial que cuando la hembra perra, mona o yegua libera su óvulo para que viaje trompa abajo hacia el útero, lo anuncia con bombos y platillos: exhala feromonas que flotan por los aires, enardecen al macho y se alían con otras sustancias que se quedan circulando por su sangre (éstas sí son hormonas), poniéndola más melosa, enrojeciendo y poniendo turgentes sus genitales, de modo que no quepa duda alguna acerca de que es ella la hembra que está ovulando. Entonces sí, macho y hembra copulan y esa crónica de una fertilización anunciada produce un embarazo. No sucede así con la hembra humana, pues surge una primer rareza: la ovulación es secreta, ni ella ni él saben si el óvulo viene o no viajando trompa abajo hacia el útero. A esa primer rareza la biología le da una primera solución: que el macho no espere ninguna señal femenina para saber cuándo copular, sino que sea bienvenido a hacerlo noche y día, todo el año, para ver si coincide con ese óvulo ultra discreto que sólo está disponible durante una pequeña fracción del mes. Por supuesto, con el trabajo que da conseguirse una hembra, el macho se queda en pareja, cosa que la biología aprovecha para solucionar de paso otro problemita: que el padre se quede para ayudar a criar a ese recién nacido, pues como hemos mencionado en el segundo capítulo, éste será incapaz de valerse por sí mismo, porque ha nacido inmaduro, debido a que si continuaba madurando dentro del útero materno, el tamaño de su cabeza no le hubiera permitido pasar por el canal del parto. Así, y puesto que aquí estamos, podemos decir que las ganas de copular prevalecieron sobre el secreto ovulatorio.

Vamos a añadirle a esta disertación el comentario de la feminista australiana Germaine Greer:⁷ a la mujer no solamente se le educa para negar su sexualidad, sino también para seguir negándola durante los contactos sexuales y en todos los contactos desde su infancia, de manera que, al darse cuenta de su sexo, el patrón que se le ha impuesto tenga suficiente inercia como para superponerse a cualquier forma nueva de deseo y curiosidad. Si compaginamos la información del párrafo anterior con la de éste, parece inevitable concluir que la biología y la cultura han sumado sus esfuerzos para producir una hembra humana superdotada sexualmente, pero con todas las destrezas necesarias para hacerla muy poco accesible. Pareciera que esa estrategia biológico-cultural favoreció el advenimiento del proxeneta a instalar su mercado: «No se preocupe de la dificultad en conseguir una hembra para copular: yo se la consigo; claro, a un precio».

*Ninguna mujer nace para puta*⁸

La periodista argentina Adriana Balaguer explora el mundo de las prostitutas de un modo obvio, directo y redituable: va a buscar testimonios de prostitutas y de hijos de putas en el Buenos Aires de hoy. Luego, relata los resultados de sus investigaciones en artículos y libros donde nos enteramos de que hay por allá unas diez mil prostitutas, de las cuales un tercio trabaja en la calle y el resto en departamentos y saunas. Así, Balaguer encuentra que, por lo general, a la puta le hubiera gustado no ser puta, y a sus hijos tampoco parece encantarles ser hijos de ellas, entre otras cosas porque en el pasado de ambos predominó la vejación, la violencia, el desprecio, la injusticia y la persecución social siempre rayana en lo policial. El libro de Balaguer no registra el caso de alguna prostituta o algún hijo de puta que se jacte, enorgullezca o goce de ser lo que es; por el contrario, si se llega a sincerar con su madre, le ruega que no se muestre ante sus amigos ni se acueste con ellos.

Dice la autora que esas infancias complejas y amargas no han excluido los cuidados maternos; detalle que no sorprende, pues prácticamente toda mujer ha jugado con muñecas y vivido en una sociedad que le refuerza las características maternas ya impresas de por sí en su biología; el amor por ese hijo suyo hace lo demás. Por ello, en algunos momentos, los hijos le describieron a la periodista su pasado de sufrimiento, pero sin un dejo de rencor. Las discrepancias, trifulcas y deudas pendientes con la mamá-puta parecen ser las habituales en la relación madre-hijo, pero a decir de Balaguer, éstas nunca se refieren a la profesión materna. De pronto, su texto nos provoca un respingo al enterarnos de que los hijos de las prostitutas «a lo sumo, a veces les reprochan a su madre el haber entregado su primer bebé en adopción». Apuesto a que las madres comunes tienen una tendencia mucho menor a dar sus hijos en adopción, y lo tomo como señal de que la puta y su hijo no tienen entre sí una relación tan convencional que digamos, asunto que seguramente ha de tener consecuencias a lo largo de toda la vida de ambos.

Es interesante que, después de este estudio y crónica tan lúcidos, Adriana Balaguer siga refiriéndose a los malvados como hijos de puta en su acepción más prístina. Me imagino que eso divide tajantemente a los hijos de puta que pueblan su libro en dos poblaciones. La primera es la de los hijos de puta malvados, torturadores, asesinos de compatriotas durante la dictadura argentina y también sus mentores eclesiásticos,⁹ a los que la autora desprecia (y yo, su lector, también); y no la veo a ella citándose con ellos para preguntarles algo, ni a ellos recibéndola para responder honesta y claramente a sus curiosidades. En cambio, la periodista narra que los hijos de mujeres que comprobadamente ejercían la prostitución fueron suficientemente benignos y honestos como para haberle expuesto sin distorsionar aspectos de su vida y de su relación con la madre.

Pero aquí, mi formación de científico experimental me lleva a temer que se hayan cometido ciertos errores involuntarios de muestreo, los cuales pueden llegar a falsear los resultados. Lo ilustraré con un defectochapucería muy habitual en los investigadores principiantes. Supongamos que se desea ver la acción de una sustancia tranquilizante y que, tal como se estilaba, de un lote de 20 ratas en una jaula, el investigador inyecta a las 10 primeras la droga y a las 10 restantes un placebo (solución idéntica pero que no contiene droga activa). Lo más probable es que las ratas del primer lote sean menos agresivas, pero no porque realmente la droga las haya calmado, sino por un simple defecto de muestreo. Lo explico. Cuando uno mete la mano en una jaula con 20 ratas para inyectarlas de una en una, lo más probable es que las primeras sean (comparativamente) mansitas, cándidas, confiadas y fáciles de atrapar, y que las últimas sean desconfiadas, ariscas, bravas, renuentes a dejarse atrapar, e incluso capaces de atacar y morder al investigador. Luego, aunque la droga no produzca efecto alguno, el investigador encontrará que las del primer grupo son realmente menos agresivas y concluirá que «la sustancia X hace a las ratas menos agresivas», pues desde el comienzo, al tomar primero las 10 ratas que se dejaron coger dócilmente, ya se trataba de ratas más sedadas que las 10 siguientes. Análogamente, las prostitutas que se dejaron entrevistar eran desde ya más accesibles, amables, no tenían mayor reparo en exponer detalles de su profesión y sobre todo de su maternidad. Concomitantemente, los hijos de putas que se prestaron a la entrevista son menos malignos y más amigables, que tuvieron en cuenta el interés de la periodista. ¡Por supuesto que luego se describirán prostitutas e hijos de putas amables y sin tapujos!

No tengo por qué suponer que la periodista Balaguer haya cometido una pifia así, pero tiendo a pensar que los hijos de puta realmente perversos, los que tenían entripados con su madre o que tienen poderosas razones para evitar que los atrape la justicia, prefirieron no ser entrevistados en momentos de mayor democracia en Argentina (por las referencias que da Balaguer, su investigación fue realizada durante las presidencias de Néstor Kirchner y su sucesora Cristina Fernández, en que se comenzó a juzgar y mandar a la cárcel a torturadores y asesinos de compatriotas).¹⁰ En cambio, los hijos de puta mansitos, los que tuvieron una buena relación con su madre y no tenían una conducta hostil ni deudas pendientes con la ley, accedieron a ser entrevistados. Sería imperdonable que extrapoláramos a los realmente depravados lo observado con estos más bonachones.

Sea como fuere, envidio a Adriana Balaguer pues si bien he conocido a muchas prostitutas abiertas o encubiertas, a las cuales me hubiera gustado preguntarles redondamente sobre su condición, jamás me atreví, pues temía que me mandaran a freír churros. A veces paso por un par de sitios de la ciudad de México adonde se enfrían y mojan bajo la lluvia docenas de putas escotadas y de piernas desnudas, mientras esperan cliente. El tráfico se retrasa notablemente porque los automovilistas pasan lo más lentamente que pueden para mirarlas. Me ha llegado a humillar que las muchachas se acerquen a ofrecer sus servicios a la ventanilla de los coches que van pasando, pero que

al entrever fugazmente mi cara de noche y a través de los reflejos de mi parabrisas, me salten y pasen de largo hacia el coche de atrás. En más de una oportunidad me hubiera encantado contratar a alguna para llevarla a un café y pagarle por contestarme preguntas que hubieran orientado mi ensayo. Jamás tuve el temple para hacerlo porque pensé que con toda probabilidad su reacción hubiera sido «He aquí otro marmota intelectual, y para colmo, viejito y con cara de boludo. Vamos a decirle que nací en un arrabal obrero y que soy una luchadora feminista a punto de provocar la revolución social». En serio, envidio a Adriana Balaguer.

Aprovechando tres conceptos sobre la evolución

El primero es que *ninguna característica biológica está sobredimensionada*. Por ejemplo, no existe una jirafa cuyo cuello haya crecido tanto que su estirpe deba bajar la cabeza para comer de los árboles. Siempre que se selecciona algo (la vista, el oído, la fuerza muscular, la capacidad de volar, el largo del cuello) es porque la ventaja ya está presente, y el organismo espera como premio poder ver más, oír mejor, ser más fuerte, más aerodinámico o alcanzar las hojas superiores de los árboles. Pero, ¿no causa ruido cognitivo este concepto con la cola de los pavorreales, por ejemplo? No. Si un pavorreal llega a ser un adulto más coludo es porque ya están ahí las hembras, desviviéndose por procrear con él.

El segundo concepto es que *todo atributo que se pueda aprovechar para algo va a ser aprovechado*, aunque haya sido seleccionado por alguna otra causa (como las pechinas, concepto sobre el cual no volveré aquí). Los gorilas fueron adquiriendo su enorme fuerza y sus colmillos asesinos para defender su territorio y luchar con otros machos por las hembras, no para destrozar a un explorador que llega de repente a molestarlos, aunque no hay duda de que si este sujeto es muy insistente, el gorila lo va a hacer añicos. El *Homo sapiens* macho desarrolló la fuerza y atributos físicos necesarios para sobrevivir en los ambientes que le tocó habitar, mientras que la hembra fue adquiriendo otras características y resultó ser relativamente menos brava. Fue inevitable que luego él usara esta diferencia de fuerza para obtener alguna ventaja.

El tercero es que *el bebé humano está hecho de tal manera, que alguien (habitualmente, ambos padres, o uno, al menos) debe amarlo o desear que sobreviva*. Cuando en el capítulo tres narré la anécdota del emperador Frederick II y las nodrizas forzadas a enmudecer, comenté que un bebé no logra sobrevivir, aunque sea alimentado y cuidado como a un pedazo de carne con ojos, si es que nadie lo quiere. Cabe preguntarse entonces qué sucederá en la personalidad del hijo de una mujer, acaso soltera, quien cedió al chantaje que en algunos países de habla hispana es conocido como «la prueba del amor», y que quedó embarazada, el sujeto desapareció en el anonimato de la gran ciudad, y ahora ella, por ese maldito feto, es víctima del escarnio y condena social, arrojada a la calle por su propia familia, y esto si bien le va, pues ya hemos mencionado que en muchísimas sociedades es lapidada o decapitada de un sablazo. Hasta hace un par de generaciones era hartó habitual que para sobrevivir en esta situación, a la madre sólo le quedara, entonces sí, ejercer la prostitución, o quizá superar el accidente, poniendo al niño en una canastita ante la puerta de un palacio o dándolo en adopción, con la esperanza de que al menos fuera alimentado y protegido por un ser piadoso o albergado en un orfanatorio.

Independientemente de los factores y los derroteros evolutivos que hayan intervenido, el resultado es un varón físicamente más poderoso que una mujer. El hecho inevitable es

que la vida no desaprovecha nada; tarde o temprano, él iba a usar su exceso de poder para dominar, en primer lugar, a su compañera. Todavía en tiempos actuales, ese poder de fortachón le sirve al macho para sacar ventaja de innumerables situaciones, sobre todo porque lo ejerce en el seno de culturas desarrolladas con base en conveniencias o antojos elegidos e impuestos por el varón. Por ejemplo, es harto frecuente que la Policía regrese a una mujer maltratada al dominio del macho, quizá después de haberla forzado a tener relaciones sexuales, cuando ella había acudido precisamente a buscar justicia y protección de las leyes. Al retornar a su casa, seguramente acepte que este macho la someta a un castigo físico y moral por haberlo denunciado. Eso es el *machismo*. Si a un zoólogo de otra galaxia le mostraran a un hombre y una mujer embalsamados, de los cuales sólo pudiera comparar tamaños, musculatura y colmillos, afirmaría sin ninguna duda que la especie *Homo sapiens* comete machismo.

En cualquier especie en que uno de los sexos sea más poderoso, van a ocurrir abusos. Desde siempre, el hombre ha abusado de sus atributos físicos. Casi todas las culturas han educado a sus hijos a cachetadas y coscorriones que, como vimos hace unas páginas, llegan fácilmente al infanticidio. Pero luego, ya que esos abusos se han tornado aceptables, surgen otros relacionados con el deber del sometimiento a los designios del varón que lidera la familia; sin su permiso no hay libertad: para ejercer actividades económicas, votar, disponer de los hijos, educarlos, decidir su destino. Y en ese juego, el varón sojuzga a la mujer en todos los ámbitos que puede: matrimonial, religioso, político, económico, sexual y hasta en costumbres urbanas aparentemente banales. Por ejemplo, cuando la pareja camina por una calle y él cede caballerescamente a la dama el lado de la pared, no están más que recreando una situación surgida en el Medioevo, cuando desde las ventanas de las casas eran arrojadas las aguas negras y desperdicios hacia la canaleta que corría por el centro de la callejuela, al anuncio de «¡aguas!» Así, cuando ya era tarde para esquivarlo, era ella y no él quien recibía tan asqueroso chubasco. Análogamente, se cree que si un hombre cede el paso por una puerta a la dama está siendo cortés; pero la explicación es otra: a la mujer se le permitía entrar primero como un acto de seguridad para el hombre, por si eran objeto de una celada o un ataque. En cuanto a las extensiones de este tipo de abuso hacia otras esferas, sobran los ejemplos; a saber: a la mujer se le sigue pagando menos que al hombre por el mismo trabajo; hasta hace menos de un siglo no se le permitía ingresar a las instituciones educativas; en ciertos países se le siguen vedando algunas carreras universitarias. Y hay más: por lo menos hasta hace un par de generaciones, en las familias chapadas a la antigua, se acostumbraba espantarle los novios a las hijas de familia, con el objetivo de que no se casaran y se quedaran en casa a cuidar a los padres durante la vejez. En las biografías de la poeta mexicana sor Juana Inés de la Cruz (1650-1695) se relata que los maridos de esa época solían romperles los dientes a sus flamantes esposas, para que otros varones las vieran menos atractivas.

Luego, la excusa de apelar a la tradición permite que las mentes menguadas sigan

confeccionando listas de premios Nobel, grandes músicos, pintores, inventores para mostrar que las mujeres figuran poco o redondamente no figuran, sin advertir que están comparando épocas y situaciones en las que la mujer tenía vedado el acceso a dichas actividades.

Otras características y consecuencias que también emanan de la biología

Un hijo le cuesta al padre un solo espermatozoide (aunque en la eyaculación se desperdicien millones que no lograron penetrar en el óvulo). En cambio, a la madre le cuesta mucho más que un óvulo, pues se agregan nueve meses de embarazo, con todos sus inconvenientes y riesgos, tales como pérdidas laborales, riesgos de eclampsia, hipertensión y diabetes. Ni falta hace señalar que el parto será increíblemente más doloroso y costoso para ella. Además, en cierta proporción de mujeres, ese parto será anormal e irá acompañado de distocia, cesárea, pérdida de sangre, infarto por esfuerzo de expulsión, infecciones o incluso la muerte, cuando las condiciones son precarias e insalubres. Hasta el advenimiento del médico húngaro Ignaz Semmelweis (1818-1865), una de cada cuatro o cinco parturientas moría de la infección provocada por la falta de higiene del partero.

La prostitución

Volvamos al hecho de que si la evolución genera una ventaja, cualquiera que sea, la lucha por la vida no deja de utilizarla; de lo contrario, esos organismos (accidentalmente) dotados no resultan seleccionados. El varón recurre a la cópula frecuente e indiscriminadamente porque deja mayor descendencia, por placer o para demostrar dominio, tal y como sigue ocurriendo cuando hay invasiones militares o en las cámaras más modernas de tortura. En cambio, por la multitud de inconvenientes enumerados antes, así le encantara copular, la mujer resulta ser muchísimo más selectiva, cuidadosa y renuente a hacerlo. Luego, en la sociedad hay un número incomparablemente mayor de hombres dispuestos a copular que mujeres que quieran hacerlo.¹¹ La historia registra el rapto de las Sabinas, en el cual los romanos arrebataron sus mujeres a sus vecinos, los sabinos, pero no abundan los ejemplos de mujeres que hayan recurrido a robar varones. Esas asimetrías en el deseo de copular y embarazar establecen automáticamente un mercado. De modo que siempre surgirá el proxeneta que use su poder (y el de las sociedades, legislaciones e instituciones machistas) para someter a las mujeres y obligarlas a ejercer la profesión. Si hay putas, es porque el macho tiene sobradas maneras de forzar a las mujeres. No hay apetito sexual, por perverso que parezca, que no haga surgir un proveedor, muestra de lo cual es que cuando las niñas atrapadas en el sur de Asia cumplen nueve años de edad ya son consideradas viejas y gastadas, y se les reemplaza por niñas de cinco o seis años. Desquicia enterarse de que, si estas niñas se las arreglan para huir de regreso a su hogar, son expulsadas por sus propios padres que no quieren putas en la familia. No abundaré.

El hijo de puta y la sociedad

Ya he aludido a que el feto inmaduro, cabezón, indefenso e incapaz de valerse por sí mismo pudo subsistir y humanizarse, porque primero, el padre tuvo con su mujer un vínculo muy especial (copularon), seguido de algo quizá muy parecido a lo que hoy llamaríamos «amor», que lo llevó a quedarse viviendo en pareja, conseguir comida y proteger a su mujer y al crío. En cambio, el hijo de una puta sabe con certeza que su padre nunca deseó dejar encinta a la mujer y que incluso le manifestó su intención de que lo abortara.¹² Luego, ya crecido, este hijo puede llegar a enterarse que también la mamá deseó abortarlo y que se llegó a meter agujas en el útero, aunque infructuosamente, causándole con aquella maniobra chapucera algún problema o discapacidad, con lo cual el panorama será entonces mucho más complejo y sombrío para este muchacho.

El hijo de puta vive en una sociedad que no solamente se ha transformado en una multitud ajena a sus emociones y necesidades (si se le compara con la sociedad preagraria «para» la que fue seleccionado), que esconde a un hombre (su padre biológico) del que no puede esperar su manutención, apoyo, asistencia en caso de enfermedad y fortaleza para defenderlo. Más aún, es probable que su madre ni siquiera haya sido puta (en el sentido de ramera que cobra por copular), sino una muchacha a la que su ardor la llevó a hacer el amor, hasta quedar embarazada por accidente y, es ahora denigrada y condenada por la sociedad. Es probable que esa madre le haya explicado a su hijo por qué no tiene padre, y que el niño acabara insertándose idealmente en dicha atmósfera social, y ahora así se ve, se siente y resiente.

*Quienes cometen perversidades y son tildados de hijos de puta
¿son todos hijos de alguna mujer que ejercía la prostitución?*

Los personajes que llamamos hijos de puta porque fueron particularmente perversos ¿han sido *todos* hijos de alguna prostituta? No lo creo. En términos estadísticos, si me atuviera a las incidencias, con base en la información recogida por Adriana Balaguer, de que en una población de varios millones de habitantes hay unas diez mil prostitutas, éstas simplemente no alcanzarían para engendrar a tantos perversos tildados de hijos de puta. De modo que, aun en el caso de que pudieron haber sido hijos de prostitutas, debo concluir que en su enorme mayoría los hijos de puta perversos *no* son hijos de prostitutas.

El punto es que una vez fraguado el concepto de «hijo de puta» y adoptado el epíteto, se le usa para calificar a todo malvado, aunque aquí vuelva a atenazarme la pregunta de por qué se usa justamente *ese* calificativo y no otro. El hijo de una prostituta suele tener sobrados motivos para ser un hijo de puta, pero es bueno tener en cuenta que las dos poblaciones (la de *perversos* y la de *hijos de prostitutas*, ya explicadas antes) discrepan claramente en muchos aspectos fundamentales, algunos claramente cuantitativos; pero también sobran razones, motivos, antecedentes y sospechas para asociarlos.

No es ajeno a estas conjeturas el hecho de que todas las sociedades, a través de todas las generaciones, hayan captado este hecho, y de ahí derive el universal epíteto «hijo de puta» para calificar al malvado. Vemos entonces un justificativo para mi tozudez de no haber querido reemplazar en este libro la expresión «hijo de puta» por otra menos soez pero también menos atendida a su origen.

Elocuente indicador

No estoy enterado de que exista una manera de medir el grado de hijoputez. Pero eso no quita que podamos tomar lo que en muchas ramas de la ciencia se denomina «indicador». Me refiero a índices que si bien no miden ni arrojan un guarismo, dan una idea del grado de bienestar, educación o posibilidad de que un volcán entre en erupción, o que la bolsa de valores sufra una caída brutal, o que la contaminación del ambiente se dispare a niveles insospechados. Partiendo de dicho precepto, es posible observar que la cultura sigue mostrando («indicando») su perversidad hacia las mujeres hasta en los momentos de mayor espiritualidad, cuando ensalzan a las vírgenes por el mero hecho de no haber copulado. En mi manera de ver las cosas, cuando Agustín de Hipona (354-430) y luego el papa Pío IX (bula *Ineffabilis Deus*, 8 de diciembre de 1854) se refirieron a la virginidad, insultaron a nuestras abuelas, madres, esposas, hermanas, quienes ciertamente no han sido vírgenes, pero a las cuales el machismo sigue escarneciendo.¹³ Podría muy bien ser que de pronto esta devoción por la virginidad se erija en un elocuente indicador del respeto que tenemos por las mujeres; es decir, mientras sigamos adorando vírgenes, ese indicador nos seguirá señalando nuestra tozudez en ofender a las mujeres, incluidas aquellas a quienes más queremos.

A lo largo de este ensayo, he fatigado la atención del lector con mi insistencia sobre las maneras de interpretar la realidad. En ciertas áreas del quehacer humano, no tiene mayor importancia que impere una u otra manera. Por ejemplo, casarse con o sin rito religioso, bautizar o no a un recién nacido, abstenerse o no de comer carne en Viernes Santo, sólo concierne al feligrés, al tradicionalista o al costumbrista. Pero al tener una visión del mundo surgida allá en la Edad de Bronce Tardía, y carecer de la capacidad de analizar todas y cada una de las creencias en que se basa el vilipendio y el abuso de la mujer, se sigue demorando el desarrollo de una cultura compatible con la ciencia, lo cual, para mí, es un delito. Al menos los intelectuales deberían hacer un esfuerzo por entender el argumento y obrar en consecuencia; de lo contrario, más que de ignorancias, deberíamos pasar a hablar de complicidades.

El hijo de puta no solamente prostituye a la mujer

Muchas culturas amerindias imaginaban que la tierra es sagrada. El símbolo de una tierra-madre, al mismo tiempo nutricia y mortal (con capacidad de morir), se encuentra en la médula de la filosofía de los pueblos precolombinos y explica la actitud de amor y respeto que éstos tenían hacia la naturaleza. Para los cazadores y recolectores la agricultura constituía una infracción a las leyes de la naturaleza, sobre todo cuando era practicada como un medio de enriquecimiento y se levantaban barreras que impedían la libre circulación a los hombres y animales de caza. Consideraban estas prácticas como algo muy semejante a la prostitución. Para los aztecas, hasta cortar un árbol era un acto grave;¹⁴ y más herir la tierra para cultivarla, cavarla, perforarla, extraer sus minerales e incluso «tomarla» para fabricar objetos de alfarería llegaban a constituir actos muy serios, pues acarrearían consecuencias adversas. Cuando se pelearon las guerras de los indios contra los colonos norteamericanos, Tacumseh, jefe de la nación shawne, reclamaba en nombre *de todos* los indios de cualquier origen, «pues esta tierra nunca estuvo dividida en el pasado y pertenece a todos».

Hoy se llega a violentar el suelo y a todos los seres vivos (microorganismos, lombrices, ácaros) que habitan en él, mediante el uso de plantas transgénicas y los así llamados fertilizantes artificiales que, es cierto, por un tiempo hacen rendir al suelo más granos por hectárea, pero cuyos efectos a largo plazo son deletéreos. Hay agrónomos y genetistas que comparan estas prácticas no sólo con la prostitución, sino con obligar a las prostitutas a que usen estimulantes para mantenerse despiertas y rendir más. Por otra parte, se trata de una verdadera guerra contra los cultivos tradicionales que venían practicando los aborígenes y sus descendientes campesinos. Así las cosas, abundan también los terrenos deforestados y quemados por los fertilizantes artificiales. Pero los gobiernos siguen ensalzando, premiando y financiando a los proxenetas de la naturaleza.

El ser humano de las diversas civilizaciones ha acabado por arruinar y deshonorar la mayor parte de las tierras en las que ha vivido prolongadamente, y de pronto los libros de historia simplemente informan cosas como: «y se extinguió la civilización maya» «la de Palmira, en Siria», o «en Mesopotamia quedan restos de dicha civilización extinguida», o en el mejor de los casos, que «emigraron hacia otra parte». Simplemente ignoraron que el suelo contiene millones de organismos, la mayoría microorganismos, a los cuales desquiciaron, ignorando que ese suelo estaba vivo y, en cierto modo, era un *otro* del que habían abusado. Tal vez, a manera de disculpa, debamos decir que desconocían la existencia de microorganismos, pues el conocimiento de las *viva animacula* arrancó cuando Antonie van Leeuwenhoek (1632-1723) alcanzó a verlas con su recién inventado microscopio.

Los muros impuestos por la sociedad

En páginas anteriores, mencioné que en el sur de Asia se raptan niñas de cinco o seis años para usarlas de prostitutas, y que si logran escapar del prostíbulo y regresar a su casa paterna (¿a qué otro lado?), su misma familia las rechaza porque no quiere albergar putas ni tener nada más que ver con ellas. Además de las paredes que delimitan los prostíbulos, hay otros muros más terribles, como los que pone la misma sociedad para estigmatizar y condenar a las prostitutas, en vez de comprenderlas, ayudarlas y compensarlas y aun una tercera cuando se ensalza al chingón que comete esas perversidades. Y aquí no podemos echar toda la culpa a nuestros sistemas de justicia, ni tampoco ponernos a buscar culpables, pues toda la sociedad, incluidas nuestras leyes, son así. Sólo resta esperar una revolución social en serio.

Ha de ser horrible que la mujer se vea obligada por una sociedad machista a engendrar al hijo de quien la violó, y me resulta comprensible que desee abortar; peor aún si la prueba de ADN demuestra la paternidad del violador y obliga a la mujer a tener tratos con él, para decidir sobre la vida de su hijo. Pero aquí vemos que la misma institución religiosa, que supuestamente vela por la salud moral de sus feligreses, no sólo se opone vehementemente a que la mujer disponga de su cuerpo y su salud, sino que llega a recurrir al engaño y la mentira, que en general toma la forma de demorar los procedimientos legales, hasta tanto el embarazo madure y llegue a la edad en que deviene un crimen abominable.

Epílogo

Al comenzar el presente trabajo tenía una expectativa humilde: averiguar si la hijoputez es sólo un coloquialismo procaz o, por el contrario, una expresión que corresponde a alguna entidad real, y que al final fue la opción hacia donde se dirigió el camino de este ensayo. Entonces, resultaba importante saber si el asunto se trata de algo meramente cultural o tiene además algún sustrato biológico, es decir, un elemento que la evolución vino forjando en el decurso de una larga filogenia de bichos que, al final, desembocó en el *Homo sapiens*, de modo tal que cuando generó a nuestra especie nos puso algún ingrediente biológico que se transmitió por medio de nuestros genes y que ahora nos compele a ser hijos de puta. Así, a lo largo de este ensayo, vine barajando argumentos que me permitieron opinar que nuestros genes nos obligan, o al menos propician, que seamos hijos de puta.

Podríamos decir que la hijoputez consiste en tomar un atributo biológico que nos permite sobrevivir «lícitamente» y transformarlo en pechina perjudicial. En este sentido, el hecho de estar insertados en *cadenas tróficas* y tener que devorar a otro organismo para sobrevivir nos llevó a desarrollar atributos para poder cazarlos y comerlos (dientes, capacidad de blandir garrotes, arrojar flechas, etcétera), mismos que después se transformaron en pechinas al ser usados para abusar del *otro*.

Es obvio que el desarrollo de formas de gobierno y sistemas económicos brindó la posibilidad de hacer cosas que, ante el crecimiento de la humanidad, implicaron a grandes masas humanas (por ejemplo, políticas de salud pública, seguridad social o empleo), así como grandes cantidades de recursos (para hacer caminos, puentes, construcciones, aeropuertos y todo tipo de infraestructuras, inventos y descubrimientos científicos), y maneras de difundir el conocimiento (organizar sistemas educativos, museos, cadenas de radio y televisión), lo cual implicó a su vez una gran organización. Todas ellas son obras que a una escala realmente individual y sin organismos centrales para coordinarlas hubieran sido impensables; requirieron de la fuerza de muchos y el liderazgo de pocos para emprenderlas en el largo camino que ha tenido la humanidad; pero los hijos de puta, en su acepción más perversa, las transformaron en pechinas en tanto las usaron como una forma de poder para causar injusticias, guerras, usura, analfabetismo científico, pobreza y otros flagelos.

Por suerte, la hijoputez no es el único producto de la evolución de las especies. También hemos visto que, contrario a lo que se suele suponer, la *simbiosis* y la *cooperación* son evolutivamente mucho más importantes y superan en gran medida los inconvenientes de la lucha por la existencia. En incontables especies llega a observarse *altruismo*, mediante el cual un organismo arriesga su propia seguridad para evitar el sufrimiento de sus congéneres, e incluso en algunas otras se llega a la *abnegación*, pues prefieren perjudicarse antes de causar sufrimiento a un semejante (el caso del mono que

no acciona una palanca que le permitiría recibir alimento, porque sabe que con ello aplicará un choque eléctrico a otro mono).

Pero regresemos a lo que son ahora determinantes biológicas que producen aquello que en el presente libro denominamos específicamente «hijoputez».

Estamos empantanados con un *dimorfismo sexual* (las diferencias corporales con que uno distingue a simple vista en el macho y la hembra de alguna especie) que provoca machismo. El machismo es en sí una de las formas más terribles y comunes de la hijoputez, porque además es caldo de cultivo para generar hijos de puta.

Cuando se afirma que la prostitución es el oficio más viejo del mundo se comete un error obvio. Si tomo las dos enseñanzas de Adriana Balaguer que mencioné en el capítulo ocho («ninguna mujer nace para puta» y «a la puta le hubiera gustado no ser puta») debo aseverar que la profesión más antigua del mundo es la de proxeneta. El novelista Samuel Butler (1835-1902) ha señalado que «la gallina es la manera que tiene un huevo de hacer otro huevo», lo que para nuestro caso equivale a decir que la prostituta no es más que la manera que tiene un hijo de puta para hacer otro hijo de puta.

Y si bien estas circunstancias configuraron la «gran pauta» que arrancó a partir de la Revolución agraria, hay razones para sospechar que se aproxima un nuevo cambio.

La hora de la mujer

Durante largos periodos, sea porque la mujer eligió como compañero a un forzado astuto, o bien porque este macho fortachón mató a sus competidores a garrotazos para disputarle las hembras, el humano fue acentuando el dimorfismo sexual que nos caracteriza. Dado que el varón tiene un cuerpo muscularmente más poderoso que el de ella, no ha dejado de recurrir a su fuerza bruta, de la cual se ha valido para vedar el acceso de la mujer a la educación académica, a una participación eclesiástica igualitaria y a un ejercicio parlamentario, incluso cuando se legisla sobre ella. El machismo también ha dificultado que la mujer acceda al saber, y con harta frecuencia la obliga a prostituirse y aportar dinero. Aún hoy los arqueólogos y antropólogos modernos siguen con su acendrada costumbre de ocultar la verdad y atribuir todo adelanto civilizador exclusivamente al hombre, como si la evolución de la mujer hubiera sido ajena al desarrollo de la agricultura, la domesticación de animales o la producción de cacharros que se fueron integrando a las culturas. Cuando dicen que son logros del hombre, no se están refiriendo al *Homo sapiens* sino lisa y llanamente a los varones.

La fuerza bruta, derivada del dimorfismo sexual está perdiendo importancia y en cambio ha emergido el poder de la inteligencia que nutre a la ciencia, ahora transformada en gran pechina, para bien o para mal. En menos de tres milenios el ser humano ha encontrado las formas de ponerle un arnés racional a la cultura, y la mujer es igualmente hábil para manejarse en dicho ambiente, en tanto y en cuanto no sea discriminada. Pero además, la madre humana se ha venido seleccionando para *entenderse* con criaturas de meses, con quienes la comunicación racional no es posible, pues el bebé ni siquiera tiene un lenguaje oral. Más aún, la madre es capaz de interpretar el *contenido real* de los mensajes infantiles (lo que el niño *quiso decir*), incluso cuando haya manifestado algo completamente distinto. Ambos mantienen largas «conversaciones», acompañadas de caricias, cosquillas, canturreos, besos, chistes, carcajadas, acrobacias. Hoy la ciencia está demostrando que entre ellos existen sincronías de ritmos, intercambios de olores, sonidos, señales táctiles y sonrisas que se siguen transmitiendo y procesando incluso mientras ambos duermen.

*Hasta cierto punto, la ciencia no es una aventura de la razón*¹

Un investigador genial y otro mediocre no se diferencian por su habilidad para debatir ni para usar equipos avanzados o esquemas conceptuales elevados, sino sólo por lo siguiente: mientras el inconsciente del primero genera ideas originales, al del segundo sólo se le ocurren trivialidades que le permitan publicar un artículo más, en el que predomina la información, no el conocimiento. Por ahora, no tenemos idea de cómo hace el inconsciente para combinar procesos (metafóricos, metonímicos, desplazamientos, olvidos, énfasis, entusiasmos) y generar nuevas ideas. A lo sumo brota media ocurrencia, acaso como chiste o burda analogía, pero si no prospera para que la razón la tome y haga de ella un concepto, se vuelve a escurrir hacia el arcano nudo de víboras de las corazonadas olvidadas. En las últimas etapas de una investigación podemos argumentar racionalmente, traer a colación teorías en boga, consultar datos bibliográficos, formular ecuaciones, diseñar experimentos y, por último, escribir un artículo que presente nuestro trabajo *como si* se hubiera tratado de un proceso exclusivamente racional, al punto que el editor de una revista científica no nos permite siquiera mencionar las subjetividades, intuiciones y preferencias estéticas que generaron el proyecto.

Hoy, los objetos no se acarrean en hombros, la guerra no depende del músculo, las computadoras no reconocen el género de quienes las operan, los proyectos científicos no se benefician con monopolios autoritarios. Advierto cierto paralelismo entre el desarrollo de la ciencia moderna y la liberación de la mujer, que aquí puede tomarse como «aprovechar los atributos que siempre tuvo y sigue teniendo».

Afortunadamente, desde el punto de vista biológico y mental, los hombres y las mujeres no vamos en vías de ser *iguales*, pero sí *complementarios*, gloriosamente complementarios. En la actualidad, el trabajo científico tiende a ser hecho en equipos, que no equivalen a un individuo multiplicado por seis o siete, sino que los distintos integrantes son expertos en diversas disciplinas, tienen edades heterogéneas y un distinto grado de formación, dimensiones estéticas, penetración y manejo inconsciente. Para poder trabajar en equipo, nuestras «protoideas» tienen que armonizar y ser acoplables con los fragmentos de ideas y corazonadas aportados por el resto del grupo. Como en el caso del bebé, la mujer puede rescatar lo que alguien quiso decir, aunque no haya logrado expresarlo taxativamente, pero que contuvo en su mensaje el germen de una idea fértil. Una mujer es capaz de usar no solamente la herramienta racional, sino de interpretar naturalmente una variedad de procesos inconscientes, más cercanos al manantial donde se crea y surgen las ideas originales, aunque lo haga intuitivamente. Todo parece que está llamada a ser una investigadora considerablemente más eficaz que el varón.

Por eso opino que en el nuevo rumbo que está tomando la «gran pauta» las mujeres van en vías de superarnos. Tengo incluso una esperanza fundamentada de que, cuando esto

ocurra, no les dará por discriminarnos. Al discurrir sobre la inmadurez del bebé humano y traer a colación la experiencia del monarca Frederick II del Sacro Imperio, destaqué que alguien debe querer que el bebé viva. Eso no es mera expresión de deseo; se constata con cada criatura que nace y sobrevive. El hecho de que aquí estemos muestra que ese deseo viene perdurando y, si bien se inicia con cada bebé que nace y sobrevive, que yo sepa no tiene fecha de caducidad. Espero entonces que ese amor nos salve.

1. Panorama de la «hijoputez»

1. Ocho y noche, *otto y notte, acht y nacht, eight y night, huit y nuit*, suenan parecido.
2. El libro ¿Qué son las lenguas? de Enrique Bernárdez estima que hay en el mundo entre cuatro mil y cinco mil lenguas, de las cuales dudo de que en mis conversaciones de sobremesa haya llegado a revisar siquiera unas treinta.
3. A los aborígenes americanos se los llama «indios», porque los conquistadores españoles creían haber llegado a la India y, aunque actualmente nos quede claro que se trata de un error, seguimos llamándolos «indios».
4. San Agustín, *Ciudad de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2009.
5. Thomas Aquinas, *On Evil*, Oxford University Press, Oxford, 2003.
6. Esteban Israel, «Combate Vaticano la vanidad y a Satán», *Reforma*, México, 18 de febrero de 2005, pág. 1A.
7. Harold Bloom, *The Book of J.*, Grove Press, Nueva York, 1990.
8. En el Segundo Libro de los Reyes, Ocozías, rey de Samaria, se cae de una celosía de su habitación y envía a mensajeros a consultar a Baal-Zebul (El Señor Príncipe), dios de Ecrón, para saber si sobrevivirá de su descalabro. Ofendido (¡cuándo no!), Yahveh envía a un ángel a que les pregunte a dichos mensajeros por qué lo ningunean. ¿Acaso no hay Dios en Israel? Cuando los mensajeros regresan ante Ocozías, en lugar de decir Baal-Zebul, muestran su desprecio, llamando a este dios de Ecrón «Baal-Zebub» (El Señor de las Moscas). Dicho sea de paso, de este nombre deformado derivará el Belzebú gauchesco que alude al diablo sin atreverse a nombrarlo (2 R 2-8).
9. El superyó es un aspecto de la mente formulado por Sigmund Freud, que representa las leyes e interdicciones de la cultura que operan dentro del sujeto.
10. Nelson Papavero y Jorge Llorente Bousquets, *Principia taxonómica. Una introducción histórica a los fundamentos lógicos, filosóficos y metodológicos de las escuelas de taxonomía biológica*, UNAM, Facultad de Ciencias, México, 2008.
11. Mark Danner, *Torture and Truth: America, Abu Ghraib, and the War on Terror*, New York Review Books, Nueva York, 2004. Véase también: Steven Strasser (ed.), *The Abu Ghraib Investigations: The Official Independent Panel and Pentagon Reports on the Shocking Prisoner Abuse in Iraq*, Public Affairs, Nueva York, 2004.
12. «Irán: polémica por la inminente lapidación de una mujer», *La Nación*, Buenos Aires, 14 de julio de 2010.
13. Aunque su evolución, por supuesto, continuará hasta que se extinga.
14. Hugh Thomas, *The Slave Trade: The Story of the Atlantic Slave Trade. 1440-1870*, Simon & Schuster, Nueva York, 1997.
15. Eric Schlosser, *Fast Food Nation: The Dark Side of the All-American Meal*, Harper Collins, Nueva York, 2002.
16. Es increíble enterarse de que haya intelectuales quienes defienden estas atrocidades, alegando que son «parte de nuestra tradición», como si un granuja se justificara de apalear regularmente a su esposa mediante una tradición que, de prohibirse, menoscabaría la cultura de su país.
17. Monseñor Bonamín, obispo castrense argentino declaró: «Cuando hay derramamiento de sangre, hay redención. Dios está redimiendo a través del ejército a la nación argentina».
18. Cuidado con el lenguaje: es indudable que la célula invadida por el virus resulta «engañada», pero como a escala humana el engaño implica inducir a creer algo equivocado, podemos cometer el error de dar por sentado que las células pueden tener creencias. También al usar «para» podemos cometer un segundo error de pensar que los virus pueden anticipar y penetrar con un propósito.
19. La habilidad de engañar y de autoengañarse se adquiere alrededor de los cuatro años de edad. En una investigación organizada por Bella DePaulo en la Universidad de Virginia, se encontró que los adolescentes mienten en un 46 por ciento de las comunicaciones con sus madres y en un 77 por ciento con extraños. Charles Darwin escribió para sus hijos recuerdos de su vida, en los que confiesa que en la escuela era muy dado a inventar historias falsas «para causar admiración».
20. Marcelino Cerejido y Laura Reinking, *La ignorancia debida*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003.
21. Marcelino Cerejido y Fanny Blanck-Cerejido, *La muerte y sus ventajas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1997.
22. Jesusa y Liliana les compraron una casa para que al menos duerman sobre una cama bajo techo, y organizan además funciones a beneficio. Pero los cerrojos suelen no ser eficaces.

23. Marcelino Cereijido, *Elogio del desequilibrio*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009.
24. *Planetai*, en griego, quiere decir «errante».

2. Maneras de interpretar la realidad

1. Marcelino Cereijido, *La Ciencia como Calamidad*. Gedisa, Buenos Aires, 2009.
2. En su *Diccionario del diablo*, Ambrose Bierce da un contraejemplo chistoso: se refiere a alguien que jamás hubiera visto a un perro salvo en el acto de perseguir a una liebre y sacaría la conclusión de que ¡la liebre causa al perro!
3. «Religión» deriva de *religens*, concepto opuesto a *negligens*, que es a su vez raíz de «negligencia».
4. Eudald Carbonell (coord.), *Hominidos: Las primeras ocupaciones de los continentes*, Ariel, Barcelona, 2005.
5. Jonathan Goddard (1617-1675) fue un destacado médico inglés, miembro de la Royal Society, famoso también por haber actuado como cirujano de las fuerzas de Oliver Cromwell.
6. Rodolfo Q. Pasqualini, *Los médicos, los enfermos y la cultura médica*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1999.
7. *Ibid.*
8. Hay países tercermundistas que fomentan el torero y las riñas de gallo, pero sus leyes dificultan que se ensayen vacunas en las ratas antes de dárselas a sus niños.
9. «De todos modos, por Nuestra Señora de las Viñas, la fiesta del pueblo, don Antero alquilaba una vaca de desecho para que los mozos la corriesen y apalearan a su capricho, y de este modo se desfogasen de los odios y rencores acumulados en sus pechos en los doce meses precedentes.» Miguel Delibes en *Las ratas*, Ediciones Destino, Barcelona, 1962.

3. ¿Raíces biológicas de la hijoputez?

1. Fanny Blanck-Cereijido y Marcelino Cereijido, *La vida, el tiempo y la muerte*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988. Véase también: Fanny Blanck-Cereijido y Marcelino Cereijido, *La muerte y sus ventajas*, Fondo de Cultura Económica (FCE), col. La Ciencia para Todos, México, 2009.

2. La famosa molécula de ADN guarda la información genética codificada en secuencias de nucleótidos, del mismo modo que el directorio telefónico guarda nombres, apellidos, direcciones y teléfonos en secuencias de letras y números. Por eso, a los nucleótidos se les llama coloquialmente «letras».

3. Nacido en Buenos Aires, Argentina, el 31 de octubre de 1896 y fusilado en el presidio de Ushuaia, Argentina, el 15 de noviembre de 1944.

4. Elliot Sober y David S. Wilson, *Unto Others. The Evolution of Psychology of Unselfish Behavior*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1998. Véase también: Richard D. Alexander, *Darwinism and Human Affairs*, The University of Washington Press, Seattle, 1979. Igualmente: Gary A. Polis, «The Evolution and Dynamics of Intraspecific Predation», *Annual Review of Ecology, and Systematics*, Palo Alto, California, vol. 12, núm. 1, 1981, págs. 225-251.

5. Lionel Messi es un gran jugador de fútbol, pero no tiene «el gen del gol» como afirmó Pep Guardiola, director técnico del club Barcelona (claro, lo dijo metafóricamente).

6. ¡Pero cuidado! La evolución no hace algo «para» (eso sería apelar a una perimida teleología), sino «porque». Cuando usamos la preposición «para» apelamos a una cuestionable licencia pedagógica. Hay bibliotecas enteras dedicadas a la teleología y su refutación. Leonardo González Galli ofrece una explicación muy resumida y clara en el capítulo 8 de su libro *Educación en ciencias* (Paidós, 2010) de Elsa Meinardi y colaboradores.

7. En su jerga, los neurobiólogos llaman «alambrar» (expresión tomada de la electrónica) al ensamblado de circuitos neuronales.

8. Sarah Blaffer Hrdy, *Mothers and Others: The Evolutionary Origins of Mutual Understanding*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2009.

9. Eric B. Keverne, Fran L. Martel, F.L. y Claire M. Nevison, «Primate Brain Evolution: Genetic and Functional Considerations», en *Proceedings B of the Royal Society of London*, Londres, vol. 263, junio de 1996, págs. 689-696, 1996.

10. John Prenter; Calum MacNeil y Robert W. Elwood, «Sexual Cannibalism and Mate Choice», *Animal Behaviour*, vol. 71, núm. 3, marzo de 2006, págs. 481-490.

11. *Behavioral Ecology and Sociobiology*, vol. 10, 2005, pág. 1007.

12. Thomas Moro Simpson, *Dios, el mamboretá y la mosca*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

13. Konrad Lorenz, *On Aggression*, Bantam Books, Nueva York, 1963.

14. *Ibid.*

15. Marcelino Cereijido, *Elogio del desequilibrio*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009.

16. Marcelino Cereijido, «Fisiología», en *La biología contemporánea*, Antonio Peña (comp.), UNAM, México, 1983.

17. El lector que alguna vez cursó química biológica puede ayudarse recordando el ciclo de ácidos tricarboxílicos, que está continuamente produciendo moléculas de ATP, agua y CO₂ a condición de que se le suministren moléculas específicas derivadas de los alimentos.

18. Marcelino Cereijido, *Elogio del desequilibrio*, op. cit.

4. ¿Qué son las circunstancias?

1. Marcelino Cereijido, *Elogio del desequilibrio*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009.
2. Este tipo de proteína se une a la vitamina A en la retina y forma la rodopsina, que es a su vez una molécula que absorbe el componente verde azulado de la luz.
3. Stanley Milgram, «Behavioral Study of Obedience», *Journal of Abnormal and Social Psychology*, vol. 67, núm. 4, Atlanta, octubre de 1963, págs. 371-378. Véase también: Stanley Milgram, *Obedience to Authority: An Experimental View*, Harper and Row, Nueva York, 1974.
4. Solomon E. Asch, «Opinions and Social Pressure», *Scientific American*, Nueva York, vol. 31, noviembre de 1955, págs. 31-35. Véase también: Solomon E. Asch, *Psicología social*, 6.ª ed., Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), Buenos Aires, 1972.
5. Marcelino Cereijido y Laura Reinking, *La ignorancia debida*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003.
6. Fanny Blanck-Cereijido y Pablo Yankelevich (compiladores), *El otro, el extranjero*, Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2003. Véase también: Horst Herrmann, *2.000 años de tortura en nombre de Dios: la historia de la gran crueldad religiosa*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 1996. Igualmente: Andreas Beck, *El fin de los templarios. Un exterminio en nombre de la legalidad*, Ediciones Península, Barcelona, 1996. Asimismo: Omer Bartov y Phyllis Mack, *In God's Name: Genocide and Religion in the Twentieth Century*, Berghahn Books, Nueva York, 2001. Y: Pilar Calveiro, *Desapariciones*, Taurus, México, 2002.
7. Mark J. Osiel, *Obeing Orders: Atrocity, Military Discipline and the Law of War*, Transactions Publishers, New Brunswick, 1999. Véase también: Ricardo Rodríguez Molas, *Historia de la tortura y del orden represivo en la Argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 1985.
8. Paula Litvachky, «La tortura no ha dejado de existir en la Argentina», *Clarín*, Buenos Aires, 17 de septiembre de 2009.
9. Francesco Alberoni, *Le Regioni del Bene e del Male*, Garzanti, Milano, 1981.
10. Eric Berne, *Games People Play: The Psychology of Human Relationship*, Grove Press, Nueva York, 1964.
11. Bernardo Kordon, *Alias Gardelito y otros cuentos*, Casa de las Américas, La Habana, 1974.
12. Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Viking Press, Nueva York, 1963. Véase también: Mark J. Osiel, *Mass Atrocity, Ordinary Evil, and Hannah Arendt*, Yale University Press, Nueva York, 2001.
13. Diane Ackerman, *A Natural History of Love*, Random House, Nueva York, 1994.
14. Osvaldo Bazán, *Historia de la homosexualidad en la Argentina*, Marea Editorial, Buenos Aires, 2010.
15. Cohn Norman, *Europe's Inner Demons: The Demonization of Christians in Medieval Christendom*, Basic Books, Nueva York, 1975. Véase también: David Parkin (ed.), *The Anthropology of Evil*, Blackwell, Cambridge, Massachusetts, 1985. Asimismo: Horst Herrmann, *2.000 años de tortura en nombre de Dios: la historia de la gran crueldad religiosa*, op. cit. Y: Karlheinz Deschner, *Historia criminal del cristianismo*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1990.
16. Kurt Baschwitz, *Brujas y procesos por brujería*, Caralt, Barcelona, 1968.
17. Que quede claro que estoy limitando los ejemplos al imaginario de la Europa cristiana, pues los islámicos, por el contrario, decían sentirse tan cerca de Dios durante el acto sexual que podía ocurrir que intercalaran cópula y rezos. A su vez, el cabalista castellano Joseph Xicatila decía que su máxima cercanía a Dios la lograba en el ápice del orgasmo.
18. Philip Zimbardo, *The Lucifer Effect. Understanding How Good People Turn Evil*, Random House, Nueva York, 2008.
19. Los fenómenos que ocurren en la realidad no suelen ser lineales; por ejemplo, tras observar que 10 obreros hacen una casa en un año, 20 en seis meses y 40 en tres, no podríamos celebrar que hemos encontrado la ley que rige el fenómeno y extrapolarla para predecir que 23.500.000 operarios la harán en ocho segundos.

5. Un cambio de la gran pauta

1. Para una comparación: la segunda guerra mundial, ocurrida 600 años después, cuando Europa tenía una población no menos de diez veces mayor que en la Edad Media, causó entre 55 y 60 millones de víctimas.

2. La *Yersinia pestis* fue descubierta cinco siglos más tarde por Alexandre Yersin.

3. Dado que es uno de los errores habituales, insistiré en que la evolución no planea de antemano, no hace absolutamente nada «para» algo futuro. De modo que es erróneo decir que hemos sido seleccionados «para». Sin embargo, se tolera esta forma de expresión con una excusa didáctica, porque aunque el uso de esta preposición es equivocado, resulta fácil fantasear con que los ojos han sido producidos «para» ver, y los dientes «para» morder, etcétera.

4. *La Iliada*, de Homero, ofrece ejemplos elocuentemente claros de que en las batallas entre troyanos y aqueos, cada bando conocía no sólo a sus propios miembros, sino también a los padres de éstos y a cada uno de sus enemigos y respectivos padres. Abundan fragmentos como «mirando a los guerreros, Príamo me preguntó: «¿Y ese hombre, quién es?» [...] «Es Ulises, respondí, hijo de Laertes, crecido en Ítaca» [...] Es verdad, dijo Príamo, lo conocí un día que vino aquí junto a Menelao [...] Lo acogí en mi casa [...] Luego Príamo distinguió a Ayante [...] y le dijo «Levántate, hijo de Laomedonte». Luego Menelao, hijo de Asclepio [...] Ayante de Telemón acertó al joven hijo de Antemión, Simoesio [...] Píroo se enfrentó a Diores, hijo de Amarinceo [...] Idomeneo mató a Festo, hijo de Boro [...] Menelao, hijo de Atren, le clavó la lanza a Escamandrio, hijo de Estrofo [...] Megete mató a Pedeo, que era hijo bastardo de Anténor.» Más que guerra, suena a trifulca de barrio.

5. El día que los soviéticos lanzaron el primer cohete a la Luna, el diario vespertino *La Razón de Buenos Aires* no pudo dejar de anunciarlo en primerísima plana, pero el artículo acababa con un parrafito por demás curioso: «Publicar, pero restar importancia». Quienes llegamos a leer esa sentencia dialogamos al respecto y concluimos que, a pesar de ser aquella una noticia que debía destacarse de las demás, por su impacto, novedad y trascendencia, el peso ideológico determinó que alguien ordenara atenuarla; sin embargo, otro alguien se las arregló para que la censura quedase al descubierto.

6. E. Graue, «880 millones de personas en el mundo no tienen acceso a la salud», conferencia «Miguel F. Jiménez» en la Academia Nacional de Medicina, México, 2009.

7. En su novela *Martín Fierro*, José Hernández dice «En su boca no hay razones / aunque la razón le sobre / Que son campanas de palo / las razones de los pobres».

8. El sátiro Jonathan Swift se sintió tan indignado por la miseria que azotaba a los más pobres, que en su obra *A Modest Proposal* (1729) hizo a la Irlanda de su época una propuesta nada modesta: evitar que los hijos de los más miserables fueran una carga para sus padres y su país, para lo cual planteó que de los 120.000 niños registrados, 20.000 fueran reservados para la reproducción (un cuarto de machos y tres cuartos de hembras, siguiendo un procedimiento similar que el de los criaderos de ovejas, vacunos y cerdos) y el resto fuera enviado a los mataderos para el consumo humano.

9. El periódico mexicano *La Jornada*, del sábado 20 de febrero de 2010, publica en la página 27 que en febrero de 2010, un joven de 21 años de edad, identificado sólo como JLR, mató a un policía al tratar de evitar un retén del alcoholímetro. Los hechos fueron así: en su intento por escapar, el susodicho aceleró y se llevó enganchado sobre el capot de su auto a la víctima, a lo largo de un kilómetro, carrera tras la cual se impactó contra la estatua del papa Juan Pablo II, ubicada en la esquina de Insurgentes y Francia. Pero según se dio a conocer, JLR acaba de ser liberado bajo fianza, luego de pagar una multa por gastos funerarios y reparación del daño.

10. Gustavo Castillo García, «Murieron más de tres mil reos en prisiones del país, en 11 años», *La Jornada*, México, 19 de diciembre de 2010.

11. Otra muestra de candidez de mi parte: un amigo que leyó el manuscrito de este capítulo me preguntó qué entendía yo por «información dolosamente privilegiada», a lo que yo respondí: «enterarse a través de un ministro o viceministro que tal o cual acción va a subir de precio en la bolsa de valores, y comprarla». «Las cosas no se manejan así en este país», dijo en alusión a un país tercermundista cuyo nombre no viene al caso. «El magnate y sus asociados compran la casi totalidad de determinada acción y entonces la hacen subir, indicándole al ministro qué medida debe tomar». Como me cuesta creerlo, dejé el texto como estaba pues es suficiente para lo que intento decir.

12. Marcelino Cereijido, *La Ciencia como Calamidad*. Gedisa, Buenos Aires, 2009.

13. Agradezco al doctor David Mota-Sánchez la aclaración y detalle de este ejemplo.

14. David Erdal y Andrew Whiten, «Egalitarian and Machiavellian Intelligence in Human Evolution», en *Modelling the Early Human Mind*, Kathleen R. Gibson y Paul Mellars (eds.), McDonald Institute for Archaeological Research, Cambridge, 1996.

15. Richard Wilkinson, *Las desigualdades perjudican. Jerarquías, salud y evolución humana*, Crítica, Barcelona, 2001.

6. *¿Y si el problema fuese que no hemos logrado ser suficientemente hijos de puta?*

1. Fanny Blanck-Cereijido y Marcelino Cereijido, *La muerte y sus ventajas*, FCE, col. La Ciencia para Todos, México, 2009.

2. Cuando explotó el reactor atómico de Chernobyl se esparcieron desechos radiactivos que, sobre una enorme área, arruinaron cosechas y productos alimenticios. Sé de por lo menos un país latinoamericano cuyos empresarios hicieron mucho dinero comprando leche de Chernobyl y vino de Chernobyl a bajísimos precios y los vendieron a sus compatriotas. Pero hacen falta dos para el tango: los europeos los vendieron a precios irrisorios, pues allá estaba prohibido darla incluso a animales cuyas carnes y huevos pudieran llegar a ser consumidos, y comerciantes locales del tercer mundo que los vendieron.

3. De hecho, no existe como regla escrita, pero lo habitual es que cuando se asesina a un policía, de pronto el asesino aparece muerto en su celda porque «se suicidó» (según alegan las autoridades) o lo estrangularon otros presos con quienes no se sabía que hubiera tenido deuda pendiente alguna.

4. Michael Shermer, *The Science of Good and Evil: Why People Cheat, Gossip, Care, Share, and Follow the Golden Rule*, Henry Holt and Company, Nueva York, 2004.

7. Los usos de la hijoputez

1. Walter Graziano, *Hitler ganó la guerra*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004.
2. Marc D. Hauser, *Wild Minds: What Animals Really Think*, Henry Holt and Company, Nueva York, 2001. Véase también: Marc D. Hauser, *Moral Minds: How Nature Designed Our Universal Sense of Right and Wrong*, Harper Collins, Nueva York, 2007.
3. Frans De Waal, *Primates and Philosophers: How Morality Evolved*, Princeton University Press, New Jersey, 2006.
4. Era una antigua diosa de la caza, por eso en épocas posteriores aparece fundida y confundida con Diana.
5. Annie Dillard, *For the Time Being*, Alfred K. Knopf, Nueva York, 1998.
6. Zvi Kolitz, *Iosl Rákovér habla a Dios*, FCE, Buenos Aires, 1998.
7. Tengo entendido que los países que se adhieren a la Declaración Universal de Derechos Humanos no pueden aplicar en sus sistemas de justicia condenas eternas, y sin embargo uno encuentra muy seguido en las noticias condenas de hasta cuatro cadenas perpetuas.
8. ¿Qué se puede esperar de un pueblo libre, de un padre libre que eduque a su hijo en el temor a Dios? (*Eclesiástico* 1:13).
9. Martin S. Bergmann, *In the Shadow of Moloch: The Sacrifice of Children and its Impact on Western Religions*, Columbia University Press, Nueva York, 1992.
10. *Excelsior* 2a. 30 de mayo de 1994.
11. Una prueba muy sencilla para ver si un niño pequeño ya aprendió a interpretar la mente ajena consiste en ponerlo frente a un escenario, al que entra Jaimito, quien guarda un caramelo en un cajón y se marcha. Enseguida, entra la madre de Jaimito, quien extrae el caramelo del cajón y lo guarda ahora en un armario. Tras ello, al preguntarle al niño «¿dónde buscará Jaime el caramelo?», el pequeño contestará: «en el armario», porque lo acaba de ver y todavía no puede entender que si bien el caramelo está ahora en el armario, Jaimito no lo sabe. Todavía analiza al *otro* con su mente; no sabe hacerse modelos de la mente ajena.
12. Osvaldo Bayer, *La Patagonia rebelde*, 4 tomos, Galerna, Buenos Aires, 1972-1975.
13. Dee Brown, *Bury my Heart at Wounded Knee: An Indian History of the American West* Holt, Henry Holt and Company, Nueva York, 1991.
14. Fanny Blanck-Cereijido, «Simbolización y sobrevivencia: el objeto salvador», en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, vol. 103, Montevideo, 2006, págs. 83-96.
15. Theo Richmond, *Konin: A Quest*, Pantheon Books, Nueva York, 1995.
16. Referido por el socioantropólogo Nestor García Canclini.

8. ¿Las prostitutas tienen algo que ver con todo esto?

1. «Inventando» implica un grave error conceptual, porque pareciera que la naturaleza diseñara de antemano, cosa que no puede hacer. Pero no aburriré al lector haciendo una fatigosa descripción del proceso tal como fue ocurriendo.

2. Piotr Tryjanowski y Martin Hromada, «Do Males of the Great Grey Shrike, *Lanius excubitor*, Trade Food for Extrapair Copulations?», en *Animal Behavior*, vol. 69, marzo de 2005, págs. 529-533.

3. Matt Walker, *Fish That Fake Orgasms: And Other Zoological Curiosities*, St. Martin's Press, Nueva York, 2006.

4. Lector: te dejo como tarea para el hogar imaginarte cómo se masturbará un escarabajo. Y si las violaciones de las mujeres te repelen e indignan, piensa que algunos insectos tienen un «pene» cual aguja hipodérmica, que perfora la pared del abdomen de la hembra y le vuelca su esperma.

5. Aquí es obligada la recomendación de la lectura de *Bola de Sebo*, de Guy de Maupassant.

6. Ni de sus hijos me compadeceré, porque son hijos de prostitución. Yahveh (Oseas 2:6)

7. Germaine Greer, *The Female Eunuch*. Harper Perennial, New York, 1970.

8. Entrevista de Clarisa Ercolano a Adriana Balaguer, diario *Página 12*, 14 de agosto de 2010.

9. Marcelino Cerejido, y Laura Reinking, *La Ignorancia Debida*, Ediciones del Zorzal, Buenos Aires, 2003. Véase también: Christian Federico von Wernich, sacerdote de la Iglesia Católica, fue capellán de la Policía de la Provincia de Buenos Aires durante la dictadura militar argentina (1976-1982). Participó en delitos de lesa humanidad en centros clandestinos de detención y fue condenado el 9 de octubre de 2007 a reclusión perpetua por dichos cargos.

10. La dictadura militar que usurpó el gobierno argentino en 1976, se dio a sí misma el nombre de El Proceso, torturó y asesinó un número de personas calculado en 30 mil por diversas fuentes. Conscientes de que serían llevados ante la justicia en cuanto abandonaran el poder, al marcharse en 1983 condicionaron a los gobiernos civiles siguientes a poner leyes de «punto final» y «obediencia debida», por la que estos se comprometían a no perseguir judicialmente a los torturadores y asesinos. Al ser designado presidente de la república en 2003, Néstor Kirchner y luego la presidenta Cristina Fernández que le sucedió, quitaron dichas leyes y llevaron a juicio a los miembros de El Proceso. Ciertamente, dichas personas evitaban en lo posible que se los identificara, y de ninguna manera concedían entrevistas a los periodistas que, en la mayoría de los casos, tuvieron que contentarse con entrevistar a personajes relativamente menores y sobre todo que no habían cometido delitos graves. Aquí se hace una analogía entre estos entrevistados y las prostitutas que se prestaron a responder las preguntas de la periodista Adriana Balaguer, para mostrar que las respuestas no permiten de ninguna manera vislumbrar los móviles y fechorías de los militares, curas criminales y proxenetas que evitaron a toda costa ser interrogados.

11. «Este es un territorio virgen para establecer prostíbulos.» Comentario de Al Capone sobre los suburbios de la ciudad de Chicago. Mencionado por Kenneth Allsop en *The Bootleggers and their Era* (1961).

12. Cierta vez, un taxista que me llevaba hacia el aeropuerto me preguntó a dónde me dirigía. Al responderle, se alegró porque mi destino en este viaje era su tierra natal, a la que regresaba anualmente para visitar parientes. «Cada vez que voy, le hago un hijo a alguna muchacha. ¡Vaya a saber cuántos tengo! Ya no puedo distinguir cuándo es que mis amigos hablan en broma o en serio al señalarme: «aquel chavo que va allá es hijo tuyo»». Guardé silencio, pero al llegar, antes de bajame del taxi, le dije con desprecio: «¿Y sus amigos nunca le señalaron a su propio padre». Tras ello, cerré la puerta y me perdí en el anonimato de la multitud. Sigo envidiando a Adriana Balaguer.

13. Gabriela Rodríguez, «La madre virgen», en *La Jornada*, México, viernes 31 de diciembre de 2010, pág. 16.

14. Marcelino Cerejido, *Ciencia sin seso, locura doble*, Siglo XXI, México, 1994.

Epílogo

1. Marcelino Cereijido, *Ciencia sin seso, locura doble*. Siglo XXI, México, 1994.

Acerca del autor

MARCELINO CEREIJIDO (Buenos Aires, 1933), es doctor en fisiología por la Universidad de Buenos Aires. Realizó su posdoctorado en la Universidad de Harvard. Se ha desempeñado como profesor e investigador en el Instituto de Fisiología de la Universidad de Múnich y en el departamento de biología celular de la Universidad de Nueva York. Es profesor emérito del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, en México. Ha sido asesor del Centro Latinoamericano de Biología de la UNESCO. Es miembro de la Comisión Dictaminadora del Sistema Nacional de Investigadores de México y del Consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República. Ha recibido los premios Nacional de Ciencias y Artes (1995) y el Premio Internacional de Ciencias Bernardo A. Houssay (1993) de la Organización de los Estados Americanos, entre otros. Es autor de más de un centenar de artículos científicos y de libros como *La madre de todos los desastres*, *La muerte y sus ventajas*, *La ciencia como calamidad* y *Ciencia sin seso, locura doble*.

© 2011, Marcelino Cerejido

Diseño de la colección: Estudio Úbeda

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2013, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570, México, D.F.

www.tusquetseditores.com

1ª. edición: junio de 2011

6ª. reimpresión: junio de 2013

ISBN: 978-607-421-277-8

Primera edición en formato epub: agosto de 2014

ISBN: 978-607-421-611-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Libro convertido a epub por:

TILDE TIPOGRÁFICA

Índice

Introducción	5
1 Panorama de la hijoputez	6
2 Maneras de interpretar la realidad	48
3 ¿Raíces biológicas de la hijoputez?	59
4 ¿Qué son las circunstancias?	85
5 Un cambio de la «gran pauta»	106
6 ¿Y si el problema fuese que no hemos logrado ser suficientemente hijos de puta?	128
7 Los usos de la hijoputez	133
8 ¿Las prostitutas tienen algo que ver con todo esto?	157
Epílogo	176
Notas	181
Acerca del autor	192
Créditos	193